



**CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS SUPERIORES  
EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

**LOS QUE SE QUEDAN EN EL CAMINO.  
INMIGRANTES SALVADOREÑOS EN  
PUERTO MADERO, CHIAPAS**

**T E S I S**

**QUE PARA OPTAR AL GRADO DE  
DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES  
CON ESPECIALIDAD EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

**PRESENTA  
JAIME ROBERTO RIVAS CASTILLO**

**DIRECTORA DE TESIS  
MAGDALENA VILLARREAL MARTÍNEZ**

Guadalajara, Jalisco; enero de 2013.

*A los rostros anónimos de la migración.*

“Este ensayo está dedicado al hombre ordinario. Héroe común. Personaje diseminado. Caminante innumerable. Al invocar, al principio de mis relatos, al ausente que les da comienzo y necesidad, me pregunto sobre el deseo a partir del cual representa el objeto imposible. A este oráculo confundido con el rumor de la historia, ¿qué le pedimos que haga creer o nos autorice a decir cuando le dedicamos la escritura que antes se tributaba como homenaje a las divinidades o a las musas inspiradoras? Este héroe anónimo viene de muy lejos. Es el murmullo de las sociedades. Toda la vida, se anticipa a los textos. Ni siquiera los espera. Le es igual. Pero en las representaciones escriturarias, avanza. Poco a poco encuentra el centro de nuestros escenarios científicos. Los proyectores han abandonado a los actores que poseen nombres propios y blasones sociales para volverse hacia el coro de los figurantes amontonados a los costados y luego fijarse por fin en la muchedumbre del público.”

MICHEL DE CERTEAU, *La invención de lo cotidiano*.

“...las formas sociales (las estructuras que limitan las elecciones individuales, las instituciones que salvaguardan la continuidad de los hábitos, los modelos de comportamiento aceptables) ya no pueden (ni se espera que puedan) mantener su forma por más tiempo, porque se descomponen y se derriten antes de que se cuente con el tiempo necesario para asumirlas y, una vez asumidas, ocupar el lugar que se les ha asignado. Resulta improbable que las formas, presentes o sólo esbozadas, cuenten con el tiempo suficiente para solidificarse y, dada su breve esperanza de vida, no pueden servir como marcos de referencia para las acciones humanas y para las estrategias a largo plazo; de hecho, se trata de una esperanza de vida más breve que el tiempo necesario para desarrollar una estrategia coherente, e incluso más breve que el tiempo requerido para llevar a término un ‘proyecto de vida’ individual.”

ZYGMUNT BAUMAN, *Tiempos líquidos*.



**CENTRO DE INVESTIGACIONES  
Y ESTUDIOS SUPERIORES  
EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**



**DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES  
ESPECIALIDAD EN ANTROPOLOGIA SOCIAL  
PROMOCIÓN 2008-2012**

---

**COMITÉ DE TESIS**

**LOS QUE SE QUEDAN EN EL CAMINO.  
INMIGRANTES SALVADOREÑOS  
EN PUERTO MADERO, CHIAPAS**

Alumno:

**Jaime Roberto Rivas Castillo**

DIRECTORA:

**Dra. Magdalena Villarreal Martínez**

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social  
(CIESAS-Occidente)

LECTORAS:

**Dra. Carolina Rivera Farfán**

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social  
(CIESAS-Sureste)

**Dra. Carmen Fernández Casanueva**

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social  
(CIESAS-Sureste)

## **AGRADECIMIENTOS**

Los agradecimientos siempre se quedan cortos, sobre todo cuando se extienden a tiempos, espacios y territorios distintos. Imposible que reconozca a todas las personas, instituciones y organizaciones que, durante los últimos cuatro años, contribuyeron a que esta tesis llegara a buen término. Debo comenzar por el garante de que pudiera yo contar con los fondos necesarios para echar a andar la presente investigación: el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México (CONACYT). Sin la beca otorgada por aquella institución, y sin las atentas consideraciones de la Subdirección de Docencia del CIESAS que otorgó sucesivos apoyos para la estancia de campo, esta tesis, y la aventura investigativa que le antecedió, no hubieran sido posibles. Ahora, cuando las ciencias sociales gozan de tan poca estima entre los que asignan fondos para investigación, me he sentido afortunado. Tampoco estamos en los mejores tiempos para las investigaciones de largo aliento y de estancias de campo prolongadas, un reducto cada vez más inalcanzable para los antropólogos, sobre todo en nuestros empobrecidos países. Las múltiples ocupaciones de la vida cotidiana y los recortes presupuestarios limitan el alcance de las miras que nos quisieran llevar allende lo inmediato. Investigar a contracorriente del cortoplacismo se torna cada vez más difícil. Es de justicia reconocer el apoyo institucional del que gocé en México para tener el privilegio de dedicarme exclusivamente a la investigación de campo durante más de un año. Ahora, a la distancia, anclado a una lógica laboral que lleva sus propios ritmos en un país, El Salvador, donde simplemente es impensable recibir una beca para dedicarse de lleno a la investigación, alcanzo a comprender el lujo que implica gozar de aquellas holguras.

Este esfuerzo es fruto también de un constante diálogo con investigadores, colegas estudiantes, miembros de organizaciones civiles y autoridades que trabajan con personas migrantes. El conocimiento, como un campo específico de la realidad, se construye también socialmente. Y en este arduo pero gratificante proceso constructivo tuve la dicha de coincidir con profesores, compañeros de clase, autoridades y defensores de personas migrantes con quienes sostuvimos largas y

tendidas conversaciones sobre uno u otro tópico, sobre la viabilidad de sostener tal o cual perspectiva teórica, sobre el modo de leer este o aquel dato de campo, sobre la forma de mirar e interpretar el mundo de las personas migrantes entre las que todos nos movemos. Tuve la fortuna de trabajar al lado de Magdalena Villarreal, directora de esta tesis, quien leyó pacientemente mis informes, diarios de campo y avances. Sin duda, sus atinadas observaciones y su mirada antropológica quedan reflejadas en el conjunto del texto. Juntos nos dimos a la tarea de explicar buena parte del proceso migratorio centroamericano desde la perspectiva del actor social, cuyo exponente, Norman Long, pese a sus estancias intercaladas en México, Estados Unidos e Inglaterra, pudo tener noticia de nuestra empresa. Le extiendo mi agradecimiento a Norman por estar al pendiente de la misma.

Pude tener un primer acercamiento con tal perspectiva teórica en un curso impartido por Carolina Rivera mientras cursaba mi maestría en el CIESAS de San Cristóbal de Las Casas. De Carolina no sólo llegué a admirar su compromiso con los estudiantes y su dedicación y disciplina para con el trabajo, cosa que me sirvió de ejemplo, sino su desinteresado acompañamiento desde que iniciara mis investigaciones sobre la temática migratoria un buen día de junio de 2007 en la fronteriza ciudad de Tapachula. Seis años de un programa articulado de maestría y doctorado no son poca cosa y Carolina estuvo allí desde el principio hasta el final, siendo ahora parte de mi comité de tesis. Por otro lado, fue en trabajo de campo que coincidí felizmente con mi otra lectora, Carmen Fernández, con quien discutimos muchos puntos en común entre su investigación con hondureños y la mía con salvadoreños. Con ella llegué también a refugiarme a Tapachula cuando el trabajo se tornó emocionalmente difícil en Puerto Madero. De todos ellos he aprendido, así como de otros profesores del CIESAS y de otras instituciones mexicanas y centroamericanas: (+) Jan de Vos, Dolores Palomo, José Luis Escalona, Guillermo de la Peña, Agustín Escobar, Jorge Alonso, Santiago Bastos, Teresa Fernández, Abelardo Morales-Gamboa, Daniel Villafuerte Solís, María del Carmen García, y Rodolfo Casillas.

Inmerso en trabajo de campo encontré apoyo en los compañeros del Centro de Derechos Humanos “Fray Matías de Córdova”, así como en Luis Perdomo y Jesús Aguilar del Consulado General de El Salvador en Tapachula. Mi estancia fue

enriquecida por las extensas conversaciones sostenidas en los dos grupos familiares entre quienes viví: el hogar de Daysi Guerrero y Viliulfo Pérez en Puerto Madero y, en Tapachula, la cálida familia de René Oliva, abogado del consulado salvadoreño en esta ciudad y su esposa Nelly Morales. Terminada la fase de trabajo de campo pude discutir mis ideas con mis compañeras y amigas Tania Ávalos Placencia y Karla Vivar Quirós, así como con un grupo de defensores de las personas migrantes con quienes coincidí en distintos momentos durante mi estancia en México y con quienes establecí lazos de amistad y confianza que perduran hasta el momento: Melissa Vertiz, Fermina Rodríguez, Fabienne Venet, Gilma Pérez, Ricardo Lagunes, Santiago Martínez, Heyman Vásquez, Alejandro Solalinde y Diego Lorente. De ellos también he aprendido muchísimo y he podido compartir algo más que información y experiencias.

Retornado a El Salvador durante la última fase de la redacción de la tesis pude seguir discutiendo mi trabajo con investigadores colegas y amigos: Sajid Herrena Mena y Amparo Marroquín quienes, a su vez y respectivamente, mediaron en mi incorporación laboral en la Secretaría de Cultura y la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA), donde ahora me desempeño; asimismo, dialogué con Julián González Torres y Ricardo Roque Baldovinos en la misma universidad y los antropólogos e historiadores Guillermo Cuéllar, Ana Silvia Ortiz, Jorge Juárez, Olivier Prud’homme y Claudia Ponce, quienes me hicieron atinados comentarios. Por último, y no menos importante, quiero agradecer a mi familia: a mi esposa, Guadalupe, y mis hijos, Javier y Diego, por soportar mis largas ausencias de casa mientras me hallaba en trabajo de campo o absorto en el escritorio mientras redactaba la tesis; a mi padre, Óscar, por su ejemplo y valentía; a mi madre, Rosario, y mi hermana, Verónica, por perseverar en la distancia, allá donde se teje el “sueño americano”. A todos y todas, muchas gracias.

## RESUMEN

Esta tesis versa sobre la migración centroamericana que transita y llega a quedarse al sur de México, concretamente a las localidades de Puerto Madero y Tapachula, en el estado de Chiapas. Destino y tránsito a una, porque este proceso migratorio particular así lo exige: Para la gente de Centroamérica, México se ha convertido, durante las últimas tres décadas, en una especie de frontera ampliada, la escala más dilatada hacia el “sueño americano”, donde la única salida para muchos es quedarse. Tomando como base las historias de vida de inmigrantes salvadoreños, se ilustra la precariedad que define las trayectorias de los que emigran desde la fragmentada sociedad centroamericana, de los que transitan y residen bajo el cobijo de la opacidad social y el anonimato, de los que llegan a recalar en espacios sociales insospechados. Y lo que la fragmentación produce al introducirse en los mundos de vida de las personas migrantes no es otra cosa que la incertidumbre. Con todo y lo anterior, aquellas historias muestran a migrantes que ejercen sus capacidades de movilizar los limitados recursos que les dejan las variadas rupturas que definen sus orígenes. Estos migrantes despliegan toda una suerte de estrategias, buscando, persiguiendo, negociando y tanteando, conviviendo cotidianamente con mexicanos y otros centroamericanos en los espacios sociales por los que transitan o residen. Siendo que la violencia es una de las fracturas sociales más visibles entre los salvadoreños y otros centroamericanos, la tesis muestra situaciones como la que acá llamamos trata *de facto*, la erosión en el tejido social que provoca la falta de solidaridad, la desconfianza y la discriminación activa hacia los salvadoreños, los nulos apoyos gubernamentales hacia los extranjeros, el abuso de intermediarios y variadas formas de violencia como la de tipo doméstico. Como telón de fondo, la tesis invita a mirar a la región del Soconusco en Chiapas a través de las andaduras centroamericanas, en un intento por explicar que lo que vemos hoy –un sitio de origen, tránsito, destino y retorno de migrantes– tiene hondas raíces geográficas, históricas y culturales. Para redondear el argumento, se sostiene aquí que aquella fragmentación social se incrusta en la vida cotidiana de estos migrantes en el origen y se prolonga durante el tránsito y el destino temporal/definitivo.



# ÍNDICE

<b>AGRADECIMIENTOS</b>	iv
<b>RESUMEN</b>	vi
<b>SIGLAS</b>	xi
<b>INTRODUCCIÓN</b>	1
Lo que la tesis pretende mostrar	5
Estructura de la tesis	12
<b>APUNTES METODOLÓGICOS</b>	17
Observación participante	20
<i>Culto bautista en Tapachula</i>	23
<i>Paseo de la Virgen en Puerto Madero</i>	25
<i>Boda en “La Colonia”</i>	29
La etnografía	31
Análisis situacional	32
Estudios de caso e historias de vida	36
<b>CAPÍTULO I</b>	
<b>RELATOS, PAISAJES Y CONFIDENCIAS.</b>	
<b>UN PRÉSTAMO DEL DIARIO DE CAMPO</b>	39
<b>El Soconusco en cuatro actos</b>	40
<i>Acto 1: Cruzando el camino costero</i>	41
<i>Acto 2: Atravesando la Sierra</i>	43
<i>Acto 3: Navegando de puerto en puerto</i>	45
<i>Acto 4: Cruzando el Suchiate</i>	47
<b>El gobernador que (siempre) llega tarde</b>	52
<b>Muerte o vida de “Liliana”</b>	55
<b>Cómo conseguir acta mexicana en un día</b>	69
<b>La presidenta que se creía dueña</b>	72
<b>De drogas y tabúes</b>	77
<b>CAPÍTULO II</b>	
<b>POSIBILIDAD DE UN MARCO TEÓRICO</b>	
<b>PARA LAS MIGRACIONES CENTROAMERICANAS EN EL SOCONUSCO</b>	81
<b>La migración como proceso social</b>	86
<b>La migración y los procesos de transformación social</b>	89
<b>La migración y sus tensiones inherentes</b>	102
<b>La migración y las relaciones de poder</b>	104

<b>La fragmentación de la sociedad centroamericana</b>	110
<b>CAPÍTULO III</b>	
<b>LOS IRES Y VENIRES CENTROAMERICANOS EN EL SOCONUSCO</b>	122
<b>El Soconusco, tránsito y destino</b>	122
<b>CAPÍTULO IV</b>	
<b>PUERTO MADERO EN SU CONTEXTO FRONTERIZO</b>	153
<b>Migrantes en ruta: Andando los caminos del Soconusco</b>	153
<i>El camino costero</i>	156
<i>El camino de la Sierra</i>	159
<i>El camino del Puerto</i>	160
<i>El camino del Río</i>	161
<b>De San Benito a Puerto Chiapas, pasando por Puerto Madero</b>	164
<b>CAPÍTULO V</b>	
<b>HACIENDO DESTINO AL ANDAR:</b>	
<b>CONTINGENCIAS E INCERTIDUMBRE EN EL CAMINO</b>	183
<b>“Blanca”: Persiguiendo un norte difuso</b>	186
<b>“Pedro”: Buscando otros mares</b>	191
<i>De la bonanza a la crisis</i>	192
<i>Tras la buena pesca</i>	194
<b>“Moisés”: Negociando identidades</b>	196
<i>De tres nombres, uno</i>	199
<i>30 años en la clandestinidad</i>	201
<i>“Pinches guanacos, pinches cachucos”</i>	209
<b>“Ana”: Tanteando la vida</b>	211
<i>Vidas atribuladas</i>	212
<i>El miedo como motor</i>	214
<i>Al destino no se llega de la noche a la mañana</i>	217
<b>CAPÍTULO VI</b>	
<b>EL PUERTO COMO ÚLTIMO REFUGIO O POR QUÉ</b>	
<b>NO SE ORGANIZAN LOS CENTROAMERICANOS</b>	222
<b>“Blanca”: Trata <i>de facto</i></b>	224
<i>Un éxito labrado con el tiempo</i>	227
<i>Construyendo redes</i>	230
<b>“Pedro”: Solidaridades erosionadas</b>	234
<i>Violencia doméstica</i>	240
<i>Por ser extranjeros</i>	241
<b>“Isabel”: Sin papeles mexicanos no hay Oportunidades</b>	242

<b>“Soledad”</b> : Cuando el sustento se ve amenazado	247
<b>“Ana”</b> : Confrontando los valores más íntimos	252
<i>Tres historias, tres proposiciones, tres diálogos</i>	254
<b>CONCLUSIONES GENERALES Y CONSIDERACIONES FINALES</b>	263
<b>ANEXOS</b>	269
<b>1. Cuadros</b>	
<b>Cuadro 1</b> : Trabajadores temporales guatemaltecos documentados con FMVA (1999-2007).	269
<b>Cuadro 2</b> : Expedición de Formas Migratorias de Trabajador Fronterizo (FMTF) para Guatemala, según sector de actividad y lugares de expedición seleccionados, 2010.	269
<b>Cuadro 3</b> : Una década de contención de los flujos migratorios. Eventos de aseguramiento de centroamericanos indocumentados en México, según nacionalidad (1999-2009).	270
<b>Cuadro 4</b> : Principales rutas de entrada a México.	271
<b>2. Mapas</b>	272
<b>Mapa 1</b> : Triángulo Norte de Centroamérica, México y frontera sur de Estados Unidos.	272
<b>Mapa 2</b> : Triángulo Norte de Centroamérica y estados de la frontera sur de México.	273
<b>Mapa 3</b> : Frontera Guatemala-México. Principales vías de comunicación y rutas migratorias.	274
<b>Mapa 4</b> : El Salvador: principales localidades y ciudades capitales próximas.	275
<b>Mapa 5</b> : El Salvador: región occidental (Ahuachapán Santa Ana y Sonsonate).	276
<b>Mapa 6</b> : Región fronteriza Soconusco-San Marcos.	277
<b>Mapa 7</b> : Los caminos del Soconusco.	278
<b>Mapa 8</b> : El Camino del Puerto: Tapachula y Puerto Madero.	279
<b>Mapa 9</b> : Puerto Madero y Puerto Chiapas.	280
<b>Mapa 10</b> : Puerto Madero, puntos de referencia.	281
<b>3. Evolución del proceso de investigación</b>	282
<b>REFERENCIAS</b>	295
<b>1. Bibliografía</b>	295
<b>2. Notas de prensa (En orden de aparición)</b>	308
<b>3. Documentales</b>	310

## SIGLAS

<b>AC</b>	Asociación Civil, según la legislación mexicana.
<b>ACNUR</b>	Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados.
<b>CA-2</b>	Carretera Centroamericana 2, Del Litoral (El Salvador) o Del Pacífico (Guatemala).
<b>CA-4</b>	Convenio Centroamericano de Libre Tránsito de los nacionales de Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua.
<b>CASEDE</b>	Colectivo de Análisis de la Seguridad con Democracia, A.C., México.
<b>CDHFMC</b>	Centro de Derechos Humanos “Fray Matías de Córdova”, Tapachula.
<b>CEMCA</b>	Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
<b>CEPAL</b>	Comisión Económica para América Latina.
<b>CESMECA</b>	Centro de Estudios Superiores sobre México y Centroamérica, San Cristóbal de Las Casas.
<b>CETMAR</b>	Centro de Estudios Tecnológicos del Mar, Puerto Madero.
<b>CIDH</b>	Comisión Interamericana de Derechos Humanos.
<b>CIESAS</b>	Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
<b>CIRMA</b>	Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, Guatemala.
<b>CNDH</b>	Comisión Nacional de los Derechos Humanos, México.
<b>COBACH</b>	Colegio de Bachilleres de Chiapas.
<b>COLMEX</b>	El Colegio de México, A.C.
<b>COLMICH</b>	El Colegio de Michoacán, A.C.
<b>COLSAN</b>	El Colegio de San Luis, A.C.
<b>COMAR</b>	Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados.
<b>CONACULTA</b>	Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
<b>CONACYT</b>	Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

<b>CONAPO</b>	Consejo Nacional de Población, México.
<b>CONCULTURA</b>	Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, El Salvador.
<b>CONECULTA</b>	Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas.
<b>CSJ</b>	Corte Suprema de Justicia, El Salvador.
<b>DUI</b>	Documento Único de Identidad, El Salvador.
<b>ECOSUR</b>	El Colegio de la Frontera Sur.
<b>EEUU</b>	Estados Unidos de América.
<b>EZLN</b>	Ejército Zapatista de Liberación Nacional, México.
<b>FCE</b>	Fondo de Cultura Económica.
<b>FLACSO</b>	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
<b>FM2</b>	Forma Migratoria 2 ó del Inmigrante.
<b>FM3</b>	Forma Migratoria 3 ó del No Inmigrante.
<b>FMI</b>	Forma Migratoria del Inmigrante (Según la reforma de 2011).
<b>FMLN</b>	Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, El Salvador.
<b>FMVL</b>	Forma Migratoria de Visitante Agrícola.
<b>FMTF</b>	Forma Migratoria de Trabajador Fronterizo.
<b>FPL</b>	Fuerzas Populares de Liberación, El Salvador.
<b>IAP</b>	Institución de Asistencia Privada, según la legislación mexicana. Por ejemplo, Sin Fronteras, I.A.P.
<b>IML</b>	Instituto de Medicina Legal, El Salvador.
<b>INAH</b>	Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
<b>INEGI</b>	Instituto Nacional de Estadísticas y Geografía, México.
<b>INM</b>	Instituto Nacional de Migración.
<b>INSYDE</b>	Instituto para la Seguridad y la Democracia, A.C., México.
<b>ITESO</b>	Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
<b>MS-13</b>	Mara Salvatrucha-13.
<b>NNA</b>	Niños, niñas y adolescentes.
<b>ODECA</b>	Organización de Estados Centroamericanos.
<b>OIM</b>	Organización Internacional para las Migraciones.
<b>ONU</b>	Organización de las Naciones Unidas.

<b>PCS-CAMEX</b>	Consejería en Proyectos-Centroamérica y México, por sus siglas en inglés.
<b>PNC</b>	Policía Nacional Civil, El Salvador y Guatemala.
<b>PNUD</b>	Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
<b>SEDESOL</b>	Secretaría para el Desarrollo Social, México.
<b>SEGOB</b>	Secretaría de Gobernación, México.
<b>SRE</b>	Secretaría de Relaciones Exteriores, México.
<b>SICA</b>	Sistema de la Integración Centroamericana.
<b>TELECOMM</b>	Telecomunicaciones de México.
<b>TPS</b>	Estatus de Protección Temporal, por sus siglas en inglés, Estados Unidos de América.
<b>UAM</b>	Universidad Autónoma Metropolitana.
<b>UCA</b>	Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”.
<b>UCI</b>	Unidad de Cuidados Intensivos, hospital regional de Tapachula.
<b>UNACH</b>	Universidad Autónoma de Chiapas.
<b>UNAM</b>	Universidad Nacional Autónoma de México.
<b>UNICACH</b>	Universidad de Ciencias y Artes del estado de Chiapas.

# INTRODUCCIÓN

“El que se queda en el camino ya no regresa a su casa... ya no regresa”

NOÉ, *Asalto al sueño*.

Esta tesis versa sobre la migración centroamericana que transita y llega a quedarse al sur de México. Destino y tránsito, a una. Lo cierto es que muy poco sabemos sobre esto último; es decir, sobre lo que sucede mientras los migrantes se dirigen hacia los lugares de destino. El conocimiento generado desde las ciencias sociales se ha enfocado en las dinámicas ocurridas en los sitios de destino y en los lugares de origen. Así ha sido en Centroamérica y particularmente en El Salvador, porque el destino se identifica con remesas y, el origen, con pobreza. Lo que sabemos del tránsito proviene, sobre todo, de fuentes periodísticas y de informes de organismos defensores de los migrantes. La gente misma no habla del tránsito porque allí pasan cosas de las que no es agradable hablar. Todos lo sabemos o lo imaginamos, pero lo esquivamos tras la primera oportunidad. Hemos convertido al tránsito en un tabú; lo hemos metido al baúl de lo inefable, porque lo que duele no siempre puede contarse, como cuando a las víctimas del crimen organizado e incluso a los mismos defensores de migrantes e investigadores sociales se les corta la voz al hablar de cientos de casos de agresiones y violaciones a los derechos humanos.

Sin embargo, el tránsito nos dice tanto de nuestro proceso migratorio como el origen y el destino. El tránsito marca los itinerarios de la gente, tanto así que muchos terminan abandonando sus planes originales de cruzar la frontera entre México y Estados Unidos y acaban quedándose en el camino. Si bien se quedan a lo largo y ancho de toda la geografía mexicana, la región fronteriza del sur es un lugar recurrente entre la gente de Centroamérica que no ha logrado hacerse de los servicios de un buen coyote o que se quedó sin dinero, que sufrió un accidente grave que le imposibilitó continuar su viaje o que, como en el caso de Noé, aquel personaje salvadoreño del documental de Uli Stelzner, *Asalto al sueño*, se consumió por la difícil experiencia migratoria.

No obstante, el tránsito existe y nos dice más de lo que le hemos autorizado a decirnos. Nos diría tanto, porque en las situaciones más vulnerables de nuestra vida es cuando mostramos nuestra verdadera cara. Y el tránsito es eso, es vulnerabilidad; es la suspensión de todo juicio; es el sitio, mejor dicho, el no-lugar (Augé, 1993) en donde, incluso, nuestros valores más íntimos son puestos a prueba; es donde las situaciones límite nos obligan a tomar decisiones insospechadas. El tránsito es el escenario perfecto para las transformaciones. Salimos siendo una persona y llegamos siendo otra. Emigrar es cambiar y el tránsito es como el gran túnel en donde quedan desparramados los viejos harapos, en donde nos despojamos de nuestros pellejos.

En el tránsito, algunas amigas de “Liliana”, mesera salvadoreña que había emigrado a la principal localidad chiapaneca en la que tuvo su centro etnográfico este trabajo, Puerto Madero, tuvieron que confrontarse con sus valores más íntimos y debieron abrazar el que todos señalan como el oficio más antiguo del mundo. “Moisés”, un campesino salvadoreño que hace 30 años tuvo que correr por su vida en el marco de la guerra interna que desangró a El Salvador, justo cuando iniciaba el torrente migratorio en este país, tuvo que negar su identidad y cambiarse de nombre dos veces, una vez en Guatemala y otra en Chiapas, donde ahora sobrevive apartado de aquello que los antropólogos han llamado redes sociales. Cualquiera que conozca y escuche encantadamente a Moisés coincidiría en que pocos hombres y mujeres aman tanto a su país y a su gente como este campesino, quien encarna una de las historias de vida que le imprimen vitalidad a esta tesis.

Como la historia de Moisés, las de “Jacob”, “Raquel”, “Dina”, “Benjamín”, “Sara”, “Amalia”, “Isabel”, “Silvia”, “Ana”, “Cecilia”, “Alberto”, “María”, “Jasmine”, “Dolores”, “Blanca”, “Juan”, “Rosa”, “Pedro”, “Magdalena”, “Andrés”, “Rafael” y “Marta” –casi todos nombres bíblicos, como debe ser en gente que amarra sus esperanzas de vivir mejor a una profunda fe– son la fuente más importante de esta tesis. Moisés se vio obligado a renegar de su origen nacional en plena huida, sólo para sobrevivir, pero nadie puede acusarlo de olvidar sus orígenes y de dejar de amar su tierra, pese a que no haya vuelto a poner un pie en ella desde que la dejó atrás hace 30 años. No lo ha hecho porque no quiera, sino porque sus limitados



recursos se lo impiden. Los investigadores sí nos hemos olvidado de los hombres y mujeres que, como Moisés, debieron salir en aquellas “guindas”<sup>1</sup> anónimas, cobijadas sólo por la noche, corriendo por los montes, sin la protección de ningún organismo nacional o internacional.

Esta tesis debe ser vista, acaso, como un pequeño gesto que persigue sacar del anonimato a unos migrantes, pese a que no revele sus verdaderos nombres, en el intento de no interferir en sus vidas y proteger sus identidades. Sus nombres han sido sustituidos, en su mayoría, por nombres bíblicos, pues la profunda fe que destila de sus relatos y su arraigada adscripción religiosa a distintos credos cristianos autorizan la suficiente autoridad para hacerlo. Menudo problema ético al que nos hemos enfrascado al querer visibilizar a unos migrantes que no quieren ser vistos porque, en el transcurso de sus vidas, nadie nunca ha mirado hacia ellos. Hoy, cientos de anónimos, hombres y mujeres sin nombre y apellidos, siguen saliendo de los países centroamericanos y siguen caminando sin detenerse, como escribiera en poesía hace años ya el viejo Pedro Geoffroy Rivas en *Los nietos del jaguar* (1996). Cientos de centroamericanos son arrojados a un tránsito tan real como el origen y el destino. Pues bien, la región fronteriza del sur de México es tránsito, pero también es destino.

Una de las consecuencias de que el sur de México esté en la ruta de los salvadoreños y demás centroamericanos que emigran hacia el norte del continente es que, como insistiremos y explicaremos en esta tesis, muchos de ellos se queden en el camino. El tránsito puede prolongarse tanto en el tiempo que termina convirtiéndose en un destino quizás no planificado, pero preferible a las pésimas

---

<sup>1</sup> En el contexto del conflicto armado salvadoreño, las “guindas” fueron los desplazamientos masivos de campesinos huyendo por los montes de los operativos militares que tenían como objetivo sus comunidades. En no pocas ocasiones, la guinda fue el único medio para escapar de las masacres que ocurrieron en distintas zonas rurales de El Salvador, desde principios de los años ochenta. Para José Rutilio Quezada, escritor salvadoreño que llevó este tema a una de sus más importantes novelas, la guinda es simplemente “huida, desparpajo” (Ver, Quezada, José R, *La última guinda*, Clásicos Roxsil, El Salvador, 2012, p. 7). Tatiana Huezo, cineasta salvadoreña-mexicana, llevó la experiencia colectiva de la guinda entre los habitantes de Cinquera, en el departamento de Cabañas, hasta el documental *El lugar más pequeño* (2011). De acuerdo a la sinopsis del mismo, se trata de “una historia que habla de la capacidad que tiene el ser humano de levantarse, de reconstruirse, de reinventarse después de haber vivido algo terrible” Nada más cercano al espíritu que alienta esta tesis. (Ver, “El lugar más pequeño”, *ContraACultura*, 20 de abril de 2011: <http://www.contracultura.com.sv/el-lugar-mas-pequeno>)

condiciones de vida que prevalecían en el país de origen. Muchas mujeres centroamericanas, por ejemplo, demoran meses mientras se emplean en negocios o cantinas de ciudades guatemaltecas y chiapanecas, hasta quedarse en algunas de éstas. Muchos migrantes abandonan sus proyectos de arribar a Estados Unidos porque el norte imaginario ha comenzado a desplazarse cientos de kilómetros hacia el sur, al lado mexicano de la frontera que tiene México con Guatemala. Allí encuentran la seguridad que echaban de menos en sus países o lo necesario para el sustento.

Incluso podemos hablar de un paso intermedio, entre transitar y quedarse. Alejandro Solalinde, implacable defensor de los migrantes centroamericanos en México, nos ha hablado de los “atorados”,<sup>2</sup> que en Tapachula les llaman “rezagados”. Estos migrantes han llegado a quedarse en una especie de limbo migratorio: no están ni en el origen negado (Centroamérica) ni han llegado al destino esperado (Estados Unidos). No pueden llegar, pero tampoco quieren regresar. No les queda de otra. Huyen de sus países por muchas razones, pero les es imposible continuar su viaje. Algunos se quedan cerca de las vías del tren o de las estaciones de buses, otros en los alrededores de los albergues o casas de migrantes, donde son presa fácil del crimen organizado, que ha construido en torno de ellos una verdadera industria del secuestro y la extorsión o, lo que no es menos delicado, una fuente perenne de mano de obra barata y dispuesta a hacer lo que sea para no volver hacia atrás. Quizás estemos hablando de una minoría de este flujo. Volviendo al caso de Noé, la película de Stelzner nos muestra cómo el salvadoreño se queda rezagado en Tecún Umán, al lado guatemalteco de la frontera, donde sería asesinado semanas después de su último encuentro. En la última escena de la película se logra ver a un Noé venido a menos, consumido por el tránsito demorado. Pero en una imagen anterior, un grupo de al menos ocho centroamericanos continúa su viaje, encaramados a la bestia, el tren de carga. Ocho siguiendo y uno quedándose. No tenemos números exactos y quizás nunca los tengamos. Lo que sí sabemos, y allí reside el principal aporte de esta tesis, es que la

---

<sup>2</sup> Alejandro Solalinde Guerra, “Asistencia humanitaria a migrantes en tránsito”, ponencia presentada en la *Séptima Semana del Migrante*, Universidad Tecnológica de El Salvador, 3 de septiembre de 2012.

gente se queda: el tránsito es relativo en el tiempo, el espacio y el territorio; el tránsito –por qué no decirlo– se convierte en destino. Veamos, ahora en su conjunto, el aporte de la tesis.

### **Lo que la tesis pretende mostrar**

La tesis pretende mostrar varias cosas. Primero y fundamental, que el abandono del proyecto de alcanzar la frontera norte mexicana y quedarse en el tránsito migratorio está asociada tanto a elementos voluntarios como a factores que provienen de constreñimientos estructurales, por lo cual esto ni obedece siempre a cálculos racionales ni a decisiones conscientes. En este sentido y en términos analíticos, se pretende hacer referencia a un momento previo a la acción, entendido como el rango, el marco, la gama de opciones de las que disponen las personas migrantes desde el momento en que salen de su tierra y se encuentran en el tránsito migratorio; se trata, en definitiva, de los márgenes de calculabilidad (Villarreal, 2009: 135) , es decir, los elementos que la gente puede justipreciar en la toma de una decisión tan trascendental en su trayectoria migratoria, como lo es abandonar su proyecto inicial de llegar a Estados Unidos o salir de los lugares de origen.

Lo que se hace en el orden analítico no es otra cosa que distinguir y preparar el camino para la consideración de la acción o práctica que tiene que ver con el concepto de actor social: la gente opera dentro de ciertos márgenes de acción. Esto tiene que ver, en definitiva, con los caminos que los migrantes toman o pueden tomar y qué trayectorias son accesibles a ellos. Lo que pretende analizarse a partir de este marco es el proceso constante de acomodados y reacomodos, ajustes y reajustes en las trayectorias migratorias de la gente.

Lo anterior debe basarse en la consideración de que las trayectorias migratorias de la gente que emigra desde las márgenes de la fragmentada sociedad centroamericana están marcadas por la precariedad, lo que limita la gama de posibilidades, es decir, estrecha los márgenes de calculabilidad. En estas trayectorias la norma parece ser un viaje no planificado, motivado por situaciones insostenibles en el lugar de origen, lo que abre a una mayor participación del elemento contingencial en el viaje. La llegada a los sitios de destino –hecho que

pudo no ser planificado—es hasta cierto punto circunstancial, desde el punto de vista de las motivaciones; no obstante, el hecho cobra significado al analizar el contexto del origen y el del tránsito/destino. Lo que pretende hacer esta tesis, siguiendo esta lógica, es poner en relación esos contextos con las historias de los protagonistas de los procesos migratorios.

De este modo, la gente que emigra con carencias en términos financieros y de una serie de recursos y soportes sociales está expuesta a que lo contingencial acabe definiendo o tenga mayor participación en dichas trayectorias. Aquí lo contingente se utiliza en su sentido más amplio y llano: se refiere a la imprevisibilidad y la eventualidad, a que cualquier situación, pernicioso o favorable, pueda presentarse a las personas migrantes durante su viaje o estadía. Puerto Madero, por ejemplo, aparece como un destino incluso no deseado, pero preferible a situaciones insostenibles —violencia conyugal, violencia social, crisis económica, etc. —, en las sociedades centroamericanas de origen, marcadas por graves fracturas sociales, económicas, políticas, culturales y medioambientales. Puerto Madero, siguiendo esta idea, figuraría como un destino provisional para “Jacob”, el nicaragüense que emigró de su país con su familia, buscando llegar a una localidad del estado de Veracruz, como se reseña en el capítulo I (Relato 4: Cruzando el Suchiate). Nunca pensó ni planeó quedarse allí, pero después de tres años había prolongado su estancia en este sitio en el que únicamente había considerado permanecer mientras ahorraba el suficiente dinero para continuar su viaje.

En otro ejemplo, buena parte de las mujeres centroamericanas que se emplean en bares, cantinas, centros botaneros y restaurantes del Soconusco han emigrado no tanto con el objetivo de emplearse en estos lugares —incluyendo, claro está, a las que han caído en las redes de trata de personas—, sino que emigraron de sus países huyendo de situaciones insostenibles, la mayoría de ellas relacionadas con episodios de violencia sexual y conyugal y han tenido que insertarse en el mercado laboral local con lo que pueden. El caso de “Blanca”, una mujer emprendedora que vive en Puerto Madero desde el año 2000 es similar. Su reseña está en el Capítulo V (Blanca: persiguiendo un norte difuso).

En segundo lugar, quiere mostrarse en la tesis cómo los marcos de calculabilidad y la acción social misma están siendo definidos por ciertos marcadores de diferenciación social, que tienen que ver con las percepciones y representaciones sociales que las poblaciones locales tienen hacia los migrantes y que estos últimos tienen sobre ellos mismos, lo cual desemboca en un proceso de etiquetamiento que abre ciertos espacios o cierra otros tantos (los laborales, por ejemplo), dependiendo del sitio en el que sea colocada la persona migrante. ¿De qué modo, por ejemplo, el racismo, la discriminación y la identidad pueden marcar los límites de la acción social?

Para atender a esta cuestión, es pertinente decir que desde inicios del siglo XX, pero con altibajos, la región de estudio ha sido un imán para un significativo contingente de mano de obra centroamericana –casi exclusivamente guatemalteca en las primeras décadas, luego salvadoreña, hondureña y nicaragüense— que vino a encontrar espacios laborales en algunas de sus localidades urbanas y rurales. Por otro lado y paralelamente, se iba incrementando el flujo de los migrantes en tránsito hacia Estados Unidos, mismo que se intensificó hacia los años ochenta y que no parece mermar hasta la actualidad. Así, la presencia de centroamericanos es de larga data en el Soconusco y otras regiones del sureste mexicano, por lo cual la interacción constante con los lugareños define la cotidianeidad desde antaño.

Si bien en alguna medida las relaciones sociales de la gente están marcadas por elementos identitarios de corte étnico –sobre todo entre una mayoría de tapachultecos que se asumen como mestizos y una minoría de trabajadores guatemaltecos (jornaleros agrícolas y trabajadoras domésticas) identificados como indígenas de diversos grupos mayas—, parece ser que el componente nacional tiene un mayor peso en la región, sobre todo en la esfera pública,<sup>3</sup> de tal suerte que cobra mayor significación ser hondureño, por ejemplo, que ser garífuna; ser nicaragüense que ser misquito; o ser salvadoreño que ser hablante de nahua pipil (Rivas, 2011: 13). Probablemente, en contextos laborales específicos como el del trabajo doméstico, los tapachultecos hagan una distinción basada en criterios étnicos, al

---

<sup>3</sup> De hecho no resulta arriesgado pensar que lo nacional tenga un peso muy determinante en las relaciones sociales a nivel público, pero que, en el ámbito más íntimo, ese peso disminuya, dando mayor participación a cuestiones generacionales y de género.

preferir emplear en sus viviendas a indígenas guatemaltecas por sobre las mestizas hondureñas o salvadoreñas, quienes son consideradas como las “quita maridos”, las que buscan dinero fácil y las que únicamente trabajarán por una temporada mientras reúnen los fondos suficientes para irse de Tapachula y reemprender su viaje hacia la frontera norte mexicana.

Como se verá en el capítulo V, a “Pedro”, un pescador salvadoreño que vive en Puerto Madero, le recomendaron al llegar a la localidad que no revelara su nacionalidad, debido a que nadie le querría dar trabajo sabiendo que él era salvadoreño, por la mala imagen que se tiene de los hombres salvadoreños en la localidad y prácticamente en todo el Soconusco.<sup>4</sup> Pedro se fue abriendo paso en la localidad prescindiendo de cualquier red de paisanaje o amistad.

Lo que en este punto se quiere mostrar y desmenuzar es cómo el entramado social ha soportado los procesos migratorios de la gente. Y es que, se insistirá en esta tesis, Chiapas se caracteriza por una presencia significativa de centroamericanos que va más allá de los flujos de migrantes en tránsito o transmigrantes. En otras palabras, muchas localidades chiapanecas, con predominancia en la región del Soconusco, son también sitios de destino de centroamericanos. Esto pudiera ser una manifestación no sólo de la cercanía geográfica, histórica y cultural con su vecina de Centroamérica (Castillo, 2002: 35; De Vos, 2002: 52; Rivas, 2010: 109), sino de la construcción de aquel entramado social que soporta estos flujos.

Si bien hay elementos que permiten identificar muestras de solidaridad<sup>5</sup> hacia los flujos de transmigración centroamericana –véase el caso de las casas de migrantes o de la práctica más cotidiana y de a pie que ayuda con alimento y agua

---

<sup>4</sup> De acuerdo al estudio “Percepciones sobre la migración en la frontera sur”, presentado en el 2008 en Tapachula, el 55% de los 600 entrevistados en esta ciudad dijo que las mujeres centroamericanas son mejor aceptadas para integrarse a la sociedad tapachulteca, frente a un 16% que contestó que los hombres. En la misma encuesta se preguntó a los entrevistados si consideraban que había migrantes de algún país en particular que fueran más conflictivos. El 49% contestó afirmativamente. Cuando se les preguntó de qué país creían que eran esos migrantes conflictivos, la respuesta fue así: El Salvador, 45%; Honduras, 33%; Guatemala, 15%; y Nicaragua, 6%.

<sup>5</sup> Véase el revelador documental *El tren de las moscas* (España, 2010), de Nieves Prieto Tassier y Fernando López Castillo, que muestra la cotidianidad de “Las Patronas”, un grupo de mujeres veracruzanas que brinda alimentos y agua a los migrantes que viajan a bordo del tren de carga: [http://www.eltrendelasmoscas.com/3\\_fic.html](http://www.eltrendelasmoscas.com/3_fic.html)

al migrante que lo necesita—, hay una percepción hasta cierto punto generalizada de que el migrante es el otro vulnerable del que debe sacarse provecho: desde el balsero que cobra más de lo debido al que con mochila al hombro intenta cruzar el Suchiate, hasta el asaltante y violador que se apuesta frente a su rancho en la ruta por un camino de extravío, la persona migrante es vista como una mercancía que debe ser explotada a toda costa.

Parece tratarse de una disposición social que también posibilitó las conexiones necesarias que, con el tiempo, dieron origen a redes criminales que se fueron volviendo más sofisticadas, transitando de estructuras más bien rudimentarias y fragmentarias a verdaderas corporaciones transnacionales que operan en distintos países de la región. Esa disposición, aunque no determina, sí refuerza desde la base, desde abajo, las operaciones del crimen organizado, uno de los actores clave de la realidad migratoria actual en México y Centroamérica. En localidades chiapanecas caracterizadas por la convivencia entre mexicanos y centroamericanos —como Puerto Madero y Tapachula, las localidades en donde centramos etnográficamente esta tesis—, aquella disposición encuentra su más lograda expresión en sentimientos y prácticas de discriminación y xenofobia.

Una parte importantísima de este entramado social que se aprovecha de la otredad extranjera centroamericana es, pues, la conformación de redes criminales —que a menudo aparecen fragmentadas debido a su carácter incipiente—, que ya se habían convertido en agresores y habían impuesto su ley en algunas regiones chiapanecas. Tal es el caso de las maras, que habían enseñoreado durante años la ruta ferroviaria de la costa en el Soconusco y que vieron afectado su nicho criminal luego de la devastación que provocara en el año 2005 la tormenta Stan —con la consecuente reconfiguración de las rutas migratorias— y luego de la aplicación de planes de seguridad a nivel estatal y federal, orientados a disminuir su ámbito de operación. Las maras, aunque de origen centroamericano, habían reclutado ya a jóvenes mexicanos y habían establecido pequeñas células en ciudades como Tapachula.

Por otro lado, mientras se hacía más fuerte la presencia del crimen organizado en la dinámica migratoria mexicana durante el sexenio de Felipe Calderón (2006-2012), los grupos de maras y las pequeñas bandas que operaban

en las rutas utilizadas por los migrantes han tendido a verse cooptadas por el crimen. Así pues, a los pequeños grupos locales les fueron impuestas cuotas para poder operar y les fueron restringidos los espacios de influencia, con lo cual acabaron siendo absorbidas por la estructura creciente del crimen organizado. No es que estos grupos pequeños hayan desaparecido del mapa de seguridad en Chiapas, sino que se han visto impelidos a adaptarse a las nuevas circunstancias.

Lo mismo ha sucedido con las redes tradicionales de tráfico y trata de personas que ya tenían sus operaciones en la región: el coyote, guía o pollero tradicional ha terminado subarrendando su servicio a la red del crimen organizado, encareciendo los costos e incrementando los riesgos. Quizás muchos actúen de forma independiente, pero en tramos muy cortos o en espacios muy reducidos. Lo que aquí se quiere destacar, en definitiva, es el entramado social que, para bien o para mal, soporta los procesos migratorios que tienen lugar tanto en el Soconusco como en otras regiones chiapanecas y del sur de México. Y, querámoslo o no, este proceso está signado por la inseguridad hacia los que emigran por la penumbra social.

Los estudios de caso revelan también lo que una localidad fronteriza mexicana en el sur significa para los centroamericanos, en términos de convivencia cotidiana. Lo fronterizo cobra especial relevancia, en tanto se introduce en los mundos de vida de la gente (Long, 2007). En las fronteras, más que en otros espacios sociales, parece ejercerse con más presión la nacionalidad –en este caso la mexicana–, lo cual provoca un constante distanciamiento hacia el “otro”, en un contexto en donde el otro por antonomasia es el centroamericano. De ahí que si bien es posible documentar dinámicas de convivencia armónica entre mexicanos y centroamericanos –en el ámbito doméstico y el religioso, por ejemplo, algunas veces en el laboral–, en la esfera pública predomina un extrañamiento y distanciamiento constantes y permanentes hacia Centroamérica y los centroamericanos, en una región que, paradójicamente, ha estado vinculada a estas naciones histórica y culturalmente, como queda reflejado en el capítulo III (El Soconusco, tránsito y destino). Este distanciamiento incluso se expresa en el



ámbito lingüístico: el centroamericano vosea; el tapachulteco tutea.<sup>6</sup> Curiosamente, en otras ciudades chiapanecas como Tuxtla Gutiérrez o Comitán no se da este extrañamiento lingüístico.

Por otro lado, y continuando con el desarrollo del argumento de esta tesis, hay que decir que los centroamericanos que viven en Puerto Madero y otras localidades chiapanecas fronterizas reproducen los esquemas de precariedad y fracturación social que los movió a salir de sus países. Si en algo se caracteriza Puerto Madero, por ejemplo, es por la triple marginación que padece: los porteños se sienten al margen de Tapachula, el centro de poder municipal próximo, ciudad que a su vez resiente el abandono de la capital del estado de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, desde donde no es extraño escuchar que la entidad chiapaneca no figura en las prioridades del gobierno federal. Digámoslo de una vez: Puerto Madero (su contexto, su dinámica, su vida cotidiana), ese lugar al que muchos centroamericanos recalaron en sus periplos migratorios, permite mostrar cómo migran los de abajo.

En los capítulos I, V y VI, por ejemplo, se muestran y discuten algunas dinámicas de convivencia en Puerto Madero como sitio de destino de migrantes centroamericanos en constante interacción con las poblaciones locales. Dichas dinámicas estarían marcadas por una relativa ausencia de las instituciones del Estado mexicano –lo cual, paradójicamente, se explica también por su carácter fronterizo–, lo que convierte a la localidad en un sitio donde la convivencia estaría signada por relaciones cotidianas de violencia en distintas manifestaciones. Un resultado de ello es que el tejido social –que es hilvanado al margen de aquellas instituciones o, en el mejor de los casos, entre los resquicios de las mismas– es sumamente frágil y compuesto únicamente para satisfacer mínimas necesidades sociales. Por ello Puerto Madero no destaca en la región por ser un lugar atractivo para vivir; por el contrario, la opacidad que le da el hecho de situarse en las márgenes del Estado mexicano lo convierte en una especie de refugio de gente que, precisamente, ha convivido siempre en las márgenes o, por diversos motivos, rehúye la institucionalidad estatal y social.

---

<sup>6</sup> La segunda persona del singular es usada como “vos” en Centroamérica, como en algunos países sudamericanos, a diferencia de casi todo México, donde se utiliza el “tú”.

Finalmente, se buscará explicar las razones por las que los centroamericanos que viven en Puerto Madero y Tapachula no alcanzan a emprender iniciativas comunitarias ni procesos organizativos que persigan una mejora en sus condiciones de vida ni el acceso a sus derechos elementales; mucho menos iniciativas que procuren el cambio social. Una primera explicación se desprende de lo analizado al final del capítulo II: dado que la mayoría proviene de situaciones de ruptura social (en el ámbito económico, político, cultural y medioambiental) esta condición se incrusta en los mundos de vida de la gente y es trasladada al sitio de destino, que también muestra sus propias rupturas. De este modo, las fracturas producidas y reproducidas terminan minando cualquier intento de reconocimiento y acción comunitaria u organizativa.

### **Estructura de la tesis**

La tesis se presenta en seis capítulos, precedidos de una introducción y seguidos de las conclusiones finales, siguiendo una estructura lógica procesual, en consonancia con la dinámica de los procesos migratorios. Al contexto del lugar de origen (final del capítulo II) le sigue el contexto de los sitios de tránsito y destino (capítulos III y IV), para culminar con la experiencia vivida del tránsito y el destino por parte de las personas migrantes (capítulos V y VI); finalmente, las conclusiones y la propuesta de una agenda de investigación. Posterior a la introducción se incluyen unos apuntes metodológicos que bien pueden soslayarse sin que se pierda el hilo de la argumentación, pero que arrojan algunas luces sobre las técnicas utilizadas para recabar la información que da sustento a esta tesis. Será el lector quien juzgue conveniente prescindir de ellos.

El capítulo I se compone de relatos escritos en primera persona, trasladados casi textualmente del diario de campo, con el ánimo de introducir al lector, desde un primer momento, en la trama de relaciones socioculturales vividas por las personas migrantes. El autor, pese a reconocer el riesgo de la subjetividad que implica un enfoque cualitativo centrado en las historias de vida, las entrevistas en profundidad y la observación participante, considera que aquellos relatos tienen un valor epistemológico en tanto que, en la línea de lo dicho anteriormente, escriben en minúsculas los grandes conceptos utilizados en los debates sobre la migración

internacional. El capítulo recoge, en consecuencia, seis relatos seleccionados del diario de campo –esta fuente de información que los antropólogos pocas veces sacan a la luz–, con la intención de introducir al lector en la trama de relaciones y significados sociales compartidos y contruidos por los migrantes y los habitantes de estas localidades fronterizas. Este es el principal objetivo del capítulo, que también, e irremediamente, pone en evidencia la posición del etnógrafo que participa de aquella construcción social.

Enseguida, el lector encontrará el capítulo II, en donde se apuntan algunas líneas con el ánimo de construir un sustento teórico a la presente investigación, como complemento al apartado metodológico abordado arriba. El capítulo parte del convencimiento de que es posible esbozar y sostener una perspectiva de análisis, un horizonte teórico desde el cual podamos aproximarnos al proceso migratorio centroamericano que ocurre en el sur de México, pero que bien pudiera servir como marco de un análisis más global. Dicho marco parte del supuesto de que los procesos migratorios no pueden soslayarse de las dinámicas sociales más amplias y que, por lo tanto, una perspectiva teórica sobre las migraciones no puede desentenderse de la teoría social en su conjunto. Se traza, en consecuencia, el andamiaje teórico que tiene en su base los conceptos de cambio social, actor social, fragmentación social, capital social y tejidos sociales, discutidos en las distintas partes de la tesis.

El capítulo III es una invitación a mirar a la región del Soconusco en Chiapas a través de las andaduras centroamericanas, en un intento por explicar que lo que vemos hoy tiene hondas raíces geográficas, históricas y culturales. La gente transita o se queda en esta región porque así lo ha hecho desde hace décadas, con el cuidado de tampoco resbalar en una posición esencialista para explicar estos procesos (Baumann, 2001). Es decir, no esperará el lector una explicación casi mitológica de los ires y venires centroamericanos en el Soconusco, como si éstos acusaran un origen ancestral, a partir del cual se desencadenaran las continuidades. Por el contrario, en consonancia con una perspectiva procesual de la cultura, de las identidades y de los procesos migratorios mismos, lo que encontrará el lector serán constantes luchas por parte de los centroamericanos para hacer suyo el territorio transitado o vivido, precisamente porque su presencia en la comarca no

siempre es bien recibida. La presencia centroamericana en el Soconusco debe ser vista, acaso, como un afán por garantizar nuevos espacios de supervivencia, en los saltos que los migrantes dan desde las grietas de sus sociedades.

La lógica se prolonga en el capítulo IV, el cual nos traslada, bajo la figura del caminante, a los senderos soconusquenses andados por los centroamericanos en esta indómita región.<sup>7</sup> Hay pocas figuras tan poderosas como la del caminante, que abre brecha en territorios ingobernables, pero permeables al mismo tiempo, lo cual se explica por las tensiones inherentes a los procesos migratorios. El Soconusco es visto como un territorio que a ratos se muestra inalcanzable, pero que cotidianamente es traspasado por los migrantes en sus andaduras. El capítulo se complementa con una caracterización etnográfica de Puerto Madero, realizada con el objetivo de ilustrar y situar temporal, espacial y territorialmente la vida cotidiana de las personas migrantes en interacción con las poblaciones locales. Debajo de esta detallada descripción –que el lector podrá soslayar si prefiere pasar de largo los detalles– subyace la idea de que se da una especie de reproducción social de las fracturas y fragmentaciones de las que vienen huyendo los centroamericanos: estos vienen a recalar, a fin de cuentas, en espacios igualmente fragmentados, sólo que identificados por otros colores en las banderas, con diferente ropaje estatal y con otros próceres y héroes. La fragmentación social se incrusta en la vida cotidiana de estos migrantes en el origen y se prolonga durante el tránsito y el destino temporal/definitivo.

No podíamos dejar de presentar las historias de vida de hombres y mujeres migrantes, que le dan vitalidad a esta tesis. Los capítulos V y VI están reservados para desarrollar el argumento de la tesis a partir de la vida de aquéllos o, mejor dicho, para presentar las trayectorias vitales de personas migrantes de carne y hueso y, como pretexto, sostener y defender una tesis. Porque en definitiva eso parecen ser las tesis doctorales de antropología: ilustramos la vida de las personas, presentamos situaciones sociales, describimos paisajes, recorremos los recovecos de localidades y pueblos y, con ello, –no con números ni con grandes

---

<sup>7</sup> “Indómito Soconusco”, tituló a esta región el Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas en su revista *Horas*. Ver, *Horas*. Arte y Literatura, No. 5 (julio-octubre de 2009), CONECULTA, Tuxtla Gutiérrez, México.

generalizaciones— nos enfrentamos a los grandes debates de las ciencias sociales. Esta tesis quedaría incompleta sin sus verdaderos protagonistas. La médula está en las vidas de estas personas y sus historias conforman, precisamente, la estructura de los últimos dos capítulos de la tesis.

El capítulo V nos muestra historias de migrantes que ejercen sus capacidades de movilizar los limitados recursos que les dejan las variadas rupturas, que actúan como pesados lastres en los procesos migratorios. Estos migrantes despliegan toda una suerte de estrategias, buscando, persiguiendo, negociando, tanteando, acciones ya anunciadas en los subtítulos de este apartado. En resumidas cuentas, el capítulo describe y explica la precariedad que define las trayectorias migratorias de la gente que emigra desde las márgenes de la fragmentada sociedad centroamericana. Se trata, en consecuencia, de trayectorias igualmente fragmentadas, truncadas, suspendidas en el tiempo y el espacio, pero vitales en su sentido más logrado: trayectorias de vida. Lo que habría que destacar de este capítulo es que las múltiples fragmentaciones que originan los procesos migratorios se incrustan en la vida de las personas y terminan marcando drásticamente sus trayectorias.

Finalmente, el capítulo VI se enfrenta al problema de la ausencia de iniciativas organizativas entre los salvadoreños y demás centroamericanos en estas localidades. Se enfatiza que distintas formas de violencia serían algunas de las fracturas que minan cualquier esfuerzo asociativo desde el origen de las trayectorias migratorias mismas, sumado a los elementos propios de un contexto hostil hacia la otredad extranjera centroamericana, en la línea de lo que se insiste en los anteriores precedentes. En las historias de vida, principal insumo de este capítulo como del anterior, se exponen situaciones como la que acá llamamos trata *de facto*, discriminación y envidias, erosión de la solidaridad, desconfianza hacia los salvadoreños, nulos apoyos gubernamentales, abuso de intermediarios y violencia doméstica. Por otro lado, y no menos importante, se desarrolla el argumento que sostiene que Puerto Madero se ha convertido en el último refugio de gente que persigue pasar desapercibida, otra de las posibles razones por las que no llegan a organizarse. No obstante, como queriendo cerrar con algo de esperanza,

se presenta la historia de Ana que encarna lo paradójico de este proceso migratorio: la posibilidad de una vida mejor saliendo de las cuatro paredes de una cantina.

## APUNTES METODOLÓGICOS

“...la regla de oro de cada científico social empírico: los informantes nunca se equivocan. Tienen razones para pensar lo que piensan. En la práctica eso significa que necesitamos estudiar sus posturas hasta que comprendamos los contextos de los temas sobre los que hablan.”

GERD BAUMANN, *El enigma multicultural*.

En lo que sigue se pretende aportar algunas notas para el marco metodológico, mostrando la aplicación de cinco técnicas cualitativas en tres momentos distintos, pero que acá aparecen entrelazados: el primero, la fase de recolección de los datos de campo, donde las técnicas fungieron como las herramientas para abordar el problema de investigación, apareciendo ya un primer registro que se movió en un nivel de análisis incipiente; el segundo, el cruce con lecturas y materiales complementarios (fuentes secundarias) realizado detrás del escritorio, donde operó un segundo ejercicio analítico, en orden de ir perfilando algún nivel de generalización; el tercero, la redacción de un producto final, (relectura del diario de campo, reescritura de notas, etnografía, relatos, historias de vida, etc.), forjado también desde una relativa distancia del campo, pero volviendo a este con alguna regularidad, y en donde se ha perseguido un nivel analítico más elaborado.

La tesis es el producto final de todo este proceso<sup>8</sup> que se prolongó entre 2009 y 2012 de la siguiente manera y en los siguientes espacios: A inicios de 2009, la investigación se hallaba en una fase de anteproyecto. Coincidiendo con los cursos y seminarios llevados en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social en Occidente (Guadalajara, Jalisco, México) se plantearon algunas hipótesis y se construyó una primera propuesta, tomando como base una

---

<sup>8</sup> Un recuento más detallado del proceso, que el lector interesado en cuestiones metodológicas podrá consultar, aparece en el apartado de “Anexos” (Evolución del proceso de investigación), donde también se muestran los cambios sufridos en el orden teórico.

primera estancia de campo realizada en el Soconusco entre septiembre de 2007 y enero de 2008.

En septiembre de 2009 dio inicio el trabajo de campo en diversas localidades soconusquense, hasta que, en noviembre de ese año, se tomó la decisión de centrar la investigación en Puerto Madero, atendiendo a la sugerencia de la entonces vicecónsul de El Salvador en Tapachula, Vilma Mendoza, quien hizo el nexo entre el investigador y los salvadoreños residentes en aquella localidad portuaria. El trabajo de campo se extendería hasta la primera mitad de 2011, con estancias intercaladas entre Puerto Madero, Tapachula y San Cristóbal de Las Casas, en el estado de Chiapas. Fue desde finales de 2010 que se da el difícil pero interesante y fructífero ejercicio de darle sentido a la vasta información recabada en el campo, bajo la tutoría de Magdalena Villarreal, quien siempre estuvo leyendo los diarios de campo y los avances. Al término de 2011 se le presenta al autor de esta tesis la oportunidad de regresar a El Salvador, incorporándose a una interesante dinámica laboral en el país de origen de las personas migrantes entre las que se hizo el trabajo de campo. Era inevitable tener, desde entonces, otra perspectiva de la investigación: ahora el investigador se instalaría en el origen, desde donde el tránsito y el destino se mira de otro modo. A lo largo de 2012, mientras se terminaba de escribir la tesis, el estudio se enriqueció con nuevas lecturas y se pudo hacer algunas visitas, por ejemplo, al Puerto de Acajutla, uno de los lugares de donde se originan los salvadoreños que se quedan a vivir en la costa chiapaneca. Es interesante que el paisaje y las dinámicas sociales de esta región salvadoreña, como la costa guatemalteca en el Pacífico, tengan tantas similitudes, con lo cual no le cuesta a uno entender cómo es que la gente termina quedándose a vivir en una región tan similar.

Pues bien, desde que la investigación se presentó como anteproyecto se indicó que la misma sería de corte cualitativo y, además, exploratorio: utilizaría técnicas específicas para recabar información que lograra ensayar, proponer y discutir algunas *razones* que explicaran ciertos fenómenos de los cuales prevalece alguna opacidad en el orden del conocimiento; es decir, se perseguiría adentrarse, sirviéndose de aquellas técnicas, en una trama de relaciones sociales relativamente desconocidas en un contexto intelectual particular, que es el del conocimiento



generado en torno a la inmigración y la migración en tránsito de salvadoreños y demás centroamericanos en el sureste mexicano.

Las razones se explican de muchos modos, pero cuando se trata “ir a la gente” e indagar sobre lo que los fenómenos sociales significan para los actores, nos movemos en los dominios de la tradición fenomenológica en filosofía y ciencias sociales, de la que se desprenden en buena medida los estudios cualitativos (Taylor y Bogdan, 1996: 16). Es pertinente aludir a este punto, en aras de la coherencia interna que debe haber entre metodología y teoría. Pues bien, esta última tiene como horizonte intelectual a la fenomenología;<sup>9</sup> más bien, reconoce que parte de esta corriente converge, entre otras tradiciones, en un construccionismo social (Berger y Luckmann, 2003; Long, 2007: 24), del cual es deudora la presente investigación.<sup>10</sup> Empero, no quiere sostenerse acá un determinismo entre teoría y metodología, de tal suerte que “el trabajo de campo etnográfico es guiado, pero no necesariamente determinado por la perspectiva teórica del antropólogo” (Van Velsen, 1978: 129).

De ahí que lo que se persiguió en la investigación doctoral haya sido no tanto la cuantificación de los centroamericanos o salvadoreños –en cuanto un segmento de la población local en el Soconusco–, sino lo que para ellos significa emigrar hacia una determinada localidad. Así las cosas, entre una gama de técnicas cualitativas, en esta investigación se han utilizado al menos cinco: historias de vida, entrevistas, análisis situacional, etnografía y observación participante. En lo que sigue se apuntarán algunas notas sobre cuatro de ellas. Comencemos con esta última.

---

<sup>9</sup> Escapa al alcance de estas líneas un análisis pormenorizado de la corriente fenomenológica; solo baste decir aquí que la fenomenología ha sido una de las tradiciones filosóficas más fructíferas a lo largo del siglo XX. En términos de una teoría del conocimiento, la fenomenología pretendió una vinculación mutua y dialéctica entre objetivismo (realismo) y subjetivismo, siendo Edmund Husserl su máximo exponente y teniendo entre sus seguidores a Martin Heidegger y Max Scheler (González, 2010: 98; Bengoa, 1997: 44; Hernández, 1996: 161). Las nociones de “mundo de vida” y “vida cotidiana” utilizadas en esta tesis encuentra su origen en esta tradición filosófica (Berger y Luckmann, 2003: 34).

<sup>10</sup> En la introducción a su famoso libro, Peter Berger y Thomas Luckmann (2003: 11) sostienen, como una de sus principales tesis, que “la realidad se construye socialmente”. Como el construccionismo social pudiera llegar a extremos, como bien lo ha señalado Hacking (2001), reconocemos, junto con Jacorzynski (2004: 9), una postura reconciliadora que se mantenga a distancia de las extremas.

### *Observación participante*

Podríamos convenir en que la observación participante o participativa es parte sustancial del trabajo de campo que hacen los antropólogos. No puede haber observación participante sin trabajo de campo o, lo que es lo mismo, no es posible hacer observación participante desde un escritorio, revisando, hoja tras hoja, una monografía sobre el lugar en cuestión. Aquella se hace en el sitio donde vive la gente e implica estancias prolongadas, de modo que permita una inserción del investigador en la trama de relaciones sociales, allí donde discurre la vida cotidiana de la gente. La técnica implica, ante todo, *observar*, con lo cual requiere el despliegue de todos los sentidos y habilidades del observador; requiere “la compenetración del investigador en una variedad de actividades durante un extenso periodo de tiempo que le permita observar a los miembros culturales en sus vidas diarias y participar en sus actividades para facilitar una mejor comprensión de esos comportamientos y actividades” (Kawulich, 2006: 21).

Vamos al punto del despliegue de los sentidos. Los colores, olores y sonidos de Puerto Madero podrían resultar peculiares. Si uno llega a la localidad durante los primeros meses del año, por ejemplo, podrá percibir los aromas que emanan de las plantaciones y procesadoras de mango, uno de los cultivos que brinda fuentes de empleo para la gente. Los sentidos del observador se excitarán también al presenciar las tareas que involucra la pesca del tiburón, una de las actividades que mayor bonanza económica ha acarreado a Puerto Madero, desde finales de los años sesenta: uno se sorprenderá de ver la pericia de los pescadores que se adentran al océano para extraer las especies o de percibir los olores que expelen las aletas secándose o el aceite de tiburón preparándose. El observador tampoco perderá de vista que los cuerpos sudados de los tricicleros y de las ayudantes en las tortillerías a pleno mediodía, así como las bolsas dibujadas bajo los ojos de los pescadores tras una intensa noche de pesca nos hablan de las extenuantes jornadas laborales de los migrantes. Observar –con todos los sentidos– nos permite formularnos algunas preguntas sobre la vida cotidiana de la gente:

“El conocimiento se obtiene a través de la visión, y la visión es una percepción directa, no mediada, de un mundo de objetos transparentes. En esta conceptualización se privilegia lo visible, y la escritura se pone entonces a su servicio. Ver es el origen del saber. Escribir es la reproducción, la transmisión y la comunicación del conocimiento obtenido mediante la experiencia (visual y visceral). (Scott, 2001: 45).

Para observar hay que situarse (Haraway, 1995: 313); hay que desplazarse y andar los caminos que anda la gente; conocer los recovecos que conducen a cada rincón de la localidad donde se hace el estudio. Obviamente esto tiene sus dificultades. La entrada y participación del observador en el grupo también está mediada por mecanismos de diferenciación social (Kawulich, 2006: 8). Para nuestro caso particular, la nacionalidad, el género, la edad, la ocupación y la clase social fueron definitivas para tener acceso o estar vetado a ciertos espacios. Mi condición de hombre, por ejemplo, confería ciertos elementos a considerar a la hora de ingresar a un centro botanero o cantina, dada la expectativa social hacia los hombres que ingresan a estos lugares; mi calidad de extranjero centroamericano tenía ciertas connotaciones en los encuentros con otros centroamericanos o con funcionarios mexicanos. Mi situación como “persona estudiada” —de quien se presumía que tenía garantizado algún ingreso económico mayor al mínimo mensual—también tenía sus implicaciones.

La observación está orientada, en definitiva, a comprender el escenario, el contexto social y su gente. Qué sea el contexto es de suyo un ingente problema. Si partimos de que la observación participante lo que persigue es un conocimiento de ese contexto, mediante descripciones detalladas, entonces nos acercamos a algunas ideas de Geertz, para quien el contexto --el “en” de aquella famosa frase: “los antropólogos no estudian aldeas, estudian *en* aldeas”—tiene, en primer lugar, una dimensión interpretativa, es decir, apunta a la trama de significaciones que posibilitan la vida social de un determinado grupo; en segundo lugar, el contexto tendría una ineludible dimensión local y no podía ser de otra manera, si la antropología misma ha sido “una de las disciplinas más apegadas a su territorio”, de modo que para el etnógrafo “que aborde la mecánica de unas ideas distantes, las

formas del conocimiento son siempre ineluctablemente locales, inseparables de su instrumental y de sus marcos de actuación” (Geertz, 1994: 12). Finalmente, el contexto sería equiparable a la cultura misma: “la cultura no es una entidad, algo a lo que puedan atribuirse de manera causal acontecimientos sociales, modos de conducta, instituciones o procesos sociales; cultura es un contexto dentro del cual pueden describirse todos esos fenómenos de manera inteligible, es decir, densa” (Geertz, 1989: 27).

Demos un paso más. Una vez que hubo una relativa familiaridad con el contexto y el necesario *rapport*,<sup>11</sup> la puerta de entrada a los ámbitos más íntimos y preciados de la gente (Dewalt y Dewalt, 1998: 267), fue menester participar en las actividades que realizan las personas, toda vez que dicha participación no fuera ni intrusiva (Taylor y Bogdan, 1996: 58) ni, por otro lado, absorbente, de tal modo que haya privado al observador el espacio necesario para distanciarse del campo estando en el campo, una tarea por demás difícil de lograr si no se goza de las condiciones necesarias para ello. Evidentemente, el observador se retira para escribir, leer, tratar de interpretar esta o aquella respuesta y para lo más elemental, como descansar y recuperarse de una jornada extenuante de trabajo.

Para el caso de esta investigación, fue una ganancia cuando se logró un espacio propio para descansar y trabajar durante las noches, algo que no era del todo posible cuando había cohabitación con la familia que tan hospitalariamente me recibió en Puerto Madero. El mismo grupo familiar se las arregló para brindarme un pequeño espacio propio dentro de los muros que circundan su parcela. Este espacio propio nunca se logró durante mi estancia en Tapachula y las actividades de escritura y análisis debieron hacerse con jocosas pláticas, partidos de fútbol televisados, música cristiana o diálogos de telenovela como telón de fondo. La clave del éxito de esta técnica parece residir en lograr un equilibrio: los

---

<sup>11</sup> Como bien apuntan Cortés *et al* (2008), la construcción del *rapport*, es decir, el clima de confianza que propicie el fluir de la información sobre los aspectos más relevantes de la investigación se comienza a realizar desde “el inicio del trabajo de campo a través de conversaciones informales y mucho antes de empezar a formular preguntas relacionadas con el tema a investigar [...] al igual que otros pasos del trabajo de campo etnográfico, demanda buenas dosis de espera (y paciencia), flexibilidad, disponibilidad para escuchar historias varias y sensibilidad en el trato con los informantes”.

antropólogos no son ni intrusos ni máquinas generadoras de información; son seres humanos viviendo entre seres humanos.

Tal parece que un momento importante de la observación participante es registrar –sea en el diario de campo, en notas en la libreta, grabaciones de audio o mediante fotografías– la experiencia de interacción entre la gente y cómo participa el observador en la trama social. Como tal, probablemente será imposible no escribir notas en primera persona, sobre todo cuando el observador se encuentra en la ardua tarea de darle significación al curso de la vida social de la gente. En esta tarea, como ya se ha apuntado, se despliegan los sentidos y las capacidades del observador, de modo que sus textos reflejen aquellos significados.

La observación participante implica entonces un conocimiento y un reconocimiento del contexto y los significados que de este tiene la gente. El elemento participativo le abre una puerta al observador para poder ganar confianza entre la gente y para adentrarse a aquellos significados que, tras la primera mirada, se tornarían quizás ininteligibles. Uno de los ámbitos que probablemente faciliten esta técnica es el religioso. Mediante esta ventana, el observador puede visualizar “desde fuera” la trama de significados sociales del ritual; si desea entrar y le es abierta la puerta, entonces podrá participar “desde dentro” de aquella significación construida socialmente. Lo religioso es clave, en tanto que “el etnógrafo debe prestar un cuidado esmerado a los eventos especiales, que serán diferentes de acuerdo con la naturaleza del grupo en estudio: una boda, un rito religioso, un juicio, una graduación, un torneo, un campeonato, una fiesta, un funeral, etc.” (Martínez, 2002: 64). He aquí unos ejemplos extraídos del diario de campo y apuntes en libreta:

### **Culto bautista en Tapachula**

“Rafael” y “Marta” me han citado a las 8 de la mañana para acompañarlos al culto hasta Tapachula. Llego puntual. Nos conduciremos en el auto viejo de una vecina, hermana bautista. Vamos un poco apretujados, pero me han cedido el asiento del copiloto. Han insistido en que lo tome. La iglesia está ubicada muy cerca de Tapachula, próxima al inmenso templo de La Luz del

Mundo, sobre la carretera que conecta a la capital regional con Puerto Madero. A nuestra llegada, pasadas las 9 de la mañana, hay pocos feligreses. Estos van llegando poco a poco. El culto habrá empezado como a las 10. Había quizás unas 100 personas. Nunca había estado en un culto bautista. Lo único que me desagradó de éste fue la altivez del pastor, que hablaba regañándonos a todos y, por otro lado, el intento de un aprendiz de pastor por obligarme a aceptar la doctrina bautista. En medio del culto, en un espacio donde se les permite hablar a los hermanos, Rafael pidió por mí, presentándose como “un licenciado de El Salvador”, que había decidido ingresar a la iglesia. La verdad es que no era ese mi objetivo. Acepté la invitación por acompañar a Rafael y Marta y conocer más sobre su vida.

El culto se habrá extendido por unas dos horas. Nos disponemos a retornar. Rafael ha insistido en que los vuelva a acompañar. Una de mis interrogantes era saber hasta qué punto los hermanos podrían apoyar a la pareja en caso de alguna necesidad, pero noté pocas señales de solidaridad entre éstos, ya que la mayoría provenía de distintas localidades. El mensaje del pastor más bien estuvo orientado al tema de la “pureza”, algo de lo que nadie quiere hablar, según su prédica. También reconocí en su mensaje algo de aquello que Max Weber llama la ética protestante, cuando el pastor insistía en que el éxito de los hermanos se mediría según las posesiones y el dinero que lograran acumular. El salto hacia la moral resultó automático en su prédica: según el pastor, los borrachos y visitantes asiduos de los prostíbulos no son bendecidos por Dios no tanto por sus malas obras –cosa en la que insistiría, por ejemplo, la doctrina católica–, sino porque gastan todo el dinero que podrían acumular en esos vicios. Uno de los puntos en que más discutí con el aprendiz que me quería convencer era sobre el punto que separa a católicos y protestantes, sobre la gracia de Dios y la fe con obras. En lo fundamental, he querido explorar cómo traducen y llevan a la práctica Rafael y Marta esta doctrina que enfatiza la posesión de bienes y la acumulación, como sinónimos de éxito.

El hogar compuesto por Rafael y Marta, esposos, ambos salvadoreños, ocupó mi interés al inicio del trabajo de campo en Puerto Madero. El caso ha sido sumamente útil en términos del conocimiento y en términos de acceso a otros

extranjeros, dado que la pareja es conocida en la localidad por la comida salvadoreña que Marta prepara. Participar en algunas actividades con la familia, como la narrada en el ejemplo, permitió inferir algunas cuestiones importantes, que tienen que ver con creencias, percepciones y representaciones. Por ejemplo, las creencias de raigambre protestante de Rafael y Marta sobre la acumulación y el lucro, y ciertas percepciones morales hacia las llamadas “mujeres de bar”, elementos que se reproducen en el culto religioso bautista. En otro episodio no narrado acá por cuestiones de espacio, se muestra cómo en una comida convocada por Rafael y Marta, ellos reafirman dos cuestiones: primero, la amistad con los hermanos bautistas; segundo, cierto estatus y prestigio social al convidar a su mesa –situada a la orilla del camino, a la vista de todos los transeúntes– a un nutrido grupo de comensales.

### **Paseo de la Virgen en Puerto Madero**

A unos 25 metros de la palapa [tiburonera] de Manuel Valle hay una pequeña capilla dedicada a la Virgen de Guadalupe. La imagen que se encuentra allí es la que de hecho será subida a la lancha que encabezará el recorrido. Este inicia en los terrenos de Valle. La gente que va llegando pasa a saludar al hombre y acto seguido se dirige a la capilla, a la espera de que inicie oficialmente la actividad. Saludan a Valle, líder indiscutible en esta zona, y a la Virgen, la patrona de la ermita. Son pasadas las 10 de la mañana y aún no comienza la actividad. Será hasta las 11 que algunas personas comenzarán a bajar al embarcadero y se dispongan a abordar las lanchas. Un hombre corpulento carga la imagen religiosa como si llevara cualquier bulto y la traslada desde la capilla hasta una lancha especialmente acomodada para ella. No hay ningún acto ritual en dicho traslado. Tampoco hay cánticos ni oraciones. La gente sube a las lanchas como que van a un paseo. Un hombre joven es el capitán de una de las lanchas y este nos invita a abordar la suya: “¿Van a pasear muchachos?”, nos dice. Me acompaño de mi amigo nicaragüense, Jacob. Le contestamos afirmativamente.

Casi todas las lanchas han sido abordadas y la nuestra es de las últimas en salir. Ahora miráramos hacia delante, hacia el mar. Por fin

estábamos a bordo de la lancha y a lo que habíamos ido. Cada una de las 12 lanchas de Valle llevaba unas 10 personas. La nuestra, “Tiburón 5”, llevaba a bordo unas 15 personas, por lo que tuvieron que pasarse a otra unas cuantas, antes de emprender el recorrido. Allí me enteré de que Valle financia buena parte de la actividad. Cada lancha lleva un bidón de gasolina, que en el mercado cuesta unos 500 pesos –en el año 2009–, además de la pólvora que es quemada en el recorrido. Este se extiende, aproximadamente, por el lapso de una hora. Haciendo las operaciones respectivas, calculo que el patrón gasta unos 250 pesos por lancha, entre gasolina y pólvora. Además de que ese día no saldrán a trabajar los pescadores, dado que se respeta la festividad. Ese es quizás el único gesto devocional que observé dentro del llamado “Paseo de la Virgen”.

El recorrido comienza desde el pequeño embarcadero de Manuel Valle. Cuando las lanchas han encendido sus motores, se unen otras cuatro que son propiedad de otro permisionario. Estas salen del canal interior que sirve de límite en Puerto Madero y están mejor adornadas, con globos de colores alusivos a la bandera mexicana y palmas. Ahora el recorrido la componen 16 lanchas, incluida la que lleva a bordo la imagen religiosa y que lidera la actividad. El recorrido es el siguiente. Saliendo del pequeño embarcadero, las lanchas se dirigen hacia la zona naval, en donde se encuentran los barcos de tamaño intermedio, los camareros. Esa es la parte más sucia de la bahía, según Jacob, quien trabaja allí. Las lanchas recorren toda la zona y regresan al área dragada, por donde ingresan los grandes cruceros que visitan Puerto Chiapas. Luego empieza la salida de la bahía, siguiendo Las Escolleras, para dirigirse al mar abierto, pero a una distancia no mayor de 300 metros de la costa. Las olas ahora son más grandes, pero nada que turbe nuestros organismos desacostumbrados al mar abierto.

A este punto, la ceremonia consistirá en pasear la imagen hasta llegar a las cercanías de la playa San Benito, a unos 3 kilómetros al noroeste de Las Escolleras. En el recorrido, los lancheros se intercalan para quemar la pólvora colgada desde varas de otate de unos tres metros de altura. Algunos, ciertamente unos pocos, cantan de vez en cuando cánticos marianos. Una mujer es la única que grita “¡Viva la Virgen de Guadalupe!”, acto seguido al que aplaude y es secundada por algunos de los presentes. No



veo muchas muestras de devoción. En la lancha donde me conduzco, por ejemplo, sólo vamos cuatro hombres: el conductor, un adolescente, Jacob y yo. El resto son mujeres y niños. Un bebé de cinco meses, Cristian, va ataviado con un paliacate [pañoleta] rojo y un trajecito de manta, con una imagen de la Virgen de Guadalupe en el pecho. No parece ir muy cómodo. Su madre lo amamanta en el recorrido. Una mujer mayor va fumándose un cigarrillo y su hija se lo quita bruscamente: está sentada a unos centímetros del bidón de gasolina.

En otra de las lanchas, varios hombres van tomando cerveza y mostrando las latas a todos los presentes. Muchos van bromeando. Otra lancha sólo ha sido abordada por jovencitos y el que la conduce alardea de su hombría al hacerla correr y hacer piruetas con la misma. No se respira ningún aire ritual religioso, más allá del significado lúdico de salir a pasear en lancha, algo que parece estar reservado sólo para los hombres durante los restantes 364 días del año. No observo a ninguno de los extranjeros que he visto en las reuniones en casa de Viliulfo Pérez, por lo que presumo que esta actividad está también reservada para la gente de acá.<sup>12</sup> Viliulfo, conocido localmente como Vilo, me dijo luego que muchos de los lancheros son extranjeros, aunque ya hablan como porteños y terminaron mimetizándose entre aquellos. No se presentan ya como extranjeros.

El siguiente momento significativo del recorrido es la parada de todas las lanchas, enfrente de la iglesia de San Benito. Al fondo, con la interrupción visual de una antena repetidora, se divisa imponente el volcán Tacaná, el macizo que divide a Chiapas con Guatemala en esta porción de la frontera. En la playa se han parado cuatro mujeres que saludan a todas las lanchas, desde una distancia de unos 250 metros. Algunos les contestan el saludo. El acto puede interpretarse como un saludo a la iglesia, cuya posición marca el límite noroeste del recorrido. Las mujeres depositan flores en el agua. Ahora inicia el viaje de regreso, en el que siguen las

---

<sup>12</sup> A menos que se indique lo contrario, en lo que sigue de los relatos contenidos en esta tesis se mencionará por su nombre verdadero a personas y funcionarios reconocidos en Puerto Madero y Tapachula, tales como los casos de Viliulfo Pérez y Daysi Guerrero, conocidos en la localidad porteña por mediar en el apoyo a los extranjeros residentes allí. En el caso de las personas migrantes que fueron entrevistadas sí se utilizan pseudónimos, apareciendo por primera vez entre comillas y luego sin ellas, sucesivamente.

bromas, las muestras de hombría de los muchachos y los gritos de la única mujer aparentemente autorizada para lanzar las vivas guadalupanas.

Regresamos a Las Escolleras, donde las aguas son más tranquilas y se da un último recorrido por la zona naval, donde está el barco que realiza el dragado y otros barcos grandes. Alcanzo a leer que una embarcación es de Lázaro Cárdenas, Michoacán, y otra de Ensenada, Baja California. Los marinos saludan la procesión acuática. Las mujeres que van en la lancha ríen encogiendo los hombros y hacen bromas al saludar a los marinos. Estos últimos son considerados aptos para reproducir la prole: usualmente tienen paga. La actividad culmina al llegar al pequeño embarcadero, donde los asistentes son invitados a un vaso de refresco y tamales, de lo cual no participamos mi amigo nicaragüense y yo pues debíamos retirarnos.

El paseo de la Virgen muestra algunos aspectos relevantes de la vida cotidiana en Puerto Madero. En primer lugar, la importancia de la pesca en la localidad y la posición social de los pescadores y permisionarios, sobre todo la de Manuel Valle, que es una especie de patriarca local. Él es el artífice de la celebración y de buena parte de la actividad pesquera que se desarrolla por el rumbo de Las Escolleras. Es significativo que la asistencia de la gente a esta ceremonia sea inaugurada por un saludo a la patrona guadalupana, pero también al permisionario. Por otro lado, si bien se trata formalmente de una ceremonia religiosa, la misma se desarrolla en un ambiente más bien profano, en donde los pocos cánticos religiosos y muestras de devoción se mezclan con los chistes, la cerveza, la pólvora y el cigarro.

Finalmente, este es el único momento del año en que las mujeres suben a la lancha, pues la pesca está reservada para los hombres. Las mujeres pueden conducir el triciclo sin problemas, pero es casi inconcebible una mujer pescadora, al menos hasta el año 2011 cuando finalizó el trabajo de campo. Según Viliulfo Pérez, mi informante más calificado al respecto, en toda la historia reciente de la pesca en la localidad, únicamente ha habido una mujer pescadora, que ahora está retirada y vive cerca de la entrada del pueblo, por el puente que atraviesa el canal inter costero. Ir al “paseo de la Virgen” implica subirse a un paseo gratuito por la costa que baña Puerto Madero, un espacio lúdico –más que religioso– que aparece

como un oasis dentro de un sitio donde la convivencia cotidiana ciertamente tiene poco de lúdico.

### **Boda en “La Colonia”**

Este día habrá una boda religiosa en Puerto Madero. Se casará una pareja que se congrega en una de las iglesias pentecostales de la localidad. Daysi Guerrero,<sup>13</sup> quien es costurera y ha trabajado en fábricas en Nicaragua y Estados Unidos, ha confeccionado el vestido de la novia y los trajes que visten los tres hijos de la pareja. La boda comenzaría a las 10 de la mañana, pero hemos salido de casa faltando diez minutos para las 11. Como hay un nuevo triciclo en casa, Vilo llevará uno y, en ausencia de Jacob, yo conduciré el otro. La boda será en la colonia Emiliano Zapata, por el rumbo de Las Escolleras y cerca de la zona donde he encontrado a más salvadoreños. El camino se me hizo largo, quizás porque no conducía un triciclo desde diciembre pasado. La boda se realiza a no más de 15 metros de la casa de Pedro, el pescador salvadoreño con quien trabajo. Hay presentes unas 40 personas, entre invitados, la familia anfitriona, el grupo musical que ameniza el evento y las autoridades religiosas presentes. A nuestra llegada, el pastor de la iglesia en cuestión está dando un mensaje religioso. Su esposa es también pastora. El líder religioso, quien es originario de Guatemala, nos invita a todos a tomar asiento. Hay dispuestas unas ocho mesas, donde nos hemos sentado igual número de grupos familiares.

El pastor local cede la palabra a un pastor visitante, al parecer de mayor rango. Este último es quien consuma el rito del matrimonio, que no difiere mucho del rito católico. Auxiliándose de dos citas bíblicas, el pastor visitante exhorta a la pareja a llevar una vida en santidad, de respeto mutuo y de convivencia armónica. Enfatiza sobre la relación de pareja. Su discurso es fluido y ameno. Los presentes asienten con los clásicos “Amén”, “Aleluya” o “Gloria a Dios”. El sermón se ha extendido por unos 30 minutos, dando paso al rito en sí, que es breve. Luego llega el momento de la comida; el grupo musical, que combina ritmos norteros con mensajes

---

<sup>13</sup> Ver, nota 12.

cristianos, se apodera del momento. Mientras todos comemos, el grupo ha tocado unas 12 melodías. Daysi me ha comentado que el novio es de origen guatemalteco y llegó a vivir al Puerto desde que tenía unos ocho años. El joven aparenta unos 30 años, es moreno, delgado y de buena estatura. No tiene rasgos indígenas. Le acompaña su padre y su madre, que viven también en la localidad. La novia es también joven, quizás más que su pareja y es mexicana, originaria del centro de México. Observo a un grupo familiar y por sus rasgos físicos diría que tienen ascendencia indígena. Entre los presentes se encuentra la hija mayor de “Sara”, la salvadoreña que llegó con su familia huyendo de la guerra. La saludo desde mi mesa. Disfruto del hecho de pensar que en una boda religiosa cristiana convivan mexicanos, guatemaltecos, salvadoreños y nicaragüenses, como si no hubiera fronteras nacionales. El regreso a casa es igualmente difícil, quizás un poco más, dado que la pendiente no está a mi favor.

La boda religiosa en “La Colonia”, como llaman los porteños a todas las colonias que hay al sureste de Puerto Madero, fue un evento en el que departían mexicanos, guatemaltecos, salvadoreños y nicaragüenses, lo cual es una pequeña muestra de la presencia de extranjeros en la localidad, sobre todo en esta zona, que pasa por ser la de menor desarrollo. Basta echar un vistazo al paisaje urbano y el observador notará que el tipo de vivienda es la palapa, que está construida sólo con paredes de bejucos y techo de hoja de palmera. Un programa gubernamental había sido el medio para poner piso de cemento en muchas de las viviendas de la zona, en el año 2011. El tipo de vivienda es ya un indicador del nivel socioeconómico de la gente que vive allí. Es significativo que la mayor parte de extranjeros en Puerto Madero se concentre en esta parte de la localidad.

Por otro lado, la convivencia armónica de gente de al menos cuatro nacionalidades en una ceremonia religiosa es muestra de que hay espacios en los que el ambiente hostil hacia los extranjeros que caracteriza a muchas de estas localidades fronterizas no permea del todo la vida en Puerto Madero; es decir, es posible encontrar espacios de convivencia marcados por elementos de solidaridad y de una relativa armonía. Si bien no es posible inferir de un solo evento que no haya algún nivel de conflicto entre los hermanos de la iglesia –de hecho, el conflicto

siempre estará presente—, bien puede sostenerse que el vínculo que une a los hermanos en Cristo es suficientemente fuerte para poder diluir el potencial conflicto. Hay mecanismos para hacerlo; por ejemplo, apelando a la fuerza moral del pastor o la pastora, que fungen como árbitros en caso de problemas entre hermanos. Es significativo, también, que el pastor de la pequeña iglesia, es decir, la máxima autoridad religiosa y moral del grupo —que ascenderá a unas 20 cabezas de familia con sus respectivos parientes—, sea de origen guatemalteco.

En definitiva, los ejemplos son una pequeña muestra de observaciones hechas mediante la participación del observador en las tramas socioculturales narradas. El análisis del componente religioso, ciertamente, abre una puerta para adentrarse a cuestiones que no se miran tras un vistazo superficial; es como penetrar la privacidad propia del hogar, pero manifiesta públicamente entre los hermanos o los fieles. Asimismo, la participación en el ritual ofrece una llave de carácter moral, en aras de ganar la confianza del grupo y poder plantear preguntas que no se plantearían sin gozar de esa confianza. El valor de la observación participante y la descripción detallada de estos eventos reside en que “el análisis de estos acontecimientos manifiesta o revela la estructura o patrón sociocultural de un sistema más amplio del cual forma parte, ya que los eventos especiales se pueden considerar como imágenes que reflejan las estructuras de los grupos, cómo continúan existiendo y por qué perpetúan su existencia.” (Martínez, 2002: 64).

### *La etnografía*

Uno de los objetivos primordiales de la etnografía es documentar la vida cotidiana de la gente, una descripción del curso de la vida social; es decir, sacar de la opacidad aquello de la vida de las personas que no por ser cotidiano deja de ser significativo en el orden del conocimiento sobre lo social y que bien pudiera proveer materiales empíricos para fundamentar los debates teóricos en ciencias sociales. De este modo, “el objetivo inmediato de un estudio etnográfico es crear una imagen realista y fiel del grupo estudiado, pero su intención y mira más lejana es contribuir en la comprensión de sectores o grupos poblacionales más amplios que tienen características similares” (Martínez, 2002: 30). En ese sentido, una etnografía orientada a reflejar cómo viven su vida cotidiana unos inmigrantes

salvadoreños y otros centroamericanos en una localidad fronteriza mexicana aspira a ofrecer elementos para entender los procesos migratorios de otras personas que, de igual forma, emigran desde las márgenes sociales.

La etnografía, al igual que la observación participante, requieren del despliegue de todas las capacidades y sentidos del etnógrafo; se trata del “oficio de la mirada y el sentido” (Galindo, 1998: 347). Encuentra valor como herramienta al describir detalladamente los encuentros de la gente y arroja luces para un análisis más completo sobre las situaciones sociales que vaya más allá de la simple descripción. De hecho, detrás de la etnografía hay un andamiaje conceptual que no sólo da soporte a la descripción, sino que la orienta. Mucho de lo dicho en la observación participante vale para la etnografía, dado que esta es un producto de aquella.

### *Análisis situacional*

Una vez que se logró una relativa familiaridad con Puerto Madero y su gente se echó mano de la técnica del análisis situacional, en aras de enriquecer el análisis a partir de descripciones detalladas y exhaustivas de algunos eventos significativos seleccionados. Es pertinente señalar que se parte del supuesto de que la situación social no se acaba en sí misma y que si, al menos, tal situación probablemente no sea generalizable en términos estadísticos, sí que los diferentes actores reconocerían en esa situación aspectos de su vida cotidiana. De ahí que el punto de partida del análisis situacional sea el despliegue de la observación del antropólogo, proceso que prosigue en la recolección de un material empírico que es registrado tradicionalmente en una libreta de campo, como en el caso de la etnografía y la observación participante. Con la descripción, un elemento importante que enumera rasgos y características particulares, se pondrán en escena a los participantes y sus diferentes roles, intereses, posiciones, motivaciones, etcétera.

Parece no haber una receta única para la aplicación de esta técnica. Ni siquiera dentro de la llamada Escuela de Manchester, donde quizás se popularizó al interior de la antropología, parece haber un consenso sobre sus formas de utilización. Quizás porque, como toda herramienta metodológica, está íntimamente imbricada con presupuestos teóricos y otros elementos conceptuales muy variados,

así como enclavada en contextos socio-históricos particulares, que ofrecen contenidos distintos y muchas veces contrastantes. De ahí que difícilmente pueda construirse un recetario, una fórmula clara a seguir en cualquier investigación social. Es notable que una incursión por un buscador de Internet arroja resultados interesantes: el análisis situacional puede aplicarse desde las empresas y las nuevas tecnologías, hasta el mono tití y el impacto del fenómeno del Niño en las costas sudamericanas, pasando por la salud bucal del paciente diabético y los derechos de los niños y las niñas. ¿Significa que habría que renunciar a una caracterización que sirva de guía para su aplicación en el campo antropológico? Podemos ensayar alguna caracterización.

Lo que de común tendría el análisis situacional en antropología es que “una *descripción* de una situación provee los datos a partir de los cuales llega a ser posible para el antropólogo hacer *abstracciones*, aunque estas dependerán del *material* recolectado y la *orientación teórica*” (Long, 1991: 162). Cuatro elementos son claves aquí. Primero, que el análisis situacional siempre será congruente con la perspectiva teórica de quien la utilice. Así, por ejemplo, el evento de la inauguración de un puente en el distrito de Mahlabatini, en la antigua Zululandia, es analizado por Gluckman (1958) a la luz de la consideración de la estructura social de Zululandia –hoy, parte de Sudáfrica– marcada por relaciones políticas, sociales, y económicas desiguales entre blancos europeos y los zulúes africanos locales. Así, lo que Gluckman ve a través de esa situación social es la convergencia de motivos, intereses, costumbres, creencias y formas de vida diametralmente diferentes, pero que precisamente en dicha convergencia ocurre una especie de ruptura temporal de la separación tajante entre blancos y negros. De este modo, si bien Gluckman hace mención de los conflictos e incluso la hostilidad entre ambos “grupos de color”, lo que prima en el análisis de la situación es el mantenimiento del equilibrio de la estructura social o sistema de relaciones sociales, con lo cual destaca la veta estructuralista de este autor: “por medio de la comparación de la pauta de esta situación con muchas otras situaciones, hemos sido capaces de trazar el equilibrio de la estructura social de Zululandia durante cierto periodo de tiempo. Por equilibrio entiendo las relaciones interdependientes entre diferentes partes de la estructura de una comunidad en un periodo particular”.

En similares términos se expresa Mitchell (1956), cuando afirma que en su ensayo sobre la Danza Kalela intenta realizar un análisis de ciertos aspectos del sistema de relaciones sociales entre los africanos en las ciudades de Rodesia del Norte. Finalmente, el mismo Long, siguiendo a Ivan Karp, sostiene que la manera en que se bebe la cerveza en los contextos rurales de Zambia penetra la actividad social e ilumina el rol jugado por la cerveza en la definición de los contextos sociales y en la realización de objetivos de las personas que participan en esas situaciones. Lo que en común tienen los tres autores es que hay algo más allá del evento, el acontecimiento o la situación misma, algo que debe ser abstraído, lo cual nos conduce al segundo punto: la abstracción.

Long se apoya en algunas ideas de Foucault y critica la búsqueda de significados recónditos (*inner meanings*) en el análisis situacional, pero ciertamente el antropólogo, al abstraer, a la luz de unos presupuestos teóricos, provee un método de integración de variaciones, excepciones y aún de accidentes dentro de la descripción de regularidades (1991: 166). Por tanto, hay un convencimiento de que la situación social no acaba en sí misma y que si no podemos generalizar en los términos más positivistas posibles, sí que los diferentes actores se reconocerían en esa situación. De ahí que el punto de partida del análisis situacional sea el despliegue de la observación del antropólogo, proceso que prosigue en la recolección de un material empírico que es registrado tradicionalmente en una libreta de campo, con lo cual nos referimos el tercer elemento a considerar en esta técnica.

Para Long, el punto de arranque metodológico de muchas de las monografías que utilizan el análisis situacional es la base material. Y es que los autores, por ejemplo, comienzan haciendo un bosquejo histórico de cómo la gente hace su vida, describen los sistemas agrícolas y muestran cómo la migración y la producción de las cosechas afectan la vida de la gente. En suma, la vida cotidiana de la gente es el material sobre el que trabaja el antropólogo. Con razón, Gluckman comienza afirmando que “las situaciones sociales son gran parte del material crudo del antropólogo. Son los acontecimientos –dice– que observa y a partir de los cuales y de sus interrelaciones en una sociedad particular abstrae la estructura social, las relaciones, las instituciones, etcétera, de dicha sociedad” (1958: 1).



Finalmente, la descripción. Mitchell es sumamente detallado en la descripción de todos los elementos característicos de la Danza Kalela: desde la composición étnica y las jerarquías entre los integrantes del equipo de los danzantes, hasta las vestimentas y su significado, las letras de los cantos y la ejecución misma de la danza. La descripción es un elemento importante que enumera rasgos y características particulares, pone en escena a los participantes y sus diferentes roles, intereses, posiciones, motivaciones, etcétera. La descripción es el paso previo al análisis y, por consiguiente, a la abstracción. Pone a trasluz la riqueza del material empírico recabado, base del análisis situacional. Gluckman, por ejemplo, dedica una buena parte de la inauguración del puente a la descripción de la situación en sí, destacando la presencia, el papel, las motivaciones y los intereses de los diferentes participantes tanto entre los blancos como entre los zulúes. ¿Cómo estaban ligados los acontecimientos? Gluckman es claro: estaban ligados por su presencia como observador, lo cual introduce un fuerte elemento subjetivo. Esta es una idea que también desarrolla Marshall Sahlins al analizar la llegada y el asesinato del capitán Cook en Hawai (1988: 105-128): el evento tiene sentido no en sí mismo, sino en tanto es significativo para alguien, en este caso no sólo para el etnógrafo, sino también para los hawaianos.

¿En qué circunstancias se puede aplicar el análisis situacional? ¿Cuáles son los posibles riesgos implicados? Ya se ha aludido arriba a la utilización de la técnica a prácticamente cualquier fenómeno social e incluso biológico o natural. A riesgo de simplificar las cosas, la vida cotidiana está llena de situaciones sociales susceptibles de ser descritas y analizadas por el etnógrafo. No obstante, la técnica resulta particularmente útil para poner de manifiesto la convergencia en una misma coordenada espacial y temporal de actores individuales y colectivos con intereses, motivaciones, grados de conocimiento, expectativas, poder y posición social diferenciados y desiguales.

Obviamente la aplicación de la técnica parte del supuesto de que la situación no se acaba en sí misma, sino que puede hacerse un ejercicio de abstracción que dé como resultado un análisis detallado sobre un aspecto en particular que quiera resaltarse. Mitchell pone de relieve cómo la danza tribal es una característica esencial del sistema de relaciones sociales entre blancos y negros en un contexto

urbano de la Rodesia del Norte; Gluckman enfatiza cómo en la inauguración de un puente puede entrecerse un paréntesis en las relaciones de desigualdad entre zulúes y europeos en una reserva de Zululandia; Long destaca cómo los diferentes modos de beber cerveza penetran la vida social y configuran ciertos contextos de la vida cotidiana en Zambia.

Probablemente un riesgo del análisis situacional sea que el etnógrafo se quede en la mera descripción y no logre dar el paso a la abstracción, lo cual podría estar íntimamente ligado a la ausencia de o poca claridad sobre la perspectiva teórica que guía la aplicación de la técnica. Es decir, es un riesgo presente en cualquier técnica el divorcio entre la metodología y la teoría, lo cual puede traer resultados contraproducentes. Cuando la metodología es huérfana de una teoría aquella se torna estéril. La metodología es, por definición, el camino tomado para llegar a los resultados de una investigación. Cuando no hay una teoría que guíe es como caminar sin rumbo. Por tanto, el riesgo más importante tiene que ver con la desvinculación entre la técnica --y la metodología de la que forma parte-- y la teoría.

Bien pueden tomarse como ejemplos de análisis situacional los vertidos en el apartado sobre la observación participante: son ellos muestra de situaciones sociales, con descripciones elaboradas por el observador a partir de su presencia y participación en las mismas; además, se ha perseguido un cierto nivel de abstracción. Otro ejemplo de una situación social que fue forjada en el marco de esta investigación fueron los acontecimientos que rodearon la muerte de “Liliana” (Capítulo I), una mesera salvadoreña que vivía y trabajaba en Puerto Madero. En dicha situación se abunda en descripciones sobre las pésimas condiciones sociales en la localidad, así como la precaria situación de los servicios de salud en Tapachula y, sobre todo, sobre el tipo de problemáticas cotidianas a las que se enfrentan las personas migrantes.

### *Estudios de caso e historias de vida*

Una ciencia social de corte cuantitativo podría cuestionar la “representatividad” de los estudios de caso. En efecto, ¿qué generalizable podría decir Ricardo Pozas de la vida de los indígenas tzotziles de San Juan Chamula, en

Chiapas, contando la vida de Juan Pérez Jolote? (Pozas, 2010) o, como nos retaría Geertz, (1989: 33) ¿a quién le importa lo que le suceda a las ovejas de Cohen en un lugar recóndito de Marmusha? Preguntémonos mejor, ¿qué de significativo para las ciencias sociales tienen las trayectorias migratorias de los salvadoreños que se ha intentado reconstruir a partir de la historias de vida? La respuesta, para Geertz, es sugerente: quitar las mayúsculas con las que escriben las palabras otros científicos sociales (digamos nosotros, por ejemplo, Migración Internacional, Migración Indocumentada, Estado, Frontera) y reescribirlas en minúsculas.

Lo que las trayectorias migratorias de algunos centroamericanos en el Soconusco puedan tener de significativo –nótese que no se dice “representativo”– reside no sólo en la profundidad con que se haga el análisis –una descripción densa, diría Geertz–, sino en el material concreto que este análisis pueda aportar en torno a los debates de la migración internacional. Las historias de vida de los salvadoreños documentadas en esta investigación tienen un valor epistemológico en tanto proveen materiales con los que pueden confrontarse los grandes conceptos de la migración internacional. El análisis microscópico en torno a una persona migrante o a un grupo de ellas puede poner a trasluz una riqueza social que se escapa a la mirada de los grandes análisis estructurales e institucionales.

Para documentar y reconstruir las historias de vida se siguieron algunas pautas. Pujadas, por ejemplo (1992: 59-84; 2000: 140), distingue algunas etapas en ese proceso: etapa inicial, que tiene que ver con planteamientos y justificaciones teórico-metodológicos; la fase de encuesta, que tiene que ver con la toma de la información, previa selección de los informantes más idóneos; la fase de registro, transcripción y elaboración de los relatos de vida; la fase de análisis e interpretación y, finalmente, la presentación y publicación de los relatos biográficos.

Los casos de centroamericanos, la mayoría salvadoreños, que residen en Puerto Madero y Tapachula, y que por diversas circunstancias decidieron quedarse definitivamente en estas localidades fronterizas, constituyen la principal base empírica de la investigación. Una constante en las trayectorias migratorias de estos centroamericanos es que este sitio no figuró como un lugar de destino premeditado. Salvo algunas contadas excepciones, la llegada a Puerto Madero o

Tapachula fue circunstancial, lo que muestra que no siempre los procesos migratorios responden a planes elaborados mediante cálculos racionales; por el contrario, en dichos procesos –marcados por muchas carencias y limitaciones que trascienden lo económico– intervienen con mucha fuerza el elemento de la contingencia, como ya se ha reiterado arriba. Esta realidad se explica por otra constante en dichas trayectorias: la gente que emigra con carencias en términos financieros y de una serie de recursos y soportes sociales está expuesta a que lo contingencial acabe definiendo dichas trayectorias. Los casos han sido redactados como historias de vida y reflejan el proceso migratorio de los centroamericanos, así como su convivencia en Puerto Madero o Tapachula. El objetivo último es reflejar la vida cotidiana de unos inmigrantes, con la intención de ofrecer elementos para una discusión sobre los modos en que emigra la gente desde y en las márgenes sociales.

# CAPÍTULO I

## RELATOS, SITUACIONES Y CONFIDENCIAS

### UN PRÉSTAMO DEL DIARIO DE CAMPO

“*A Diary in the Strict Sense of the Term* de Bronislaw Malinowski dio cumplida cuenta de cuán inverosímil resulta el trabajo de los antropólogos. El mito del investigador de campo camaleónico, mimetizado a la perfección en sus ambientes exóticos, como un milagro andante de empatía, tacto, paciencia y cosmopolitismo, fue demolido por el hombre que tal vez más hizo por crearlo”.

CLIFFORD GEERTZ, *Conocimiento local*.

Los migrantes centroamericanos sortean sus vidas en las localidades por las que transitan y en las que se establecen tanto temporal como definitivamente. Allí, en el tránsito o la estadía, se enfrentan a múltiples situaciones, unas favorables, negativas las más. El contexto no se presta fácil. La otredad extranjera centroamericana en estos espacios fronterizos no siempre es bien vista. Ahora bien, ¿qué significado tiene para estos migrantes atravesar o vivir en el Soconusco, esta región chiapaneca tan indómita como familiar? ¿Cómo resuelven su existencia? ¿Cómo interactúan con las poblaciones locales? En las siguientes líneas se pretende ofrecer una respuesta provisional a las anteriores cuestiones, acaso con la intención de comenzar a desentrañar los significados que se tejen a través del discurso. De ahí que en este capítulo inicial, de carácter introductorio, apelemos al relato como un recurso que permite visualizar la riqueza social, con la intención de describir y explicar múltiples situaciones en las que se ven inmiscuidas las personas migrantes. Los relatos están colocados siguiendo únicamente un orden cronológico, atendiendo a la estructura del diario de campo, recurso utilizado por los antropólogos para registrar la información sobre el curso de la vida cotidiana de las

personas entre las que trabaja. De ahí que su ordenamiento no siga ninguna jerarquía en lo temático.

El lector encontrará enseguida a migrantes y viajeros moviéndose por los principales caminos de esta región (Como en el apartado “Migrantes en ruta: Andando los caminos del Soconusco”, ubicado en el Capítulo IV); conocerá el desenlace fatal de una mesera salvadoreña que acabó su existencia en un deplorable sistema de salud y cómo una gama de actores intervinieron en esta situación particular; tendrá una idea de cómo los arreglos entre funcionarios e intermediarios afectan la vida cotidiana de aquellos que en cierta literatura llamamos “clases subalternas” (Crehan, 2002: 98; Scott, 2007); seguirá los pasos de los migrantes recién llegados para inscribir en el registro civil mexicano a sus hijos menores; tendrá noticia del turbio proceder de los intermediarios que, disfrazados de activistas sociales, se lucran de las expectativas de los inmigrantes centroamericanos; finalmente, el lector mismo encontrará algún indicio de que el narcotráfico sigue siendo un tema tabú en México: todos saben de sus procedimientos, pero nadie se atreve a hablar de ello.

De entre los posibles lugares de enunciación, los relatos reflejan, en este caso, el punto de vista del observador: el etnógrafo instalado en el campo, involucrado en y afectado por las situaciones como un actor más, en un trabajoso esfuerzo por guardar un equilibrio entre una procurada objetividad y una amenazante carga de subjetividad. La simpleza del relato como la riqueza en la descripción de las situaciones sociales son suficiente pretexto para iniciar esta tesis, con el ánimo de instalar al lector en el agreste paisaje soconusquense.

### **El Soconusco en cuatro relatos**

El Soconusco, la región más meridional de Chiapas, es traspasada diariamente por migrantes y viajeros. Como corredor natural que es no podía ser de otro modo; simplemente la región se presta para ello. La gente que proviene de Centroamérica llega todos los días a la ribera oriental del Suchiate, este río que separa y junta a México con Guatemala. Los migrantes se paran frente al río y tienen frente a sí una de las puertas más utilizadas para internarse a territorio mexicano. Otra opción es ingresar más al norte, siguiendo la carretera

Panamericana, de oriente a occidente, desde donde se puede atravesar luego la sierra chiapaneca por una carretera que corre paralela a la línea fronteriza. Acá hay escasa vigilancia. Así, descendiendo más de dos mil metros sobre el nivel del mar, se llega al Soconusco, entrando por la localidad de Huixtla. Cualquiera de las rutas tomadas conlleva sus riesgos. Sin embargo, no todas las historias contadas, como se verá enseguida, son de riesgo. Hay otras historias diametralmente opuestas: son las contadas por viajeros y turistas que llegan a la zona atraídos por los encantos naturales que también le son propios a la comarca. Así es el Soconusco. Aventura para los viajeros, peligro para los más, los migrantes.

#### *Relato 1: Cruzando el camino costero<sup>14</sup>*

Pleno mediodía. El microbús ha salido de Tapachula y se dirige hacia el municipio de Huixtla, a unos 40 kilómetros de distancia, internándose más a territorio mexicano. En la última localidad tapachulteca sobre la carretera costera, Viva México, se encuentra una garita de la Secretaría de Hacienda. Aunque no es un punto de revisión migratoria, los agentes del INM se colocan delante de ésta en algunas ocasiones, sobre todo por las noches. Si no hay agentes migratorios, casi siempre hay militares o policías federales. Alguna autoridad no puede faltar. Más adelante, en el municipio de Huehuetán, a unos 15 kilómetros de Tapachula, sobre la misma carretera, se encuentra el primero de los tres puntos de revisión migratoria que hay en esta ruta, vigilada, como ya se dijo, por policías federales, policías estatales y militares. En fin, todo un aparato de control policial, militar y migratorio, que los migrantes que transitan por esta ruta sin documentos deben sortear.

El microbús acaba de pasar la garita de Viva México y, repentinamente, detiene su marcha, 200 metros delante de la estructura. Un hombre le ha hecho señales al conductor para que haga parada. El mismo hombre emite un chiflido, acompañado de un ademán con la mano, acto seguido del cual un grupo de cinco hombres jóvenes sale de entre la maleza. El conductor miraba hacia atrás desde el espejo retrovisor de su vehículo mientras los jóvenes corrían en fila a abordar el

---

<sup>14</sup> Ver, en **Anexos**, los mapas correspondientes para ubicar los caminos reseñados aquí, así como las demás referencias geográficas que aparecen en el texto.

medio de transporte. Uno tras otro. Los jóvenes, todos varones, cargaban cada quien una mochila en sus hombros y tres de ellos llevaban una gorra sobre sus cabezas, indicadores indiscutibles en este medio de que se trataba de migrantes en tránsito. “Son pollos”, dijo uno de los pasajeros que se movilizaban en la unidad, justo antes de que aquéllos abordaran. Lógicamente este es el nombre que la gente de por acá da a la “mercadería” que transportan los polleros, coyotes o, dicho en castellano estándar, traficantes de personas.

Los cinco se sentaron en los asientos de atrás, con las miradas esquivas, transpirando nerviosismo por los poros. Aquel hombre que había hecho la señal de parada al conductor de la “combi” (o microbús, como decimos en Centroamérica) se sentó adelante, en el lugar del copiloto. El ayudante le pidió a este el pasaje de los seis. “--¿Cuánto va a ser?” “--Son 13 por cada uno... a ver...78 pesos”, respondió el ayudante, no muy convencido del negocio.

Un par de kilómetros adelante, el conductor del microbús comenzó a sostener una conversación a voz baja con el hombre que había hecho la señal de parada, a quien todos los presentes señalaban con sus miradas como el pollero o simplemente el guía, una especie de pollero de menor rango, que es el encargado de mover a su clientela por tramos relativamente pequeños. El ayudante se acercó desde la parte de los asientos posteriores para participar en la plática. No se escuchó mucho, pero, por los gestos y ademanes, era obvio que estaban negociando. En un momento de la plática, el conductor puso su mano sobre el asiento, con la palma expuesta, como esperando algo, mientras con su mano izquierda guiaba el volante. El hombre de al lado, quien seguramente había entendido los términos de aquella negociación, metió la mano derecha en su bolsillo y sacó una cantidad de billetes, de la cual ni el más diestro cambista de la frontera, a la distancia, pudiera haber advertido la denominación y cantidad exacta. Sólo ambos –y quizás, pero sólo quizás el ayudante– habrán sabido lo que contenía ese fajo. Los 78 pesos eran poca cosa para la mercancía transportada.

Es sabido que los conductores de combis, como de taxis y cualquier transporte público de la zona, están acostumbrados a lidiar con estas situaciones y saben sacar provecho de ellas. Utilizan señales para avisarse entre sí, con el compañero que conduce en sentido contrario, sobre la presencia de policías o



agentes de migración en la vía o sobre la existencia de mercancía en el microbús. Éste transportaba cinco pollos jóvenes. Mucho más adelante sobre la misma ruta, a unos 10 kilómetros saliendo de Huixtla, está situada la segunda caseta migratoria, a la altura de la temible “Arrocera”, temible por todas las agresiones que se han cometido allí: desde robos con lujo de violencia hasta violaciones salvajes. Si el pollero quería cumplir con su objetivo de llevar a sus clientes hasta el sitio prometido, debería colaborar con el conductor del microbús. Llegando a Huixtla, el microbús quedaba vacío. Sólo iban a bordo los cinco jóvenes, el conductor, su ayudante, el hombre que le hiciera parada kilómetros atrás y quien presencié estos hechos, probablemente de nacionalidad compartida con la de los que llevan la etiqueta de mercancía. Una vez bajado este último, el microbús se enfiló hacia la salida del municipio con todos sus ocupantes a bordo.

Ese mismo día, seguramente una hora antes, por la mañana, los cinco jóvenes debieron haber ingresado por alguno de los puntos de internación más cercanos en la frontera que este país tiene con Guatemala: o bien cerca de la garita de Talismán, a 15 kilómetros de Tapachula o también, probablemente, por el Río Suchiate, a inmediaciones de la garita de Ciudad Hidalgo, el principal sitio de cruce de extranjeros sin documentos en esta porción de la frontera, a menos de 40 kilómetros de Puerto Madero. Si entraron por Talismán, los jóvenes debieron haberse transportado a 10 metros de la zona arqueológica de Izapa, el sitio preferido por los turistas que se bajan de los cruceros que llegan a Puerto Chiapas. Si entraron por Ciudad Hidalgo, utilizaron el más cercano punto de cruce para los migrantes en tránsito que han pasado por Puerto Madero, un sitio que ha sido considerado como lugar de descanso y abastecimiento entre las redes de tráfico de personas o simplemente entre polleros y guías menores. De cualquier modo, los cinco jóvenes seguramente no fueron los únicos en traspasar ese día la frontera y llevar adosada a sus frentes la etiqueta de mercancía.

### *Relato 2: Atravesando la Sierra*

La situación económica y el deseo de reunirse con su hermano mayor motivaron a “Jairo”, de 17 años, a emigrar. Su hermano contactó desde Chicago a un coyote en Guatemala y arregló el encuentro en un famoso lugar del occidente de

su país conocido como “Cuatro caminos”, en donde se bifurca el acceso a Quetzaltenango, Quiché y Huehuetenango, llegando desde la ciudad capital. Dicho punto se encuentra en un tramo de la carretera CA-1 ó Panamericana. La importancia de esta vía reside, para nuestros fines, en que muchos de los migrantes centroamericanos que ingresan a México irregularmente la utilizan para internarse cerca del puerto fronterizo La Mesilla-Ciudad Cuauhtémoc, donde los controles migratorios son más laxos que en el Soconusco.

Un día de noviembre de 2007, a mediodía, salió todo el grupo en el que Jairo se transportaba e ingresó por un punto ciego cercano a Ciudad Cuauhtémoc. Fueron conducidos en camionetas todo terreno por caminos rurales, hasta llegar a un sitio en donde luego tuvieron que caminar nuevamente y llegar a otro punto de encuentro, donde había un grupo más grande, de unas 150 personas y de varias nacionalidades. Allí les esperaba un tráiler dispuesto para ser abordado. Los guías habían clasificado a los migrantes por pequeños grupos y les llamaban “Los Pérez”, “Cinco mujeres”, “La Blanca”, etc. El viaje a bordo del tráiler había comenzado. Todo se volvió obscuro.

Cuando ya era de madrugada, Jairo sintió cómo el contenedor donde viajaba se levantó y saltó más de lo que provocan los incontables topes (túmulos) de la carretera. Luego la confusión. El tráiler se partió por la mitad en la parte de arriba, interrumpiéndose abruptamente el viaje. El camión había volcado sobre la serpenteante carretera que conduce de Ciudad Cuauhtémoc a Motozintla, por la sierra chiapaneca. El guía mexicano se escapó, aprovechando la oscuridad. La gente que pudo corrió por todos lados. Otros, los que salieron lesionados, se quedaron allí, esperando el auxilio de las autoridades y personas particulares. Casi una hora después vino la aprehensión. Jairo había caminado como dos kilómetros junto con otros jóvenes guatemaltecos rumbo a Motozintla cuando fueron interceptados por agentes de la policía federal que habían sido alertados del percance. Jairo cuenta su historia desde la Estación Migratoria Siglo XXI, de Tapachula, donde se halla “alojado”<sup>15</sup> mientras es devuelto a su país de origen por las autoridades mexicanas.

---

<sup>15</sup> Utilizando un claro eufemismo, las autoridades mexicanas llaman “alojamiento” a la detención de extranjeros en situación irregular al interior de las estaciones migratorias.

### *Relato 3: Navegando de puerto en puerto*

Estamos en Puerto Chiapas, el proyecto gubernamental de desarrollo. Corre marzo de 2010. El crucero *Maasdam*, de bandera holandesa, ha partido de San Diego, California, recorrerá el Pacífico mexicano y centroamericano y, atravesando el Canal de Panamá, se dirigirá de nuevo a costas norteamericanas, esta vez por la Florida.<sup>16</sup> Antes de abandonar los mares mexicanos, el itinerario incluye una visita de nueve horas a Puerto Chiapas, que desde el año 2006 ha entrado a formar parte de la ruta de prestigiosos cruceros. Durante el año 2010, el de Chiapas, el único puerto de altura en la entidad chiapaneca, abrirá sus servicios a 24 de ellos. Los gobiernos federal y estatal han invertido cuantiosas sumas en la infraestructura del recinto portuario, cuyas obras estaban inconclusas desde la década de los setenta. El gobierno estatal en turno (2006-2012) le ha seguido apostando a la inversión en infraestructura y, no menos importante, en publicidad, promocionando los servicios de Puerto Chiapas para la industria, el comercio internacional y el turismo.

El *Maasdam* transporta 557 tripulantes y tiene capacidad para 1,258 turistas, la mayoría extranjeros, a quienes se les ofrece una gama de opciones al bajarse del buque. Luego de una recepción artística y culinaria en la terminal de cruceros, los turistas pueden escoger cualquiera de las siguientes opciones: visitar el parque Miguel Hidalgo, en el centro de Tapachula; la llamada “Ruta del café”, en la zona alta de aquella ciudad, recorriendo alguna de las fincas que producen el aromático; el sitio arqueológico de Izapa, situado en el municipio de Tuxtla Chico, fronterizo con Guatemala; y, finalmente, la Laguna de Pozuelos y Playa Linda, dos sitios recreativos cercanos a Puerto Chiapas. La mayoría de los turistas tomó la tercera opción, es decir, una visita guiada al sitio arqueológico de Izapa, el más importante de la costa chiapaneca y que prácticamente no era ya visitado, hasta que llegaron los cruceros.

El inmenso buque llegó pasadas las 8 de la mañana del 25 de febrero de 2010. Sus pasajeros bajaron del mismo, presenciaron bailes típicos regionales,

---

<sup>16</sup> Ver, “Ayer atracó el Artemis en Puerto Chiapas. Y mañana el Maasdam”, *Diario del Sur*, 24 de febrero de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1531800.htm>

degustaron platillos locales y escucharon música de marimba. Se distribuyeron en alguno de los cuatro recorridos turísticos y regresaron al final de la tarde. Se pararon en suelo chiapaneco por no más de nueve horas. Casi al filo de las 6, el *Maasdam* fue remolcado para salir de Puerto Chiapas y enfilarse hacia Puerto Quetzal, en Guatemala, para otra visita fugaz en el Pacífico. El inmenso buque fue visto alejarse desde las inmensas rocas que impiden que el mar se trague a Puerto Madero, el otro puerto, situado a escasos 250 metros y desde donde el bullicio de la llegada de un nuevo crucero a Puerto Chiapas no es más que eso, un bullicio.

La gente en Puerto Madero, el pueblo, no participa de los 50 dólares americanos que, según las autoridades turísticas de la zona, deja cada pasajero que se baja de los cruceros. Es más, estos tienen prohibido comer fuera de las instalaciones oficiales y nadie es invitado a siquiera mirar hacia el otro lado del canal, donde las diferencias son abismales. En Puerto Chiapas, el performance montado dibuja un mundo de fantasía, pintado con la música de marimba, los trajes típicos regionales y la Danza de los Parachicos, una figura festiva originaria del municipio de Chiapa de Corzo, a unos 400 kilómetros de distancia, que ha sido declarada por la UNESCO como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, pero que poco tiene que ver con la dinámica soconusquense.

Los pasajeros del *Maasdman*, como los de los otros cruceros, tampoco participan de la dinámica migratoria que se describe en cada uno de los recorridos turísticos: el parque Miguel Hidalgo se convierte cada domingo en el sitio de reunión de las trabajadoras guatemaltecas del servicio doméstico que laboran en Tapachula; el parque es, además, un sitio de descanso para algunos migrantes que se dirigen hacia Estados Unidos; según información escasamente disponible, es también un lugar de encuentro entre traficantes de personas y sus potenciales clientes y hasta de tratantes de personas y sus potenciales víctimas (Álvarez, 2010: 142). Dentro de la llamada “Ruta del café”, probablemente los turistas no se enteren de que la principal mano de obra en las fincas provenga de jornaleros guatemaltecos temporales y de otros países de Centroamérica, donde las condiciones laborales no siempre son las óptimas.

La zona arqueológica de Izapa se encuentra a escasos 10 metros de la carretera que de la frontera con Guatemala conduce a la ciudad de Tapachula, una

de las principales rutas seguidas por los migrantes centroamericanos, sudamericanos y extra-continenciales que se dirigen sin documentos hacia los Estados Unidos. Finalmente, Playa Linda, como Puerto Madero, localidades entre las que se encuentran las instalaciones de Puerto Chiapas, se han convertido, durante los últimos 15 años, en un sitio de destino de migrantes centroamericanos que inicialmente se dirigían hacia Estados Unidos y que por diversos motivos abandonaron su proyecto inicial, quedándose en el camino.

Las historias que cuentan los turistas y viajeros que llegan a Puerto Chiapas a penas se tocaron con las historias que cuenta la gente que habita Puerto Madero. Puerto Chiapas, el ambicioso proyecto gubernamental, sólo existe para sus creadores, para algunos empresarios, para una reducida planta de trabajadores mal pagados que provienen de distintas localidades del Soconusco y para el recuerdo de los turistas. En Puerto Madero, el otro puerto, el pueblo, la realidad es otra, las historias se cuentan de otro modo.

#### *Relato 4: Cruzando el Suchiate*

2 de noviembre de 2009. Managua, Nicaragua. “Jacob” tomó a su mujer y a sus dos hijos, reunió lo que pudo, recibió la bendición de su madre y emprendió su viaje hacia Coatzacoalcos, Veracruz, donde ya había estado antes, había logrado arreglar sus papeles y se había hecho de amistades que le esperaban a él y a su familia con los brazos abiertos. Tres años antes, el nicaragüense de 30 años, evangélico, especialista en estructuras metálicas industriales, había dejado a su familia en la capital de su país, se había marchado y, mientras se hallaba en tránsito por México, había tomado la decisión de quedarse en Coatzacoalcos, abandonando su idea original de irse a Estados Unidos. Ahora regresaba triunfal a su casa, con papeles mexicanos en mano y con un trabajo seguro esperándole.

Convenció a su mujer de que en México las cosas irían mejor que en su tierra natal, donde el empleo escaseaba y los disponibles eran mal pagados. Más que eso, Jacob es aventurero. En el 2006, había ingresado a México irregularmente, por Tenosique, Tabasco, desde donde se subió al tren carguero. Ya había caminado durante tres días por la selva guatemalteca, para ingresar sin papeles a territorio mexicano. En el tren de carga llegó hasta Coatzacoalcos, punto nodal de la ruta

ferroviaria en el sur, donde encontró una opción para quedarse por un tiempo: se hizo de un trabajo mejor pagado que los que tuvo anteriormente y fue ganándose el cariño de mucha gente.

Su mujer, “Raquel”, en cambio, es más conservadora, por lo que la negociación en la toma de la decisión fue intensa. Jacob argumentaba que en Coahuila tendría un trabajo estable y bien remunerado. La oferta incluía comprar una casa en el mediano plazo, poner a los hijos a la escuela y, cuando fuera posible, tramitar la internación de la madre de Raquel por la vía legal, para que ésta los visitara cuando quisiera. Jacob es viajero. Lo ha hecho desde que salió de su natal Puerto Cabezas, en el Caribe nicaragüense. Conoció a su mujer en Managua. Raquel, por el contrario, es una mujer hogareña y prefiere estar cerca de su familia que salir del país. Alegó que en Managua se viviría con limitaciones, pero se estaría cerca de la familia, los amigos y de la tierra de uno. El apego con la madre es fuerte. Al final, las razones de Jacob terminaron imponiéndose por sobre las de Raquel: había que emigrar a México, lejos de la familia, pero con la promesa de vivir mejor.

La mujer cuenta lo que se siente ser pareja de un migrante: todos los días pensando en lo que está haciendo su marido, lidiando ella sola con el cuidado de los hijos y esperando el envío de la remesa. Raquel habría soportado las ausencias de Jacob cuando éste trabajaba en Costa Rica, Panamá, Honduras o El Salvador, pues sabía que no estaba demasiado lejos y llegaba a la casa con cierta frecuencia. Pero México es otra cosa. Esta vez era diferente, pues no sólo se hallaba más lejos, sino que la comunicación disminuyó sensiblemente. Jacob nunca le dijo a su mujer exactamente hacia dónde iría esta vez; ni siquiera se despidió de sus hijos. La llamada desde Coahuila fue sorpresiva. Aún así, ella soportó dos años la ausencia de su marido, hasta que ya le fue imposible.

En ese lapso, Jacob había logrado regularizarse y obtener un documento migratorio FM3, con el que pudo viajar a Nicaragua. Este viaje sería crucial, pues esta vez no regresaría solo. La familia había intentado viajar legalmente; habían acudido a la embajada mexicana en Managua, pero les fue imposible reunir todos los requisitos que le pidieron para otorgarles visa; en caso de que los hubieran reunido, tampoco hubieran podido cubrir los costos de la visa por permiso de internación (poco más de 100 dólares americanos por persona).

La decisión estaba tomada. El equipaje de la familia incluía la colección de discos pirateados más preciada de Jacob, las notas del último grado cursado por “Dina”, la hija mayor, y los peluches con que se duerme “Benjamín”, el pequeño. Las intenciones no pasaban por un pronto regreso. La familia viajó desde Managua hasta la Ciudad de Guatemala, a bordo de un autobús de excursión.<sup>17</sup> El equipaje era grande, como las expectativas de Jacob y la tristeza de Raquel al dejar atrás a su madre. Jacob no estaba del todo seguro, pero su espíritu aventurero le dio el último empujón.

Por los riesgos en el camino, se necesita mucho coraje para que Jacob llevara junto a sí a su mujer y a sus dos hijos para cruzar ilegalmente la frontera de Guatemala con México y llegar hasta Veracruz. Y eso que la familia llevaba un mínimo respaldo financiero. De la capital guatemalteca tomarían un bus hacia Tecún Umán, hasta donde la etiqueta de “ilegal” no está completamente pegada en la frente, pero ciertamente comienza a dibujarse. La policía y las autoridades guatemaltecas ya se lucran de la migración por estos rumbos, extorsionando a los migrantes salvadoreños, hondureños y nicaragüenses –y hasta su propia gente– para que dejen la esperada “mordida” matinal. Los tricicleros y los balseros (los que conducen las balsas que transportan gente y mercancías por el Río Suchiate) hacen lo mismo.

Ahora vendría el paso más difícil: el Suchiate. Los balseros o camareros están quizás más entrenados que los agentes de migración. Saben quién es un migrante que va en camino hacia Estados Unidos y quién no. Conocen a la gente local, que ingresa cotidianamente a México para comprar mercadería e introducirla a Guatemala al margen de los controles aduanales. Lo cierto es que la migración se mira en los ojos. Ya he visto la mirada de dos hondureños jóvenes, una chica y un chico, que estaban descansando en la iglesia de Huixtla, justo a unos minutos de pasar por la temida “Arrocera”, cuando esta se hizo tristemente célebre por ser el

---

<sup>17</sup> Esta es la modalidad más común entre los nicaragüenses que ingresan sin documentos a México. La llegada a la capital de Guatemala se hace generalmente en autobuses de excursión. La travesía incluye unos pocos kilómetros de territorio hondureño, bordeando el Golfo de Fonseca, para atravesar enseguida El Salvador. En estos países, sobre todo en la frontera salvadoreña de El Amatillo, comienzan los hostigamientos policiales hacia los nicaragüenses, pese a que viajan en autobuses que operan con fines turísticos. Al llegar a Ciudad de Guatemala, destino de la “excusión”, se aborda un autobús que conduzca hasta Tecún Umán, ya en la frontera con México.

punto más peligroso de la ruta: asaltos con lujo de barbarie, mutilaciones, violaciones sexuales multitudinarias, asesinatos... El miedo se ve en la mirada. He visto también a los ojos a otro hondureño, que me contó que su esposa había sido violada en ese mismo lugar y que no sabía nada de ella desde hace días. Seguramente, los camareros, como toda la gente que vive de la migración y para la migración –como yo mismo–, han visto esas miradas y se han habituado a ellas.

Los nicaragüenses se subieron a la balsa y quizás un oficial de la aduana mexicana los vio pasar desde lejos, pero no hizo nada. Acá nadie hace nada, nadie dice nada. Y no tendrían por qué hacerlo. El cruce ilegal por el río es de lo más normal y cotidiano. Llegaron a Ciudad Hidalgo. Ya habían pisado suelo mexicano. Pero allí no es muy seguro para los incautos y primerizos. Hay que dar un paso más para mimetizarse: Tapachula. Este municipio cuenta con toda una infraestructura que da soporte a la migración, como la mayoría de ciudades y localidades de la zona. Allí pasó la familia encerrada en un hotel durante una semana, hasta que escasearon los fondos. Jacob fue al Instituto Nacional de Migración, donde le dijeron que no le podían dar un permiso para que su familia llegara sin problemas hasta Coatzacoalcos.<sup>18</sup> La oferta, como la paciencia de Raquel, comenzaría a resquebrajarse desde entonces.

Puerto Madero apareció circunstancialmente y nada más. No había muchas opciones. En Tapachula, Jacob había conocido a una paisana que le recomendó irse mientras tanto a Puerto Madero porque allí había una nicaragüense que, al decir de los extranjeros, ayuda a quienes lo necesitan. Se trata de Daysi Guerrero, quien ha formalizado un hogar con Viliulfo Pérez, originario de Huixtla. Ambos formaron parte de la directiva de la asociación civil “Mujeres en Acción en Contra de la Marginación”, presidida por la señora Trinidad Castillo, hasta pelearse con esta última. Daysi y Vilo, en cuya casa se dieron cita durante muchos años los

---

<sup>18</sup> Difícilmente las autoridades de migración otorgan este tipo de permiso a extranjeros. Las únicas vías legales para ingresar a un extranjero desde su país, a petición de un familiar viviendo en México, es tramitando un permiso de internación. En el caso de los salvadoreños, el familiar que se encuentra en México –o un mexicano amigo de este– debe solicitar este trámite a favor de sus parientes. La resolución puede demorar unos 20 días. Si es positiva, los parientes –sólo en primer grado– deben acudir a la embajada mexicana en San Salvador, para que se les extienda un documento migratorio o una visa temporal –según sea el motivo y el periodo de tiempo solicitado–, debiendo pagar los costos correspondientes.



extranjeros para discutir y resolver asuntos de interés, dieron posada a Jacob y su familia mientras este fue encontrando opciones laborales: en unas semanas había trabajado con tres ingenieros diferentes y le habían pagado días después de lo pactado. Estuvo alrededor de un mes sin empleo. Tuvo que tomar en renta el segundo triciclo de Vilo y salir a disputar el pasaje entre la fuerte competencia. Estuvo desesperado y arrepentido de haber traído a su familia. Está acostumbrado a pasar calamidades, pero solo. Nunca se hubiera imaginado someter a su familia a estas limitaciones. Raquel también estuvo desesperada.

Así, como sin advertirlo, fue pasando el tiempo. A un año de haber llegado a Puerto Madero, la familia había logrado regularizar su situación legal. Todos se encuentran, pues, con sus papeles en regla. Los dos hijos se encuentran estudiando en el preescolar y secundaria, respectivamente. Jacob ha encontrado un trabajo estable y considerablemente mejor remunerado como soldador en una empresa que está subcontratada en las instalaciones de Puerto Chiapas, devengando un salario mayor a los 100 dólares americanos semanales; Raquel, la madre y encargada del hogar, se congrega con mayor frecuencia y tiene muchas más responsabilidad en una iglesia pentecostal local. En suma, el grupo familiar parece haberse adaptado a su destino temporal. Temporal, pues a pesar de los logros obtenidos en apenas un año, no abandonan la idea de continuar su viaje a Coatzacoalcos.

Jacob sale todas las mañanas a trabajar a los barcos atuneros que llegan a Puerto Chiapas. La flota de barcos pertenece a la empresa *Herdez*, que procesa buena parte del atún que se consume en México. El nicaragüense, que es poseedor de una mano de obra calificada en el medio (como especialista en estructuras metálicas y soldadura), tiene un salario superior al de los empleados, en su mayoría mujeres, de las dos plantas de procesamiento del atún. Todos estos trabajadores, que provienen en su mayoría de municipios y localidades vecinas, pero no de Puerto Madero, comparten el mismo recinto portuario que los cruceristas a su llegada. Jacob sube a los barcos atuneros a trabajar. Los turistas, en el mejor de los casos, suben a los cruceros cuestionando las historias de fantasía que se cuentan en el performance sobreactuado.

## **El gobernador que (siempre) llega tarde**

En este día he perdido la paciencia y un poco de tiempo, aunque, por primera vez, me sentí “porteño”. Para hoy está programada la entrega de actas de nacimiento a los hijos de extranjeros de Puerto Madero que están realizando sus trámites con la asociación civil de Trinidad Castillo.<sup>19</sup> A doña Trini le han cambiado la hora de la actividad, en la que se espera que el gobernador del estado, Juan Sabines, haga la entrega simbólica de un par de actas de nacimiento a hijos de extranjeros. El primer acuerdo sería que aquel llegaría hasta Puerto Madero. Ahora los extranjeros, conducidos por la asociación de doña Trini y con apoyo de la Secretaría para el Desarrollo de la Frontera Sur, deben trasladarse hasta el parque del Bicentenario, en Tapachula, donde supuestamente llegará aquel. Me interesa asistir al evento, así que me uno al grupo. Todos han sido convocados a las 8 de la mañana. Como es habitual en estos lugares, los convocantes citan a una hora determinada, para darles una hora de margen a la llegada de los convocados. A las 8 había menos de diez personas en el parque, contando a los miembros de la asociación y mi persona.

Pasadas las nueve de la mañana, cuando había poco menos de un centenar de personas, entre padres extranjeros y niños nacidos en México, doña Trini recibe una llamada en la que le notifican que el gobernador estará en Tapachula hasta las 12 del mediodía. “¡Putá!”, exclamé. Ahora tendríamos que regresarnos todos a nuestras casas, mientras nos volvíamos a reunir a las 12 en el parque. Esa fue la hora que dieron los convocantes. Otros decidieron quedarse a esperar en el parque hasta el mediodía. Me pareció extraño que pusieran la misma hora entre la salida de la gente desde Puerto Madero y la supuesta recepción del gobernador en Tapachula. Algo no estaba bien. No indagué sobre ello y me regresé a casa, a escribir algunas notas. Planeé visitar un par de familias por la tarde, al regreso del encuentro con el político, que tiene la desagradable costumbre de llegar horas tarde a los actos oficiales o enviar a un representante suyo en su lugar después de hacerlos esperar por horas. La mañana, pues, no presagiaba mayor actividad, como

---

<sup>19</sup> Ver, “Programa de entrega de actas de nacimiento a hijos de extranjeros”, *El Orbe*, 24 de noviembre de 2009: <http://elorbe.com/portada/11/25/programa-de-entrega-de-actas-de-nacimiento-a-hijos-de-extranjeros.html>

ya he comprobado al buscar a algunos salvadoreños y no haberlos encontrado antes de las 2 de la tarde.

Salgo a las 11:45 hacia el parque, acompañado de dos amigos nicaragüenses. A las 12:30 aparece el primer autobús que nos conducirá al encuentro pactado a las 12. Hacia la 1 pm se han llenado tres autobuses y un microbús, que parten para Tapachula. Llegamos a nuestro destino. En el parque Bicentenario han instalado una tarima y una gran carpa, bajo la cual han dispuesto las sillas donde se sentarán los beneficiarios del programa de registro de los hijos de extranjeros y de la entrega de formas migratorias para trabajadores agrícolas fronterizos guatemaltecos, dos programas promocionados y anunciados con bombo y platillo por el gobierno del estado de Chiapas y las autoridades migratorias federales. Observo las banderas de Honduras, El Salvador y Guatemala, colocadas a un extremo de la tarima. Los de Puerto Madero somos los primeros en llegar. Llegarán de otros lugares también. El sol y el calor desesperan a los niños a los pocos minutos.

Ya están presentes algunos funcionarios del Instituto Nacional de Migración y de la Secretaría para el Desarrollo de la Frontera Sur. Saludo a doña María Esther. Bromeando le digo a mi amigo nicaragüense que el gobernador aparecerá como a las 3:30. Fallé, porque, en primer lugar, nunca apareció, sino que envió a un representante, su secretario personal –según dijeron–, acompañado de una comitiva que ocupó las nueve sillas dispuestas en la tarima, en su orden, de izquierda a derecha: una representante de los beneficiarios, una hondureña residente en Puerto Madero y amiga nuestra; la Secretaria para el Desarrollo de la Frontera Sur; el presidente municipal de Tapachula; el embajador de Guatemala en México; el enviado del gobernador; la embajadora de Honduras; el embajador de El Salvador; un representante local de la unión nacional de cafetaleros y, finalmente, el delegado del Instituto Nacional de Migración en Chiapas. La comitiva apareció a las 4 de la tarde y el acto se prolongó hasta las 5. Luego regresamos en los mismos autobuses. Lamentablemente todo fue simbólico, pues los extranjeros regresaron con las manos vacías. No se les había entregado ni un solo acta y se les convocaba de nuevo a una junta para el día siguiente. Pensé que se estaba abusando en demasía del tiempo y la necesidad de la gente.

Una mujer guatemalteca, pareja de un triciclero salvadoreño con el que he conversado muchas veces, se ha quejado conmigo. La guatemalteca tuvo que pedir permiso en su trabajo –ella labora como mesera en una palapa– para poder asistir a la actividad. Pensaba que todo iba a realizarse por la mañana y, por la tarde, llevaría a su hija, una bebé de un año, al centro de salud. No pudo trabajar y no pudo llevar a su hija al médico por asistir a la junta, que era de “carácter obligatorio”, según la indicación de doña Trini. Su bebé presentaba síntomas de infección gastrointestinal: fiebre, diarrea, vómito, falta de apetito y deshidratación. Los tres rentan un pequeño cuarto, como muchos de los extranjeros que viven en Puerto Madero. Él triciclero, ella mesera, desempeñando los empleos más accesibles para los extranjeros recién llegados.

La molestia de la mujer guatemalteca es totalmente comprensible. Pensé en la falta de respeto del susodicho gobernador y de los demás funcionarios hacia la gente; es más, imaginé cómo estos no tienen ni idea –y, si la tienen, le importa poco– de cómo su impuntualidad afecta la vida cotidiana de las personas. Otra posibilidad es que los intermediarios, en este caso, doña Trini, no tuvieran la necesaria coordinación para realizar con mayor formalidad esta actividad. Una y otra cosa pudieron haberse juntado. Lo cierto es que los afectados han sido los extranjeros. Ese día, poco más de 100 extranjeros debieron suspender sus actividades de la jornada para asistir al prolongado acto. La queja de la guatemalteca no fue la única que escuché. Perder un día de trabajo para ella, por ejemplo, implica dejar de percibir unos 100 pesos, que le faltan actualmente para salir de los gastos en que ha incurrido la pareja desde el nacimiento de su bebé. El triciclero salvadoreño tampoco ha salido a trabajar, dejando de percibir una cantidad similar o mayor a la de su mujer.

La bebé no se encuentra en buenas condiciones de salud, no solamente por el padecimiento que enfrenta desde hace dos días, sino porque, a simple vista, evidencia cierto grado de desnutrición. La bebé no tolera cualquier tipo de leche, por lo que deben comprarle una que es muy cara y que se acaba en menos de una semana. Mi paisano me cuenta estos detalles con mucha preocupación. Esta noche, el joven triciclero irá a la casa de su patrón a pedirle prestado dinero; aparte, me confiesa, está endeudado con un prestamista que les ha cobrado intereses muy

onerosos. Cuando nos bajamos todos del autobús los he visto en la Farmacia *Similares* pasando consulta y comprando unos medicamentos, entre ellos una pomada para calmar la irritación que le causan al bebé las frecuentes evacuaciones. “Esa pomada me sale bien cara”, me comenta el triciclero. Me voy a la cama –mejor dicho, a la hamaca– pensando en el ingrato gobernador, en su séquito, en los altos funcionarios que esa noche quizás durmieron en hoteles de 5 estrellas y en la salud de mis dos hijos.

### **Muerte o vida de “Liliana”<sup>20</sup>**

La noche anterior, 13 de diciembre [de 2009] recibí una mala noticia. “Liliana” se encuentra grave en el hospital regional de Tapachula. Liliana, cuyo nombre por el que fue registrada en El Salvador es otro, es una de las tres meseras que entrevistaría el pasado martes 8 de diciembre, cosa que no se realizó porque aquellas no llegaron. Sus razones, y poderosas, las tenían. Lo único que sabía entonces era que Liliana estaba hospitalizada, debido a complicaciones que le había causado una bacteria que cogió por allí, quizás en la palapa en la que trabajaba. No tenía más detalles.

Habré salido de casa como a las 9 de la mañana. Mi primer destino era el consulado de El Salvador, para averiguar más detalles sobre la salud de Liliana y tener una autorización, en caso de que fuera necesaria, para entrar al hospital. Me recibió el cónsul, don Nelson Cuéllar.<sup>21</sup> Me dijo que ya la había ido a visitar, ayer domingo, y que, efectivamente, estaba muy grave. Se hallaba en la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI). Don Nelson me reveló que incluso ya estaba preparando el papeleo que hace el consulado en caso de deceso de un salvadoreño, anticipándose a su posible muerte, para luego repatriar los restos a territorio salvadoreño. Me mostró un expediente en el que pude ver, al menos, una fotocopia

---

<sup>20</sup> El caso de “Liliana” fue presentado al equipo encabezado por Felipe González, Relator sobre los Trabajadores Migratorios y Miembros de sus Familias de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), en una reunión organizada por el Centro de Derechos Humanos “Fray Matías de Córdova”, Tapachula, en julio de 2011, en donde los visitantes escucharon y documentaron testimonios de extranjeros que habían sufrido algún tipo de agresión/abuso por parte de agentes estatales mexicanos.

<sup>21</sup> Nelson Miguel Cuellar Hernández fue cónsul general de El Salvador en Tapachula entre 2005 y 2011.

del DUI de Liliana, misma en la que se lee el nombre con el que está inscrita en El Salvador.

En ese instante pensé que el cónsul había ido demasiado lejos, pues me pareció prematuro el papeleo. Con todo, don Nelson me dijo que perfectamente podía visitar a Liliana en el hospital, que queda a unos 20 minutos del consulado. Algo en mí hacía que retardara mis pasos, pese a que tenía muchas ansias de ver a Liliana. Pese a no ser el nombre verdadero y para proteger su identidad, opto por llamarle “Liliana”, pues fue el nombre que ella me dio y por el que le llamaban sus amigas. Finalmente llegué al nosocomio, que se encuentra ubicado al sureste de Tapachula, sobre la carretera al antiguo aeropuerto. Presentándome en la recepción pregunté por Liliana, pues me habían dicho en Puerto Madero que por ese nombre la tenían registrada. La guardia que estaba de turno me dijo que un pariente suyo –su hermano, de hecho– acababa de ingresar. “Es el muchacho que va allá, el de *short*”. Los pasillos de hospital no son precisamente los lugares que uno quiera atravesar.

Para llegar a la UCI desde el acceso principal del hospital debe atravesarse un pasillo de unos 15 metros y girar a la izquierda, hacia el área donde también se encuentran los pacientes que deben permanecer internados por muchos días. La sección que buscaba es muy distinta a las imágenes que se ven en los programas de televisión, donde ésta, por su importancia, ocupa un espacio, por lo menos, aislado y bien acondicionado para atender a los pacientes graves. La UCI de este hospital no ocupará más de 30 metros cuadrados, espacio donde hay unas cuatro camas, separadas únicamente por cortinas. A simple vista el sitio no parece adecuado para atender a los pacientes graves. La fachada de la UCI es de unos cinco metros, con una puerta al centro y, a cada lado de estas, un cristal oscuro que no permite ver hacia adentro. En la puerta hay colocada una leyenda que invita al visitante para que espere que le atiendan desde dentro, luego de tocar un par de veces.

Toco la puerta y no hay respuesta inmediata. Al cabo de un minuto, abre la puerta una enfermera que va de salida y que parece no haber escuchado que alguien llamaba. Pregunto por Liliana. Me cuestiona si soy pariente de ella y le respondo que solo soy un amigo. Me dice que espere, que consultará con el jefe de enfermeros que está a cargo de la unidad y cierra la puerta. En unos segundos sale

de nuevo y me dice que Liliana está muy grave y que necesita unos medicamentos urgentemente. “¿Sabe usted dónde están sus familiares?”, me dice. No los he visto. Le digo que acabo de hablar con el cónsul y que le diré a éste de los medicamentos. En ese momento me dice que puedo entrar a verla, pues creo que mostré una cara como de quién no quería irse sin verla y saber cómo estaba.

La escena, simplemente, me pareció dura. A Liliana la vi por última vez unos diez días antes, cuando habíamos pactado la entrevista que no se realizó. Liliana lucía esa vez unos jeans azules y una blusa oscura, creo que negra. Había llegado a una reunión de extranjeros, en casa de Daysi y Vilo. Estaba sentada con las otras dos meseras que entrevistaría aquel martes. Detrás de ella estaba un muchachito, hijo suyo, que acababa de traer desde El Salvador para que le acompañara en Puerto Madero. El niño tenía entonces cinco años. Las saludé y bromearon sobre la belleza de las salvadoreñas. Ese día pactamos realizar la entrevista. Incluso les pedí que no la olvidaran.

La imagen de Liliana que ahora tenía frente a mí no se correspondía a aquella de hace unos días. La joven, en estado inconsciente, yacía en la cama del hospital. Estaba asistida por un respirador artificial y se notaba cómo su cuerpo, literalmente, luchaba por respirar. Estaba tan hinchada que simplemente no parecía la delgada joven que vi por última vez. Su rostro era irreconocible. No había ninguna correspondencia con el registro que se guardaba en mi memoria. Durante algunos instantes guardé silencio, mientras la enfermera me recordaba que había que traerle los medicamentos. Inefabilidad. Sólo le pregunté al enfermero encargado sobre el pronóstico. No me dijo nada que me tranquilizara. “La verdad es que está bastante grave”, fue su única respuesta. “Hay que conseguirle los medicamentos porque nosotros no tenemos”, concluyó.

Abandoné la sala totalmente impresionado. La enfermera ya tenía un listado de los medicamentos y me disponía a llamar al cónsul cuando llegó a la puerta de la UCI una señora y un muchacho. Por el semblante de la mujer no me costó advertir que se trataba de la madre de Liliana. Aún así le pregunté y ella lo confirmó. Le dije de los medicamentos y me respondió que ella había llegado desde el sábado y que, desde entonces, había andado comprando medicinas a cada momento, porque en el hospital no tenían nada. Recibí la primera demanda de ayuda por parte de la

madre. Le dije que llamáramos al cónsul, quien ya el domingo anterior incluso había puesto de su bolsa para comprar algunos medicamentos. Don Nelson me había explicado antes que, en casos como el de Liliana, el consulado no tiene fondos propios para ayudar en medicamentos o atención médica, sino que, la mayoría de las veces, se gestionan apoyos con otras instituciones u organizaciones.

En ese mismo instante se hizo presente doña Trinidad Castillo y saludó a la madre. Sentí algo de alivio. Las presenté mutuamente. Doña Trini llegó allí en calidad de presidenta de la asociación “Mujeres en Acción en Contra de la Marginación”, la única instancia no gubernamental que ejecuta acciones con los extranjeros que residen en Puerto Madero. La presidenta aseguró que había conversado con Liliana el viernes y que aún estaba consciente, pero que ya se encontraba grave. Ella había sido ingresada a la UCI el jueves anterior y había perdido el conocimiento el sábado o el domingo. Doña Trini confirmaba también mi preocupación. La salud de Liliana, lejos de mejorar, empeoraba. Desde ese momento, y con la esperanza de que mejorara, acompañé a la familia durante dos días. Francamente hasta este lunes creía que la situación iría mejor. Doña Trini nos sugirió que buscáramos a doña María Esther Rosales,<sup>22</sup> funcionaria de la Secretaría para el Desarrollo de la Frontera Sur, una dependencia del estado de Chiapas que apoya de muy diversos modos a los migrantes y también a algunas organizaciones civiles que trabajan con población migrante. La misma organización de doña Trini ha sido destinataria de apoyos económicos para realizar actividades.

Inmediatamente partimos en la camioneta de doña Trini hacia las oficinas de la Secretaría, un nuevo y moderno edificio situado en el extremo oriente de la ciudad, cerca de la salida hacia la frontera de Talismán. El encuentro con las personas que nos recibieron fue, francamente, desalentador. Nos recibió uno de los funcionarios de mayor rango, quien se hacía acompañar por un hombre y una mujer, los dos jóvenes, elegantemente vestidos. Ellos le dijeron a la madre de Liliana que lamentablemente esta dependencia no podía ayudarla con la compra de los medicamentos que necesitaban. “Pero yo necesito que alguien me ayude”, les

---

<sup>22</sup> María Esther Rosales Medina ha sido la titular del Departamento de Vinculación Interinstitucional de la Secretaría para el Desarrollo de la Frontera Sur, durante el mandato de Juan Sabines Guerrero (2006-2012).



dijo la desesperada madre, llorando. Leí frustración en el rostro de doña Trini y la verdad sí me pareció que esta última al menos estaba dando apoyo moral. Antes le había dicho a la madre de Liliana que debía denunciar al hospital por medio de un periódico local, por el pésimo tratamiento que había recibido su hija. “Es usted quien debe presentar una denuncia --le decía a la madre—, porque yo soy AC (Asociación Civil) y no me toca a mí”. “¿Tú tienes miedo de denunciar?”, me preguntó. Le contesté que no era fácil, que sí daba algunos temores. “Pues sí, si da miedo --reafirmó—, pero algo hay que hacer”.

Los dos acompañantes del funcionario al que buscábamos se mostraron férreos, casi impasibles. “Lo siento señora, nosotros no podemos hacer nada”. Como consuelo nos dijeron que doña María Esther iba en camino para el hospital, para ver cómo estaba la muchacha. Doña Trini se veía furiosa. Me encomendó regresáramos al hospital, que nos alcanzaría allá, pues en ese momento tenía que resolver otros asuntos en la oficina que visitábamos. Me dio 30 pesos para el taxi. Regresamos al hospital, aún sin los medicamentos en la mano. Le llamé al cónsul, pero este me dijo que ya no había dinero para ayudarle a la familia. Ya había dos lugares a los que habíamos recurrido: el consulado, que ya había ayudado un día antes, pero a título personal, por medio del cónsul y, por otro lado, la Secretaría para el Desarrollo de la Frontera Sur, que había cerrado cualquier posibilidad, aunque había enviado a doña María Esther, una mujer muy conocida y respetada en Tapachula desde años, cuando fue la subdirectora de la casa del migrante Albergue Belén, que recibe y aloja a migrantes en tránsito que se internan a México por Tapachula.

Ahora esperábamos a doña María Esther, pero su presencia sólo significó, en palabras de ella, “un poquito de presión para el hospital”, dado que como funcionaria del gobierno del Estado --continuando con su argumentación— no podía ponerse a reclamar a diestra y siniestra. De hecho, el Hospital Regional de Tapachula es una dependencia del gobierno del Estado, al igual que la Secretaría para la cual trabaja doña María Esther. Ésta insistió en que allí era el mejor lugar en que Liliana podía estar, pese a que la madre solicitaba que la trasladaran a El Salvador o, por lo menos, a un hospital del que había escuchado hablar. Se refería a Ciudad Salud, un hospital de especialidades, recientemente instalado en la

carretera que conduce a Puerto Madero. No soy médico, pero me pareció que por la gravedad de Liliana, un traslado no era lo más recomendable. Pero tampoco creí nunca que la atención que recibía en el hospital general siquiera fuera medianamente buena. De hecho, me pareció que dejaba mucho qué desear.

Doña María Esther solicitó conversar con el médico que veía a Liliana. Este nos dijo de nuevo que el diagnóstico era reservado, que veía innecesario y muy riesgoso el traslado hacia otro centro de salud. Doña María Esther se quedó con eso. Cuando obtuvo el expediente –del que pude conservar una copia– se retiró. La familia continuó buscando el medicamento y la acompañé en su búsqueda. En el expediente se lee que Liliana ingresó al servicio de urgencias el día 8 de diciembre de 2009, es decir, el día martes, justo cuando haríamos la entrevista. Se detalla que, hasta el día de su ingreso, Liliana presentaba “fiebre de 5 días de evolución”; es decir, que cuando ingresó de emergencias al hospital ya estaba en una situación delicada.

Esto concuerda con el relato de la amiga que la trasladó al hospital, una mesera guatemalteca, con quien pude hablar brevemente. Según ésta, Liliana sentía dolor en la espalda baja desde el jueves 3 de diciembre y se automedicó, pero el dolor, como los otros síntomas (fiebre, vómito, diarreas, sangrado) se intensificaron. Liliana no habría querido recibir atención médica hasta el martes, cuando incluso se desmayó por la deshidratación y la intensidad de los dolores. No se había presentado a trabajar desde el sábado anterior. Fue su amiga quien la llevó al hospital y la acompañó desde ese martes hasta el día sábado, cuando aparecieron la madre y hermano.

Ese día conseguimos el catéter, como a la 1 de la tarde. Según los médicos del hospital regional, no era posible encontrarlo ni en Tuxtla Gutiérrez, la capital del estado, y tenían que solicitarlo a Villahermosa, Tabasco, la Ciudad de México u otro estado. El hermano de Liliana había ido a buscarlo a Guatemala el día domingo y había regresado con las manos vacías y menos dinero en sus bolsillos, dinero que ahora resultaba vitalísimo para comprar los medicamentos que el médico solicitaba a cada momento. Lo extraño es que el catéter lo encontré yo, a escasos 15 metros del hospital, en una farmacia en donde quizás no se les había ocurrido preguntar. Me pareció muy sospechoso este hecho y me convenció más de

la ignorancia o desidia de los médicos. El hermano de Liliana consiguió los medicamentos y le fueron administrados. El catéter le fue puesto por la tarde y comenzó a drenarse el líquido que estaba acumulando desde días antes.

A la madre le dijeron que como Liliana había recibido sangre debía buscarse tres donantes. Un amigo nicaragüense que me había acompañado al hospital, no dudó en ofrecerse como donante. Conmigo ya tenía dos. Entramos al banco de sangre a las 2 de la tarde. Salimos con nuestra boleta de donantes casi a las 6. A algunos de los donantes les estaban pagando en dinero o en especie. En la entrevista me preguntaron si yo estaba recibiendo algún tipo de remuneración. El médico que me atendió se mostró sorprendido cuando le dije que simplemente donaba porque era mi paisana.

Ese día salimos muy cansados con mi amigo nicaragüense, rumbo a Puerto Madero. Ya había anochecido. Los parientes de Liliana pasarían de nuevo la noche en el hospital. Al llegar a casa comentamos todo lo sucedido: el consulado se estaba preparando para la muerte de Liliana; doña Trini andaba contando que se la había pasado todo el día con la familia de Liliana, cuando su encuentro no duró más que unos 40 minutos; doña María Esther, como funcionaria, se había conformado con un expediente clínico y, mientras tanto, la familia seguía luchando. No creo que la madre haya perdido las esperanzas de llevarse a su hija y su nieto con bien hacia El Salvador, pero su semblante dejaba ver una preocupación tal que no la dejó tranquila desde que la vi por primera vez hasta que me despedí de ella dos días después. Para ese momento sentí que la familia confió en mí para contarme que, por ejemplo, iba a recibir el apoyo de unos parientes en Estados Unidos, para poder seguir financiando la compra de los medicamentos. El hermano me dijo que una de las tías les dijo que no ayudaría, que mejor dejaran sola a Liliana pues ya estaba muriendo. Mientras estuve con ellos recibieron ayuda de aquellos parientes.

El hermano me contó también que semanas antes, cuando Liliana llegó a El Salvador para traerse a su hijo, no la querían dejar venir a Chiapas, que mejor se quedara a trabajar allá. Pero no hizo caso. Quería regresarse al Puerto, no saben por qué. Según la versión de otros dos extranjeros cercanos, Liliana sostenía una relación sentimental con otro salvadoreño que reside en Puerto Madero. Si esto fuera así, ese habría sido una fuerte razón para que Liliana se regresara. El

hermano de ésta se lamentaba también de que él estuvo un mes antes en el Puerto, mientras iba en camino hacia Estados Unidos. De hecho, logró cruzar la frontera norte, pero fue detenido por agentes migratorios estadounidenses y deportado hacia El Salvador, casi inmediatamente después de entrar. En esa ocasión hablaron de nuevo con Liliana sobre la posibilidad de regresarse todos a El Salvador.

Pasé buena parte de la noche conversando sobre la salud de Liliana. Su madre, su hermano y yo convenimos encontrarnos en el hospital a las 9 de la mañana del día siguiente. Allí me encontraría además con el niño. Efectivamente, no ingresé a las instalaciones, sino que llegué nada más a la explanada que se encuentra por el ingreso principal. Allí esperaba el hermano de Liliana, con el niño. La madre no ha llegado aún. Anda comprando unas cositas para desayunar. El hermano ha ido por el niño al Puerto, pues lo estaba cuidando la amiga guatemalteca, que vive allá. Me quedo con el niño mientras el hermano de Liliana entra al hospital por si hay que llevar medicamentos de nuevo. Al niño no le han querido decir que su mamá está grave. Le han dicho que está enferma, pero que pronto va a salir. Se me rompe el corazón cuando el niño me dice que quiere ver a su madre. No sé qué decirle. Le cambio la plática y le ayudo a prender el *Ipod* para que escuche música. Como a eso de las 10, me llama el hermano desde la entrada del hospital y me da la noticia. “Mi hermana se acaba de morir, hay que decirle a mi mamá, pero no al niño”. No me lo esperaba o, al menos, no esperaba que fuera así. A penas había acompañado a la familia y habíamos luchado por un par de días, pero Liliana luchaba con la bacteria desde hace más de 10 días, sin la mediación de ninguna institución u organización hasta que fue muy tarde.

En el expediente, con todo y la pésima redacción y ortografía, se lee así, literalmente: “pacinete grave pronostico malo”. El diagnóstico: “Leptospirosis grave (síndrome de Weil)”. La bacteria, que ataca principalmente los riñones y el hígado, había terminado con la vida de Liliana, sumado a una serie de condiciones que se juntaron en contra de la salvadoreña, entre ellas, que ella misma, por ignorancia o por desidia, había retardado la atención médica. Cuando esta le fue suministrada quizás fue demasiado tarde. Según su madre, los médicos le dijeron que le habían diagnosticado inicialmente dengue, debido a que el vector en la zona es particularmente alto. Es más, el lunes ni siquiera tenían los resultados de los

exámenes, ya que las muestras habían sido trasladadas a Tuxtla Gutiérrez, desde donde las enviarían. Así, le habrían aplicado medicamentos que no sirvieron de nada o de muy poco. A parte de ello, Liliana tuvo la desdicha de ir a parar a un hospital que brinda una atención sumamente deficiente.

En el expediente decía también que, hasta el lunes, Liliana padecía de insuficiencia respiratoria aguda, insuficiencia renal aguda oligúrica –no estoy seguro que significa esto último— e insuficiencia hepática aguda, lo que terminó causando una falla orgánica múltiple, según consta en el reporte de su muerte, que también pedí consultar. En ese momento le envié un mensaje a Daysi, a quien le había pedido que orara; les llamé a doña María Esther y al cónsul, para informarles del deceso. No pude contactar a doña María Esther. El cónsul me dijo que se movilizarían para apoyar a la familia con el traslado de los restos de Liliana. ¡¿Cómo el cónsul pudo haber tenido razón?!

¿Y ahora qué?, me pregunté. Me había involucrado tanto con la familia, en dos días. Estuve junto a la madre, cuando fue informada. Ella entró en shock e intentó sacar los restos de su hija inmediatamente, pero no se lo permitieron. El hermano se mostró fuerte, hasta el final. Los dos entraron en un debate sobre informarle o no al niño. La familia fue asistida por una tanatóloga, que labora en el hospital. Fue la única persona con sensibilidad que vi allí. Pienso, a la distancia, que la muerte aquí es cosa de todos los días. La tanatóloga recomendó que debiera decirsele al niño y se ofreció para ello. Vi cuando llamó al muchachito y le dijo que su mamá se había dormido y que ya no estaría con él. En ese momento –yo incluido—, nadie aguantó. De nuevo, sin palabras...

La tanatóloga recomendó a la madre que descansara, porque su deterioro físico y emocional era evidente. Tomamos dos taxis. En uno iba la madre, con el niño y dos amigas de Liliana, entre ellas la guatemalteca y otra amiga, también mesera que, a decir verdad, parecía una niña convertida en mujer a la fuerza. En el otro taxi salimos el hermano y yo. Llegamos al Puerto, a la cantina donde trabajaba Liliana. Este día no se iba a abrir el negocio, por la muerte de la salvadoreña. He entrado a algunas cantinas del Puerto, pero esta es particularmente deprimente. En este local, a decir de los transeúntes, se ejerce la prostitución.

El negocio está distribuido entre un espacio grande en el que están colocadas las mesas y la barra; en un pequeño espacio está la cocina; a la par de este se encuentra un corredor y, al fondo, hay tres cuartos en muy mal estado, en donde hay unas dos camas por habitación. Allí duermen algunas de las meseras. La suciedad y el desorden son evidentes. No alcanzo a ver la bodega en donde guardan las cervezas, pero no imagino que esté más limpio que el resto del local. Me impresionó ver cómo en el cuarto de Liliana estaba colgada de la pared una bandera de El Salvador, de esas que los funcionarios del Consulado regalan a los paisanos. Ese era su espacio y allí convivía con su hijo.

No costaba mucho trabajo imaginarse que la bacteria que produce la leptospirosis, un agente que utiliza las ratas como portadoras, pudo haber sido adquirida por Liliana tras el contacto con cualquier lata de cerveza o alimento contaminado por la orina, heces o saliva provenientes del roedor. La dueña no se encuentra en el lugar. Me voy a descansar un rato por la tarde. Nunca había donado sangre y no he seguido al pie de la letra las indicaciones. En primer lugar, he estado expuesto al sol toda la mañana, algo que me prohibieron; tampoco mi desayuno en el Puerto incluye abundancia de jugos naturales de frutas y mucha leche, según la prescripción del químico que me atendió en el banco de sangre. Me mareo con facilidad, así que resuelvo descansar un rato.

El consulado está haciendo su trabajo. En nuestra ausencia, el cónsul llegó al hospital para dar fe ante las autoridades de éste sobre la nacionalidad de Liliana, con lo cual la familia no incurre en ningún gasto y su cuerpo puede ser retirado, toda vez que se cumplan con los requisitos administrativos. Ni siquiera hubiera sido necesario que alguien donara sangre por Liliana, dado que ella falleció y nunca recibió la transfusión. El cónsul también ya había contactado a la funeraria que retiraría el cuerpo, lo prepararía y lo trasladaría en una carroza fúnebre hasta la frontera entre Guatemala y El Salvador, a unos 350 kilómetros de Tapachula. El consulado corre por los gastos del traslado justo hasta la frontera con El Salvador. A partir de esta, por acuerdo consular, otra instancia del gobierno salvadoreño puede ir, a petición de la familia, a recibir los restos, para trasladarlos hasta el lugar de origen de la familia doliente. Los parientes de Liliana se hicieron cargo desde la

frontera hasta Cojutepeque, unos 130 kilómetros de distancia, donde yacen los restos de la salvadoreña.

Al final de la tarde nos vimos con el hermano en el Puerto y saldríamos al hospital, para arreglar lo de la funeraria. A nuestra llegada, como a las 5, ya nos esperaba el encargado de aquélla, quien nos dijo que debíamos solicitar el acta de defunción para poder ellos hacer su trabajo. Como el DUI de Liliana extrañamente se había perdido en el hospital, tuvimos que regresar al consulado, para que allí se nos diera una copia de aquél, un requisito indispensable para verificar que el acta llevara todos los datos correctos. Por suerte me acordé que el cónsul, don Nelson, guardaba ya un expediente de Liliana, que incluía una copia del DUI. El cónsul lo conservaba desde que Liliana se acercó al consulado para que se le apoyara en el trámite de regularización migratoria que llevaba en el Instituto Nacional de Migración. Regresamos al hospital y el acta nos fue entregada hasta como a las 7 de la noche. Ahora vendría la parte más desagradable de estos dos días.

Ya tenía una apreciación muy crítica sobre el hospital, en cuanto a sus servicios e instalaciones.<sup>23</sup> Ahora mi percepción sería más completa sobre el cuadro de este centro de salud. El encargado de la funeraria, un hombre de unos 35 años, nos dijo al hermano y a mí que deberíamos ayudarle en retirar de la morgue los restos de Liliana y trasladarlos a la camioneta tipo van que sirve como carroza fúnebre. Este hombre ya conoce todas las vueltas que deben hacerse en estos casos. Me confiesa que tiene un par de años trabajando en la funeraria. Se sube a la carroza y me cede el asiento del copiloto. El hermano de Liliana no se ha querido subir al vehículo y opta por ir detrás del mismo. Entramos por el costado sur del hospital, por donde hay un pasillo que conduce a la parte posterior del mismo, donde se encuentra un improvisado basurero y, al lado de este, la morgue. El cuadro es de nuevo desolador.

La pequeña área destinada a la basura no es suficiente. Las bolsas se encuentran apiladas una sobre otra sin ninguna medida de seguridad. Muchas están abiertas y en el suelo se hallan expuestas jeringas y guantes usados, así como

---

<sup>23</sup> Ver, “No hay médicos ni enfermeras ni dinero”, *Diario del Sur*, 27 de abril de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1612709.htm>

cualquier tipo de desecho hospitalario. Las paredes están sucias y el hedor es muy fuerte. Desde fuera, la morgue parece en construcción. Hay unos bloques de concreto abandonados, como quien hubiera comenzado a construir y repentinamente tuvo que dejar trunca la construcción. El guardia de seguridad no se encuentra y tuvimos que sonar el claxon varias veces para que apareciera. Por fin apareció y verificó los datos de Liliana. Nos registramos los tres. A todo esto me costaba creer que no hubiera el personal suficiente por parte del hospital y la funeraria para que se retirara los restos de Liliana. No entraba en mi cabeza que tendríamos que hacerlo nosotros. El de la funeraria sólo portaba dos juegos de guantes. Uno se lo puso él y el otro lo cogió apresuradamente el hermano de Liliana, para protegerse él. Esta es una actitud desagradable que vi en el joven, quien hizo todo lo posible a su alcance para no contaminarse, aunque ello implicara dejarme a mí la peor parte. Incluso no se había subido a la carroza por la misma razón.

No quedaron guantes para mí, así que tuve que ingresar al hospital por la parte de atrás, rumbo a la misma sala grande donde está la UCI. Así pude tener, sin quererlo, una apreciación de casi todo el hospital. Entré por la zona donde se encuentran las lavadoras, con su olor profundo a cloro, para salir a un área de esterilización, un patio y, posteriormente, la sala grande a la que me dirigía. Nadie vigiló mis pasos y pude ver todo a placer. Pedí un par de guantes y me los dio una enfermera. A mi regreso ya estaban sacando el féretro de la carroza. Entramos y aquello parecía un lugar abandonado hace años. El calor y la humedad –propios del trópico tapachulteco–, sumado a la poca ventilación y a la materia inerte humana contenida allí no invitaban a estancias prolongadas. La primera sala de la morgue es un cuarto a medio terminar, sucio, manchado de sangre y de otros fluidos que no pude distinguir. Había un par de guantes usados tirados en el suelo. Llegamos cargando el ataúd hasta la sala principal, donde se encuentran las mesas especiales que contienen los cuerpos. Sólo hay una mesa, en donde están los restos de Liliana, envueltos con una manta blanca en donde se leía su nombre y la causa de su muerte.

Llegó el momento de cargar su cuerpo y llevarlo hasta el ataúd, que colocamos a una distancia de un metro. En ese momento me alegré de haber ido



por unos guantes. El hermano de Liliana, quien pensando que estaba tomando la ropa de su hermana recogió una bolsa que contenía una pierna humana, rápidamente tomó el cuerpo por los pies, como queriéndose contaminar lo menos posible. El de la funeraria tomó la cabeza y a mí me tocó la espalda. No entraré en más detalles sobre la escena, pero debo decir que el lugar olía a muerte y no una muerte natural, tranquila. Liliana había fallecido a eso de las 10 de la mañana, es decir, unas 9 horas antes. Pensé en la entrevista que nunca pudo ser. Ahora, exactamente a una semana de la cita truncada, estaba cargando el cuerpo de Liliana, mi entrevistada, mi informante según la jerga de la disciplina. No sé qué haría un antropólogo en este caso, pero lo que yo hice fue todo lo que he expuesto. No sé si fue lo mejor o lo suficiente. Lo que sí me pareció es que la situación del principal hospital de Tapachula y, por ende, del Soconusco, es deplorable.

La jornada terminó en el momento en que trasladamos los restos de Liliana a la funeraria, que se encuentra al lado de uno de los ríos más sucios de Tapachula, a unas cinco cuadras del centro, en la parte baja de la ciudad. A nuestra llegada, la funeraria, que a la vez es el hogar de los dueños, albergaba a dos hombres, una mujer y una bebé, que tranquilamente dormía entre los ataúdes. El hermano de Liliana y yo retornamos al Puerto, a la casa donde descansaba la madre, lugar donde encontré también a otra de las meseras que entrevistaría, amiga de Liliana. El niño ya se había quedado dormido y la mamá lo haría pronto. Me retiré del lugar y en el camino escuché que doña Trini estaba convocando a todos los extranjeros a una reunión urgente que tendría lugar al día siguiente, 16 de diciembre, a las 8:30 de la mañana.

8:15 de la mañana. Los primeros extranjeros comienzan a llegar, quizás con la idea de que entregarán por fin los documentos migratorios. Cuando doña Trini hace las convocatorias no abunda en el motivo de las reuniones: solo enfatiza que son obligatorias. Es más, casi nadie conoce el verdadero motivo de la junta: pasar una colecta para apoyar económicamente a la familia de Liliana, que también ha sido convocada a la reunión. Han llegado quizás unas cincuenta personas, hacia las 9 de la mañana, cuando también apareció la familia doliente: la madre, el hermano y el hijo de Liliana. Los extranjeros han estado llegando a muchas reuniones y pocos resultados concretos, razón que explicaría que, esta vez, hayan llegado menos

que en ocasiones anteriores. Por suerte, esta vez llegó medianamente temprano doña Trini, con lo cual el acto se realizó sin mucha demora. Pensé sobre todo en la familia de Liliana. La madre se había sentado, sin saberlo, justo en el mismo sitio en donde había estado sentada por última vez la joven mesera. Advertí eso pues aquella escena quedó impresa en mi memoria.

Doña Trini comenzó diciéndoles a todos el motivo de la reunión. Habló de lo que le pasó a Liliana y de la necesidad de guardar todas las medidas de higiene necesarias. A ratos parecía que estaba diciendo que Liliana había tenido la culpa, al ser poco higiénica. Nunca mencionó que pudo haber sido responsable la dueña de la palapa donde ella trabajaba, pero bueno, la cosa allí no pasaba por deducir responsabilidades. Doña Trini aprovechó la ocasión para decir que mucha gente la había llamado de Tuxtla Gutiérrez y de la Ciudad de México diciéndole que estaban preocupados por lo de Liliana y que esto no iba a quedarse así, que iba a implementarse proyectos de educación en salud e higiene. La gente se mostró, en términos generales, sorprendida. La mayoría no sabía lo que había pasado en los últimos días. Las noticias circulan con bastante facilidad en la localidad, pero esta se había manejado con mucha cautela. Ni siquiera apareció en los medios de comunicación locales.

Finalmente, doña Trini pidió a todos los extranjeros que estuvieran dispuestos a colaborar económicamente con la familia, que se encontraba allí. Ella puso un billete de 100 pesos, dando el primer paso. Luego comenzaron a acercarse las primeras personas, la mayoría dejando monedas o algún billete de 20 pesos. Unos pocos sí dejaron billetes arriba de esa denominación. Estuve atento a esto y me coloqué en una posición en la que pudiera observar bien. La escena que más me impresionó de esto fue la colaboración de una ancianita guatemalteca que tramita su FM2. La anciana, que no aparenta tener menos de 80 años, camina encorvada y se viste con ropas humildes. Nunca la he escuchado hablar o reclamarle a doña Trini por sus continuos regaños. La anciana miró primero a la madre que ya se había soltado a llorar, como queriendo entender lo que sentía; se levantó de su asiento y depositó un billete de 20 pesos en la mesa. Recordé el pasaje del Evangelio, donde una anciana viuda da en ofrenda todo lo que tiene.

La madre de Liliana ya se había levantado a abrazar a mi amigo nicaragüense, dándole gracias por la compañía que había hecho en los últimos dos días. Según Daysi, quien reunió todo el dinero de la colecta, se había juntado un poco más de 1,500 pesos (unos 120 dólares americanos), una cantidad quizás insignificante para la familia, comparado con los gastos que habían tenido en los últimos días, pero creo que fue un acto simbólico de mucho valor, que habría mostrado a la familia doliente la solidaridad de los extranjeros. Fue la última vez que vi a la familia. Me despedí de ellos. Abracé al niño y pensé en los míos.

La familia se dirigiría a Tapachula, para cambiar este dinero en dólares y para hacer las últimas gestiones antes de su partida. La carroza fúnebre saldría a mitad de la tarde, rumbo a la frontera con El Salvador. A los dos días, mi amigo y yo hicimos una llamada a la familia. Habían llegado hasta la capital a las cuatro de la mañana del día siguiente, la velaron la noche posterior y la sepultaron al día siguiente en su natal Cojutepeque.

Liliana falleció el 15 de diciembre de 2009 lejos de su tierra, en unas condiciones inmerecidas. Yo no pude hacer nada. Nadie pudo hacer nada cuando fue demasiado tarde. Me sentí incapaz. Un día después, 16 de diciembre, nació en el mismo hospital Irene Guadalupe (el nombre es real), hija de dos inmigrantes –él guatemalteco, ella hondureña– que también viven en Puerto Madero. Cosas de la vida. Hay esperanza dentro de la desesperanza, pero hay pocos visos de justicia para los inmigrantes salvadoreños que cotidianamente tienen que sortear la vida en estos espacios fronterizos mexicanos.

### **Cómo conseguir acta mexicana en un día**

¿Cómo conseguir acta de nacimiento mexicana en el mismo día? Los extranjeros que llegan a residir a las localidades chiapanecas, no importando la antigüedad de su llegada, pueden disponer de los medios para obtener documentación mexicana por causas informales. Sólo se necesita construir las conexiones necesarias y contar con unos recursos económicos. Incluso en ausencia de estos últimos, los vínculos sociales pueden operar como garantía. Si el extranjero por registrar es menor de edad las cosas se facilitan, como el caso reseñado enseguida. Omitiremos nombres y, en la medida de lo posible, alusiones

directas a funcionarios e intermediarios. Sólo digamos que, en este caso, se hicieron los vínculos necesarios entre aquellos actores para que los solicitantes, una madre y su hijo nacido en Centroamérica, obtuvieran un acta de nacimiento mexicana para éste último en tiempo récord: un solo día.

El menor en cuestión, de cinco años, nacido en un país centroamericano, había llegado con su madre, unos meses atrás, a una localidad rural del municipio de Tapachula cercana a Puerto Madero. Una intermediaria residente en esa localidad tenía relaciones de amistad con la persona responsable de una de las oficinas de Registro Civil, en Tapachula. Más que amistad, se debían favores. La madre del niño extranjero acudió a la intermediaria quien, a su vez, llamó a su contacto para resolverle el trámite a la extranjera, en calidad de favor. Las conexiones se estaban dando en el marco de la vigencia de un programa impulsado por el gobierno del estado de Chiapas, mediante el cual, y tras la reforma del artículo 56 al Código Civil, se daban ciertas facilidades para permitir el registro de menores de edad nacidos en México y cuyos padres son extranjeros, aunque estos no tuvieran legal estancia en el país. La reforma habría entrado en vigor desde junio del 2009 y se extendería por un año.<sup>24</sup>

La madre estaba dispuesta a ir a Tapachula a registrar a su hijo. Sólo le ha pedido a la intermediaria que le llame a la persona indicada en el Registro Civil para que la atienda al llegar a la oficina. La madre incluso ha tenido que recargar 30 pesos de tiempo aire o saldo al celular de la intermediaria para que esta haga la llamada. ¡Nada es gratis! Una tienda de la cadena *Oxxo*, pues, fue la primera parada del viaje de la extranjera con su hijo hacia Tapachula. Como el trámite exige la presencia de dos testigos mexicanos, la madre del menor le ha pedido de favor a una amiga suya para que le acompañe. El otro testigo es un mexicano de origen guatemalteco que también vive en la localidad. Como la intermediaria ha dicho que no es necesario que los testigos estén presentes en el trámite, el segundo testigo sólo dio copia de su credencial de elector. Pero la intermediaria estaba equivocada.

---

<sup>24</sup> Ver, “El 35% de niños registrados, son hijos de extranjeros”, *Diario del Sur*, 23 de febrero de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1530433.htm>

A la llegada a la Oficialía, la encargada de la misma ya ha recibido la respectiva llamada de la intermediaria. La encargada llama directamente a la madre del menor a inscribir y la hace pasar dentro de la oficina. En la sala de recepción hay unas 20 personas esperando su turno o esperando a sus parientes que ya se encuentran dentro. La madre no tuvo que esperar mucho tiempo. El trámite habrá demorado unos 15 minutos. El siguiente paso era ir a las instalaciones del Instituto Nacional de Migración para obtener un sello de esta dependencia en un oficio, donde se especifica que el menor de edad nació en territorio mexicano, siendo hijo de una extranjera centroamericana. Esta es una gestión que deben cumplir los extranjeros que registran a sus hijos nacidos en México. Se realiza en las antiguas instalaciones del INM, que se encuentran cerca del Hospital Regional. La gestión es sumamente sencilla y rápida, dura no más de 20 minutos. No hubo ningún inconveniente. Ahora habría que regresar a la Oficialía, con el sello del INM, es decir, el último requisito que se exigía.

Como a la madre del niño le hacía falta un testigo mexicano –este sí debía estar presente—, la persona que atendió en el mostrador de la Oficialía sugirió que había que abocarse al consulado que le corresponde a la madre, donde siempre hay alguien que se ofrece como testigo. Efectivamente, el segundo testigo fue completado en la oficina consular. Todo estaba resuelto ya. En un par de horas, la madre estaba regresando a la localidad rural en la que vive, con un acta de nacimiento mexicana, en la que se especificaba que su hijo, de cinco años, había nacido en territorio mexicano.

En resumen, la extranjera había conseguido así el acta mexicana de su hijo: una partera local había certificado una constancia en la que manifestaba haber atendido el parto; la madre del menor había llenado una cartilla del centro de salud más cercano con el nombre de su hijo, para completar los dos documentos que exigen las autoridades del Registro Civil; y, finalmente, la intermediaria no sólo se había cobrado un favor, sino que había hecho otro. Las gestiones de ese día habían costado a la madre del niño unos 200 pesos, entre transporte, papeleo y alimentación, pero el costo iba más allá de lo monetario: había favores y relaciones sociales de por medio que deben ser tomados en cuenta. A la llegada de la extranjera a la localidad, los vecinos no daban crédito de la facilidad con que se

había conseguido el documento. Uno de los vecinos, anciano y conocedor de estos procedimientos institucionales, aseguraba que incluso para un mexicano es difícil obtener su acta con tanta celeridad. Ya he escuchado relatos de cómo la obtención de actas de nacimiento mexicanas, credenciales y otros documentos es un negocio en varias localidades de la frontera. Hay que decir que no sólo es un negocio, sino también escenario de intercambio de favores y puesta en marcha de relaciones sociales.

### **La presidenta que se creía dueña**

Me echaron de una casa, de una propiedad, de un espacio único, valioso para mis intereses en Puerto Madero. Los polos opuestos se repelen, dice un conocido adagio. Esta mañana escuché un anuncio en el que se avisaba a todos los extranjeros que estaban tramitando su FM2 y que registraban a sus hijos para que asistieran a una junta urgente en la casa de Trinidad Castillo. El anuncio, como los otros que se han hecho para tales fines, lo realizaban en nombre de la A.C. Mujeres en Acción en Contra de la Marginación. Así que programé como parte de las actividades del día una visita a la casa de la omnipotente presidenta. Había pensado en una visita rápida, para saludar a algunos extranjeros y para escuchar cómo iban los trámites de regularización que la gente realiza a través de la asociación civil. A decir verdad, me interesaba mucho más visitar posteriormente a un salvadoreño con quien hemos estado construyendo su historia de vida, pero tenía ganas de ver a la gente de nuevo. Iba con mis reservas sobre la actitud que tendría la señora en cuanto a mi presencia allí.

Desde hace más de un mes, las personas con las que vivo se han distanciado de doña Trini: Viliulfo ha depuesto su cargo en la directiva de la organización y Daysi como asistente. Están peleados, pues, con la presidenta. Esta vez no he quedado en medio de alguna refriega, como en el caso del consulado, por ejemplo. Esta vez sí he tomado partido, consciente o inconscientemente. He defendido siempre la postura de la pareja que me hospeda, debido a la falta de transparencia y profesionalismo que he observado por parte de la presidenta de la asociación civil. Iba con muchas expectativas, pero no anticipé un encuentro tan hostil.

Por primera vez vi una reunión que empezara puntual. La junta estaba programada a las 4 p.m. Llegué como a las 4:30, pensando que aún llegaría anticipadamente. Me equivoqué. La gente ya estaba reunida, en el patio de la casa de la señora. Desde que se distanció de Daysi, Trinidad ha movido las reuniones para su casa. A mi llegada la saludé desde lejos y no contestó mi saludo. Me quedé parado junto a la puerta, desde donde observé a los extranjeros, que eran unos 40 ó 50. Dudé en pasar. Algunos extranjeros que estaban allí me invitaron a pasar y di unos tres pasos cuando Trinidad me dijo a quemarropa: “¿Y usted compañero qué desea?” Me quedé atónito. La pregunta, como el tono y el gesto de manos que la acompañó, fueron sumamente poco corteses. La gente observó y guardó silencio. Me armé de valor y en cuestión de dos segundos le contesté firmemente que estaba de visita allí, porque soy amigo de los extranjeros. Mi respuesta quizás denotó cierta candidez en cuestiones de enfrentamientos verbales.

Me declaro pacifista. Pelear no es lo mío, pero esta vez no me quedé callado. La señora volvió a lanzar una afrenta y me dijo que esa reunión solo era para personas que estaban en la asociación civil. “¿Está usted en la AC?”, me cuestionó, aún más desafiante. Guardé total cordura. Le dije que me retiraría si mi presencia le resultaba incómoda, observé a los extranjeros y me di la vuelta. Sentí cómo la mujer intentó humillarme públicamente y enfrente de todos los extranjeros allí reunidos. Sólo alcancé a reconocer a unos cinco, en el espacio que permitieron los dos minutos y el metro que caminé. Sentí la prepotencia de la mujer, quien se valió de que estaba en su propiedad para intimidarme.

Aún así no me sentí humillado. Por el contrario, sentí cierta tranquilidad al darme cuenta, de una vez por todas, de que no soy santo de la devoción de la presidenta de la A.C. –como no lo es para mí– y de que ésta no ha manejado las cosas con transparencia. Sentí tranquilidad, pues la señora cayó fácilmente en una posición bastante incómoda para ella. La expuse, sin quererlo, como una persona prepotente y falta de educación. ¿Acaso la –hasta hoy– omnipotente presidenta tiene algo que esconder? ¿Acaso teme que yo escuche otro de sus discursos autocomplacientes, de sus prepotentes regaños o de sus argumentos torcidos? Suficiente he escuchado ya para darme cuenta de que el trabajo de una A.C. puede

ser la pantalla para disfrazar aspiraciones meramente personales y, lo que es peor, aspiraciones políticas y económicas.

Digámoslo con todas sus letras: Trinidad Castillo se ha apropiado de la única asociación civil de Puerto Madero que trabaja con extranjeros y está sacando provecho de ello para satisfacer sus aspiraciones. He conocido y trabajado de cerca con todas las A.C. de Tapachula que ejecutan programas con migrantes y jamás había visto lo que he visto acá. Nunca tampoco me habían corrido de un lugar. Para mí es un signo de que me he sumergido en la vida de Puerto Madero. Debo confesar que nunca estuve de acuerdo con los profesores de epistemología, metodología o similares que hablaban del observador neutral y objetivo, aquel personaje abstraído de la vida social en la que estudia.

He dejado hablar a mi subjetividad. De vez en cuando esta va por delante y amenaza con adueñarse de la casa, tomar las llaves y tragárselas. Pero nunca le he permitido enseñorearse. Creo en los equilibrios. Ni en un extremo ni en el otro. Así que he tratado de domeñar mi ego, ponerlo en su lugar y seguir con esta aventura investigativa. La investigación social tiene sus riesgos, epistemológicos y de toda índole. Hoy me tocó enfrentarme a uno de ellos. En mi descargo debo decir que la señora Trinidad merece que alguien la ponga en su lugar. No es posible que se esté lucrando de las necesidades, aspiraciones y expectativas de los extranjeros y que encima se adueñe de una asociación civil, organización que por su naturaleza está orientada al bien público.

No soporto las injusticias y el yo antropólogo con pretensiones de objetividad se pelea por las noches con el guerrillero enmontañado y el misionero en África que nunca pude ser. Pienso que debo hacer algo al respecto. Quizás denunciar a la señora, pero también pienso en las posibles represalias y en que mucha gente ha puesto sus sueños y aspiraciones en las manos de la asociación. He visto los rostros de muchas mujeres guatemaltecas que llegan a reunirse con Trinidad, he visto sus miradas, su pobreza e ignorancia, presa fácil del embuste. Pero concluyo algo positivo de todo esto: que te echen de un lugar en Puerto Madero significa que ya estás dentro.

Mi ríspido encuentro con la dueña y privatizadora de las aspiraciones y necesidades de muchos extranjeros no minó mi ánimo, al menos inmediatamente.



En el trayecto entre su casa y el hogar del salvadoreño al que iba a visitar luego traté de no sentirme intimidado. Pensé qué podía yo hacer al respecto. Muchas cosas se me vinieron a la mente, pero intenté relativizar el asunto: ahora me esperaba una comida con mi amigo y su familia. La mujer de mi paisano, originaria de Guatemala, ha preparado un rico platillo costero: chilpalchole, compuesto por pescado y mariscos frescos bañados en salsa de tomate. Se trata de un chilpalchole a medias, me dice la mujer, pues el verdadero lleva salsa picante, pero se ha excluido este último ingrediente debido al tratamiento médico que lleva mi paisano. Celebro este detalle: no me llevo con el picante. En la mesa no puede faltar el típico vaso de refresco de cola bien frío.

Al día siguiente de mi encuentro desafortunado necesitaba desahogarme y encontrar gestos de apoyo. Lo busqué, no sé por qué, en el consulado de mi país. He llegado desde temprano a Tapachula. Nelson Cuellar, cónsul general de El Salvador, me espera a las 9 a.m. El asunto a tratar es el encuentro con Trinidad Castillo. Iba con muchas reservas por la posición que tomaría el cónsul de mi país. Sabía que Cuellar es una persona que se encuentra siempre a la defensiva ante cualquier crítica; sabía, además, que no es quien se pondría de mi lado en el percance ocurrido ni mucho menos haría algo al respecto; sabía, finalmente, que no es una persona que goce de mucho respeto y admiración en las esferas tapachultecas. Sólo quería que Cuellar tuviera conocimiento de lo sucedido. La reacción de mi interlocutor no estuvo muy lejos de lo que esperaba. Me dijo que en México así es la gente, que casi todas las asociaciones civiles tienen aspiraciones políticas y hay gente con poder detrás de ellas, que no hiciera nada porque así son las cosas acá...que mejor lo deje todo así.

Pensadas las cosas con una mente más frías, el cónsul tiene razón en algo: hay intereses –quizás políticos, quizás económicos– detrás de la A.C. de Trinidad, como en, quizás, todas las asociaciones civiles. Pero todas las asociaciones civiles con las que he trabajado en Tapachula (Centro de Derechos Humanos Fray Matías de Córdova, Casa del Migrante Albergue Belén, Una Mano Amiga en la Lucha Contra el SIDA, Hogar la Divina Misericordia, Por la Superación de la Mujer) han hecho un esfuerzo por separar las aspiraciones políticas de su gestión; simplemente, con todo y sus deficiencias, hay más profesionalismo. Cuellar se

equivoca en su aseveración de que las cosas son así y hay que aceptarlas. Pero nuevamente le doy la razón en algo, ante lo cual él seguramente se posiciona con mucho pragmatismo: la A.C. Mujeres en Acción hace el trabajo que les correspondería, en principio, a los consulados centroamericanos en Puerto Madero.

Si no fuera por la asociación civil de Trinidad Castillo los cónsules deberían tener una presencia más significativa y constante en una localidad cuya composición poblacional es muy centroamericana en cuanto al origen de sus habitantes. En otras palabras, a Nelson Cuellar, como a los otros cónsules centroamericanos que tienen representación en Tapachula (Guatemala, Honduras y Nicaragua) les conviene que Trinidad Castillo siga realizando su trabajo en Puerto Madero, pues ella misma es la intermediaria en los trámites de regularización migratoria y registro de menores de edad de padres y madres centroamericanos. Con el trabajo de la mujer, los cónsules se limitan a sellar y firmar y no tendrían que ir a la localidad más que a un acto oficial de entrega de documentos o algo parecido, con el incentivo de un buen plato de camarones gigantes, como bromeaba el empleado de uno de esos consulados.

El trabajo de Trinidad Castillo es más o menos este: convoca a los extranjeros que residen en Puerto Madero mediante los altavoces que lleva en su camioneta o en un triciclo que es contratado para estos fines. Los cita a una junta en la que no pueden faltar las alusiones a su deteriorada salud y los inconvenientes que le causan los mexicanos a raíz de las gestiones que hace por los extranjeros. Seguido de la exhortación moral con pretensiones de justificación de su trabajo, Trinidad pasa a la colecta por cualquier motivo (que si se le arruinó el altavoz, que si hay que pagar el transporte a Tapachula cuando se asiste a un acto, etcétera). Los pagos son obligatorios. Se paga por el servicio realizado por cada trámite, además de las colectas improvisadas. Estas juntas son muy importantes en la labor de la A.C., pues allí Trinidad justifica moralmente su trabajo, a base de chantajes e intimidaciones; en resumidas cuentas, es un momento importante en la sanción moral y social de su labor. Por el lado de los beneficiarios, los extranjeros, estos aceptan a regañadientes el estado instituido por Trinidad: a sus espaldas hablan porquerías de ella, pero en su presencia casi nadie se atreve a confrontarla. Las

mujeres guatemaltecas son las que aceptan con mayor facilidad este estado. Daysi misma, quien trabajó de cerca con Trinidad y ahora está peleada con ella, me dice que las más cercanas de la presidenta son unas mujeres guatemaltecas, que fungen como informantes de ella, trayendo y llevando los chismes.

Justificado su trabajo en el espacio de la junta, Trinidad, con los expedientes en su poder, gestiona los trámites por los que ha cobrado: ya sea una obtención de FM2 o FM3, la refrenda anual de estos documentos o el registro de hijos menores de edad de extranjeros. Todo tiene un costo: el trámite por el FM2 ha sido incrementado a 2,000 pesos y el registro a 200 pesos por cabeza, esto para el año 2010. Por los altos costos, algunos extranjeros terminaron pidiéndole sus papeles a Trinidad, debido a que les parecía excesivo. La presidenta se carea con el encargado de regulación migratoria en el Instituto Nacional de Migración de Tapachula o con el jefe del registro civil para gestionar los trámites; asimismo, cuando es requerido, visita cualquiera de las tres oficinas consulares centroamericanas (Guatemala, Honduras y El Salvador), ya sea para gestionar una constancia de origen o cualquier otro trámite a favor de alguno de los extranjeros que asiste.

Una excepción es el cónsul de Nicaragua, recién llegado, con quien Trinidad se ha peleado tras unas pocas semanas de conocerla. Daysi se siente orgullosa de que su cónsul no haya caído rendido ante los artilugios de la presidenta y la haya puesto en su lugar. Nunca esperaría esta actitud del cónsul de mi país, a quien no parece importarle los atropellos que está cometiendo Trinidad, con tal de que esta le ahorre hacer su trabajo. He escuchado comentarios peores, y muy negativos, del cónsul de Honduras. El acto final que corona la labor de Trinidad y le da más legitimidad a su trabajo es la entrega oficial de los documentos, con la presencia, a todas luces y cámaras, de alguna autoridad local, estatal o centroamericana. Sus mediaciones encuentran sentido ante la ausencia de esas autoridades. Su trabajo es un mal necesario.

## **De drogas y tabúes**

Habré escuchado unos cinco o seis episodios diferentes durante mi presencia constante en Puerto Madero desde finales de 2009. En todos los episodios se repite el mismo patrón: los pescadores, que siempre son al menos dos, encuentran

circunstancialmente paquetes flotando en el mar, debido a que los traficantes los han arrojado a las aguas antes de ser interceptados por las autoridades navales. En algunos casos, se corre el rumor de que hay carga flotando en el mar y otros pescadores salen en la búsqueda de los paquetes. Como aquellos pueden fijar sitios específicos en el mar por medio de coordenadas en sus navegadores, es probable que la información sobre un hallazgo circunstancial circule sólo entre un reducido grupo de personas, quizás no más de dos o tres, sólo hasta donde llegue una relación de extrema confianza. Lo óptimo sería deshacerse lo más pronto posible del producto encontrado, vendiéndolo también a alguien de confianza y quizás largarse de la localidad para poder disfrutar del botín. Como casi siempre se trata de grandes cantidades de droga, debe haber muy cerca personas capaces de desembolsar fuertes sumas de dinero en las transacciones, por lo que podemos concluir que el narcotráfico se escribe con mayúsculas en esta zona de la frontera. El narco es un actor de suma relevancia, una especie de poder fáctico.

La localidad ciertamente forma parte de esta red que se extiende quién sabe desde dónde. Algunos apuntan hacia Sudamérica y luego miran hacia el norte. Acá sólo es tránsito, aunque el remanente se queda. Muchos de los hijos de Puerto Madero beben de las mieles de este negocio. Otros sólo sirven de pantalla y son los primeros en caer en los operativos policiales, llenando las páginas de los dos principales periódicos locales que no escatiman papel ni tinta para exhibirlos públicamente. Uno de ellos hasta tiene una sección llamada “Galería de bandidos”. Quienes desfilan allí son ladrones, secuestradores, violadores, traficantes de drogas, prostitutas y hasta borrachos y amantes desprevenidos; es decir, los transgresores de la moralidad pública.

Los operativos antidrogas, dice la gente, se hacen cuando ciertos sectores presionan para que la policía –sobre todo la estatal– aparezca ante la opinión pública como una institución protectora y garante de la seguridad ciudadana, cuando la realidad es que los mismos agentes de la policía estarían involucrados en el negocio. Yo mismo he visto movimientos sospechosos en la zona de las palapas de La Colonia, donde, según la gente, se consigue droga como conseguir almejas o un “rapidín” con alguna meretriz que ofrece sus servicios por 50 pesos (4 dólares) o menos. En cierta ocasión, en compañía de un amigo extranjero, pasé saludando en

una de esas palapas a una hondureña que tramitaba su FM2. La hondureña me presentó a una salvadoreña, una mujer madura de unos 45 años, que terminó ofreciéndonos “ponerle nombre al niño dentro del cuarto”. No era necesario hacer todas las averiguaciones semánticas correspondientes para asociar los gestos que acompañaron a la invitación con una oferta de sexo comercial.

No siempre el negocio de “encontrarse” un paquete en el mar llega a lo óptimo. La información termina saliéndose del círculo de confianza, se convierte en rumor que circula como moneda al uso y así llega hasta los oídos de los propietarios de la mercancía, que son los más temidos. No sería ocioso pensar que tienen orejas por todos lados. Las autoridades únicamente persiguen quedarse con una parte de la venta y dejan en libertad al susodicho después de una fuerte golpiza. Pero a los propietarios no les tiembla la mano para matar. Según se cuenta, contratan a sicarios que merodean la localidad en sus camionetas, buscando al desafortunado que prefirió levantar el paquete y subirlo a su lancha cuando quizás tuvo la opción de hacerse como si no vio nada y no exponerse a un final trágico. Se rumora que los sicarios más contratados para hacer las averiguaciones y detecciones provienen de una de las más temidas organizaciones delictivas mexicanas. No es un secreto que esta organización criminal, temida también por los migrantes, ha infiltrado a la policía y al mismo sistema judicial de la región. Nunca las vi, pero, según algunos relatos de la gente, las lujosas camionetas con vidrios polarizados que circulan por la localidad cuando hay un episodio de “hallazgo en el mar” no son precisamente de turistas encantados con la belleza tropical tapachulteca.

Muchos pescadores han encontrado paquetes de droga o dinero, han corrido a comprar electrodomésticos, propiedades y vehículos, despertando el morbo de la gente. No es una quimera afirmar que los pescadores y sus familias se vigilan unos a otros. En uno de los episodios narrados por la gente, el afortunado logró escabullirse de sus perseguidores y corrió con suerte, aunque dejó abandonada una casa recién comprada. Pero no todos han corrido con la misma suerte. He escuchado sobre el asesinato de otros que no se lograron escapar de los sicarios. Sus casas y negocios están abandonadas y esto manda un mensaje a la gente. Ellos jugaron con el narco y salieron perdiendo.

Todo el mundo lo sabe y pocos se atreven a hablar de ello. La gente se consuela al pensar que las lujosas camionetas sólo van a su objetivo. Éstos no se meten con nadie más; van a lo que van. Yo mismo me consuelo con ello, aunque no dejo de temer. No quisiera coincidir en el camino con una de estas camionetas. Que un pescador salió huyendo con cinco millones de pesos; que éste, amante de la vecina de la esquina, fue torturado por los sicarios; que una mujer guatemalteca fue encontrada muerta entre las piedras de la playa; que “El basura”, un triciclero de la localidad, fue arrollado por un taxista cerca del centro de salud... Los desayunos en los comedores de Puerto Madero son abundantes en chismes, todos relacionados con hallazgos de droga y un par de episodios de violencia. El chisme es una buena fuente de información para los antropólogos. Aunque no da una mirada “científica” de la realidad, provee una idea de cómo andan las cosas en el pueblo, de cómo la gente vive su vida cotidiana.

Y son situaciones sociales cotidianas las que precisamente he pretendido ilustrar en este capítulo inicial. La intención ha sido instalar al lector en la trama de relaciones sociales en las que se involucran los migrantes a su llegada a estos espacios sociales fronterizos. Los relatos, pese a haber sido retomados del diario de campo, nos introducen a algunos tópicos de primer orden que el lector encontrará a lo largo de la tesis: los distintos etiquetamientos hacia los migrantes en tránsito, el negocio montado en torno a la migración, la vulnerabilidad de las personas migrantes, las estrategias utilizadas, el reacomodo de los planes migratorios, las pésimas condiciones sanitarias, el accionar de diversas instituciones y organizaciones, los modos en que las decisiones de arriba afectan a los de abajo, el papel de los intermediarios y la presencia de poderes fácticos, como lo es el crimen organizado y el narcotráfico.

## CAPÍTULO II

### POSIBILIDAD DE UN MARCO TEÓRICO PARA LAS MIGRACIONES CENTROAMERICANAS EN EL SOCONUSCO

“Después de doce años, el crecimiento exponencial de la investigación dentro de las ciencias sociales sobre la movilidad internacional de las personas continúa: nunca hemos tenido tantos investigadores, cursos universitarios, estudiantes, proyectos de investigación, institutos, conferencias, revistas y publicaciones. Sin embargo, la búsqueda de un marco teórico generalmente aceptado para los estudios migratorios sigue siendo difícil de alcanzar.”

STEPHEN CASTLES, *Comprendiendo la migración global:  
Una perspectiva desde la transformación social.*

¿Por qué la gente sigue emigrando masivamente desde Centroamérica? Dicho en términos más específicos, para efectos de nuestro problema de investigación, ¿por qué una parte de la gente que emigra desde Centroamérica hacia el norte del continente llega a truncar su proyecto inicial y a establecerse temporal o definitivamente en sitios por los que únicamente transitaría? ¿Cómo es que localidades mexicanas, como Tapachula y Puerto Madero, en la región chiapaneca del Soconusco, se estarían convirtiendo en sitios a los que los centroamericanos han llegado a radicarse en cantidades insospechadas? ¿Realmente era Estados Unidos su destino, como es dado suponer en primera instancia, siguiendo el sentido común? ¿Pudiera considerarse que la gente quizás no tuviera como primera opción llegar a Estados Unidos sino, más bien, que emigró sin un rumbo definido, escapando de situaciones sociales y económicas insostenibles en sus países de origen? No resulta ocioso intentar responder a estas preguntas, si en definitiva perseguimos aportar algunos elementos para la construcción de conocimiento sobre este proceso migratorio en particular.

Los estudiosos de la migración no están del todo de acuerdo sobre las razones que explican que la gente salga de su sitio de origen y se ponga en camino

hacia otros lugares. El consenso también se echa de menos a la hora de escuchar las respuestas al porqué sólo una parte de la población mundial emigra: actualmente, sólo el 3.1% de aquella, es decir, unos 214 millones de personas serían migrantes internacionales, de acuerdo a la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).<sup>25</sup> Esta cifra se queda relativamente corta, pero en el caso de países centroamericanos como El Salvador, los números apuntan a que entre una quinta o una cuarta parte de su población, es decir, alrededor de dos de cada cinco salvadoreños, residen fuera de sus fronteras nacionales (PNUD, 2005: 15), llegando a constituir en Estados Unidos la cuarta población de origen hispana más numerosa, después de la mexicana, la puertorriqueña y la cubana, según el último censo de ese país.<sup>26</sup> La explicación para estos fenómenos, parece ser el único acuerdo, es multicausal.

Entonces, de lo que no hay duda es que la emigración, que en términos planetarios pareciera ser relativa, para este pequeño territorio balcanizado llamado Centroamérica no es una cuestión de fácil miramientos; por el contrario, toca sus entrañas. El asunto es pertinente, en tanto que “todavía carecemos de un cuerpo de conocimiento acumulado para explicar por qué algunas personas migran, mientras la mayoría no lo hace, y qué significa esto para las sociedades afectadas. [De modo que] no tenemos un marco conceptual en común que pueda servirnos como punto de partida para debates intelectuales y para la formulación de hipótesis y preguntas de investigación” (Castles, 2010: 142).

Este asunto, pues, no es baladí, dado que las razones o causas por las que la gente emigra desde sus comunidades, en este caso, desde Centroamérica, explican

---

<sup>25</sup> La OIM se basa en las tendencias estimadas por las Naciones Unidas en el año 2008. Para mayores detalles sobre hechos y cifras sobre la migración, ver: <http://www.iom.int/jahia/Jahia/about-migration/facts-and-figures/lang/es>

<sup>26</sup> De acuerdo a la edición electrónica del periódico *La Opinión*, de Los Ángeles, el Censo del año 2010 de Estados Unidos arroja un total de 1, 649,000 salvadoreños, lo que representaría un crecimiento del 152% respecto de la población reportada en el Censo del año 2000. Si consideramos que el último censo de población y vivienda de El Salvador, en el año 2007, reportaba un total de 5, 744,113 habitantes residiendo dentro de las fronteras nacionales, tenemos que alrededor del 29 por ciento de los salvadoreños (casi un tercio de la población total) viven en Estados Unidos: Ver, “Salvadoreños, cuarto grupo más grande”, *La Opinión*, 20 de junio de 2011: <http://www.impre.com/noticias/2011/6/20/salvadorentilde:os--cuarto-gru-260981-1.html#commentsBlock>.



en buena medida las condiciones mismas en que emigran, las peculiaridades del viaje, los sitios de tránsito, los destinos visualizados o esperados, los recursos disponibles o las redes de las que pueden echar mano en caso de necesidad; en fin, a riesgo de simplificar la realidad, es posible sostener que las razones para emigrar (abordadas en el subtema “La fragmentación de la sociedad centroamericana” al final de este capítulo) dicen mucho de las trayectorias migratorias particulares de cada persona migrante (Capítulos V y VI) y de los senderos que seguirá un proceso migratorio en su conjunto.

Los centroamericanos no llegan a quedarse a Tapachula o Puerto Madero por casualidad. El simple argumento de situarse en la ruta hacia el norte del continente es insostenible o, cuando menos, insuficiente. Aunque las contingencias mismas del camino marcan a menudo tan drásticamente una trayectoria migratoria, sobre todo entre gente que no destaca por disponer de los medios y recursos necesarios para emigrar en condiciones dignas y seguras,<sup>27</sup> hay razones que explican que los centroamericanos lleguen a considerar quedarse en un sitio que, tanto a primera vista como tras una inmersión en su dinámica social, económica y cultural, no constituye una opción atractiva, tomando como reflejo el ansiado “sueño americano”.

Nos enfrentamos aquí a un problema crucial que han visualizado los antropólogos (Winch, 1994: 62). ¿Hablamos y escribimos desde el punto de vista de los análisis académicos, desde las perspectivas gubernamentales y oficiales, desde la opinión pública irremediamente cruzada por los medios de comunicación o desde el punto de vista de las personas migrantes, los sujetos entre los que los antropólogos hacen sus investigaciones? Pues bien, este trabajo responde a un esfuerzo analítico por situarse desde la perspectiva de las personas

---

<sup>27</sup> Habría que acotar qué se entiende por “condiciones dignas”. Una primera acotación tendría quizás que apuntar a la seguridad en el viaje, es decir, al hecho de emigrar de tal modo que esté garantizada la integridad física y moral de la persona migrante. Viajar sin documentos debido a estrictas regulaciones migratorias impuestas por los países de tránsito y destino constituyen ya una amenaza a la seguridad de las personas, lo que los ubica en una situación de precariedad y vulnerabilidad. En un segundo momento habría que considerar aspectos relativos al acceso a medios y recursos económicos y sociales necesarios, lo cual conduce, de nuevo, a una idea ampliada de la seguridad, entendida como seguridad humana en su dimensión cuantitativa y cualitativa (satisfacción de necesidades materiales, alimentación, salud, vivienda, educación, dignidad humana, participación comunitaria, control ciudadano, autonomía y libertad de expresión).

migrantes de carne y huesos que han salido de sus países, se han puesto en marcha y han transitado o se han quedado en estas localidades chiapanecas. Y, desde el punto de vista de estas personas, el sueño americano lleno de imágenes de rascacielos y flamantes coches se relativiza para hacer cabida en una realidad que no por ser diferente deja de ser atractiva. Habría entonces que hacer un bosquejo de lo que en Centroamérica se entiende por “sueño americano”,<sup>28</sup> a parte de los matices que da un posible sustituto de aquél: el “sueño mexicano”.<sup>29</sup>

Dicho en otras palabras, ¿qué de atractivo puede ofrecer para la gente una localidad que en términos de una mejora económica significativa no represente una opción significativamente viable?<sup>30</sup> Quizás la llegada a Puerto Madero de decenas de migrantes centroamericanos durante las últimas décadas nos esté mostrando que la maximización de utilidades tras un análisis costo-beneficio, uno de los postulados del modelo microeconómico de elección individual (Massey, *et al*, 2008: 441; Plaza, 1996: 328), no explique este proceso migratorio particular. La gente, como lo respalda la evidencia empírica recabada en esta investigación, no emigra sólo por un impulso económico, tras la búsqueda de un empleo o de mercados más desarrollados –lo cual reduciría nuestro lente analítico y empobrecería los resultados–, sino que toma decisiones en cuyo proceso intervienen otros elementos que escapan a toda lógica economicista.

Esta evidencia, de hecho, refuerza el argumento que señala que las perspectivas de análisis tradicionales entraron en crisis desde los años noventa del siglo pasado, tales como el modelo de las expectativas racionales, que sostiene que los desplazamientos de los migrantes obedecerían a la lógica de las disparidades económicas entre países y regiones (Massey, *et al*, 2002: 10). La conducta de los migrantes, postula este modelo, estaría filtrada por aquella lógica, de tal modo que

---

<sup>28</sup> Qué sea el “sueño americano” para los centroamericanos, después de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, de la irrupción del crimen organizado, de la práctica del secuestro en México, como país de tránsito, y de la crisis prolongada en Centroamérica, es de suyo un problema susceptible de ser dilucidado, pero que escapa a los alcances de este trabajo.

<sup>29</sup> Dicho sea de paso, la expresión “sueño mexicano” no conlleva aquí una connotación peyorativa o sarcástica (Martínez, 2012) ni se refiere a la búsqueda de oportunidades de los mexicanos que retornan a su país desde Estados Unidos (Serrano, 2006).

<sup>30</sup> El historiador de Chiapas, Jan de Vos, (1936-2011), hacía esta interrogante al autor de estas líneas en un coloquio de presentación de avances de tesis, en el marco de la Maestría en Antropología Social del CIESAS Sureste, en San Cristóbal de Las Casas, motivando a indagar sobre el particular.

la consecución de un beneficio económico sería la motivación por autonomía. Esta perspectiva, asimismo, estaría minando cualquier consideración de las personas migrantes como agentes que toman sus propias decisiones (Collinson, 2009: 5), contradiciendo uno de los postulados teóricos básicos en los que se asienta la investigación que el lector tiene entre sus manos.

¿Cuál sería el beneficio económico visualizado por “Moisés”, un campesino salvadoreño que se organizó en la lucha política y huyó de su país en 1980, al verse perseguido por los cuerpos de seguridad, justo al inicio de una guerra civil que, tras 12 años, se cobró la vida de al menos 75 mil personas? Aquí, como en otros casos documentados en esta investigación, podemos introducir el tema de la migración forzada debida a conflictos político militares (Kauffer, 2002: 215), pero también el hecho de que en las motivaciones, como los caminos que toman los procesos migratorios particulares, son tan variados que nos impiden generalizar indiscriminadamente, bajo riesgo de perderse en vaguedades y explicaciones vacías. Moisés huyó de su país, tratando de salvar su vida y la de su familia. La llegada a Puerto Madero, unos años después de la primera “guinda”,<sup>31</sup> luego de establecerse temporalmente en Guatemala, estuvo mediada por una búsqueda constante de nuevos espacios de subsistencia.

Ana, una mesera salvadoreña que actualmente trabaja en distintos bares de Tapachula y que salió de su país “como sin rumbo”, escapando de situaciones de violencia conyugal y sexual, ¿se habría fijado como meta únicamente la búsqueda de un empleo mejor remunerado en una ciudad extraña, bajo condiciones a las que nunca había estado expuesta? En uno y otro caso, la evidencia somete a crítica los postulados de una consideración puramente instrumental de los procesos migratorios, abriendo la posibilidad de considerar otros elementos que escapan de aquellas lógicas reduccionistas.

Lo que está detrás de estas líneas es, precisamente, la posibilidad de sostener una perspectiva teórica de las migraciones internacionales, que en este caso se aplique a la migración centroamericana que pasa por y se establece en el sur de México, una región que, como cualquier otra, muestra sus peculiaridades para

---

<sup>31</sup> Ver, nota 1.

los estudiosos de la migración. Dicho sin ambages, ¿cabe la posibilidad de trazar un marco teórico para abordar el proceso migratorio centroamericano en México? Sin duda que sí es posible, toda vez que se tomen en cuenta al menos los siguientes elementos: la migración es un proceso social entre otros; la migración es una parte integral y esencial de los procesos de transformación social, por lo cual debe vincularse a una teoría social amplia; la migración ocurre en un ámbito de posiciones contrapuestas, lo que define su ambigüedad; la migración está mediada por relaciones de poder; finalmente, que las migraciones centroamericanas obedecen, en buena medida, a las múltiples rupturas y fracturas que definen el paisaje regional, en términos generales, y, en particular, los paisajes nacionales. Detengámonos ahora en cada punto.

### *La migración como proceso social*

El proceso migratorio centroamericano en México, como país de tránsito y, cada vez más, como país de destino, no debe ser sustraído de una dinámica social más amplia. Las migraciones no son fenómenos aislados, que operan al margen de las estructuras sociales, como si migrar implicaría sustraerse momentáneamente de una estructura para recalar luego en otra. Ver la migración como un fenómeno aislado, como sustraído de la realidad social y de los procesos de cambio es ya un problema clave que debe ser superado (Castles, 2010: 142). Esta visión miope, de hecho, es la que ha primado en los análisis y en las políticas gubernamentales centroamericanas, al considerar al migrante como sujeto de derechos sólo hasta que llega al sitio de destino –si es que acaso–, entendiendo el sitio tradicional Estados Unidos, y en tanto es un candidato fuerte para convertirse en emisor de remesas, ese recurso que se ha convertido en la garantía de que no colapsen las cuentas nacionales en países como El Salvador.

A través de esta perversa visión, deshumanizante en sí misma, la persona migrante es vista como una mercancía. Lo que pasa en el tránsito es relativizado – en el peor de los casos, invisibilizado— en función de lo que se espera del migrante al llegar a su destino. Un análisis del proceso migratorio centroamericano –por más que tenga su centro etnográfico en una localidad fronteriza mexicana asociada al tránsito— no debe perder de vista que, como todo proceso social, exhibe un

punto de arranque, un desenvolvimiento y, si se cierra el círculo, un punto de llegada –cuyos momentos tienen sus dinámicas propias y que no pueden ser considerados mecánica ni aisladamente.

Esto implica que el tránsito, que puede extenderse incluso durante meses o años para una persona migrante, no debe ser aislado ni real ni analíticamente del proceso migratorio; en otras palabras, lo que sucede en el tránsito está mediado no sólo por el contexto particular por donde los migrantes deben desplazarse mientras persiguen arribar a su destino, sino que se explica, en buena medida, por complejos procesos sociales ocurridos tanto en las regiones de origen como en las de destino. Esta imbricación es necesaria, para no caer en una absolutización del tránsito –ni mucho menos de los sitios de destino–, pero sin dejar de reconocer la importancia del tránsito mismo.

Por otro lado, el fenómeno de la migración no es ajeno a otras dinámicas sociales y culturales como el desarrollo, la violencia, la seguridad (en sus facetas humana, nacional, pública, fronteriza),<sup>32</sup> el empleo y los mercados laborales, por mencionar algunos de los ámbitos desde los que puede vincularse. Estas dinámicas no sólo involucran la expectativa social hacia el migrante, el que se va tras la búsqueda de nuevos horizontes, sino que permea los ámbitos de dominio privado, tales como el doméstico: lo que espera un pariente de su ser querido emigrado es que al llegar a su destino le envíe la respectiva remesa. Quien no lo hace incumple esta expectativa sancionada socialmente. De ahí que la investigación que ocupa estas líneas encuentra un poderoso aliciente al intentar contribuir en la construcción de conocimiento sobre lo que ocurre en el tránsito: ¿qué pasa con los migrantes que no alcanzaron a llegar al sitio de destino tradicional, Estados Unidos, aquél que está tan arraigado en el imaginario social? Este es el horizonte desde el que se visualiza uno de los principales aportes de esta investigación.

Aún más y en sintonía con lo arriba expuesto, ¿realmente era ese el sitio de destino buscado por estos migrantes que llegan a Tapachula y Puerto Madero?

---

<sup>32</sup> Luis Herrera-Lasso especialista en temas de seguridad, y Juan Artola hacen una importante caracterización sobre las múltiples acepciones del concepto de seguridad, en el ámbito de la migración irregular que parte de o transita por México con destino a Estados Unidos. (Ver, Herrera-Lasso L. y Artola J, “Migración y seguridad: dilemas e interrogantes”, en Armijo N. (Edit.), *Migración y seguridad: nuevo desafío en México*, CASEDE, México, 2011).

Situar la discusión en un sitio (el sur de México) que durante años ha sido visualizado únicamente como de tránsito de migrantes centroamericanos (no sólo por la gente de a pie, sino también por académicos y funcionarios) nos obliga a considerar en su justa dimensión la problemática. No puede entenderse lo que sucede en Puerto Madero, como lugar que hasta hace años fue sólo de tránsito y de destino de unos pocos migrantes centroamericanos, desvinculándolo de un escenario más amplio que, bajo la noción de sistema migratorio, muestra las interconexiones entre contextos sociales que pareciera desvinculados a primera vista.

Tal parece, entonces, que un reto de la presente investigación sería, pues, aportar elementos a la discusión que busca comprender el sistema migratorio norteamericano, que incluye a Canadá y Estados Unidos –como países tradicionales de destino–y, por otro lado, a México, Centroamérica y El Caribe –como tradicionales naciones expulsoras de migrantes. (Massey *et al*, 2002: 60). La riqueza social de Puerto Madero y Tapachula, sus particularidades, su dinámica propia –de lo que nos ocupamos en esta tesis–, encuentra un significado más cabal al relacionarla con dinámicas sociales, económicas, políticas, culturales y ambientales que trascienden las fronteras regionales y nacionales.

Por otro lado, y no menos importante, resulta un corolario de lo anterior. Lejos de suscribir la imagen de la persona migrante como mercancía –o aquél otro extremo que vende periódicos y que presenta al migrante como el héroe empresarial– en esta investigación se presentan historias de gente común y corriente, centroamericanos de carne y huesos que un día decidieron –o se vieron obligados a– salir de sus países para llegar a otra tierra donde han tenido que rehacer sus vidas. No se tratará de historias de héroes ni de grandes éxitos, sino de pequeños éxitos a los ojos de una sociedad consumista –salvar la vida al huir de la guerra o de la amenaza de una pandilla, huir de un marido violento, comprar un pequeño terreno y construir una casa, etc. –, pero que para sus protagonistas y a los ojos de sus parientes y cercanos constituyen verdaderas gestas.

Considerar a las migraciones como parte de procesos sociales más amplios nos obliga a mirar el contexto de tránsito/destino, en este caso el Soconusco y las localidades en las que se centra etnográficamente la investigación (Capítulos I, III y

IV). Baste decir aquí que el carácter fronterizo de la región le imprime ciertos elementos que probablemente no ocurrirían en otras regiones mexicanas. Por otro lado, la investigación coincide temporalmente con el gobierno estatal de Juan Sabines Guerrero (2006-2012), un periodo en el que incluso los más radicales reconocerían ciertos indicios que apuntarían a una paulatina inclusión de los migrantes centroamericanos en las dinámicas chiapanecas. Si no inclusión, por lo menos un reconocimiento incipiente de su presencia, lo cual es un paso hacia la inclusión. Más adelante hablaremos de lo que algunos autores han llamado “permeabilidades”, pero digamos aquí que el escenario político y social fue muy propicio para realizar la investigación y para sostener este argumento teórico. En definitiva, ha llegado el momento de trascender los esquemas de victimización de los migrantes y reconocerles el estatuto que merecen: sujetos de derechos humanos, sujetos de ciudadanía, actores sociales, como se verá enseguida.

#### *La migración y los procesos de transformación social*

En segundo lugar, un marco teórico sobre las migraciones internacionales en el sur de México debe tomar en cuenta la cuestión de los procesos de cambio social. En los términos más simples, digamos que la migración debe ser vista no como “un resultado de la transformación social ni como una de sus causas, sino como una parte integral y esencial de los procesos de transformación social” (Castles, 2010: 159), lo que a su vez implica que las teorías sobre la migración estén arraigadas en una teoría social más amplia. Reconocer que la migración es parte integral de los procesos de transformación social faculta la búsqueda, seguimiento, documentación y caracterización –etnográfica para nuestro caso particular– de aquellos actores sociales que persiguen ese cambio o que se muestran reacios al mismo. Implica, en definitiva, visualizar un fenómeno dinámico, no exento de contradicciones quizás, pero que lleva la semilla del cambio en sus entrañas, enfrentando en no pocas veces a los distintos actores. Nos lo recuerda muy atinadamente Alejandro Solalinde, director de la casa del migrante “Hermanos en

el Camino”, desde Ixtepec, Oaxaca: los migrantes son la esperanza del cambio, aunque algunos de ellos no sean conscientes de su tremenda fuerza.<sup>33</sup>

Dado que una investigación de corte etnográfico partiría de lo local, o al menos enfatiza este ámbito del conocimiento (Geertz, 1994: 12; Rosaldo, 1999: 31), es de suyo una ganancia que los procesos de cambio experimentados en Puerto Madero y Tapachula sean vinculados a un contexto más global de transformaciones sociales, tanto en las sociedades receptoras, como en las emisoras y de tránsito de migrantes (Portes, 2009: 21). La vinculación entre lo local y lo global, entonces, será también un elemento pertinente a considerar, en tanto que constituye otro problema fundamental de la teoría de las migraciones (Schuerkens, 2003: 195). Para visualizar estos escenarios no habría que perder de vista, en consonancia con el apartado anterior, las estructuras de poder y las relaciones y agencia de los actores, así como la interacción entre ellos (Collinson, 2009: 10).

De hecho, la consideración de la agencia humana, es decir, el potencial de la gente de poner a trabajar sus capacidades estructuralmente formadas de maneras creativas e innovadoras (Sewell, 1992: 5), ha sido un elemento teórico sostenido en la investigación desde que la misma se encontraba en la fase de anteproyecto, en tanto que el problema agencia/estructura representa uno de los más nutridos debates de la teoría social contemporánea. La discusión ha sido resumida en buena parte por antropólogos y sociólogos en lo que se conoce como “teoría de la práctica”: Sin afán de simplificar las tareas de la antropología social, disciplina desde la cual se inspira esta investigación, es posible sostener que lo que los antropólogos hacen es estudiar a la gente y la gente normalmente hace cosas, como migrar. Esta idea, por ejemplo, es sugerente en el sentido que estamos discutiendo: “la respuesta a qué sea la práctica es casi ilimitada: cualquier cosa que la gente hace” (Ortner, 1984: 149). La práctica –o términos similares como “acción social” o “agencia”– es, entonces, una dimensión constitutiva que define el quehacer de la antropología.

Para el sociólogo francés Pierre Bourdieu, inclusive, la práctica engloba todas las formas de actividad humana, incluyendo las actividades intelectuales que

---

<sup>33</sup> Entrevista personal, Ixtepec, Oaxaca, febrero de 2011.



llamamos trabajo sociológico o antropológico, por lo que estas disciplinas y sus cultivadores no escaparían a esta consideración: de ahí la llamada “sociología reflexiva”, que vendría a ser una especie de meta-teoría que pone bajo la mirada crítica e inquisitiva al mismo investigador social y a su propia disciplina, así como las relaciones objetivas entre el investigador y su objeto de estudio.<sup>34</sup> Que no se extrañe el lector entonces que esta investigación le conduzca por momentos al plano reflexivo desde el punto de vista del observador y lea párrafos escritos en primera persona (Con mayor fuerza en el Capítulo I), acaso con el afán de dar cuenta de lo que pasa allá fuera en la realidad cotidiana de los migrantes y no como una mera proyección del observador que habla de sí mismo.<sup>35</sup>

Pero quizás el principal problema al que se enfrenta una teoría o antropología de la práctica ocupada, para nuestro caso particular, de la migración como un fenómeno social, sea el de la relación entre los agentes –o según los conceptualicemos como actores, personas, individuos, sujetos, etcétera– y los sistemas normativos, estructuras o contextos macro-sociales. Ortner cita a Anthony Giddens, para quien la relación entre los agentes y las estructuras es uno de los “problemas centrales” de la teoría social moderna (1984: 145). Y la respuesta de este sociólogo es también sugerente: la agencia humana (*agency*) apunta al modo de cómo los actores constituyen la sociedad, pero, a la inversa, cómo la sociedad constituye a los actores (Giddens, 1987: 24). Esta es la llamada teoría de la estructuración, de la cual esta investigación es en cierto modo deudora. Estamos, pues, frente a una de las principales interrogantes que surgen en el marco de la antropología de la práctica y uno de los principales desafíos de la ciencia social: explicar lo que la gente hace y cómo lo hace; explicar –digámoslo de nuevo respondiendo a nuestros intereses– por qué y cómo la gente emigra.

---

<sup>34</sup> De este espíritu se nutre el ensayo “Para una sociología de los sociólogos”, en donde el autor advierte la importancia de “saber cómo objetivar la relación [del sociólogo] con el objeto para que el discurso sobre éste no sea una simple proyección de una relación inconsciente con él” (Ver, Bourdieu, Pierre, *Sociología y cultura*, Grijalbo/CONACULTA, México, 1990, pp. 101-106).

<sup>35</sup> Bourdieu también alerta que su idea de reflexividad se aparta de lo que entienden algunos antropólogos norteamericanos (léase, Marcus y Fisher, Clifford, Rosaldo e incluso Geertz), al hablar “de sí mismos en vez de hacerlo del objeto de su estudio” (Ver, Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant, *Respuestas por una sociología reflexiva*, Grijalbo, México, 1995, p. 46).

Diremos acá resumidamente que las ideas expuestas son afines a la perspectiva centrada en el actor social, esbozada por el antropólogo Norman Long en el marco de una sociología del desarrollo y que tiene como uno de sus pilares el concepto de actor social (Long, 2007). Dicho muy esquemáticamente, la propuesta de Long inclinaría la balanza sobre la agencia humana en la ecuación estructura/actor, en contraposición a los análisis macro-sociales e institucionales, que priman los constreñimientos estructurales sobre la acción de los individuos.

Esta idea, pese a lo matices que daría un análisis más pormenorizado, resulta familiar a la postura de Bourdieu, cuando este afirma que su filosofía de la acción “se opone a las tesis más extremas de un estructuralismo concreto, negándose a reducir los *agentes*, a los que considera eminentemente como activos y actuantes (sin por ello convertirlos en sujetos), a meros epifenómenos de la estructura” (Bourdieu, 1997: 8). Aunque, digámoslo también, Long consideraría tanto a Bourdieu como a Giddens todavía demasiado estructuralistas. En definitiva, la discusión agencia/estructura dentro de una teoría sobre las migraciones centroamericanas en el Soconusco, pese a los matices que introducen los autores revisados, es una muestra palpable de ese arraigo que debe haber sobre la teoría social más amplia.

Debemos tomar aquí una postura consecuente con esta opción teórica, a la luz de los datos empíricos recabados en el campo. Y es que a menudo surgió el problema, al parecer común entre los antropólogos, de conceder “demasiada agencia” a las personas y reconocer en cada acto un denodado enfrentamiento con las estructuras sociales. Muy a menudo –siguiendo la figura utilizada por Long– el observador ha tendido a poner más peso en la balanza del lado del actor social, a riesgo de menospreciar los múltiples y variados constreñimientos estructurales, pero la realidad acababa sopesando estos últimos o, incluso, minimizando las capacidades reales de la gente. Tal disyuntiva quizás no siempre fue resuelta como hubiera preferido el observador que escribe estas líneas, lo que habla de los límites que es justo y necesario reconocer.

Por otro lado, bien puede traerse a mención aquí un problema resultante al tomar como punto de partida una perspectiva centrada en el actor social: ¿cuáles serían los límites de la acción social de los inmigrantes salvadoreños o

centroamericanos en un contexto fronterizo signado por la discriminación y ciertas formas de racismo hacia la otredad extranjera? Estamos, sin duda, frente a un problema de capital importancia, dadas las peculiaridades que definen la convivencia entre mexicanos y centroamericanos (Capítulos I, V y VI) en una región fronteriza del sur de México. Pues bien, resulta oportuno establecer las bases de esta discusión desde este apartado teórico, anticipando lo que se analizará luego cuando se discuta el aporte etnográfico: puede sostenerse de entrada que dos de los principales fenómenos que limitarían la acción social entre los inmigrantes centroamericanos en la región del Soconusco son el racismo y la discriminación. Desde luego que este problema está íntimamente ligado a la cuestión de las identidades, no tanto étnicas para nuestro caso particular, sino nacionales.

Y es que la identidad como tal es un elemento que recorre casi cualquier investigación social enfocada en los procesos migratorios. El mismo Max Weber (2006: 28) ha reconocido que tanto las migraciones como las conquistas han sido motores que movieron la definición de las comunidades étnicas; además, utilizando la terminología de Fredrik Barth (2006), los desplazamientos de los grupos humanos en un mundo globalizado ponen en constante interacción a dichos grupos, más allá de las fronteras nacionales. Es probable que el elemento de la identidad, sobre todo nacional, sea muy relevante para el caso de los salvadoreños y otros centroamericanos que emigran a Chiapas y quizás haya que tomar en cuenta la idea suscrita tanto por Barth como por Michael Carrithers (1995), en el sentido de que los grupos étnicos –y las minorías nacionales, podríamos agregar– no son aniquilados en su interacción, sino que, por el contrario, en esas interacciones se crean y recrean las identidades y se forjan los límites que, pese a ser porosos, marcan la distancia entre el “nosotros” y los “otros”. En un espacio como el de la frontera entre México y Guatemala esto es muy claro: los límites nacionales territoriales –reales, ficticios o imaginados– constantemente remarcados por los estados nacionales y sus aparatos de coerción son también diariamente traspasados, lo que define la porosidad de esta frontera.

Una primera pregunta que pueda tener relevancia en este apartado sea quizás la que apunte a la relevancia de tomar como objeto de estudio un grupo social definido por una presunta identidad nacional en un contexto transfronterizo más

que por una identidad étnica. Es decir, si atendemos tanto a la conciencia de pertenencia del grupo entre los salvadoreños como a la atribución que la sociedad receptora hace de tal grupo estamos hablando más de una minoría nacional que de un grupo étnico. Con todo, resulta interesante considerar aquello que los antropólogos Comaroff han llamado la identidad étnica como un principio de acción social (2006: 124). Así, por ejemplo, es probable que la auto adscripción entre los salvadoreños a una minoría nacional –o, por el otro lado, el etiquetamiento que los mexicanos hagan sobre ellos– pueda ser utilizada como un elemento que impulse la acción social, en este caso, digamos, abra ciertos espacios laborales en determinados espacios sociales.

En ese sentido y teniendo como horizonte el proceso migratorio centroamericano en Chiapas, podría partirse del supuesto de que la sociedad receptora –en este caso la chiapaneca– abre espacios laborales a algunas minorías nacionales y se las cierra a otras.<sup>36</sup> Podemos decir también que abre ciertos espacios a una minoría nacional, pero le cierra otros por el mismo hecho. Pongamos el caso las mujeres migrantes hondureñas: su fenotipo, como su origen nacional, les “facilita” emplearse en el mundo de las cantinas, centros nocturnos y burdeles, pero apenas comienzan a abrirse espacio en ámbitos como el comercio formal. Los individuos adscritos a esas minorías ejercerían su acción social en el marco de esos espacios abiertos diferenciadamente. Este puede ser el punto de partida para futuros estudios que indaguen, por ejemplo, sobre los espacios laborales abiertos a los salvadoreños y salvadoreñas por el hecho de ser tales.

Ahora bien, aludamos a otro punto que a nuestro entender es fundamental considerar: es preciso decir que los Estados nacionales y las élites locales juegan un

---

<sup>36</sup> Es interesante, por ejemplo, cómo la oferta laboral del trabajo doméstico en Tapachula, la capital regional del Soconusco, está prácticamente reservada para la mano de obra indígena guatemalteca: los tapachultecos prefieren contratar empleadas domésticas guatemaltecas, indígenas en su mayoría, a quienes se les asocian valores como el trabajo, la confiabilidad y lo tradicional (Cruz, 2011: 145). En otro caso, al Albergue Belén de migrantes, también en Tapachula, llegan empleadores improvisados a contratar mano de obra barata –aunque no siempre poco calificada– entre los migrantes centroamericanos que se hospedan allí temporalmente, pues la percepción hacia el centroamericano dicta que éste es trabajador y que se encuentra dispuesto a trabajar en jornadas extenuantes aunque no se le pague lo justo.

rol fundamental en la construcción de la nacionalidad.<sup>37</sup> En la práctica estatal, la nacionalidad se ejerce dentro de los límites territoriales, con lo cual se reproduce el llamado “nacionalismo metodológico” que adjudica un Estado a una nación y a un territorio determinados. Según Gerd Baumann, el Estado-nación occidental incluye a unos grupos étnicos y excluye a otros. Incluye porque reivindica para unos el control del poder y los medios económicos; por otro lado, excluye porque la élite gubernamental de los estados determinan las oportunidades en la vida de muchas personas, sean estas minorías o mayorías, diciendo a quién se le considera como una minoría y a causa de qué diferencias, ya sean étnicas, religiosas, cívicas, sexuales, históricas o míticas (Baumann, 2001: 45). Es decir, el Estado, según Baumann, no puede ser neutral en la determinación de quién sea una minoría. El Estado, en definitiva, promueve la segregación de las minorías, entre ellas las nacionales. El Estado mexicano, digámoslo con todas sus letras, tiene la facultad de segregar a la minoría nacional salvadoreña o centroamericana que reside dentro de sus fronteras o, por el contrario, integrarla, reconociendo sus diferencias.

De momento, pues, es pertinente traer a mención los procesos de construcción de nacionalidad, siempre con la mente puesta en el contexto fronterizo de Chiapas y Guatemala. Según Brackette Williams, los Estados nacionales desempeñan un rol fundamental en la construcción de los límites entre los grupos. A través de la noción de “hegemonía transformista” de Antonio Gramsci (Williams, 2006: 148), la autora pone de relieve cómo los agentes estatales y las élites establecen criterios de asimilación que tienden a la homogeneidad en cuanto a una nación, pero que en la práctica también marcan la heterogeneidad cuando diferencian el acceso a los recursos y al poder, confinando o marginalizando a ciertos grupos que no han sido incluidos dentro del origen puro a través del mito y otras construcciones sociales.

En consecuencia, ese proceso de homogeneización combina dominación política y económica con justificaciones ideológicas, un proceso que establece que

---

<sup>37</sup> “La nacionalidad, un privilegio reconocido o negado por cada Estado siguiendo sus propias normas, concede a cada persona a tener un pasaporte. Este pasaporte puede, aunque a veces no, dar derecho a una ciudadanía, pero dicha ciudadanía siempre es selectiva: no todo el mundo puede tenerla”. (Baumann, 2001: 44).

tales formas de dominio, marginalización y confinamiento son resultados “naturales” que se desprenden de las diferencias de capacidades intelectuales y de la pureza de las razas (Williams, 2006: 143). Estas ideas resultan esclarecedoras cuando se analizan desde la dicotomía nacional-extranjero, una de tantas construcciones sociales que persiguen de hecho imponer la homogeneización –a través de las políticas de construcción de la nacionalidad y de lo étnico–, a la vez que establecen los límites con el “otro”, es decir, imponiendo a la vez la heterogeneización. Para Jorge Bustamante, académico mexicano y actual relator de las Naciones Unidas sobre los derechos humanos de los migrantes, la vulnerabilidad de los migrantes se entiende como la ausencia o asimetría de poder de los extranjeros frente a los nacionales en un determinado país (Bustamante, 2006: 20; 2002: 36, 168 y 176; 2001: 31), de modo que

“si asumimos que detrás de toda discriminación hay implícito el establecimiento previo de una desigualdad social, en la distinción constitucional entre nacionales y extranjeros hay implícito el establecimiento de una asimetría de poder entre nacionales y extranjeros. Tal asimetría es concomitante a una condición de vulnerabilidad como sujeto de derechos humanos, de quien queda en la parte de menos poder en el establecimiento de tal asimetría (...) La probabilidad más alta es de que el extranjero acabe en una posición de subordinación frente al nacional” (2002: 168-171).

Tanto Williams como Bustamante, pues, se refieren a las asimetrías de poder que se desprenden de las políticas estatales de construcción de la nacionalidad (¿quién es nacional?), como de la ciudadanía (¿quién es ciudadano?) y del foráneo (¿quién es extranjero?). Tales diferencias y desigualdades se “naturalizan”, en aras de su aceptación pasiva entre quienes son los subordinados o desfavorecidos en las relaciones de poder y económicas. Para el caso que nos ocupa, es claro que la distinción entre mexicanos y centroamericanos en la frontera de México con Guatemala tiene claras repercusiones en las relaciones de poder manifiestas en la vida cotidiana de la gente.

Ana María Alonso va más allá, pues persigue desmitificar y descosificar al Estado –quitarle las letras mayúsculas a la palabra–, introduciendo en su lugar a los agentes y las instituciones estatales –es decir, la gente de carne y huesos–, cuyo papel en la formación de la nacionalidad y de la etnicidad también es puesto de relieve. Para Alonso hay una constante tensión entre la producción de una tradición selectiva –también marginalizadora– por parte del sistema estatal y las tradiciones alternativas y opuestas que disputan articulaciones dominantes de espacio, tiempo y sustancia. Por esta razón, los agentes estatales y sus instituciones no sólo crean aquellas tradiciones selectivas oficiales, sino que las deben recrear y renovar constantemente, conforme cambian las relaciones de fuerzas de la sociedad. Un ejemplo de ello es toda la parafernalia que rodea el patriotismo mexicano, reproducido no sólo por los medios de comunicación en las fechas más significativas, sino también –y con un mayor calado en las conciencias individuales y colectivas– en el sistema educativo y el calendario cívico al que son sometidos los hijos de centroamericanos nacidos en territorio mexicano.

Alonso sostiene que la hegemonía transformista no es un proceso automáticamente aceptado por las clases subalternas o grupos marginalizados, sino que resulta de una constante disputa por la significación y resignificación del tiempo y el espacio. La autora retoma las ideas de Gramsci desarrolladas por Williams y añade que las estrategias estatales de especialización, substancialización, estetización, mercantilización y temporalización son claves para la construcción de las formas transformistas de hegemonía. Ahora bien, pareciera que ante la ausencia de organizaciones de salvadoreños en el Soconusco –un hecho que es puesto de relieve en el capítulo VI– y a la escasa cohesión de este grupo que como tal sólo existe en la mente del analista social y de algún funcionario consular salvadoreño en Chiapas, el nivel de incidencia real de aquéllos en la disputa simbólica por la significación y resignificación del tiempo y el espacio es mínima; en otras palabras, en las disputas por la nacionalidad y otros elementos identitarios, lo mexicano terminaría imponiéndose inexorablemente en el imaginario colectivo.

Hay, finalmente, una interesante discusión que liga el papel de los estados nacionales con el fenómeno de la migración. Así, John Gledhill (1999) ilustra cómo

muchos estados nacionales como el chino han tenido serias dificultades para gestionar la migración internacional, en tanto que, por un lado, han visto a los emigrantes hacia los Estados Unidos como una amenaza a los valores “nacionales” pero, por otro lado y en términos de puro pragmatismo, han debido facilitar políticas de inclusión orientadas a sus propios migrantes para favorecer que participen en la economía china no sólo como emisores de remesas, sino invirtiendo en negocios, la industria del turismo y en otros rubros económicos y sectores sociales.

Otro caso es el de los países receptores de la migración, en donde las políticas de multiculturalidad están orientadas a gestionar inteligente y pragmáticamente la diferencia, en aras de liberar las posibles tensiones sociales que esta conlleva. Gledhill invita a revisar el concepto de “individuo”, un constructo político que, transformado en el ciudadano, recibe su identidad del estado liberal, pero que cobra un nuevo significado al observar, por ejemplo, la capacidad subversiva del migrante, que llega a desafiar los poderes de documentación del Estado cuando puede asumir distintas identidades según sus intereses, como lo que se apuntará en los casos de Moisés y Dolores (Capítulo V). Lo que los procesos transnacionales como la migración han provocado, sostiene Gledhill, es la configuración de un mundo donde el nacionalismo metodológico –es decir, la identificación entre un Estado, una nación, una cultura y un pueblo–, como principal paradigma, debe ser superado, e incorporar nuevos marcos analíticos que logren dar cuenta de aquellos procesos.

Finalmente, abordemos brevemente el tema de la discriminación. Michel Wieviorka (1992: 129) distingue entre segregación y discriminación, que son “dos formas elementales de racismo”. La segregación se entendería como el confinamiento de un grupo racializado, de modo que se mantiene a cierta distancia y se le reservan espacios propios, fuera de los cuales no pueden salir salvo en determinadas condiciones. Así, para este autor es clave la consideración del espacio: la segregación inscribe al racismo en el espacio, marcando la organización geopolítica de un país e incluso de una ciudad así segmentados (1992: 132). En ese marco es que el autor introduce una distinción entre “segregación étnica” y “segregación racial” en el contexto norteamericano, un aporte de la Escuela de



Chicago en Estados Unidos. Siguiendo esa lógica, la principal diferencia entre ambas formas de segregación las coloca a estas en las antípodas.

La segregación étnica se habría formado para Wierviorka en algunas ciudades del norte de los Estados Unidos por movimientos migratorios y reagrupamientos movidos y ordenados por las comunidades de origen. Así se habrían movido las comunidades polaca, italiana, irlandesa, etcétera. El denominador común es que se trató fundamentalmente de comunidades definidas por orígenes nacionales o religiosos y no raciales, aunque los ejemplos dados por el autor son todos de comunidades europeas blancas. Pero siguiendo con el argumento, la segregación étnica tendría para este autor una connotación claramente positiva: los miembros del grupo segregado encuentran al interior de su comunidad el calor y la protección de una cultura viva, a la vez que los recursos económicos y políticos, lo cual también podría servir para explicar cómo muchos salvadoreños acudirían a la comunidad –si es que esta existiera–, para conseguir ciertos beneficios que les son negados al margen de aquella.

La conclusión es predecible: la segregación étnica, es decir, la de las comunidades definidas por términos preferentemente culturales, pese a no excluir tensiones, garantiza para cada grupo interno una participación equiparable a la de los demás grupos en la vida social y política. El problema comienza, dice Wieviorka, cuando los grupos son tratados de acuerdo a una modalidad racial, que es cuando nace la “segregación racial”, que por el contrario conduce al aislamiento residencial y tiende incluso a aniquilar la segregación étnica. El autor retoma el caso de los negros en la ciudad de Chicago y la segregación racial que se tradujo en su aislamiento y limitación de nichos laborales y de otro tipo, de tal suerte que dicho modo de segregación se prolonga y se refuerza en otras lógicas sociales y económicas, dando lugar a situaciones más complejas.

Es probable que este tipo de segregación ocurra en el Soconusco, como en el caso de algunos trabajadores agrícolas guatemaltecos indígenas. Para el caso de Puerto Madero, es curioso cómo se da una especie de segregación de facto, no reconocida tácitamente, al encontrarse la mayoría de extranjeros confinados en las márgenes surorientales de la localidad, en la llamada “Colonia”. No es que en el resto de Puerto Madero les sea vedado el ingreso a los centroamericanos. En lo

absoluto. Pero es notable la presencia casi exclusiva de los más pobres, entre los que destaca la gente originaria de Centroamérica, en esta parte de la localidad. La diferencia entre ambas formas de segregación es, pues, esencial: la primera es considerada beneficiosa para la comunidad, mientras que la segunda únicamente conduce a su aislamiento y confinamiento.

Culminemos este pequeño apartado sosteniendo que la consideración de los migrantes como actores sociales o agentes tiene una implicación directa en los procesos de transformación social, concretamente en aquellos procesos más difíciles de cambiar y que tienen que ver con las mentalidades y las percepciones y representaciones sociales. ¿Cuál es la idea que predomina en las sociedades mexicana y centroamericana sobre las personas migrantes? ¿Cuál es la postura analítica más al uso entre los estudiosos del fenómeno? Pues bien, en el marco del análisis del proceso migratorio centroamericano en México –como país de tránsito y de destino de la gente proveniente de Centroamérica– han primado los análisis sobre el riesgo y la vulnerabilidad de los migrantes, mas no se ha prestado suficiente atención a la evidencia empírica y a las perspectivas teóricas que sugieren que aquellos son más que víctimas de violaciones a sus derechos humanos o de accidentes –algo que, no obstante, hay que seguir insistiendo con vehemencia, debido a su recurrencia—. Estos análisis predominantes son una pequeña muestra de lo que ocurre más allá del nivel analítico y que permea las representaciones sociales. Más allá de esta idea y tomando como base la discusión teórica sobre agencia/estructura, es pertinente sostener que los migrantes también son actores sumamente creativos, cuya firmeza, determinación y constancia para lograr sus objetivos son admirables, si se está en la franca disposición de cambiar el lente analítico.

Los conceptos de riesgo y vulnerabilidad (Bustamante, 2006: 20; 2002: 36; 2001: 31; Bromfman, *et al*, 2004: 21; Ruiz 2005: 613; 2003; 2001a: 17; 2001b: 258; Rivas, 2008: 14), ciertamente, han arrojado muchas luces sobre la situación de los migrantes irregulares internacionales en México, cuya mayoría son centroamericanos, pero también habrían contribuido a forjar su victimización, es decir, a considerarlos como meras víctimas de accidentes, detenciones y violaciones de sus derechos humanos. Estos análisis –por demás necesarios– deben ir

acompañados por otros que rompan los esquemas de victimización y den cabida a otro hecho inobjetable: los migrantes no deben ser considerados como meros sujetos pasivos, sino como participantes activos de sus procesos migratorios, que reciben, interpretan e intercambian información, diseñan estrategias en sus relaciones con los otros actores, así como con instituciones y organizaciones; forcejean, disputan, negocian y transigen no sólo en encuentros cara a cara, sino también con los ausentes –los parientes en Estados Unidos, por ejemplo– que pueden influir en las situaciones, afectando las acciones y los resultados. Esta otra visión se acerca más a los principales postulados teóricos de una perspectiva centrada en el actor social –a la cual ya hemos aludido arriba– y a la evidencia recogida a partir del estudio etnográfico que sustenta la presente investigación.

Es lógico que se siga insistiendo desde los círculos académicos, de las organizaciones civiles defensoras de los migrantes y desde organismos internacionales que los migrantes centroamericanos que atraviesan el territorio mexicano son víctimas de un largo catálogo de agresiones y violaciones a sus derechos humanos. Es comprensible si se echa un vistazo a las notas de prensa o si se ingresa la frase “migrantes centroamericanos” en cualquier buscador en la Internet. El lector se sorprendería de la cantidad de referencias en las que aquellos aparecen como víctimas: asaltos, secuestros, violaciones sexuales, aseguramientos, operativos... son las palabras que llenan los encabezados de los medios informativos cuando se refieren a los centroamericanos. Hay fuertes razones éticas que mueven a seguir construyendo conocimiento en el marco de esta triste realidad. También hay poderosas razones teóricas, si se hace un mínimo esfuerzo para que los conceptos digan algo sobre la realidad.

Así, los análisis sobre el riesgo y la vulnerabilidad en el escenario de la migración indocumentada en tránsito por México –así como la inmigración que llega a estas regiones fronterizas– han constituido un aporte valioso del mundo académico, que persigue estar en constante comunicación con los debates sostenidos fundamentalmente en el ámbito de las organizaciones civiles protectoras de los migrantes. No obstante, en esta investigación se pretende converger en dos caminos que tradicionalmente se han separado y que, consideramos, no pueden estar disociados: los migrantes también son individuos

creativos que, con todo y los constreñimientos, son protagonistas de sus procesos migratorios.

Esa convergencia quiere poner a trasluz esta realidad que pareciera dicotómica, pero que sólo expresa distintos y a veces simultáneos momentos durante las trayectorias de aquellos migrantes. Se trata de una constante habilitación de espacios de acción dentro de los resquicios que dejan las grandes estructuras sociales, una labor cotidiana que se refleja en el diario enfrentamiento con las circunstancias adversas y que es susceptible de ser documentado por el analista social mediante herramientas como la etnografía. La idea, entonces, no es ir en contra de los análisis que enfatizan el riesgo y la vulnerabilidad, sino ir más allá, de la mano con estos, con una perspectiva teórica que, como la del actor social, ponga de relieve la compleja realidad que se describe en las trayectorias migratorias de la gente. Así las cosas, y dando un paso más respecto del apartado anterior, habría que decir que las personas migrantes no son vistas aquí como mercancías, héroes de la imaginación periodística o víctimas, sino como protagonistas de sus procesos migratorios, como potenciales agentes de cambio.

#### *La migración y sus tensiones inherentes*

No habría que perder de vista ciertas tensiones, que en el caso en estudio se vuelven más que evidentes. Una de ellas tiene que ver con aquello que Rodolfo Casillas ha llamado “permeabilidad social” (2009: 125) y que tiene que ver con ciertas disposiciones para que los centroamericanos sean incluidos en las dinámicas propias de las sociedades receptoras, contribuyendo a la cohesión social (permeabilidad positiva), frente a otro fenómeno que también se nutre de aquella, y que se refiere en parte a las políticas públicas de contención de la migración (permeabilidad negativa). Así, dando un vistazo global a esta ambivalencia, es menester reconocer que a pesar de los arreglos de libre movilidad que han suscrito algunos países y regiones, esta movilidad es sumamente selectiva y provisional, favoreciendo a grupos de personas, como los turistas internacionales y los comerciantes que tienen un mínimo de recursos para desarrollar sus actividades. El tan celebrado acuerdo CA-4 en Centroamérica, que otorga movilidad de personas y vehículos en el llamado Triángulo del Norte (Guatemala, Honduras y El Salvador)

más Nicaragua, no es realmente un acuerdo que facilite la libre circulación para todas las personas. Centenares de ciudadanos de esos países que emigran por cuestiones de empleo o que huyen de situaciones de violencia en sus países, encuentran dificultades para poder transitar libremente entre un estado centroamericano y otro.

En otro ejemplo similar, la circulación de jornaleros agrícolas guatemaltecos en el sur de México es limitada por cuotas en espacio, tiempo y territorio, como la de los llamados visitantes locales (fundamentalmente comerciantes y turistas), además de estar mediada por una política migratoria injustamente selectiva hacia una nacionalidad de entre el espectro de nacionalidades involucradas en el mercado laboral del Soconusco, por mencionar la región mexicana en el sur que probablemente registra una mayor participación de mano de obra centroamericana, en los sectores informales sobre todo. Por otro lado, quizás no sea del todo cierto que el control de la frontera sur mexicana sea tan drástico como tenderíamos a pensar. Con apenas nueve puntos formales de internación con vigilancia de agentes migratorios, los más de 900 kilómetros que México comparte con Guatemala –654 con el estado de Chiapas– se ven diariamente traspasados por el flujo de migrantes indocumentados. Un muro fronterizo con Guatemala es simplemente un sinsentido; algo no contra natura, sino contra cultura y contra historia, dadas las relaciones de proximidad entre las gentes que quedaron separadas desde el establecimiento de los límites entre ambos países. La estampa de gente y mercancías atravesando el Río Suchiate en las balsas a escasos metros del puente internacional es ilustrativa al respecto.

Los accesos a estas localidades fronterizas no son difíciles, yendo desde el sur y las estrategias para lograrlo son muchas. Por ejemplo, en términos comparativos, llegar a Puerto Madero no es tan difícil para un centroamericano como llegar a alguna localidad de San Diego, en la frontera sur de Estados Unidos, para un mexicano residente en Tijuana. Si se parte de San Salvador, a unos 500 kilómetros de distancia de Tapachula, basta tomar un autobús por 25 dólares que conduzca hasta la localidad de Tecún Umán, al lado guatemalteco de la frontera con México, partiendo a las 5 de la mañana. Si durante el viaje no hubo problemas y se ha dejado la respectiva “mordida” al agente de migración o policía

guatemalteco que seguramente interceptó el autobús de la línea “Cóndor” –la más utilizada por la gente de origen centroamericano en Puerto Madero—, al final del día, el viajero puede estar bajando del autobús en esta peligrosa localidad fronteriza –llamada por un sacerdote scalabriniano local la “Tijuanita” de Guatemala—. Luego toma un triciclo que lo conduzca por 10 quetzales hasta la ribera del río, desde donde salen las balsas o cámaras. Si se es un asiduo visitante de este lugar, el viajero no se dejará sorprender por el camarero y sólo pagará otros 10 quetzales por el paso al lado mexicano, que puede encarecerse durante la temporada lluviosa, al aumentar su caudal el río.

El resto del trayecto, una vez cruzada la frontera, es sólo trámite: tomar un microbús a escasos metros del río, atravesando un laberíntico mercado informal situado en las márgenes del Suchiate. Por 18 pesos mexicanos el viajero llegará hasta Tapachula, donde nadie pregunta si alguien es mexicano o centroamericano: la gente jura que sabe distinguir a una hondureña de una chiapaneca. A esto hay que añadir finalmente los 15 pesos que cobra el taxi desde Tapachula hasta Puerto Madero. El paisano puede estar llegado a su destino pasadas las 9 de la noche del mismo día que salió de San Salvador, aunque no siempre la suerte se conjuga de su lado. En este caso hipotético que estamos caricaturizando, no hubo autoridad a la que debiera mostrarse los papeles para entrar a México.

De hecho, hay estrategias que se usan para zanjar encuentros inesperados con autoridades migratorias. Al cruzar la frontera entre El Salvador y Guatemala, por ejemplo, el viajero salvadoreño residente en Puerto Madero dirá que es salvadoreño y que va a comprar a Guatemala, evadiendo cualquier tipo de preguntas, si es que se le inquiera; al llegar a Tecún Umán ya no se presenta como centroamericano, sino como mexicano, aunque no haya un documento legal que lo pruebe. Esta es una de las estrategias utilizadas por muchos de los migrantes centroamericanos que viven en estas localidades chiapanecas, en el marco de un proceso migratorio basado en la desigualdad y la discriminación, en la inclusión y la exclusión, como primer binomio que define las tensiones inherentes al fenómeno migratorio en el sur de México.

*La migración y las relaciones de poder*

Es importante no perder de vista, por otro lado, las relaciones reales de poder entre Estados nacionales y al interior de estos, así como, en un nivel micro social, los mecanismos de diferenciación social que distinguen a migrantes y otros actores sociales entre los que aquellos hacen su vida. Tráigase a mención aquí las disparidades económicas entre los países de Centroamérica y México en su conjunto, pese a que Chiapas no destaque en el escenario mexicano por sus niveles de desarrollo. En el otro sentido, el micro social, se hace evidente que los que emigraron a Puerto Madero y Tapachula quizás no sean los mismos que alcanzaron a llegar a Estados Unidos, Canadá, Italia o Suecia con mejores oportunidades. Los primeros son gente de la cual estamos acostumbrados a calificar como de “bajos recursos”. Pero esto no lo explica todo. Obviamente, casi la totalidad de la gente de origen centroamericano en Puerto Madero vive en condiciones de mera subsistencia, a la expectativa, por ejemplo, del pago del Programa Oportunidades<sup>38</sup> para poder solventar algunos gastos o esperando tener suerte en el mar tras una jornada de pesca de tiburón o de “pescadito”.<sup>39</sup>

En la localidad hay un solo salvadoreño –entre al menos 30 a los que se tuvo acceso durante el trabajo de campo– que es propietario de un restaurante, situado cerca de la playa San Benito, y del que se presumiría tiene ingresos que exceden los mínimos. Curiosamente el centroamericano niega su nacionalidad y se presenta como mexicano.<sup>40</sup> Pero la sola ausencia de dinero no explica esta situación. ¿Por qué, por ejemplo, los salvadoreños que provienen de algunos municipios que con todo y pobreza han logrado establecer redes migratorias y un fuerte espíritu comunitario, alcanzan a llegar a localidades estadounidenses o europeas donde ya les esperan familiares, amigos y vecinos de la misma comunidad?

---

<sup>38</sup> Algunos centroamericanos son beneficiarios de este programa gubernamental y de otros destinados a adultos mayores. Para tener acceso a los mismos debieron obtener documentos apócrifos mexicanos, debido a que circula la versión de que el hecho de ser extranjero descalifica a cualquier candidato.

<sup>39</sup> “Ir al pescadito” quiere decir en Puerto Madero capturar especies marinas de menor tamaño, a vista de costa o no muy lejos de esta, a diferencia de la pesca del tiburón y otras especies mayores, que se hace más allá de los 100 kilómetros de distancia de la línea litoral. El “pescadito” se captura para fines de consumo en los hogares y una parte del excedente se utiliza ya sea para corresponder favores o para intercambiar por otros productos, mientras que otra parte pudiera ser comercializada en la misma localidad o a través de intermediarios que lo revenden en los restaurantes de Tapachula.

<sup>40</sup> Su verdadero origen nacional me ha sido revelado por otros salvadoreños.

Tal es el caso de muchos migrantes que provienen de algunos municipios del nororiente de Chalatenango, una región con particularidades históricas y culturales muy marcadas, donde las experiencias de solidaridad y gestión comunitaria están muy arraigadas históricamente: se trata de comunidades que forjaron fuertes lazos de solidaridad durante el conflicto armado (1980-1992), algunas de ellas fortalecieron esos lazos durante el exilio en los campos de refugiados y lograron sostenerlos tras la firma de la paz, aunque, como bien apuntan algunos autores, no debe seguirse automáticamente que la sola experiencia del exilio compartido sea suficiente para establecer lazos comunitarios, en tanto que “a la hora de querer explicar el difícil proceso de construcción de comunidades, así como otros que ocurren en los asentamientos humanos de las zonas ex conflictivas, la experiencia de guerra aparece como punto de inflexión” (Lungo, *et al*, 1996: 5). Estaríamos hablando, pues, de historias mayormente signadas por una mínima cohesión social, un soporte indiscutible en sus procesos migratorios más recientes.

Los salvadoreños que llegan a Puerto Madero, en cambio, con todo y que compartiría con los chalatecos las situaciones de pobreza, estarían desprovistos de un tejido social (mecanismos de solidaridad, redes sociales, acción comunitaria) que sostengan sus procesos migratorios particulares y que coadyuven en esfuerzos comunitarios y organizativos en el sitio de destino. En la investigación se pretende mostrar cómo la pobreza económica no explica por sí misma que se emigre en ciertas condiciones y se llegue a ciertos lugares, sino que en ese proceso intervienen otros elementos que, para el caso de la gente que emigra a Puerto Madero y Tapachula, permiten entrever algunas rupturas sociales marcadas por situaciones de violencia y marginación estructurales. El tema de la violencia como un motivo para emigrar, la experiencia de la misma como un factor que incide directamente en los modos en los que se emigra y los sitios a los que se llega, es algo que está pendiente de discutirse.

Por otro lado, ¿es la migración un problema? Depende del punto de vista desde el cual se aborde este fenómeno. Si se mira desde el ángulo de las poblaciones nativas en Chiapas, la llegada de centroamericanos podría ser un problema de grandes proporciones: no sólo traerían enfermedades y costumbres diferentes —afirman los más conservadores—, sino que llegarían a usurpar el



trabajo a la gente local. Estas posturas llegan al extremo –cómicamente comentado por los tapachultecos, por ejemplo— de sostener que las mujeres centroamericanas son las causantes de la desintegración de hogares chiapanecos, al quedarse con los maridos de las mujeres locales. La solución, concluyen los apologistas de la pureza nacional, estaría en el Instituto Nacional de Migración: hay que deportar a cuanto indocumentado ose pulular en las calles y colonias de Tapachula, acechando a las señoritas (si son hombres) y a los maridos (sin son mujeres).

En México, un país de más de 100 millones de habitantes, la inmigración nunca ha rebasado el 1% de la población, según las cifras oficiales. No es de extrañarse entonces que los inmigrantes no hayan sido objeto de políticas integrales de integración, pese a que se habló arriba de una permeabilidad positiva. Sin embargo, Chiapas puede ser un caso especial que posibilite este tipo de políticas, aunque el Estado mexicano no se ha tomado con seriedad la cuantificación y caracterización de la población de origen extranjero residente en este estado y en los otros que comparte con Centroamérica. En otras palabras, no existe una cifra oficial sobre los que en alguna bibliografía especializada se llamara “residentes fronterizos”, es decir, aquellos migrantes que se quedaron a vivir en las localidades fronterizas, en este caso del sur de México. Invisibilizarlos como objeto de intervención estatal es una forma de no reconocer la importancia de este sector poblacional. No resultaría extraño que un censo preocupado por estos “matices” revelara que un buen porcentaje de los habitantes de Tapachula y otras localidades del Soconusco son de origen centroamericano, algo que parece ser un secreto a voces.<sup>41</sup>

Arriba apuntábamos que las fracturas que definen el origen de las trayectorias vitales de los centroamericanos terminan incidiendo en el fracaso de cualquier intento de reconocimiento y acción comunitaria u organizativa

---

<sup>41</sup> Algo podemos inferir de los registros civiles. Por ejemplo, la oficina del registro civil del hospital regional de Tapachula reportaba que el 40% de los recién nacidos registrados entre enero y junio del año 2011 eran hijos de padres extranjeros, la mayoría de Guatemala, Honduras y El Salvador. Ver, “Se eleva el número de hijos de extranjeros en Chiapas; 240 registrados” en *Cuarto Poder*, 23 de junio de 2011: [http://www.cuartopoder.mx/%5CPagPrincipal\\_Noticia.aspx?idNoticia=241818&idNoticiaSeccion=4&idNoticiaSubseccion=16](http://www.cuartopoder.mx/%5CPagPrincipal_Noticia.aspx?idNoticia=241818&idNoticiaSeccion=4&idNoticiaSubseccion=16).

centroamericana en México. En este punto en particular quizás sea útil retomar una discusión que tiene que ver con la noción de capital social. Exploremos brevemente estas ideas. El sociólogo Robert Putnam reconoce la paternidad intelectual de James Coleman al definir el capital social (Putnam, 1994: 163-185) en el capítulo 6 de su obra germinal *Making democracy work*, publicada por primera vez en 1993. Este autor se pregunta en la introducción de ese libro: “¿Por qué algunos gobiernos democráticos tienen éxito y otros fallan?” (Putnam, 1994: 3) Al observar y comparar el desempeño de los gobiernos regionales en el sur y el norte de Italia, podría concluirse del análisis de Putnam que las diferencias socioeconómicas de ambas regiones –un norte industrializado y desarrollado, por un lado, y el sur subdesarrollado y pobre, por el otro– explicarían el éxito o fracaso en el desempeño de aquellos gobiernos. Eso sería lógico concluir. Sin embargo, esta no es precisamente la interpretación de Putnam. La explicación que da este autor es más o menos la siguiente: la *comunidad cívica* --entendida como la participación activa de la gente en los asuntos públicos; la igualdad política, es decir, el establecimiento y seguimiento de los mismos derechos y obligaciones para todos; los lazos de solidaridad, confianza y la tolerancia; y la cooperación de asociaciones civiles comprometidas– es el sello distintivo del éxito de aquellos gobiernos (Putnam, 1994: 86-162).

Ahora bien, habiendo respondido con la noción de comunidad cívica a la pregunta que introduce su libro, Putnam da un salto al relacionar estas ideas con el concepto de capital social de Coleman. De ello se ocupa en el capítulo 6, sosteniendo que el capital social se compone esencialmente de confianza, asociaciones de crédito rotativo, normas de reciprocidad y redes de compromiso cívico (Putnam, 1994: 167-176). Algunos autores han advertido que Putnam adjudica demasiadas virtudes a su concepto de capital social, de modo que no podría esperarse que este conduzca a resultados desfavorables para la gente (Ramírez, 2005: 30). De hecho, Putnam habría enmendado este desliz en otra de sus obras, *Bowling Alone*, donde reconoce que hay “efectos antisociales” del capital social, contraponiendo las “consecuencias positivas” –apoyo mutuo, cooperación, confianza, efectividad institucional– a las “manifestaciones negativas” –sectarismo, etnocentrismo y corrupción– (Putnam, 2000: 22). De hecho, en esta

segunda gran obra, dedica todo un capítulo (el 22) al “lado oscuro del capital social”.

Pues bien, la idea de capital social de Putnam podría resultar útil para analizar el hecho de que en el Soconusco, como en todo Chiapas, no hay organizaciones de centroamericanos o salvadoreños que les apoyen en sus diversas necesidades, un fenómeno interesante del que no hay mayores explicaciones disponibles. Este hecho es relevante, pues siendo Chiapas un destino ya importante en el proceso migratorio de muchos salvadoreños, los niveles de organización son exiguos, a diferencia de los sitios tradicionales en Estados Unidos, como Los Ángeles, Washington o Nueva York e incluso en otros lugares de México, como el Distrito Federal o Guadalajara. Siguiendo a Putnam, podríamos decir, en términos muy genéricos, que los salvadoreños en Chiapas no han logrado cimentar mecanismos eficaces de apoyo mutuo, de confianza, de cooperación y de efectividad institucional; es decir, no han logrado forjar el suficiente capital social para lograr tales fines. Obviamente habría que tomar con cautela las aseveraciones de este autor y, salvando las diferencias entre el contexto italiano y el mexicano en su frontera sur, bien puede dialogarse con esta propuesta, pero desde abajo y desde una perspectiva institucional, como parece ser el énfasis de Putnam. Quizás incluso no deba considerarse todos los elementos que definen el concepto, pero lo que sí debe mantenerse es la idea que tiene que ver con las iniciativas comunitarias y participativas.

Debe tomarse en cuenta al respecto la consideración de que la ausencia de iniciativas comunitarias articuladas desde el elemento salvadoreño o centroamericano no implica que no se den otro tipo de esfuerzos organizativos o incluso comunitarios que no estarían precisamente filtrados por elementos de una presunta identidad nacional. Incluso podría suceder lo contrario, en tanto que la renuncia a una nacionalidad en el dominio público posibilite a un centroamericano adscribirse a otro tipo de referentes identitarios y tener acceso a iniciativas organizados por lo laboral, lo religioso u otro tipo de organización social. Para poner un caso muy concreto, ser hermanos en Cristo ha sido suficiente motivo para poner en movimientos ciertos resortes de solidaridad entre los fieles de una iglesia pentecostal a la que asisten tanto mexicanos, como salvadoreños, guatemaltecos,

nicaragüenses y hondureños, donde estas adscripciones nacionales pueden ser relativizadas. En otro ejemplo, la coexistencia territorial de los vecinos en “La Colonia” y el enfrentamiento de problemas comunes como la acumulación de la basura o la contaminación de las aguas basta para que se hagan acercamientos coyunturales y se emprendan esfuerzos organizativos orientados a sobrellevar estas situaciones.

Lo anterior encuentra un fuerte asidero en el contexto fronterizo del sur de México: a diferencia de los centroamericanos que en Estados Unidos se han organizado en torno a una nacionalidad compartida, los que llegan a quedarse en las localidades del sureste mexicano tienen mayores motivos, posibilidades y pretextos para mimetizarse entre una sociedad que, pese a los mecanismos de diferenciación social construidos socialmente, tiene muchas semejanzas (lingüísticas, históricas, culturales) con Centroamérica. Es más fácil construir un tejido social sobre lo que ya está en marcha en el lugar de destino que edificar trabajosamente sobre bases inexistentes, dada las rupturas que son arrastradas desde los países de origen. Veamos, finalmente, aquellas rupturas.

### *La fragmentación de la sociedad centroamericana*

Sin lugar a dudas, un análisis del proceso migratorio centroamericano que se centre en cómo emigran los más desfavorecidos de la sociedad no debe perder de vista esta idea fundamental: la sociedad centroamericana se define, en buena medida, por múltiples fragmentaciones que, a su vez, explicarían el carácter precario de los procesos migratorios particulares de la gente que ha sido marginada de aquella sociedad. Y es que la fragmentación ha acompañado el ser y el hacer centroamericano desde la instauración de la vida republicana, en 1821, hasta nuestros días. El fracaso de las llamadas Provincias Unidas del Centro de América (Facio, 1965), federación proclamada en 1824 –ya sin vigencia quince años después–, no fue sino la manifestación más clara de la imposición de voluntades provincianas, de la balcanización del territorio y de su gente, del establecimiento de fronteras artificiales.

No obstante, los provincianismos no emergieron por sí mismos. A lo largo de su historia, han florecido en Centroamérica intentonas de homogeneizar los

pueblos de la comarca bajo distintas figuras político administrativas (Pinto, 1993: 9),<sup>42</sup> partiendo del reconocimiento de aquel aire de familia que en común tienen, pero llevándolo a límites extremos.<sup>43</sup> Unas y otras –las voluntades homogeneizantes, por un lado, y las provincianas, por otro– han sido abanderadas por las élites, en una constante tensión en la que han terminado por imponerse estas últimas. La fragmentación de Centroamérica, precisamente, ha sido el resultado de aquella tensión histórica y de la imposición de los arrebatos provincianos, en una constante histórica que puede ser definida como una paradoja: “existió en Centroamérica centralización política y administrativa, pero dedicada sólo a aislar a las provincias” (Facio, 1965: 12).

El antecedente más inmediato de la fallida federación centroamericana, la Capitanía General de Guatemala, fungió, bajo el dominio colonial, como un aglutinado de varias provincias o intendencias: Chiapa y Soconusco,<sup>44</sup> que conforman el actual estado de Chiapas, en México; más los actuales territorios de Guatemala, Belice, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, que ya desde entonces mostraban sus dinámicas internas propias. Salvo las primeras dos, que formando una sola entidad federativa (Chiapas) terminaron siendo absorbidas por la naciente nación mexicana, las restantes siguieron sus derroteros propios, aunque el aire en común ya los caracterizaba. Desde la Colonia, pues, ya estaban sentadas las bases para la construcción de pequeños estados nacionales balcanizados, proceso que ocurrió durante las primeras décadas del siglo XIX.

Ya entrado el siglo XX se respiraron nuevos aires integracionistas en el conjunto de naciones que hoy conforman la región. A mediados de siglo, se integra

---

<sup>42</sup> Para un excelente repaso del régimen político-administrativo de la región centroamericana durante la época colonial, ver, Facio, Rodrigo, *La Federación de Centroamérica. Sus antecedentes, su vida y su disolución*, Escuela Superior de Administración Pública de América Central, San José, 1965.

<sup>43</sup> De este aire en común y de la idea de continuum cultural se nutre el concepto de *Mesoamérica* (Kirchhoff, 1943; Romero y Ávila, 1999) una de las nociones antropológicas y arqueológicas que mayor impacto ha tenido fuera de los ámbitos académicos, permeando incluso el mundo de la planificación de políticas públicas centroamericanas en pleno siglo XXI.

<sup>44</sup> Chiapa, en singular, es una de las dos antiguas provincias coloniales que conforman al actual estado de Chiapas, en plural (De Vos, 2010a: 129; 2010b: 74; 2002: 52).

la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA)<sup>45</sup> y se conforma el Mercado Común Centroamericano, que entra en crisis durante la década del setenta, luego del último conflicto armado entre dos países, Honduras y El Salvador (Ellacuría, 1983: 501). En las postrimerías del siglo, en 1991, el *Protocolo de Tegucigalpa* dio origen al Sistema de la Integración Centroamericana (SICA), que deroga al ODECA y se mantiene vigente hasta la actualidad, pero que no pasa de ser una entidad supranacional sin vinculación jurídica y con cuestionadas credenciales para incidir realmente en las dinámicas nacionales, razón por la cual, por ejemplo, Costa Rica se abstiene de participar de buena parte de la parafernalia integracionista. Así, las pequeñas naciones centroamericanas han transitado por etapas federalistas, otrora, e integracionistas, de más reciente aliento, pero han terminado por encontrarse los intereses y las voluntades de unas elites que, alimentadas por sentimientos provincianos, terminan por fragmentarlas.

¿Qué tanto esta imposición de intereses y voluntades elitistas ha definido el rumbo que las naciones y su gente han tomado durante los años? Quizás la respuesta más evidente nos lleva a la siguiente paradoja: lejos de tender puentes, las élites han sido las principales responsables de nuevas fragmentaciones – sociales, económicas, políticas y culturales— al interior de los estados nacionales, que vienen a sumarse a las rupturas territoriales y ambientales que de suyo presenta el paisaje centroamericano. Esto significa que la Centroamérica actual está rota no sólo en su tejido regional, sino también al interior de sus débiles estados nacionales.

La entrada en escena de nuevos actores en las dinámicas internas, como el crimen organizado, el narcotráfico y las maras o pandillas, en calidad de verdaderos poderes fácticos; los procesos transnacionales que acompañan a la

---

<sup>45</sup> La llamada *Carta de San Salvador*, suscrita por los presidentes de Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, el 14 de octubre de 1951 en la capital salvadoreña, dio origen a la ODECA, el primer esfuerzo latinoamericano de integración regional. En los considerandos, los firmantes de la carta invocan principios integracionistas y un pasado federal común e incluso apelan a la eliminación de fronteras: “las Repúblicas Centroamericanas, partes disgregadas de *una misma nación*, permanecen unidas por vínculos indestructibles que conviene utilizar y consolidar en provecho colectivo (...) es necesario eliminar las *barreras artificiales* que separan a los pueblos centroamericanos y lograr la voluntad conjunta de resolver sus problemas y defender sus intereses, mediante la acción colectiva y sistematizada” (El énfasis es mío).

globalización y a las migraciones; y la incapacidad estatal de subsanar las graves fracturas que caracterizan a las actuales sociedades centroamericanas han evidenciado la fragilidad de los estados nacionales y han dado pie a algunas afirmaciones que apuntan a su fracaso. Hoy, en las calles de Tegucigalpa, San Salvador, Managua o Ciudad de Guatemala, es más fácil escuchar el estribillo de los estados fallidos.

Pero más que machacar las decisiones de unos pocos en nombre de las mayorías –algo difícil de soslayar, si se parte de un espíritu crítico–, hay que insistir en que las fracturas internas repercuten en la vida de millones de centroamericanos y los excluyen de los beneficios que supone una *ciudadanía plena*, uno de los tópicos al uso entre los organismos internacionales que condicionan sus ayudas a países empobrecidos como los centroamericanos. En el ámbito de las migraciones hay ya una amplia literatura que vincula el asunto de la ciudadanía (Levitt y Glick Schiller, 2004; Morales, 2007; Huezco-Mixco, 2007 y 2009; PNUD, 2005), entendiéndola como un asunto de inclusión social: los migrantes internacionales, pese a que no tuvieran documentos legales en los países de tránsito o destino, debieran gozar de los beneficios que supone, al menos, un tipo de ciudadanía social, es decir, el acceso a los servicios sociales prestados por el Estado. La casi nula existencia de estos beneficios en Centroamérica, incluso para las poblaciones nativas en sus propios países, ha propiciado duros cuestionamientos hacia la institucionalidad regional (Morales, 2009: 275).

Más de la mitad de los 42 millones de habitantes de la región<sup>46</sup> vive en situación de pobreza y se ve marginada de la riqueza generada en los centros de poder, que cada vez están más concentrados en el ámbito territorial. Guatemala y Nicaragua, por ejemplo, muestran las regiones más desiguales de la región y, a su vez, la concentración de los poderes políticos y económicos en unas cuantas ciudades. El resto del territorio y su gente se hayan sumergidos en situaciones de marginación y exclusión social. Los otros países, exceptuando Costa Rica y

---

<sup>46</sup> El informe regional del PNUD correspondiente al año 2010 consigna una población total de 42 millones, 482 mil habitantes en los siete países de Centroamérica. (Ver, PNUD, *Informe sobre Desarrollo Humano para América Central 2009-2010. Abrir espacios a la seguridad ciudadana y el desarrollo humano*, PNUD, Costa Rica, 2009).

Panamá, no están muy lejos. Así es la realidad en Centroamérica: las fracturas provocan marginaciones y segregaciones y la gente marginada y segregada busca colarse por los resquicios sociales, por las grietas de la sociedad, en donde se filtran en la desesperada búsqueda cotidiana del sustento.

A estos espacios de marginación no llega el Estado y sus instituciones y agentes, o llega de modos dudosamente éticos y abiertamente oportunistas. Se acerca a través de los vehículos del poder, los partidos políticos, cuando hay elecciones; luego se aparta de ellos, cuando ha logrado amasar el poder. El Estado, más que fallido, se define por su ausencia en muchos espacios sociales centroamericanos, lo cual ha servido como caldo de cultivo para el ascenso de los intermediarios y el montaje de una especie de meso-estructura que vincula los mundos cotidianos de la gente con las estructuras del poder político que les quedan socialmente distantes. Ante la ausencia del Estado, los intermediarios han pasado a ser los legítimos garantes de la gobernabilidad en estos espacios y a ser un mal necesario. Sin ellos el Estado no llegaría, ya que no está en capacidad –en muchos casos, ni en la voluntad– de hacerlo. Este es un debate abierto en el ámbito de las organizaciones de la sociedad civil centroamericana, debate que podría resumirse en la siguiente pregunta: ¿compete a estos organismos llenar los vacíos que dejan las tímidas acciones estatales? Al menos en el tema de las migraciones, el debate está abierto.

La migración, precisamente, ha sido uno de los modos en que los centroamericanos han aprendido a infiltrarse por los entresijos, tratando de escapar de las muchas marginaciones a las que han sido confinados. La figura del centroamericano cruzando fronteras al margen de las leyes y políticas migratorias, encaramado en los trenes mexicanos en búsqueda de nuevos horizontes, atravesando ríos, parajes y desiertos, tiene una tremenda fuerza que desafía la ortodoxia académica. No por casualidad otras aproximaciones más flexibles, como la musical y la literaria, ya visualizaban esa fuerza desde hace varios años: los “tres



veces mojados”, a los que alude un corrido mexicano;<sup>47</sup> los “eternos indocumentados” del poeta revolucionario salvadoreño Roque Dalton.<sup>48</sup>

A través de las migraciones, muchos centroamericanos han logrado franquear los abismos que han separado históricamente a las nacionalidades, las clases sociales, las etnias, los géneros y cualquiera sean los inventos humanos para clasificar y diferenciar socialmente. Muchos otros no lo han logrado y han brincado de un hoyo para caer en otro, ante la imposibilidad de asirse a suelo firme, en un camino minado por los riesgos y los peligros. Ante la mirada social, que pocas veces es condescendiente, estos son los reincidentes, rezagados, inadaptados y los que se salen de la norma; en definitiva, son los fracasados, los ilegales hasta en sus propios países, los condenados a ser siempre refugiados o migrantes en un tránsito que parece congelarse en el tiempo y el espacio.

Los deportados centroamericanos –otro grupo altamente estigmatizado– llevan adosada a sus frentes la etiqueta del fracaso y de la sospecha. Nuevamente el arte y otros saberes han ido más allá que la academia. El film de Uli Stelzner, *Asalto al sueño* (2006), narra las vivencias de migrantes centroamericanos en el camino, entre ellos Noé, un salvadoreño que quedó rezagado en la frontera sur mexicana y que ha visto cómo sus expectativas de alcanzar el “sueño americano” se fueron desdibujando con el paso de los meses. En el 2008, un Noé venido a menos por la difícil experiencia migratoria, deambulaba barriendo las calles y limpiando los parabrisas de los carros en las cercanías del paso fronterizo de Talismán-El Carmen, entre México y Guatemala.

Las fracturas y aislamientos son muchos en Centroamérica. El mismo territorio y el uso de este por parte de sus habitantes parecen acusar los confinamientos. Las principales ciudades, donde se ha concentrado el poder político y económico, se hallan afincadas en los valles centrales, a penas

---

<sup>47</sup> “Tres veces mojado” es un corrido compuesto por el grupo mexicano de música norteña, Los Tigres del Norte y está dedicado a los migrantes indocumentados salvadoreños que deben cruzar tres ríos fronterizos para llegar a los Estados Unidos: el Paz, entre El Salvador y Guatemala; el Suchiate, entre Guatemala y México; y el Bravo, entre México y Estados Unidos.

<sup>48</sup> Ver, Dalton, Roque, “Poema de amor”, en *Historias prohibidas del Pulgarcito. No pronuncies mi nombre. Poesía completa III*, Dirección de Publicaciones e Impresos, San Salvador, 2008, p. 361. Yolocamba I Ta, grupo revolucionario salvadoreño articulado en las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), musicalizó el poema, en el marco del conflicto armado.

atravesando la franja costera que corre paralela al Océano Pacífico (Pinto, 1993: 9). Como bien apunta Facio (1965: 5), no hubo una planificación de por medio en la fundación de las principales villas y pueblos centroamericanos durante la Colonia, sino que más bien este hecho obedeció a “la voluntad o el capricho individuales de capitanes y tenientes (...), [quedando estas villas] desparramadas en los 800 kilómetros de longitud del Istmo, en mesetas y valles independientes, incomunicadas y largamente distantes unas de otras, trágica condición que se prolonga hasta nuestros días”. En las principales ciudades viven dos tercios de la población total centroamericana, atraídos por los centros dominantes, pero viviendo muchos de ellos en los cinturones de pobreza urbana. Salvo contadas excepciones, las poblaciones cercanas al Atlántico están virtualmente desvinculadas de los centros de poder, en pleno siglo XXI. A esta fragmentación regional, que recorre todo el Istmo centroamericano, le corresponden otras fracturas territoriales al interior de los países, incluso en los más pequeños, como El Salvador, donde las zonas norte (subiendo por una delgada cadena montañosa) y oriente (más allá de la rivera este del Río Lempa) han estado históricamente deslindadas del poder central concentrado en la capital, San Salvador. No es casual que los departamentos que registran los niveles más altos de pobreza extrema, en su orden, Ahuachapán, Morazán, Cabañas y Chalatenango, se encuentran en la periferia de este pequeño país, siendo fronterizos con Guatemala, el primero, y el resto con Honduras (PNUD, 2010: 388).

A la fragmentación territorial le sigue una fractura de orden ambiental. La concentración de la gente en determinadas regiones y la presión poblacional ejercida sobre el territorio han pronunciado el deterioro de los ecosistemas centroamericanos. La consecuencia de la desordenada gestión territorial y ambiental ha sido la exposición de la gente a situaciones de extrema vulnerabilidad ambiental, lo que incide en el cada vez más fuerte impacto de los desastres y problemas sociales asociados a lo ambiental, como la inseguridad alimentaria. Para citar de nuevo el caso paradigmático en Centroamérica, el 87% del territorio salvadoreño se halla en una situación de extrema vulnerabilidad a desastres y el 97% de su población se encuentra en constante riesgo, colocando a este pequeño

país como el más vulnerable en el mundo al impacto del cambio climático.<sup>49</sup> Los últimos desastres ocurridos en Centroamérica (el Huracán Mitch, en 1998; los terremotos en El Salvador, en 2001; la Tormenta Tropical Stan, en 2005) han causado un impacto considerable en las economías nacionales y han venido a agudizar las brechas sociales, dinamizando, incluso, los procesos migratorios.<sup>50</sup>

A las fragmentaciones territoriales y ambientales les corresponden otras de orden político, social y cultural. Volviendo al caso de El Salvador, puede sostenerse que, pese a la firma de los acuerdos de paz de 1992 en este país –acto que propiciaría el cese de las hostilidades armadas y pondría fin a la violencia política–, la sociedad salvadoreña sigue estando fracturada políticamente, no tanto por discrepancias ideológicas y la comprensión de lo político, sino por “la falta de una cultura de diálogo y consenso, y de espacios adecuados para desarrollar dicho consenso”, lo cual se ha vuelto el caldo de cultivo para los “altos niveles de conflictividad que afectan el compromiso ciudadano y el sentido de pertenencia a una misma comunidad con un proyecto común, factor que refuerza las tendencias migratorias” (Huezo, 2009: 31).

En lo tocante a lo social, aquella conflictividad se traduce, entre otras manifestaciones, en los altos índices de violencia que El Salvador comparte con sus pares centroamericanos del llamado Triángulo del Norte, que incluye también a Guatemala y Honduras, justamente los que aportan la mayor cuota de migrantes centroamericanos en situación irregular detenidos en México y Estados Unidos por las autoridades migratorias y devueltos a sus países de origen. La violencia, en sus diferentes manifestaciones, forma parte de la vida cotidiana de los salvadoreños, al punto de que se sostiene la existencia de una cultura de la violencia (Alvarenga,

---

<sup>49</sup> Ver, “La lluvia en el país más vulnerable del mundo”, *Cultura El Salvador.com. Revista cultural digital de El Salvador*, 24 de octubre de 2011: <http://culturaelsalvador.com/la-lluvia-en-el-pais-mas-vulnerable-del-mundo/>.

<sup>50</sup> Para poner en perspectiva migratoria estos eventos habría que traer a mención el impacto generado por el Huracán *Mitch* en el proceso migratorio hondureño, marcando un antes y un después en el volumen de los flujos hacia el norte del continente; por otro lado, la tormenta tropical *Stan* vino a modificar sustancialmente las rutas, los riesgos y las estrategias de los migrantes en situación irregular que se internan a México por su frontera sur con la intención de llegar a Estados Unidos; finalmente, al impacto de los terremotos de 2001 en El Salvador le siguió el otorgamiento de un nuevo Estatus de Protección Temporal (TPS) por parte del gobierno de los Estados Unidos para que ciudadanos de aquél país que ingresaron de manera indocumentada tuvieran una relativa – y sólo relativa— estabilidad laboral.

2006). A la par, hay quienes afirman que, dados ciertos patrones fácilmente observables, puede hablarse con propiedad de una cultura de las migraciones (PNUD, 2005).

Uno y otro fenómeno, la violencia, por un lado, y las migraciones, por otro, quizás no debieran aparecer juntos en un mismo análisis sobre el proceso centroamericano en México, pero, para el caso salvadoreño, como para casi todos los países de la región, la realidad nos obliga a hacer relaciones que pudieran parecer artificiales a primera vista. Digámoslo claramente: la violencia guarda una relación estrecha con las migraciones desde que ha fungido como un factor determinante a la hora de que la gente tome la decisión de emigrar.<sup>51</sup> Hoy los centroamericanos no sólo emigran debido a las crisis económicas y a la pobreza – las causas estructurales que tradicionalmente han primado en los análisis del proceso migratorio—, sino en respuesta a la entrada en sus vidas de diferentes manifestaciones de la violencia.

Entonces, la violencia y la inseguridad son, sin duda, factores detonantes de la emigración. La franja costera occidental de El Salvador, que recorre parte del territorio de los departamentos de Ahuachapán, Sonsonate y La Libertad, destaca en el ámbito nacional por concentrar a algunos de los municipios con mayores índices delictivos del país. De los poco más de 4 mil homicidios registrados por el

---

<sup>51</sup> No es la primera vez que se establece esta relación. A finales de los años setenta y durante los ochenta, a los conflictos político-militares en Guatemala, El Salvador y Nicaragua les siguió el desplazamiento masivo de contingentes poblacionales que huían de la violencia, que en ese contexto revistió el carácter de “política”. Años después, durante la primera mitad de la década del noventa, cuando los fusiles habían callado en Centroamérica, la deportación sistemática de pandilleros centroamericanos formados en la ciudad de Los Ángeles, en Estados Unidos, propició, en los países de origen, la proliferación de las “maras” o pandillas, cuya estructura ya se encontraba en una fase germinal, pero que fue tomando cuerpo a lo largo de los años y llegara a convertirse, junto con la narcoactividad y la delincuencia organizada, en uno de los tres grandes nichos delictivos en la región. (Ver, PNUD, *Informe sobre desarrollo humano para América Central 2009-2010. Abrir espacios a la seguridad ciudadana y el desarrollo humano*, PNUD, Costa Rica, 2009, p. 97). Para un análisis sobre el surgimiento y funcionamiento actual de las pandillas pueden consultarse los excelentes trabajos de cronistas y periodistas del periódico digital *El Faro* recogidos en la sección “Sala Negra” ([www.elfaro.net](http://www.elfaro.net)). En la actualidad, los deportados son casi sinónimo de criminales en Centroamérica, debido a la incidencia, no tan alta como lo hace parecer la vox populi, de centroamericanos deportados con antecedentes penales desde Estados Unidos.

Instituto de Medicina Legal (IML),<sup>52</sup> en los 14 departamentos del país durante el año 2010, más de la cuarta parte tuvo lugar sólo en aquellos tres departamentos. Si a esto le sumamos los cometidos en San Salvador, la capital, resulta un total de 2,484 asesinatos; esto quiere decir que más de la mitad de los homicidios registrados en todo el país durante ese año ocurrieron en estos cuatro departamentos. Estos otros números son alarmantes: Para ese mismo año, el departamento de Sonsonate acumuló una tasa de homicidios de 88.6 por cada 100 mil habitantes, seguido, precisamente, de La Libertad, con 80.9, y San Salvador, con una tasa de 78.3. Si tomamos estos datos de acuerdo al sexo, la tasa de homicidios aumenta considerablemente para los hombres, al pasar a 165.4 homicidios por cada 100 mil habitantes, en Sonsonate, y 144.2, en La Libertad. Es decir, la probabilidad de morir asesinados en estos departamentos es sumamente alta para los hombres, con tasas que sobrepasan con creces los índices mundiales. A nivel municipal, Sonsonate, la cabecera del departamento del mismo nombre, y Colón, en La Libertad, registran las tasas más altas de homicidios, de 137.1 y 134.3, por cada 100 mil habitantes. Les siguen Armenia, también en Sonsonate, con una tasa de 127.3 homicidios.

¿Por qué hacer referencia a estos municipios y departamentos en un estudio centrado en la migración de centroamericanos, especialmente salvadoreños, en dos localidades costeras chiapanecas? Pues bien, buena parte de los salvadoreños que residen en estas localidades mexicanas provienen de aquellos municipios y departamentos que, como hemos visto, registra altos índices de conflictividad social, misma que se ve reflejada en la cantidad de homicidios cometidos año con año y en la comisión de otros delitos, algunos relacionados con violencia al interior de los hogares. No es gratuito que estos inmigrantes provengan de sitios en donde las prácticas violentas parecen ser la norma, y terminen quedándose en lugares que también destacan por altos niveles de conflictividad social.

---

<sup>52</sup> El Instituto de Medicina Legal, dependencia de la Corte Suprema de Justicia de El Salvador (CSJ) y la Policía Nacional Civil, organismo del Ministerio de Seguridad Pública, son las entidades gubernamentales que deben cotejar sus estadísticas para fijar la postura oficial sobre las cifras de homicidios y otros hechos violentos ocurridos en El Salvador. No siempre se coincide en las cifras, debido a las metodologías de documentación e, insisten algunos sectores críticos, debido a criterios políticos.

En definitiva, las fracturas, que abren cismas en los países centroamericanos, también se incrustan en las experiencias migratorias de la gente, marcando sus propias trayectorias e itinerarios, dando origen a procesos igualmente fragmentados, inconclusos, suspendidos en el tiempo y el espacio, es decir, inacabados, rotos en su tejido interno. No es casual que las trayectorias consideradas aquí, de gente que ha emigrado en y desde las márgenes sociales (Capítulos V y VI), estén signadas también por las fragmentaciones. No es gratuito que la gente termine abandonando sus proyectos de arribar a la frontera norte y se quede en el camino, si atendemos a esta primera explicación que, no obstante su importancia, no debe ser considerada como la única.

## **Conclusión**

El esbozo de una perspectiva teórica desde la que se analice la migración centroamericana en el sur de México no debe perder de vista los elementos señalados, mismos que se sustentan no sólo por la evidencia empírica recabada en al menos dos localidades fronterizas (Puerto Madero y Tapachula), sino también en el debate teórico más amplio sobre las migraciones y sobre la teoría social. Lo que se ha querido sostener en estas líneas es, acaso, la posibilidad de un marco teórico para abordar las migraciones centroamericanas en el Soconusco, un esfuerzo que se quedaría corto sin tomar en cuenta aquella evidencia compilada en el campo y los análisis realizados tras el escritorio.

Dicho resumidamente, no se debe perder de vista que la migración es un proceso social entre otros, por lo cual no debe sustraerse de marcos muchos más amplios; en términos metodológicos, esto nos obliga a mirar a las trayectorias migratorias de la gente íntimamente ligadas a contextos de mayor alcance. Por otro lado, hemos dicho acá que la migración es una parte integral y esencial de los procesos de transformación social; debido a esto nuestro análisis debe estar imbricado en teoría social amplia, dentro de la cual la discusión estructura/agencia nos sirve como una especie de pivote desde donde comenzamos a lanzar algunas preguntas e intentamos responderlas.

Debemos reconocer, además, que la migración ocurre en un ámbito de posiciones contrapuestas, de tal modo que las dicotomías (nacional-extranjero,

legal-ilegal, control-permeabilidad) sean recursos que nos permitan visualizar la ambigüedad que lo define. Decir que las migraciones están mediadas por relaciones de poder implica reconocer desde las disputas que tienen lugar en los lugares de origen por el control de los espacios y medios de subsistencia hasta las negociaciones que ocurren en los sitios de destino por el acceso a determinados beneficios sociales, pasando por la asignación y adopción no cuestionada de los roles de género en los procesos migratorios.

Finalmente, hay que suscribir la idea según la cual las migraciones centroamericanas obedecen, en buena medida, a las múltiples rupturas y fracturas que definen el paisaje regional, en términos generales, y los paisajes nacionales, en particular. Esta noción es sumamente importante para ofrecer una posible explicación al por qué la gente sigue emigrando de Centroamérica. Pero no sólo eso. Quedarse allí nos daría una respuesta estática, estéril. Digamos en consecuencia que aquellas rupturas definen no sólo las causas, sino que siguen operando como elementos configuradores de la acción social de las personas migrantes durante su tránsito y/o estadía; en otras palabras, aquellas rupturas actúan como pesados lastres que amenazan con limitar, a cada momento, los márgenes de calculabilidad, la gama de opciones de las que disponen los migrantes para introducir una mejora en sus vidas. Romper ese círculo vicioso parece ser el gran reto de los tomadores de decisiones, agentes gubernamentales y activistas sociales, que intervienen a favor de las personas migrantes.

## CAPÍTULO III

### LOS IRES Y VENIRES CENTROAMERICANOS EN EL SOCONUSCO

“Los caminos no están inscritos, ni siquiera en potencia, en la geografía física. No existen pasos naturales que los hombres que ocupan un territorio vayan a terminar, tarde o temprano, por descubrir. Por el contrario, los caminos, como cualquier otro elemento de la vida social de los hombres, son el resultado de una larga construcción histórica en la que intervienen un gran número de generaciones.”

JUAN PEDRO VIQUEIRA, *Encrucijadas chiapanecas:  
Economía, religión e identidades.*

En las líneas siguientes se hace una breve caracterización del Soconusco como región que cobija una multiplicidad de flujos migratorios centroamericanos. Se presentan sucintamente los más importantes: trabajadores agrícolas y del servicio doméstico guatemaltecos; refugiados guatemaltecos; migrantes en tránsito; los “nuevos refugiados”; finalmente, los residentes fronterizos o inmigrantes centroamericanos en el sur de México. Se toma como punto de partida la cercanía geográfica, histórica, social y cultural de esta particular región chiapaneca con el conjunto de naciones que hoy componen Centroamérica. Finalmente, se ensaya una aproximación al papel de las mujeres en el conjunto de la migración centroamericana presente en esta región.

#### **El Soconusco, tránsito y destino**

El Soconusco, como otras regiones mexicanas, describe las múltiples facetas de la migración, como sitio de origen, tránsito, destino y retorno de migrantes. Chiapas y su región más meridional, el Soconusco, son emisoras de trabajadores migratorios hacia las zonas turísticas ubicadas en Quintana Roo y el occidente del



país (Jalisco, Nayarit), así como a otros estados ubicados en el centro y el norte.<sup>53</sup> Más recientemente, los chiapanecos se han aventurado más allá de la frontera norte mexicana.<sup>54</sup> Paralelamente, esta región se ha consolidado históricamente en un espacio por el que transita una cantidad insospechada de migrantes internacionales, además de ser el destino de muchos extranjeros, sobre todo centroamericanos. De hecho, localidades soconusquenses como Tapachula, Huixtla, Ciudad Hidalgo (Suchiate), Mazatán y Huehuetán, por mencionar las más importantes en esta región, se estarían convirtiendo, con mayor intensidad durante los últimos diez años, en una opción a considerar seriamente por la gente que emigra desde Centroamérica con la intención de llegar a los Estados Unidos y que, por muy diversas razones, termina abandonando su proyecto original.<sup>55</sup>

En buena medida, compone este último flujo la gente que se queda en el camino; un fenómeno hasta cierto punto paradójico, ya que los lugares que en su trayectoria serían únicamente de tránsito terminan convirtiéndose en sitios de destino, algo quizás no deseado ni imaginado por los mismos migrantes. Para que ocurra esto se necesita del concurso de diversos procesos sociales de los que muy poco sabemos, lo cual alienta la investigación social. Los migrantes que atraviesan la región o que llegan a ella con la intención de laborar por temporadas o residir definitivamente provienen de diversos países, pero dada la importancia cuantitativa y cualitativa de los flujos migratorios centroamericanos en la zona, en lo que sigue se acota la presencia de la gente originaria de Centroamérica.

Podríamos decir sin ambages que el Soconusco es la región más centroamericana del “estado más mexicano”. Nótese acá el juego intencional de

---

<sup>53</sup> Dos municipios soconusquenses, Tapachula y Suchiate, figuran entre los primeros diez municipios chiapanecos expulsores de trabajadores migratorios hacia Estados Unidos (Jáuregui y Ávila, 2007: 29).

<sup>54</sup> Sobre la reciente irrupción chiapaneca en el contexto de la migración mexicana hacia Estados Unidos se sostiene que esta se debe, en buena medida, a la experiencia migratoria interna de al menos dos siglos, a las condiciones de pobreza generadas por las políticas neoliberales y a la actual crisis rural que vive Chiapas, la cual se habría agudizado por el impacto causado por los desastres (por ejemplo, la tormenta tropical *Stan*, en el año 2005), el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, en 1994, y la crisis del café (Villafuerte y García, 2006 y 2008; Jáuregui y Ávila, 2007; Aquino, 2010).

<sup>55</sup> El reajuste de los planes migratorios durante el tránsito es algo que apenas ha comenzado a analizarse en el marco de los estudios sobre migración centroamericana en México (Fernández, 2006).

palabras: El gobierno del estado de Chiapas, presidido por Juan Sabines Guerrero (2006-2012), ha impulsado una campaña con motivo de la anexión de la entidad a la federación mexicana bajo el lema “Chiapas, el estado más mexicano”, campaña que ha sido utilizada también en la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y Centenario del inicio de la Revolución Mexicana, en el año 2010.<sup>56</sup> Resulta interesante cómo dicho gobierno ha sabido explotar su estratégica posición geopolítica. Por un lado, el gobernador ha acompañado la política que el gobierno federal de Felipe Calderón (2006-2012) ha impulsado en la entidad chiapaneca y en el conjunto de la nación; por otro, se ha ganado la simpatía de los gobiernos centroamericanos, con los que ha estrechado lazos de amistad.

El derrocado presidente de Honduras, José Manuel Zelaya, le impuso la Orden “José Cecilio del Valle”, en grado de Gran Cruz Placa de Plata en el 2008;<sup>57</sup> ese mismo año, el gobierno guatemalteco, presidido por el entonces presidente Álvaro Colom, lo nombró Embajador de la Paz, en un acto realizado en la fronteriza ciudad de Comitán;<sup>58</sup> finalmente, un año después, el gobierno salvadoreño hizo entrega, en la ciudad colonial de Chiapa de Corzo, de la Orden Nacional “José Matías Delgado” en el Grado Gran Cruz Placa de Plata, la máxima distinción que otorga El Salvador a los ciudadanos extranjeros. En este, como en los restantes reconocimientos, se mencionó “la destacada labor a favor de los migrantes que atraviesan este territorio”.<sup>59</sup>

La ubicación geográfica del Soconusco –como puente natural entre Chiapas y Centroamérica– y su trayectoria histórica, le da a esta región un cariz muy particular dentro del conjunto de las regiones chiapanecas. De ahí que no sea ninguna quimera aludir a la “vocación centroamericana” de Chiapas y de su región

---

<sup>56</sup> Esta campaña tiene como antecedente una constante reivindicación del espíritu chiapaneco a la federación mexicana. En 1964, Valentín Rincón Coutiño, miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, afirmaba con sobrado nacionalismo que “Chiapas siempre perteneció a México, y cuando no, estuvo ausente contra su voluntad, regresando a la Madre Patria mexicana en la primera oportunidad que tuvo a su alcance” (Rincón, 1964: 15).

<sup>57</sup> Ver, “Recibe Sabines la Orden José Cecilio del Valle en grado de Gran Cruz Placa de Plata”, *El Sol de México*, 22 de agosto de 2008: <http://www.oem.com.mx/esto/notas/n822836.htm>.

<sup>58</sup> Ver, “Nombra gobierno de Guatemala a Juan Sabines embajador de la paz”, *Agencia de Servicios Informativos de Chiapas*, 6 de diciembre de 2008: <http://www.asich.com/index.php?itemid=21426>.

<sup>59</sup> Ver, “Condecoran a Sabines por trato a migrantes”, *Milenio*, 28 de abril de 2009: <http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/8566753>.

más meridional (De Vos, 2002: 52). Este hecho autoriza también a afirmar que “la costa de El Soconusco es también, en cierta forma, parte de Centroamérica en tanto que desde tiempos prehispánicos es por ella que el mundo mesoamericano se extendía hasta los confines del territorio hoy panameño” (Alcalá, 1999: 130). Puede traerse a mención diversas razones (geográficas, territoriales, ambientales, históricas, lingüísticas, culturales, sociales y comerciales) en algún momento exploradas por diversos trabajos académicos, pero resulta pertinente aludir acá a un poderoso motivo: la presencia de la gente de Centroamérica.

En lo que sigue se abundará en algunos de los flujos de migrantes centroamericanos presentes en dicha región, pero de momento baste mencionar que el Soconusco, por su condición de frontera, es atravesado por migrantes en tránsito (ya sea por quienes se internan a dicha región con la intención de llegar a los Estados Unidos o quienes, en dirección contraria, son expulsados hacia sus países de origen por vía terrestre) y alberga a centroamericanos que llegan a esta región con la intención de residir y/o trabajar ya sea temporal como definitivamente. Para la gente de Centroamérica, pues, el Soconusco significa tanto una región de tránsito como de destino. Por otro lado, aunque esto no sea tan relevante para los centroamericanos, es la región desde donde se ejecuta su deportación luego de ser detenidos por la autoridad migratoria mexicana.

Apelando a viejas discusiones nacionalistas, habría que decir, una vez más, que esta sería la región “más centroamericana” del estado “más mexicano”. Argumentemos la primera parte de la afirmación y dejemos la segunda a criterio de los chiapanecos. Comencemos por aludir, de manera muy sucinta, a lo histórico. El Soconusco, en efecto, declaró su independencia tanto de Guatemala como de Chiapas en 1821 y quedó en una posición neutral –ni de México ni de Guatemala– desde 1825 hasta 1842, cuando se convirtió en la última región chiapaneca en anexarse, mediante la fuerza militar, a la nación mexicana. De Vos (2005: 17) escribe que “la salida de Chiapa y Soconusco, en 1824, de la confederación centroamericana y su entrada en la República mexicana fue, igual que en 1528, una decisión tomada por unos pocos en nombre de todos los demás”. Volvemos a insistir, pues, en la incidencia que han tenido las élites en los destinos que han tomado las antiguas provincias centroamericanas y su gente. Dicho proceso

histórico-político no estuvo exento de conflictos entre las dos naciones, México y Guatemala, que reclamaban como suya esta rica región; de ahí que el Soconusco haya sido también el último pretexto de las disputas territoriales en la región fronteriza.

Otro autor lo resume así:

“[El Soconusco] a la vez posee una identidad e importancia propias, en la medida en que, como zona de intensa actividad productiva, ha generado beneficios no sólo para algunos de sus habitantes, sino también con amplias derramas económicas para el estado de Chiapas y de generación de divisas para la economía nacional. Por otro lado, es la porción fronteriza en la que se han expresado con mayor intensidad las tensiones derivadas de los sentimientos de pertenencia y de las dificultades para la definición de los límites internacionales” (Castillo, 2002, p. 35).

Descontada la negociación que terminó con las disputas limítrofes –mas no con algunos resentimientos históricos, sobre todo del lado guatemalteco, ni mucho menos con la conflictividad social que, hoy por hoy, caracteriza a la región– hay que mirar a su gente, la misma que quedó al margen de las negociaciones y acuerdos tomados por unos pocos detrás de sus escritorios. La presencia en el Soconusco de la gente originaria del conjunto de naciones que hoy conforman Centroamérica<sup>60</sup> –la muestra más palpable de la “centroamericanización” de Chiapas– es anterior incluso a la formación de los estados nacionales en México y el Istmo centroamericano. Hay que traer a colación, por ejemplo, el poblamiento de

---

<sup>60</sup> Quizás sea ocioso precisar lo que se entiende hoy por “Centroamérica”, pero es pertinente hacerlo, debido al devenir histórico de esta particular “comunidad económico-política”, como se le llama en el *Protocolo de Tegucigalpa*, que dio origen en 1991 al Sistema de la Integración Centroamericana (SICA). Desde 1824, año en que también las élites chiapanecas decidieron anexionarse a México, queda constituida la “República Federal de Centro América”, formada por los nacientes estados de Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, que fue la última en adherirse. Hasta muy entrado el siglo XX, “Centroamérica” se equiparó al conjunto de esas cinco naciones, que en 1951 habían formado la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA). No obstante, en la actualidad, Belice y Panamá se incorporan a este conjunto regional, como miembros plenos del SICA. La actual “Centroamérica”, pues, está compuesta por estos siete estados y sus respectivos territorios y poblaciones.

grupos étnicos de raigambre maya que ahora se reparten entre México, Guatemala, Honduras y El Salvador.

Para referirnos a nacionalidades habría que decir que los guatemaltecos habrían sido los primeros en desplazarse masivamente a la región, aunque no los últimos, con el relativamente reciente incremento de los flujos de migrantes en tránsito de otras nacionalidades, que atraviesan esta región con la intención de llegar a los Estados Unidos. Si se parte de las cifras de extranjeros “asegurados”<sup>61</sup> anualmente por el Instituto Nacional de Migración de México, en la actualidad, el grueso de la presencia de centroamericanos en el Soconusco lo conforman precisamente los guatemaltecos, seguidos de los hondureños y salvadoreños y, muy de lejos, por los nicaragüenses. Buena parte de aquellos, no se sabe en qué magnitud, se han quedado a vivir en la región o transitan en sentido inverso, de norte a sur, en calidad de deportados, sumándose a los flujos de migrantes en tránsito hacia la frontera de México con Estados Unidos.

Se dispone de varias clasificaciones sobre los grupos migratorios de centroamericanos en México, basadas, fundamentalmente, en criterios legales, laborales, tiempo de permanencia y dirección de los flujos. Así, la *Encuesta sobre Migración en la Frontera Guatemala-México* distingue los flujos migratorios por direccionalidad (Sur-Norte y Norte-Sur), por motivo de cruce (laboral, comercial, familiar, turístico, entre otros), por condición migratoria de cruce (documentado e indocumentado) y por destino (México en sus diversas localidades y Estados Unidos). Otro especialista sobre el proceso migratorio centroamericano en México identifica, a finales de los años ochenta, cuatro flujos migratorios: a) residentes fronterizos y dispersos en el país, b) trabajadores agrícolas temporales y cotidianos, c) transmigrantes y d) refugiados dispersos y reconocidos. (Casillas, 1996: 5), una caracterización que, a más de 20 años, está sujeta de ser revisada. Finalmente, Rojas y Ángeles (2003: 15-17), proponen la siguiente clasificación para los

---

<sup>61</sup> El INM, dependencia mexicana encargada de gestionar los movimientos migratorios en el país, utiliza el término “aseguramiento” en lugar de “detención” o “captura”, para enfatizar que la migración irregular o indocumentada queda estipulada en la legislación vigente como una falta administrativa, mas no como un delito. “Aseguramiento” o “detención”, lo cierto es que para los centroamericanos no hay mucha diferencia, una realidad expresada mediante la frase “me agarró la migra mexicana”.

centroamericanos que utilizan el Soconusco como lugar de destino: a) trabajadores agrícolas guatemaltecos, b) trabajadoras del servicio doméstico, c) mujeres que trabajan en el comercio sexual, d) comerciales de diverso tipo, e) empleados en servicios y f) menores trabajadores.

Los primeros guatemaltecos presentes en el Soconusco habrían sido hombres y mujeres provenientes sobre todo de los departamentos de Quetzaltenango y San Marcos y de regiones próximas, que habían tejido fuertes lazos sociales, culturales y de parentesco con sus pares chiapanecos (INM *et al*, 2006: 18). Esa urdimbre fue tejida en el marco de una relación centenaria, basada en la libre circularidad de las poblaciones, misma que comenzó a ser modificada a finales del siglo XIX, en aras de los proyectos nacionalistas gestados sobre todo desde el lado mexicano, una de cuyas manifestaciones más visibles fue el establecimiento de la vida en frontera<sup>62</sup> ajena a dichas poblaciones. En efecto, en 1882 quedaban establecidos los límites entre las dos naciones, en virtud de los acuerdos llegados en el *Tratado sobre Límites entre México y Guatemala*, en cuyo artículo primero se lee que este último país “renuncia para siempre los derechos que juzga tener al territorio del Estado de Chiapas y su Distrito de Soconusco y, en consecuencia, considera dicho territorio como parte integrante de los Estados Unidos Mexicanos”.<sup>63</sup>

No obstante lo anterior, el intercambio entre los dos pueblos no mermó, sino que se intensificó debido a los acontecimientos que se dieron casi simultáneamente. Los guatemaltecos iban a trabajar más al Soconusco, con la irrupción de las fincas cafetaleras y la explotación del cacao en muchos de los municipios soconusquenses. En efecto, coincidiendo con las fechas en que se da el tratado fronterizo definitivo entre las dos naciones, los cafeticultores alemanes ya se habían desplazado desde Guatemala y habían establecido una decena de fincas en las zonas altas del Soconusco. Asimismo, las condiciones se daban en la región

---

<sup>62</sup> De más está decir que la “vida en frontera” no sólo presupone el establecimiento de mecanismos institucionales y legales (aduanas, funcionarios, seguridad, recursos, leyes, revisiones, controles, cordones fitosanitarios, etc.), sino la paulatina transferencia y asimilación de esos mecanismos en la sociedad, de modo que aquellos sean incorporados en los imaginarios colectivos e individuales.

<sup>63</sup> El tratado puede visualizarse en el siguiente vínculo:  
<http://portal.sre.gob.mx/cilasur/pdf/tratado1882mexguat.pdf>

chiapaneca para que, a inicios del siglo XX, se incrementara sustancialmente la demanda de mano de obra agrícola, lo cual se sumó a la turbulencia social y política del lado guatemalteco que derivó en la expropiación de tierras comunales a los indígenas para ser vendidas a los extranjeros, sobre todo europeos, a fin de que estos últimos las explotaran en cultivos como el café. Comenzó la emigración masiva de *trabajadores agrícolas guatemaltecos* hacia la próspera región chiapaneca, que se prolongó durante todo el siglo XX y que llega a ser imprescindible hasta nuestros días.

Pronto, la mano de obra guatemalteca desplazó a la chiapaneca que provenía de Los Altos y otras regiones (De Vos, 2005: 18; Rojas y Ángeles, 2003: 15, Jáuregui y Ávila, 2007: 3; Rus, 1995: 73). En 1978 había en Chiapas unos 32,000 jornaleros originarios de Guatemala; en 1982, en pleno genocidio que ocurría en muchas aldeas y poblados de este país centroamericano, la cifra se incrementó a 75,000. En la actualidad, la presencia de la mano de obra guatemalteca en el Soconusco y otras regiones chiapanecas como la Frailesca y Fronteriza es innegable. El INM, por ejemplo, expidió 30,080 Formas Migratorias de Trabajador Fronterizo (FMTF) en todo el año 2009, de las cuales se emitió 25,652 a guatemaltecos que ingresaron por los puntos de internación del Soconusco (Ciudad Hidalgo, 841; Talismán, 25,524; Unión Juárez, 87) para trabajar en labores fundamentalmente agrícolas.<sup>64</sup>

La anterior cifra, alta de por sí, denota una disminución con respecto a la emisión de las anteriores formas migratorias, como se aprecia en el **Cuadro 1**.<sup>65</sup> Esto podría tener múltiples explicaciones, como por ejemplo la disminución en la demanda de mano de obra que resultaría de la crisis experimentada por algunos cultivos desde la década pasada (el café, por ejemplo), consecuencia, a su vez, de los bajos precios en el mercado internacional y que, como hemos dicho arriba,

---

<sup>64</sup> La Forma Migratoria de Trabajador Fronterizo (FMTF) sustituye a la Forma Migratoria de Visitante Agrícola (FMVA), vigente desde 1997, y persigue documentar y ordenar los flujos de guatemaltecos y beliceños que pretenden desempeñarse como trabajadores fronterizos temporales en los estados de Chiapas, Tabasco, Campeche y Quintana Roo. El documento se comenzó a emitir en Ciudad Hidalgo en junio de 2009. En el poblado fronterizo de Talismán se ubica la llamada “Casa Roja”, instalaciones que albergan la oficina local del INM, que por años ha sido el lugar de ingreso y documentación de los jornaleros agrícolas guatemaltecos.

<sup>65</sup> En lo que sigue, los cuadros se encontrarán en los anexos, al final del texto.

también habría propiciado la emigración de chiapanecos hacia otros estados de la República y hacia Estados Unidos. Los datos actuales, como los anteriores, se refieren únicamente a los cruces legales y documentados, dejando por fuera todo un universo de ingresos irregulares o indocumentados, que se presume superan a los cruces legales; otra de las limitaciones de este registro es que los datos no se desglosan por sector laboral de ocupación, por lo que no podemos distinguir la cantidad de trabajadores documentados que se ocupan en labores no agrícolas, como el servicio doméstico, el comercio y la construcción, por ejemplo. El único desglose permite distinguir únicamente, como se aprecia en el **Cuadro 2**, el trabajo agrícola del no agrícola, sin desglosar este último.

La presencia de guatemaltecos en las fincas chiapanecas, así como su contratación en las mismas, es un proceso social de larga data que, dada su antigüedad, ha logrado institucionalizar ya una serie de prácticas y procedimientos. Estos procesos sociales, además de ser antiguos, tienen una clara dimensión transfronteriza, que involucra a actores (enganchadores, empleadores, intermediarios, funcionarios, autoridades, trabajadores y sus familias, miembros de organismos civiles) que se sitúan en los dos lados de la línea internacional que divide a México con Guatemala. La internación y contratación de jornaleros agrícolas de origen guatemalteco a las fincas de café y de otros cultivos a la entidad chiapaneca ha sido un proceso que llegó a consolidarse durante el siglo XX, hasta llegar a ser imprescindible actualmente.

Actualmente, la mayoría de los trabajadores agrícolas guatemaltecos provienen de los departamentos vecinos a la frontera y se dirigen a alguna de las fincas de Chiapas, sobre todo para el cultivo de café y de caña de azúcar. Durante la temporada de mayor movimiento del café, por ejemplo llegan en grupos, aglutinados según la finca hacia la que se dirigen. En su mayoría no llegan solos. Hay un contratista que se encarga de reclutar la mano de obra en las localidades guatemaltecas, hacer los trámites correspondientes ante las autoridades migratorias mexicanas y conducir a los jornaleros hasta las fincas. Dado que el intermediario es el que hace los trámites de ingreso de los trabajadores, estos tienen un conocimiento muy limitado sobre las formas migratorias que les extiende el INM y los derechos laborales de los que son titulares. Si uno se acerca a



conversar con los jornaleros, casi ninguno es capaz de dar cuenta de los nuevos procesos de documentación implementados por la autoridad migratoria mexicana. La mayoría de la gente sólo sabe identificar la finca a la que se dirige y la actividad que realizará.

Este proceso está muy lejos de la forma en que llegan los salvadoreños a Puerto Madero, dado que ha sido restringido a los ciudadanos guatemaltecos provenientes de algunos departamentos y a los ciudadanos beliceños. El resto de centroamericanos queda excluido de estos procedimientos, pese a que la dinámica laboral de todo el Soconusco y buena parte del estado de Chiapas incluye a centroamericanos de todas las nacionalidades. En términos comparativos, este procedimiento tiene sus desventajas para la gente. Por ejemplo, la figura del contratista termina siendo muy determinante en el comportamiento y actitudes de los jornaleros ante sus procesos migratorios; dado que es el contratista el que realiza todo los trámites, la gente se limita a dejar en manos de aquél todas las responsabilidades ante la autoridad migratoria y ante el patrón de la finca. En este sentido, la participación del contratista estaría incidiendo en la pasividad de los jornaleros. A esto se suman las precarias condiciones laborales en las que tiene lugar su estancia en Chiapas.<sup>66</sup> Por el contrario, puede observarse una posición mucho más activa en el resto de centroamericanos, ya sea en tránsito o viviendo temporal o definitivamente en alguna localidad de esta región o incluso entre otros guatemaltecos que se ocupan en otros sectores.

En el caso de la inserción laboral de salvadoreños, hondureños y nicaragüenses, pues, no suele haber intermediarios como los contratistas guatemaltecos, cuya participación es sancionada moral y legalmente por las autoridades mexicanas, los patrones de las fincas y los mismos jornaleros. Esto tiene grandes implicaciones en al menos el estatus migratoria de esas poblaciones, pues se trata de un grupo más susceptible de ser documentado con una forma migratoria y, por ende, ser un flujo más controlado por las autoridades mexicanas. La llegada de los centroamericanos de otras nacionalidades y su inserción en espacios laborales, por el contrario, es más informal. No podemos atrevernos a

---

<sup>66</sup> Ver, “Más de un centenar de jornaleros vive en situación insalubre”, *Diario del Sur*, 25 de febrero de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1533330.htm>

afirmar que no haya intermediarios. Seguramente sí los hay, pero estos operan de diferentes modos. Es común escuchar, por ejemplo, que los mismos dueños de cantinas y palapas restauranteras de Puerto Madero iban directamente a Centroamérica a reclutar salvadoreñas, hondureñas o nicaragüenses para emplearlas en sus negocios. Es sabido en estos rumbos que las mujeres de esos países son las más cotizadas y demandadas por los parroquianos que asisten a esos lugares. La situación pudiera sonar como si se hablara de mercancías, pero lo cierto es que en estos espacios de opacidad social las cosas se manejan así. En otra de las modalidades, es un paisano, amigo o pariente el que funge como intermediario informal. Lo cierto es que con intermediario formal o sin él, por la vía legal o al margen de esta, los centroamericanos llegan al Soconusco y una buena parte de ellos se insertan en el mercado laboral ocupándose en muy diversas actividades económicas. Para el caso de Puerto Madero, lo más fácil es que una mujer comience como mesera o cocinera en una palapa o restaurante y un hombre se inicie como triciclero. No se gana mucho así, pero ya es un comienzo.

El flujo de los trabajadores agrícolas guatemaltecos permite establecer algunas comparaciones. Aquél está compuesto fundamentalmente de trabajadores migrantes transfronterizos, que llegan a ocuparse temporalmente en las fincas de Chiapas. Su proceso migratorio es más ordenado en tanto es susceptible de caber dentro de la formalidad y dentro de los canales legales. Por el contrario, el flujo de salvadoreños y demás centroamericanos es más complejo e informal. Su llegada e inserción se da al margen de esos canales formales y legales.

Con todo, la llegada de familias guatemaltecas a las fincas del Soconusco – patrón que se repite en la actualidad y que, hemos dicho, se ha vuelto imprescindible para sostener la productividad en esas fincas— propició el surgimiento de otro grupo migratorio, distinto en cuanto a trayectoria laboral y destino, igual en lo tocante al origen nacional: las mujeres, adolescentes y niñas, que en principio acompañaban a sus padres y madres en las labores agrícolas y que paulatinamente se fueron dedicando a tareas domésticas, conformando el grupo que hoy se conoce como *trabajadoras del servicio doméstico*, en su mayoría jóvenes indígenas guatemaltecas originarias del departamento de San Marcos (Rojas y Ángeles, 2003: 16). El destino privilegiado por este grupo es todavía

Tapachula, la cabecera regional. Está por verse si San Marcos sigue siendo el principal lugar de origen, dado que, por ejemplo, en el caso de los jornaleros agrícolas, los orígenes se han diversificado durante los últimos años, dando mayor participación a otros departamentos como Cobán o Quiché.

Chiapas conoció otro flujo masivo de migrantes guatemaltecos: las 50 mil ó 60 mil personas que llegaron a la entidad en calidad de refugiados, huyendo de la represión militar generalizada en los departamentos de Huehuetenango, Petén, Quiché y Alta Verapaz (INM *et al*, 2006: 21). Este flujo no se estableció únicamente en el Soconusco, ni siquiera sólo en Chiapas, pero es imprescindible referirse a él, pues vino a contribuir al establecimiento de la vida transfronteriza que caracteriza a la región desde antaño. Unos 42 mil refugiados regresaron a sus comunidades de origen en Guatemala desde mediados de los ochenta; otros se quedaron al obtener la nacionalidad mexicana. En efecto, en 1996, luego de la firma de la paz en Guatemala, se dio el retorno desde Campeche y Quintana Roo y, en 1998, desde Chiapas (Kauffer, 2005a: 8). Pueden distinguirse dos procesos de retorno o repatriación: la primera, individual, “promovida en primer lugar desde 1984 por el gobierno guatemalteco y realizada en condiciones dudosas con respecto a los derechos humanos” y que se prolongó hasta 1999; la segunda, colectiva y organizada, que se dio entre 1993 y 1999 (Kauffer, 2005b: 192).

En todo caso, los lazos quedaron tendidos entre las gentes y lugares de destino y origen de la migración forzada (Kauffer, 2002: 215). El refugio guatemalteco en el sureste mexicano puede ser calificado como un “movimiento migratorio forzoso”, en tanto que no procede de una decisión voluntaria, pensada con anticipación, sino que constituye en muchos casos la única alternativa para salvar su vida” (Kauffer, 2002: 216). Añade otro autor que “el desplazamiento forzoso se convirtió literalmente en una estrategia de sobrevivencia” (Castillo, 2003: sin número de página). Más adelante tocaremos el punto de los que podemos llamar acá los “nuevos refugiados”.

La llegada de centroamericanos de otras nacionalidades es más reciente, en términos comparativos. Conocemos muy poco de esos otros flujos. Los primeros salvadoreños y hondureños habrían llegado a trabajar a las plantaciones tradicionales (café y cacao) y a los cultivos surgidos de la diversificación agrícola

que tuvo lugar en Chiapas, como el algodón, el plátano, la caña de azúcar, la papaya y el mango, cultivos que, exceptuando el primero, son todavía importantísimos en la región. Dicho flujo migratorio fue favorecido desde la segunda mitad del siglo XX, con la construcción en diversos tramos de la que en Guatemala se llama carretera del Pacífico y en El Salvador, del litoral (oficialmente, la CA-2, segunda en importancia en dichos países), que conecta directamente con la ciudad de Tapachula, cambia de nombre en Chiapas (Carretera 200) y se prolonga por el corredor del Soconusco y la Costa, que aquí hemos llamado el “camino costero”. Concomitante al crecimiento urbano de la ciudad de Tapachula, su desarrollo como centro regional y la conectividad con Centroamérica, creció la demanda de trabajadores ocupados en el sector terciario (sobre todo en el comercio y los servicios) y la construcción, diversificando así la trayectoria laboral y la composición nacional de los centroamericanos en el Soconusco.

El flujo significativo más reciente lo constituyen, sin duda, los migrantes en tránsito, que se internan irregularmente a México con la intención de llegar a los Estados Unidos. Como ya se apuntó arriba, los centroamericanos representan el flujo más importante de extranjeros en esas condiciones, a juzgar por las estadísticas de deportaciones ejecutadas por el INM durante los últimos años (Ver, **Cuadro 3**). Nótese cómo en 1999 los centroamericanos aportaron casi el 97% de todos los aseguramientos realizados por la autoridad migratoria; en el 2008, esa participación se mantuvo prácticamente intacta: 96.3%.

Los migrantes en tránsito utilizan los accesos del Soconusco como puerta y como puente, aunque han diversificado las rutas debido a los riesgos que presenta la región (Ver, en **Cuadro 4**, las principales rutas de entrada a México por la frontera sur). El resto de centroamericanos –costarricenses, beliceños y panameños— tienen una presencia nimia en las estadísticas de aseguramientos, por lo que no son considerados aquí,<sup>67</sup> aunque también ellos transitan por el territorio mexicano de manera irregular, al igual que los nacionales de Ecuador, Colombia, Brasil, Perú, Cuba y una cantidad desconocida de migrantes extracontinentales.

---

<sup>67</sup> Durante todo el 2009, el INM devolvió a sus países únicamente a 5 panameños, 18 costarricenses y 24 beliceños.

Sobre la convivencia entre mexicanos y centroamericanos en estos espacios de tránsito y residencia temporal/definitiva se abundará en el último capítulo de esta tesis. Sin embargo quepa decir aquí que dicha convivencia está mediada, entre otros elementos, por mecanismos de diferenciación social, entre los cuales los más determinantes parecen ser la nacionalidad, el género, la situación legal, la filiación étnica y la ocupación laboral, marcadores que inciden, a su vez, en el grado de vulnerabilidad que los últimos presenten. Además, mucho de lo que ocurre en la interacción cotidiana entre unos y otros dependerá también de que los centroamericanos sean migrantes en tránsito o residentes definitivos en alguna de las localidades de la región. Así, en términos generales, las poblaciones locales como los agentes de las instituciones estatales mexicanas suelen ser menos tolerantes con los migrantes en tránsito, a quienes –salvo las excepciones que tienen que ver con iniciativas muy concretas, tales como las prácticas solidarias de las organizaciones civiles y religiosas– se busca interceptar, sacar provecho o simplemente evitar, según sea la adscripción social de la persona mexicana. Este punto tiene que ver con lo que en el apartado anterior llamábamos, siguiendo a Casillas, “permeabilidad negativa”.

Es predecible que, por ejemplo, un agente federal de migración busque asegurar a un grupo de migrantes centroamericanos que logró avistar en un camino de extravío en Huixtla o que un triciclero en Ciudad Hidalgo busque cobrar unos pesos de más a una pareja de nicaragüenses que por su semblante denote no tener idea alguna del lugar por donde transita. Estas conductas parecen caber dentro de la “normalidad” que define a este espacio fronterizo. Sin embargo, es de justicia sostener que aunque se mantengan algunas constantes en las conductas esperadas por parte de aquellos actores, durante los últimos años se ha operado alguna modificación en las mismas. Una vez más, a modo de ejemplo, el mismo agente federal de migración tenderá a abstenerse de aprehender a los migrantes irregulares que se desplacen en un contingente apoyado por organizaciones civiles en una marcha cuyo objetivo sea visibilizar el tema de los desaparecidos en el camino. Seguramente, dicho agente, si no es que ha recibido ya órdenes de abstenerse, juzgará como políticamente incorrecto ejecutar el acto de aprehensión por lo que dejará proseguir a los migrantes.

Aún está por discutirse si este escenario de mayor permeabilidad sea específico sólo para el caso de Chiapas, donde se desarrollaron una serie de acciones estatales que fomentaban esa permeabilidad durante la última gubernatura (2006-2012), o puedan sostenerse generalizaciones mayores para el resto de la República mexicana. Con todo, aunque pueda haber muchas interpretaciones y posiciones al respecto, lo cierto es que mucha de la gente en el Soconusco (policías, agentes de migración, contratistas, prestadores de servicios, personas comunes y corrientes) sabe distinguir a un migrante en tránsito que descansa entre un grupo de gente que se pasea en el parque Miguel Hidalgo de Tapachula en día domingo.<sup>68</sup> Ello tiene que ver con sutiles mecanismos de percepción y auto-percepción.

Por lo contrario, suele haber mucha más receptividad hacia los flujos de centroamericanos que llegan a la región con la intención de radicar allí o que fueron abandonando paulatinamente su proyecto inicial de únicamente transitar por ella. Los migrantes en tránsito, en definitiva, parecen ser los principales portavoces de los que se quedan a vivir en la región: son ellos los que aparecen en los registros oficiales y en las notas periodísticas. En estas últimas, la nota predominante tiene que ver con una triste y penosa realidad para México como país de tránsito, pues sobre los centroamericanos recaen prácticas violentas que han llegado a institucionalizarse en distintos niveles del tejido social. Si se ingresa la frase “migrantes centroamericanos” en cualquier buscador de Internet de México se sorprendería el espectador sobre la cantidad de noticias relacionadas con abusos y agresiones cometidas en desmedro de la integridad física y moral de aquellos, muchos de los cuales han acabado con sus vidas. Esta es una paradoja que merece un renglón aparte y que por cuestiones de espacio no se incluye aquí.

Los solicitantes de refugio, un grupo específico de los migrantes centroamericanos en el Soconusco, merecen una atención especial, que va más allá de lo dicho en estas líneas. De momento sólo digamos que su importancia es capital, en tanto que es creciente la presencia de gente originaria de Centroamérica

---

<sup>68</sup> Un excelente análisis etnográfico sobre el parque central de Tapachula, el Miguel Hidalgo, como sitio clave de contratación de mano de obra migrante y centro de operaciones de las redes de tráfico y trata de personas se halla en Álvarez (2010).

que llega a México huyendo de situaciones en sus países de origen que comprometen su integridad física y moral. Este es un flujo silencioso que va creciendo en la frontera sur de este país, al que aquí podemos llamar tentativamente los *nuevos refugiados*. Al tradicional desplazamiento de grupos de centroamericanos que huían de las represiones militares durante los conflictos bélicos vigentes en los años ochenta (Véase lo dicho para el caso de los refugiados guatemaltecos reconocidos), lo ha venido a sustituir un nuevo éxodo: los que huyen de la violencia social y la inseguridad, una de cuyas manifestaciones más visibles son las maras o pandillas, una amenaza de carácter regional que afecta también a México. Los centroamericanos que huyen de las pandillas en sus países encuentran en territorio mexicano la seguridad que echaban de menos, incluso en la región fronteriza, donde se tiene evidencia que operan las maras y pandillas presentes en Centroamérica, como la MS-13 y el barrio 18.<sup>69</sup>

Solicitar la calidad de refugiado en México no es algo fácil e implica una constante derrama económica, así como desgaste emocional para los centroamericanos. Tapachula, por su ubicación geográfica, concentra a dos instituciones que trabajan estrechamente sobre este asunto particular: la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR), dependencia de la Secretaría de Gobernación, y una oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Los solicitantes de refugio acuden a la COMAR, con el apoyo

---

<sup>69</sup> En el capítulo II, al final, se ha hecho referencia a la problemática centroamericana, que explicaría mucho de estos flujos migratorios. ¿Por qué emigra la gente de Centroamérica? ¿Se esperaría una disminución de los flujos en el mediano o largo plazo? Digamos de momento que aunque la emigración tiene múltiples causas, durante los últimos años, las situaciones de violencia e inseguridad pública en Centroamérica han cobrado relevancia a la hora de explicar los motivos por los que la gente abandona sus países. Padilla (2010) ha documentado etnográficamente en San Salvador, la capital salvadoreña, el accionar de las pandillas e intentó un ejercicio similar en la ciudad de Tapachula, donde, asegura, la existencia de las maras ya no tiene mayor fundamento y donde no encontró “más que una pequeña pinta, al sur de la ciudad firmada por la MS-13, no así del Barrio 18” (2010: 189). Según este autor, las pandillas son un pasado remoto, una pesadilla de la cual los tapachultecos no quieren acordarse. No obstante lo anterior, resultaría insostenible esta apreciación al echar una mirada detenida a las constantes llegadas de víctimas y victimarios (algunos de ellos, pandilleros) a Tapachula y localidades vecinas, con el afán de pasar desapercibidos en el medio. Esto les resultaría relativamente fácil a los pandilleros si se toma en cuenta que han modificado algunos marcadores identitarios durante los últimos años y han dejado de tatuarse el cuerpo (marcador indiscutible hasta hace uno 10 años atrás), justamente para mimetizarse en una sociedad de la cual son marginados.

de alguna organización civil –como el Albergue Belén o el Centro de Derechos Humanos “Fray Matías de Córdova”–, alguno de los consulados centroamericanos acreditados en la ciudad o de manera individual. Son entrevistados y exponen detalladamente los motivos que aducen para abandonar su país de origen.

En lo fundamental, los solicitantes deben demostrar tener un temor fundado de que sus vidas peligran en sus países o, según sea el motivo de huida, fundamentar su caso. Casi nunca se reúnen las pruebas suficientes que, a criterio de un comité de elegibilidad, impliquen el reconocimiento de refugiado. Mientras tanto, los solicitantes, de acuerdo a algunos testimonios recabados en campo, ven alimentadas sus expectativas incluso por algunos funcionarios de la COMAR. A medida que pasa el tiempo, el entusiasmo disminuye y la desesperación entra en escena. Como se anotó líneas arriba, en lo absoluto se agota acá la discusión en torno a los solicitantes de refugio centroamericanos, sudamericanos y extracontinentales, que han incrementado su presencia en Tapachula y otras localidades vecinas durante los últimos años.

En definitiva, en el marco de esta investigación, estaríamos centrándonos, pues, en otro flujo específico que se desprende del proceso migratorio centroamericano en su conjunto. Este último es quizás el que menos se ha abordado en los estudios sobre migración, pese a su importancia en el contexto de la frontera sur mexicana y en el contexto centroamericano, preocupado más por los migrantes que llegaron a Estados Unidos. Puede seguirse sosteniendo que se mantiene la opacidad al respecto: sabemos muy poco de este flujo y hay más sombras que luces; hay, pues, más interrogantes que datos certeros sobre la vida cotidiana de los *residentes fronterizos centroamericanos* en Chiapas y Tabasco, por mencionar sólo dos de los estados mexicanos que limitan con Guatemala y en los que se presume habita la mayoría de la población originaria de Centroamérica en el sureste mexicano y en general en toda la República.<sup>70</sup>

---

<sup>70</sup> Esta apreciación no es antojadiza, si se toma en cuenta que Chiapas y Tabasco, este último en mayor medida desde el año 2005, son atravesados por innumerables rutas que facilitan la internación irregular de los transmigrantes indocumentados, muchos de los cuales se quedan en las localidades en las que transitan, dando vida a una intensa dinámica transfronteriza. Se sostiene que Tabasco ocupa un lugar relevante en el tránsito de los migrantes desde el año 2005, ya que la irrupción del huracán *Stan*, en octubre de ese año, vino a modificar radicalmente las rutas al



Si se hace un desglose por nacionalidades, la penumbra se hace más evidente. Salvo los estudios sobre las poblaciones de guatemaltecos que residen en la región fronteriza del Soconusco, en Chiapas, no hay investigaciones que se enfoquen en el proceso migratorio hondureño, salvadoreño o nicaragüense. En ese sentido, han sido pioneros los trabajos de Fernández (2012) sobre las dinámicas que vinculan a los inmigrantes hondureños en la ciudad de Tapachula con sus lugares de origen y de Madueño (2010), quien ha documentado cómo la variable de género ha sido un elemento estructurante en la inmigración de mujeres hondureñas en la localidad de Frontera Comalapa, en la Sierra de Chiapas. La deuda para los casos nicaragüense y salvadoreño está aún por saldar.

Precisamente, la región chiapaneca del Soconusco figura como una de las más importantes regiones de destino de aquellos migrantes. Este flujo particular, hemos querido mostrar en este apartado, encuentra su base en otros más antiguos, formados por centroamericanos que llegaron a trabajar a la frontera o que huían de los conflictos político-militares en sus países y que terminaron quedándose a vivir en la región. Así, el flujo de los residentes fronterizos es diverso en sí mismo, en cuanto a composición nacional y étnica, motivaciones para emigrar, situación legal y segmentación laboral. En términos específicos, pues, la presente investigación se ocupa de este último flujo, aunque transita a menudo las fronteras analíticas entre uno y otro, particularmente hacia el de los migrantes en tránsito.

Ahora bien, ¿cuál ha sido la situación de las mujeres en el concierto de la migración centroamericana presente en la región del Soconusco? ¿Cuál ha sido su papel? En lo que sigue se ensaya una caracterización de dos de los principales flujos de mujeres provenientes de Centroamérica, en la línea de lo que se ha venido argumentado hasta el momento: las migrantes en tránsito o transmigrantes y las residentes fronterizas o inmigrantes. Antes de ello se apuntan unas pocas líneas sobre los cambios registrados en los estudios sobre migración, en el sentido de distinguir los procesos migratorios de las mujeres. Y es que las mujeres constituyen casi la mitad de los migrantes en todo el mundo. Según las últimas estimaciones

---

devastar la infraestructura ferroviaria del Soconusco y la Costa de Chiapas, desplazando consecuentemente a los transmigrantes hacia el norte chiapaneco y hacia las localidades tabasqueñas fronterizas.

que pone a disposición la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), de los 214 millones de personas migrantes internacionales a nivel mundial, el 49% corresponde a mujeres.<sup>71</sup>

De acuerdo a la misma fuente, la balanza se inclina levemente hacia las mujeres, para el caso de América Latina y el Caribe (50.1%), donde aquellas, aparte de su cuantiosa y creciente participación en el fenómeno, han dejado de ser vistas como las esposas, las hermanas o las hijas que seguían a sus parientes hombres y son consideradas ahora como protagonistas de sus propias trayectorias migratorias.<sup>72</sup> La reunificación familiar o el mero acompañamiento a los hombres como motivaciones para emigrar han sido entonces desplazados en los más recientes análisis de la migración de las mujeres, que apuntan a una “feminización del fenómeno migratorio” (Fundación Arias, 2009: 7), con el reconocimiento del papel activo de las mujeres. Se habría dado, pues, un cambio de orden cuantitativo (en tanto las mujeres migran en iguales o superiores cifras que los hombres, dependiendo de las regiones geográficas) como cualitativo (en tanto las mujeres migran obedeciendo a distintas motivaciones, entre otros factores).

También, podríamos decir como consecuencia de lo anterior, ha habido un incipiente cambio de actitud entre los investigadores del fenómeno y los tomadores de decisión, en tanto que no sólo visibilizan a las mujeres, sino que también les reconocen autonomía frente a los hombres en decisiones, acciones y estrategias (Woo, 2001: 32). Pese a lo anterior, como desdeñando la autonomía y la importancia numérica que muestran las mujeres en los procesos migratorios, muchos estudios sobre migración aún tienden a invisibilizarlas. De hecho, desde los años sesenta del siglo pasado algunos sectores venían estimando que las mujeres migran en iguales proporciones que los hombres, sin que estas voces tuvieran mucho eco. Esa tendencia a invisibilizarlas se repite entre las instituciones

---

<sup>71</sup> Según la misma fuente, el 3.1% de la población total en el mundo está constituido por migrantes. Ver, “Hechos y cifras” de la migración internacional: <http://www.iom.int/jahia/Jahia/facts-and-figures/lang/es>.

<sup>72</sup> Siguiendo a Fernández (2009: 173), entiendo por “trayectoria migratoria” el proceso migratorio objetivo de cada persona migrante, desde que tomó la decisión de emigrar hasta que se encuentra en el lugar de destino, en este caso en la región del Soconusco, en Chiapas. Añado a lo anterior la reconstrucción que la persona migrante y el(la) investigador(a) hace de los procesos objetivos a través del relato.

estatales encargadas de gestionar la migración, en el marco de las cuales apenas se han dado pasos incipientes en esta necesaria diferenciación.

Para poner un caso, en México, uno de los principales países de tránsito de migrantes en el mundo, el Instituto Nacional de Migración sólo comenzó a hacer un desglose por género y grupos de edad desde el año 2008 y fue la delegación regional del estado de Chiapas –precisamente el estado mexicano que ocupa estas líneas– la que dio el primer paso, tras la insistencia de investigadores sociales y miembros de organizaciones civiles protectoras de los migrantes que demandaban datos desagregados para sus análisis y propuestas de políticas públicas. La insistencia respondía a la necesidad de visibilizar a dos de los grupos altamente vulnerables en la migración irregular: las mujeres, por un lado y, por otro, a los niños, niñas y adolescentes (en adelante, NNA).

Tomar en cuenta la diferenciación de género en la migración implica reconocer que hombres y mujeres presentarían motivaciones diferentes para emigrar, a la vez que experimentan de manera distinta la decisión, la forma de viajar, las rutas y los riesgos (Monzón, 2006: 10). Ser mujer, se ha venido insistiendo en los estudios de la migración en Chiapas, condiciona una trayectoria migratoria (Rivas, 2008: 96; 2011: 21). Si a ello le sumamos otros componentes identitarios y circunstanciales –extranjera, indígena, indocumentada, trabajadora sexual, etc.– las consecuencias en términos de una marcada diferenciación en cuanto trayectorias y experiencias migratorias suelen ser más que evidentes.

Así pues, las centroamericanas constituyen el flujo más importante de mujeres migrantes internacionales en la frontera sur de México. Importa aquí destacar, en primer lugar, los sitios por donde las mujeres transitan o residen. Según datos del INM, de un total de 88,955 eventos de expulsión y repatriación<sup>73</sup> de extranjeros a sus países de origen por la autoridad migratoria en el año 2008, el 60% ocurrieron desde las delegaciones regionales de Chiapas (38,254 eventos) y Tabasco (15,008 eventos), dato que muestra la importancia de estos estados en

---

<sup>73</sup> El INM les llama “eventos”, ya que una misma persona pudo haber sido detenida más de una vez en el año y devuelta a su país de origen, generando en la base de datos distintos eventos según la cantidad de veces que fue detenida. El dato global citado acá es la sumatoria de los eventos de expulsión más los eventos de repatriación que las autoridades mexicanas llaman, eufemísticamente, “voluntarios”.

tanto que son atravesados por muchas rutas migratorias, con lo cual se incrementa la probabilidad de que ocurra una detención. De hecho, ambos estados son atravesados por las dos grandes rutas utilizadas por los migrantes en situación irregular que persiguen arribar a Estados Unidos: en Chiapas, por la ruta costera del Pacífico, internándose por el Soconusco; en Tabasco, por la ruta del Golfo, entrando por la localidad de Tenosique, en donde pueden subirse al tren de carga y seguir esta ruta por el estado de Veracruz.

En segundo lugar, importa poner de relieve la participación de las mujeres en los flujos de migración irregular en tránsito y en la población extranjera residente en México. De los 37,305 eventos de repatriación de centroamericanos registrados en el 2008 en el estado de Chiapas, 8,152 correspondieron a mujeres, lo que representa el 21.8% de todos los eventos. En otras palabras, dos de cada diez eventos de repatriación –deportación– a sus países de origen desde Chiapas durante ese año correspondieron a mujeres. De aquel universo, se registraron 4,314 eventos de repatriación de menores de 18 años, correspondiendo 1,033 a niñas y adolescentes, es decir, el 24% del total de repatriaciones de menores de 18 años desde ese mismo estado de la república mexicana. Un año después, en el 2009, el INM registró 45,763 eventos de repatriación de centroamericanos desde toda la república, correspondiendo 38,857 eventos a hombres (es decir, 82.3%) y 6,906 a mujeres (con 17.7%).

Aunque hay muy pocos datos oficiales disponibles sobre la población centroamericana residente en Chiapas (o algún otro estado mexicano), alguna tendencia puede desprenderse de las cifras de extranjeros que viven con un documento migratorio y de los que decidieron regularizar su situación migratoria en México. Otra fuente pudiera ser el registro censal, pero este tiene sus limitaciones;<sup>74</sup> así, por ejemplo, el Censo de Población y Vivienda del año 2010 –el más actualizado en este país– se caracteriza por un impresionante subregistro de la población extranjera residente en México, que contrasta con observaciones

---

<sup>74</sup> En el apartado de migración internacional, el instrumento indaga más acerca de la emigración de mexicanos hacia el exterior, así como de la migración de retorno, no así sobre la inmigración extranjera, que las estadísticas oficiales en México nunca la han situado arriba del 1% de la población total del país.

hechas en el campo por cualquier investigador social. Por el momento, pues, acudamos a la primera fuente. El INM comenzó a publicar aquel registro a penas en el año 2009. Allí se detalla que un total de 2,713 solicitudes de regularización migratoria fueron resueltas favorablemente en toda la república, para que los extranjeros residieran legalmente en ella como inmigrantes,<sup>75</sup> destacando el estado de Chiapas, con 1,457 solicitudes favorables. El 74.6% del total de solicitudes en todo el país correspondieron a centroamericanos (con 2,024); de estas, 819 fueron de mujeres y 1,025 de hombres.

Sobre los centroamericanos que en el 2009 residían en México amparados a alguna forma migratoria vigente, el INM reporta un total de 24,145 personas, desglosadas así según la nacionalidad: 8,399 guatemaltecos; 4,910 hondureños; 4,789 salvadoreños; 2,219 nicaragüenses; 2,078 costarricenses; 1,290 panameños y 460 beliceños. De aquel total, 12,887 son mujeres (53.4%), 10,932 son hombres (45.3%) y 326 no especificaron (1.3%). Lo anterior nos sugiere una diferencia importante entre los flujos de migrantes en tránsito y los de residentes fronterizos e inmigrantes: es probable que las mujeres tiendan más a quedarse en México –entre otras razones por los riesgos– que los hombres. Este fenómeno encuentra un fuerte asidero en otra realidad sociocultural: en los lugares de tránsito y de destino de los migrantes centroamericanos, las poblaciones locales aceptan de más buena gana a las mujeres que a los hombres, sobre todo en sociedades machistas como la mexicana. De acuerdo a un estudio sobre percepciones elaborado en la ciudad de Tapachula, el 55% de los entrevistados (todos presuntamente tapachultecos) respondió que las mujeres son mejor aceptadas para integrarse a la sociedad local, frente a un 16% que dijo que los hombres y un 23% que respondió que ambos por igual (Insyde, 2008).

Los pocos datos de las organizaciones civiles locales no distan mucho de la tendencia arriba expuesta. La casa del migrante “Albergue Belén”, de Tapachula, la primera que encuentran los migrantes que se internan a México por esta región, registra la asistencia de 2,657 personas migrantes, casi todas de Centroamérica,

---

<sup>75</sup> “Inmigrante”, según la Ley General de Población, vigente hasta el año 2011 (año en que terminó la fase de trabajo de campo para esta tesis), es una categoría utilizada por la autoridad migratoria mexicana para designar a aquel extranjero que decida quedarse a residir legalmente en México.

durante los primeros seis meses de 2010.<sup>76</sup> Ello nos da un promedio mensual de 442 personas. Del total, nos dicen los responsables de la casa, únicamente el 10% correspondió a mujeres; es decir, cada mes, la asistencia de aquéllas en el albergue no llegó al medio centenar. La casa del migrante registra un dato interesante en cuanto a la composición por nacionalidades: se registra, durante la primera mitad de este año, un repunte en la asistencia de salvadoreños y guatemaltecos, en detrimento de la presencia de hondureños. De mantenerse esta tendencia, se estaría rompiendo con lo que ha ocurrido durante los últimos años, prácticamente desde finales de la década de los noventa, cuando los hondureños habían tenido una presencia creciente y constante en las estadísticas, sobre todo a partir del desastre provocado en este país por el Huracán *Mitch*, en 1998.

Lo que se observaba durante el primer semestre de 2010 era una presencia creciente de salvadoreños y guatemaltecos en el flujo centroamericano que cruza la frontera de México de manera irregular. Finalmente, la hoy ex cónsul de El Salvador en la localidad chiapaneca de Arriaga –punto desde donde abordan el tren los migrantes que atraviesan la ruta del Soconusco y la Costa de Chiapas—, Vilma Mendoza, aseguraba que únicamente alrededor del 6% de los migrantes que acudían a la agencia consular salvadoreña en esta localidad durante su gestión son mujeres.<sup>77</sup> La mayoría de ellas, ha sostenido Mendoza, viaja inmersa en las redes de guías y *polleros*,<sup>78</sup> que tienen contactos a lo largo de toda la ruta. La ex funcionaria ofrece una explicación sobre la baja afluencia de mujeres en los albergues y casas de migrantes: el traficante las esconde en hoteles y casas de seguridad y no les permite salir a los lugares públicos.

Esto implica que las estimaciones recabadas en los albergues, como las de las instituciones gubernamentales y otros organismos civiles, no necesariamente reflejan la magnitud del flujo de migrantes, sobre todo cuando son mujeres, sino

---

<sup>76</sup> Ver, Red de casas del migrante Scalabrini. Tapachula: <http://www.migrante.com.mx/Tapachula.htm>.

<sup>77</sup> Conversación informal. Acayucan, Veracruz, agosto de 2010.

<sup>78</sup> El traficante de personas (coyote, pollero, guía) incluso llevaría a sus clientes a los albergues o casas de migrantes, para abaratar los costos, pero se vería expuesto a la competencia o a perder su botín cuando el crimen organizado –que generalmente ha penetrado la seguridad de estos espacios— amenaza con arrebatarse el negocio.

que sólo nos dan un aproximado. En pocas palabras, no sabemos –ni sabremos nunca con exactitud– la magnitud de ese flujo, debido a su misma naturaleza: este, arropado por el anonimato, persigue pasar desapercibido; es más, como sostiene el investigador mexicano Rodolfo Casillas –uno de los primeros, junto con el guatemalteco Manuel Ángel Castillo, en estudiar el proceso migratorio centroamericano en México–, la discreción, la fugacidad y el anonimato son las principales cartas de presentación de los migrantes que atraviesan el territorio mexicano (Casillas, 2007). No está de más añadir a esta atinada apreciación que cuando de ser mujer transmigrante se trata, aquellos elementos se llevan al extremo. Con todo, es necesario avanzar en la construcción de un perfil de la mujer migrante centroamericana en Chiapas, en términos generales, y en el Soconusco, en particular.

Podemos convenir como punto de partida en que no existe un perfil único de la mujer migrante centroamericana. Hay tantos perfiles como posibilidades migratorias se abran en la compleja realidad por la que se define este proceso social. Aún así, para efectos analíticos, podemos apoyarnos en la distinción de los dos grandes flujos a los que nos hemos referido, con el ánimo de aproximarnos a algún perfil: las migrantes en tránsito y las residentes fronterizas o transfronterizas. En principio, la diferencia entre ambos flujos se define tanto por la temporalidad como por la territorialidad. Así, las migrantes en tránsito o transmigrantes tendrían el plan –sujeto a los avatares de la misma travesía y, como tal, pendiendo del hilo de lo contingente– de únicamente transitar por el territorio chiapaneco; ese tránsito puede demorar entre sólo un par de días o postergarse por semanas o incluso meses, sin que se abandone nunca la idea de cruzar el territorio mexicano y atravesar la frontera con Estados Unidos.

Ser transmigrante, para las autoridades migratorias, es únicamente el que persigue llegar a un tercer país, utilizando el territorio mexicano como puente; no hay consideraciones ni precisiones temporales. Sin embargo, el tránsito para la persona migrante misma implicaría estancias prolongadas en los sitios en los que únicamente había planeado transitar. Esta es la realidad que experimentan, por ejemplo, muchas mujeres centroamericanas que trabajan en el mundo de los bares

(meseras, ficheras,<sup>79</sup> bailarinas exóticas o trabajadoras sexuales) durante su travesía prolongada hacia Estados Unidos. En la costa de Chiapas, a lo largo de alrededor de 270 kilómetros, hay una serie de localidades entre Ciudad Hidalgo – extremo oriental– y Arriaga –extremo occidental. Muchas mujeres van trabajando de localidad en localidad, llegando a demorar semanas o meses en atravesar Chiapas, si es que no terminan abandonando el proyecto inicial y se quedan en alguno de estos sitios. Algunas mujeres incluso han iniciado su periplo en Guatemala, brincando de Escuintla, en la región suroriental de este país, a Mazatenango o a Tecún Umán, en el suroccidente.

Por otro lado, las residentes fronterizas son las que llegan a quedarse a residir permanentemente en las localidades cercanas a la línea internacional, aunque no es descartable que un migrante de este tipo retome un plan temporalmente abandonado de alcanzar la llamada frontera norte mexicana o que una transmigrante deje de serlo con el tiempo. Así las cosas, no siempre existe una línea suficientemente delimitada entre ser transmigrante y ser residente fronterizo o transfronterizo.<sup>80</sup> En ello reside el hecho de que no podamos cerrarnos ante la existencia de múltiples y variados perfiles de mujeres migrantes. Dicho esto, digamos un par de palabras sobre estos dos grandes flujos que, apuntémoslo por última vez, no pretender ser herméticos.

La mayoría de estudios, documentos, notas de prensa e informes gubernamentales y de organizaciones civiles se refieren al flujo de las migrantes en tránsito, uno de los que presentan mayores niveles de vulnerabilidad, misma “que está asociada a una construcción social de desigualdad y discriminación genérica, que enfrenta a las mujeres a un mayor número de riesgos en la migración” (Rojas y Ángeles, 2006: 65). Las transmigrantes, hemos dicho arriba, son las mujeres que se internan al territorio chiapaneco –por muy diversas rutas– con la intención de

---

<sup>79</sup> La fichera es la empleada en los bares y cantinas que recibe una ficha por cada bebida consumida en compañía del cliente, quien paga una cantidad considerablemente mayor a la del mercado por cada bebida. Al final de la jornada, la fichera canjea la cantidad de fichas acumuladas por dinero en efectivo, que viene a sumarse al pago diario y a las propinas recibidas (Zarco, 2009: 28).

<sup>80</sup> Lo “transfronterizo” alude a las dinámicas que tienen lugar a ambos lados de la frontera. Para este caso muy particular se refiere a las mujeres que cruzan cotidianamente la frontera para fines fundamentalmente laborales, comerciales o familiares, dado que sus redes sociales más significativas traspasan los límites internacionales.



transitar hacia el centro del país y, si esto fuera posible, hasta la frontera norte y los Estados Unidos. Transitar por México desde Tapachula, la primera ciudad mexicana viniendo de Guatemala por esta región, implica para un migrante centroamericano recorrer entre 2 mil, 300 (Reynosa, Tamaulipas) y 4 mil kilómetros (Tijuana, Baja California), dependiendo de la ruta seguida. Las transmigrantes utilizan las principales vías terrestres, siguiendo las carreteras; las más temerarias abordan los trenes de carga que las llevarán, por muchos tramos, hasta la frontera norte.

Dado que en el 2005 el Huracán *Stan* destruyó la red ferroviaria que atravesaba toda Chiapas por la costa, ahora el tren parte desde Arriaga, en el extremo occidental de la entidad, cerca de los límites con Oaxaca. Por ello, las transmigrantes deben desplazarse en unidades del transporte público, sobre todo autobuses y taxis o caminar por tramos hasta llegar a Arriaga y abordar el tren. Ya se ha dicho arriba que muchas mujeres hacen estancias escalonadas en distintas localidades a lo largo de la ruta, empleándose en actividades económicas informales, con el fin de ahorrar el dinero suficiente que les permita dar el siguiente paso. En el 2011 se estaba debatiendo en Chiapas un nuevo cambio en las rutas y estrategias de los migrantes, dado que se estaba ejecutando la reconstrucción de la red ferroviaria desde Ciudad Hidalgo, en la frontera con Guatemala, para volver a conectar todo la ruta costera chiapaneca con el Istmo de Tehuantepec, en los estados de Oaxaca y Veracruz.<sup>81</sup>

Otra posibilidad muy común es que aborden lanchas tiburonerías en algún puerto guatemalteco cercano a la frontera (el más utilizado es Ocosingo, en el departamento de San Marcos) y bordeen toda la costa chiapaneca hasta llegar a alguna playa oaxaqueña, exponiéndose a un naufragio.<sup>82</sup> Los riesgos son muchos en cualquiera de estas rutas, por lo que una de las características de las mujeres transmigrantes –ya lo hemos dicho– es la alta vulnerabilidad y las condiciones riesgosas en que viajan. Los principales riesgos a los que se ven expuestas es a la de

---

<sup>81</sup> Ver, “Avanza red ferroviaria en la Costa de Chiapas”, *Noticias de Chiapas*, 14 de enero de 2011: <http://www.noticiasdechiapas.com.mx/nota.php?id=12136>.

<sup>82</sup> Ver, “El puerto de la muerte”, *El Faro.net*, 05 de noviembre de 2007: [http://archivo.elfaro.net/secciones/Noticias/20071105/noticias10\\_20071105.asp](http://archivo.elfaro.net/secciones/Noticias/20071105/noticias10_20071105.asp).

ser agredidas sexualmente, sufrir un secuestro y caer en las redes de trata para fines de explotación sexual o laboral. Según estimaciones de defensores de migrantes en México, entre 6 y 8 de cada 10 mujeres centroamericanas han sufrido algún tipo de abuso sexual durante su tránsito.<sup>83</sup>

Pero, ¿quiénes son las migrantes en tránsito? Un estudio realizado entre mujeres aseguradas en la estación migratoria del Distrito Federal (Iztapalapa) en el año 2005,<sup>84</sup> nos muestra algunas características: la mayor parte son mujeres jóvenes y en edad reproductiva; muchas son madres, sobre todo solteras; casi todas se separaron de sus hijos al emigrar y los dejaron con abuelos; además, son el principal sustento –si no es que el único– en el hogar. En cuanto a la decisión, consigna ese informe, las mujeres centroamericanas emigran buscando salarios dignos y ofrecerles mejores condiciones de vida a sus hijos. Otros factores presentes tienen que ver con situaciones de violencia intrafamiliar y de inseguridad relacionadas con el accionar de las pandillas o maras. De hecho, ya lo hemos dicho hasta la saciedad, la búsqueda de seguridad es una de las motivaciones más poderosas y en creciente recurrencia entre los migrantes de Centroamérica, hombres y mujeres. La toma de la decisión de emigrar es autónoma, es decir, en su partida no tuvieron que negociar con sus parejas, si es que la hubiera, o con parientes cercanos; un aspecto que sí debe ser negociado –sobre todo con los abuelos, otros parientes e incluso amigos de confianza– es el cuidado de los hijos en su ausencia. La separación de estos, es natural pensar, constituye el momento más crítico de la puesta en marcha, razón por la cual muchas mujeres emigran a espaldas de sus hijos.<sup>85</sup>

Años antes, en 1999, cuatro organizaciones civiles mexicanas se unieron para entrevistar a 922 mujeres migrantes centroamericanas en Tapachula

---

<sup>83</sup> Ver, “La ruta de las que serán violadas”, *El País*, 11 de noviembre de 2011: [http://elpais.com/diario/2011/11/14/sociedad/1321225205\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2011/11/14/sociedad/1321225205_850215.html).

<sup>84</sup> Ver, “Mujeres migrantes en tránsito y detenidas en México”, en *Migration Information Source*, Octubre de 2007: <http://www.migrationinformation.org/feature/display.cfm?ID=648>.

<sup>85</sup> En el documental *Los niños y las niñas ante la migración* (Olga Chacón, El Salvador, 2010), Pamela, hija de una mujer migrante salvadoreña, narra cómo “a nosotros nos llevaron a un parque y ya cuando venimos ella [la madre] ya no estaba”.

(Chiapas), Tapanatepec (Oaxaca) y el Distrito Federal.<sup>86</sup> El estudio arrojó datos interesantes: 64.4% dijo tener hijos; 28% tenía entre 15 y 20 años y 25% entre los 21 y los 25; 72.2% emigró por razones económicas y únicamente el 9.1% salió de su país para reunirse con su pareja o familia. Este estudio estaría en consonancia con una apreciación de la CEPAL, organismo regional que sostiene que “aun cuando esta última categoría —la reunificación familiar— permitió explicar el ingreso de muchas mujeres a los Estados Unidos en el pasado, la movilidad femenina contemporánea está más directamente ligada a motivaciones laborales (CEPAL, 2006: 75).

Una investigación realizada a inicios de la década del 2000 en la región fronteriza entre México y Guatemala destaca la alta vulnerabilidad de las mujeres migrantes en tránsito a sufrir algún tipo de violencia sexual, quizás el riesgo más significativo al que se hallan expuestas:

“En estos contextos las mujeres migrantes indocumentadas son un grupo triplemente vulnerables por el hecho de ser mujer, ser migrante y ser indocumentada. Los migrantes en su trayecto migratorio se apoyan entre sí formando grupos ya desde su lugar de origen. Las mujeres migrantes se insertan en grupos móviles donde predominan los varones, los cuales representan hasta el 70% del total, esto las coloca en una situación de desigualdad ante el grupo predominante. La mujer migrante es vista como alguien que está disponible para tener relaciones sexuales, o que podría estar dispuesta a tenerlas como forma de facilitar su trayecto migratorio. Las redes de apoyo (guías, otros migrantes y población local) durante el viaje, no siempre actúan como protectoras, sino como un factor negativo al favorecer el sexo por compañerismo, sexo transaccional, el coaccionado o el de sobrevivencia, existiendo una verdadera subcultura del sexo entre los migrantes (...) Todo ello pone a las mujeres en situaciones de desventaja y en estas situaciones y vivencias destaca la escasa o nula

---

<sup>86</sup> El estudio, titulado, *Encuesta a mujeres en la migración*, fue realizado por el Albergue Juvenil del Desierto de Baja California, el Centro de Derechos Humanos Fray Matías de Córdova, de Tapachula, el Centro de Derechos Humanos Tepeyac, de Oaxaca, y Sin Fronteras IAP.

posibilidad que tienen las mujeres migrantes para negociar, al menos, el tener relaciones sexuales con protección” (Bronfman, *et al*, 2004: 372).

Hemos dicho antes que hay un flujo intenso, relativamente estable, de mujeres centroamericanas que emigran hacia las localidades fronterizas chiapanecas y se incorporan allí en diferentes actividades económicas. Se sabe desde hace un par de décadas el predominio de guatemaltecas en este flujo: se trataba no sólo de las mujeres refugiadas que llegaron con sus familias huyendo del conflicto armado en el vecino país, sino también de trabajadoras agrícolas –a quienes también se les ha considerado tradicionalmente como meras “acompañantes”– y también de trabajadoras en el servicio doméstico o trabajadoras del hogar. Tapachula sigue siendo el principal receptor de este último grupo, el de las trabajadoras del servicio doméstico, que puede situarse en lo que algunos autores han llamado las “cadenas globales de cuidados” (Herrera, 2005: 284). Además de este predominio en cuanto a la composición por nacionalidad, se ha impuesto en los estudios sobre migración internacional en Chiapas una especie de sesgo laboral y estructural: las migrantes son abordadas como sujetos –la mayor parte de las veces, sujetos pasivos– que responderían a las demandas de los mercados laborales en la región de destino y a la oferta de mano de obra en las comunidades de origen.

Pero quizás las cosas no sean del todo así. En primer lugar, lo que se observa en la región del Soconusco y otras regiones de Chiapas es una importante presencia de mujeres centroamericanas de otras nacionalidades, sobre todo hondureñas, salvadoreñas y nicaragüenses, que se han quedado a vivir en alguna localidad. En los relatos de algunos chiapanecos entrevistados en distintas localidades destaca que algunas de las primeras salvadoreñas y hondureñas que llegaron a quedarse habrían sido las trabajadoras que se ocuparon en el comercio sexual. Esta hipótesis la reforzaría el relativo esplendor que tuvieron las zonas de tolerancia durante los años ochenta en localidades soconusquenses como Puerto Madero y Ciudad Hidalgo.<sup>87</sup> En segundo lugar, hay que decir que quizás no todas se inserten en los

---

<sup>87</sup> En el caso de Puerto Madero, se logró documentar los casos de dos salvadoreñas que llegaron a finales de los años setenta precisamente a trabajar en “El Pijuyal”, la zona de tolerancia de la

mercados laborales formales, ni siquiera que hayan llegado a la región con la intención de buscar mejores empleos; tal vez no sólo residan la mayoría en situación migratoria irregular, sino que también estén “insertas” en sectores laborales informales, como las ventas ambulantes y varios tipos de comercio, entre ellos el de tipo sexual. El peso de lo laboral, de este modo, debiera ser relativizado.

Lo anterior nos obliga a ser más finos en el análisis y decir que dentro de las llamadas residentes fronterizas las hay, en primer lugar, quienes tuvieron como motivación inicial emigrar a estos lugares. Detrás de esta motivación hay, probablemente, un entramado de redes sociales que dan soporte a estos procesos. Por ejemplo, parientes, amigos o paisanos que ya residían allí y que no sólo las invitan a llegar a estas localidades, sino que las reciben y las apoyan para irse abriendo paso. El papel de las redes sociales en este contexto particular ya ha sido abordado en anteriores trabajos (Casillas, 1997; Rivas, 2008; Salazar, 2008; Fernández, 2010b). Algunas de estas mujeres permanecen en esta región por periodos cortos, lo cual les permite realizar viajes a sus lugares de origen.

También caben dentro de este flujo las mujeres que por muy diversos motivos abandonaron su proyecto inicial de únicamente transitar por esta región y terminaron quedándose en ella (Fernández, 2010a). Ellas no planearon llegar allí, pero una multiplicidad de elementos contingentes las orilló a quedarse. Acá pueden ser consideradas, por ejemplo, las mujeres que cayeron en alguna red de trata de personas para fines de explotación sexual o laboral; las mujeres que sufrieron algún accidente o percance que les imposibilitó física o psicológicamente continuar su viaje; las mujeres que fueron abandonadas por los polleros o guías; o simplemente las mujeres que se quedaron sin dinero en el camino. Como también decíamos antes, las posibilidades son muchas. Es de hacer notar que no pocas experiencias migratorias terminan teniendo un impacto tan fuerte en las mujeres, que despiertan algunos sentimientos (culpa, remordimiento, miedos, etc.) que les impiden regresar a sus países de origen.

Esta diferenciación al interior del flujo de las residentes fronterizas, como se ha podido notar, tiene un fuerte componente motivacional, que pretende partir

---

localidad, que tuvo su época de esplendor desde los años setenta hasta finales de los noventa del siglo pasado, coincidiendo con los mejores tiempos que registra la pesca de tiburón.

desde el punto de vista de la mujer migrante considerada como un agente activo, protagonista de su propio proceso migratorio. Obviamente, las decisiones de las mujeres (salir de su país, proseguir el viaje, quedarse, etcétera) tienen que ver con las posibilidades y los espacios abiertos en las sociedades de origen como en las de tránsito y de destino, esos resquicios que dejan las grandes estructuras aparentemente monolíticas.

### **Conclusión**

En definitiva, pues, la caracterización de los principales flujos de centroamericanos en el Soconusco, hombres y mujeres, nos permite evidenciar que el flujo de inmigración hacia esta región tiene como base los anteriores, es decir, no sólo se ve posibilitado por los mismos, sino reforzado y sostenido en el tiempo. En otras palabras, la inmigración a las localidades del Soconusco se hace posible no sólo por encontrarse esta región allí, al lado de Centroamérica –o, *de facto*, ser parte de ella, según los análisis más osados—, sino que por este mismo hecho, la región ha sido sitio de ires y venires centroamericanos, desde antaño.

Quedarse a vivir en Chiapas, concretamente en su región “más centroamericana”, obedece no sólo a decisiones individuales o a meros accidentes, sino a que hay un entramado social que sustenta este fenómeno y que se ha construido porque la migración en esta región fronteriza es parte de la “vida normal” de la gente. En consecuencia, la convivencia cotidiana entre mexicanos y centroamericanos es un hecho ineludible –indeseado para algunos— en la intensa vida transfronteriza que define estas localidades.

## CAPÍTULO IV

### PUERTO MADERO EN SU CONTEXTO FRONTERIZO

“Nadie habla de Soconusco. Los principales periódicos del país, vienen siempre sin una palabra de dicho Departamento (...) La nación no conoce esta tierra infeliz en que sus hijos nacen con la cadena al pié [sic], y el zapato de un tirano, no importa quien sea, en el cuello. Estamos tan lejos de los poderes que nuestros gritos se pierden allá en la distancia inmensa que se interpone entre México y Soconusco.”

CARLOS GRIS, *Sebastián Escobar y el Departamento de Soconusco. Estado de Chiapas. Apuntes para la historia.*<sup>88</sup>

A continuación se ensaya una caracterización de una localidad específica, Puerto Madero, a partir de su ubicación en la región del Soconusco, con el ánimo de ubicar territorialmente las dinámicas fronterizas prevalecientes en esta región. En el primer apartado se describen cuatro de los caminos soconusquenses que pasan por ser los más importantes de la zona, desde la óptica de los migrantes centroamericanos. La idea es leer el paisaje del Soconusco a partir de la movilidad de aquellos migrantes. En seguida, se describen algunas dinámicas locales que definen a Puerto Madero, un escenario social que posibilita el análisis de las localidades fronterizas en esta que es la primera región mexicana llegando desde el sur.

#### **Migrantes en ruta: Andando los caminos del Soconusco**<sup>89</sup>

---

<sup>88</sup> Rescaté este interesante documento original, publicado en 1885, en una feria del libro en San Cristóbal de Las Casas. El escrito es un reclamo desesperado del autor, quien se encuentra desterrado en el lado guatemalteco de la frontera, por encontrar eco a sus demandas en la justicia mexicana y denunciar el estado de anomia que, en su versión, caracteriza a todo el Soconusco.

<sup>89</sup> Quiero dejar constancia aquí que la figura de los caminos para describir la dinámica fronteriza y migratoria de la región del Soconusco y, por extensión, del estado de Chiapas, la retomo del excelente ensayo de Juan Pedro Viqueira (2002), “Ires y venires de los caminos de Chiapas”, pero,

Puerto Madero es una de esas localidades fronterizas del sur de México que la gente proveniente de Centroamérica ha hecho su hogar. Su ubicación en la región del Soconusco le da un carácter muy particular sobre el cual es pertinente decir algunas palabras. De entre las posibles maneras de realizar esta empresa se hace uso aquí de una que pretende mostrar la movilidad de los principales protagonistas de esta historia colectiva, los migrantes centroamericanos que atraviesan esta región, pero que también viven en ella.

Puerto Madero es la segunda localidad más poblada del municipio de Tapachula. Esta, a su vez, es la cabecera regional del Soconusco, una de las nueve regiones económicas de Chiapas.<sup>90</sup> El Soconusco limita al norte con las regiones Frailesca y Sierra; al este, con la República de Guatemala; al sur con el Océano Pacífico y al oeste con la región Istmo-Costa. La mayor parte de su territorio se afincó sobre una pequeña franja formada por una llanura costera, delimitada por la Sierra Madre de Chiapas, al norte, y el Océano Pacífico, al sur. Lo anterior facilita el papel que juega la región como corredor biológico y como corredor migratorio. El Soconusco se compone de dieciséis municipios: Acacoyagua, Acapetahua, Cacahoatán, Escuintla, Frontera Hidalgo, Huehuetán, Huixtla, Mapastepec, Mazatán, Metapa, Suchiate (Ciudad Hidalgo), Tapachula, Tuxtla Chico, Tuzantán, Unión Juárez y Villa Comaltitlán.

Tapachula figura como capital regional y una de las ciudades más importantes del estado en términos económicos. Por otro lado, Tapachula y su zona de influencia concentra buena parte de las instituciones gubernamentales que gestionan la migración, justo en una de las entradas de una nación que, como vecina de Estados Unidos, juega un rol fundamental como país de tránsito de migrantes internacionales. Como tal, la región es objeto de la aplicación de políticas de contención –no pocas veces rozando los principios más elementales de derechos humanos– de los flujos de migrantes internacionales que se internan a ella con el

---

sobre todo, de uno de los últimos dos libros que presentara en vida Jan de Vos: *Camino del Mayab. Cinco incursiones en el pasado de Chiapas*.

<sup>90</sup> Se ha mantenido aquí la regionalización del estado de Chiapas vigente hasta el año 2010, dado que es la utilizada por los estudios precedentes con los que dialoga la presente investigación, por un lado; por otro, la realización del trabajo de campo se hizo también en vigencia de aquella, previo a que en el 2011, el gobierno del estado introdujera una nueva regionalización.



objetivo de llegar a la frontera norte y cruzar hacia los Estados Unidos. Además, como en toda frontera, sobre la región recae con mayor intensidad el peso de las políticas del Estado que persiguen mantener a su gente dentro de los límites de la nacionalidad –la mexicana, en este caso– trayendo consigo fuertes presiones en términos de identidad nacional, en aras de distinguir al “nosotros” –los mexicanos– de los “otros” –los extranjeros—. Por más que haya políticas efímeras y fragmentadas de inclusión,<sup>91</sup> aquella es la política dominante, algo por demás crucial para el tema que nos ocupa.

La cabecera regional, Tapachula, es la ciudad más importante de la zona en términos demográficos, comerciales, políticos y administrativos. El Censo de Población y Vivienda del año 2000 registraba una población de 271,674 habitantes en este municipio, lo que representaba el 40.9% del Soconusco; según la misma fuente, el 72.1% de los tapachultecos vivía para ese año en cuatro localidades urbanas, siendo una de ellas Puerto Madero; mientras que el restante 27.9% de la población reside en 489 localidades rurales. El siguiente censo, el del 2010, reporta una población de 320,451 habitantes. Aunque el municipio describe una importante actividad agrícola, desde los años noventa se ha experimentado un repunte del sector terciario, sobre todo en el comercio y los servicios. La industria local es muy incipiente, siendo, pues, el sector terciario el que más pujanza ha descrito durante los últimos tres lustros. Aún así, el aporte del sector agrícola de la región en conjunto sigue siendo significativa: en el año 2000, el Instituto Nacional de Estadística y Geografía de México (INEGI) reportaba que el Soconusco dio un poco más del 35% del valor de la producción agrícola del estado de Chiapas, mientras que el café y el plátano aportaron el 52% del valor total de esos dos cultivos en el estado (Villafuerte, 2008: 163 y 166).

Huixtla es el segundo municipio más importante de la región y estos son algunos de sus indicadores: con una extensión territorial de 385 kilómetros cuadrados tiene sólo una localidad urbana y 256 rurales; el 55.7% de sus 48,476

---

<sup>91</sup> A guisa de ejemplo, el Instituto Nacional de Migración ha implementado desde el año 2006 programas anuales de regularización migratoria, que persiguen la documentación de extranjeros en todo el territorio nacional y la incorporación de aquéllos en el mercado laboral. Chiapas, de hecho, es de los estados de la República que más solicitudes procesa anualmente. El programa dejó de ejecutarse a mediados de 2011.

habitantes reportados por el INEGI en el año 2000 reside en la localidad urbana y el 44.3% en las localidades rurales. En el año 2010, el censo daba cuenta de 51,359 habitantes. Por otro lado, la agricultura es la principal actividad económica. Se produce maíz, frijol, ajonjolí, café, caña de azúcar, cacao, tabaco y plátano, cosechas en las que se emplean muchos extranjeros, sobre todo centroamericanos. Pese a que la región cuenta con dieciséis municipios, se han mencionado aquí sólo algunos datos de sus dos principales ciudades, para tener una idea de su composición demográfica y las actividades económicas formales en las que se ocupa la gente, entre ella los migrantes originarios de Centroamérica.

Se impone ahora una lectura del paisaje del Soconusco. En el caso de la región más meridional de México, los caminos más importantes para los centroamericanos parecen ser al menos cuatro: el que atraviesa toda la región, corriendo paralelo a la costa, desde la frontera con Guatemala, hasta el extremo oeste de Chiapas, cerca de los límites con Oaxaca; el que comunica la localidad de Huixtla con los valles centrales de Chiapas, atravesando la Sierra Madre, con dirección sur-norte; el que conecta la cabecera regional, Tapachula, con el puerto natural del Soconusco, Puerto Madero –rebautizado en tiempos recientes como Puerto Chiapas—, una de las más grandes apuestas para el comercio internacional chiapaneco; finalmente, el que conduce de Tapachula a Ciudad Hidalgo y que mueve buena parte del comercio entre México y Centroamérica. Andemos, pues, los caminos más importantes del Soconusco, como lo han hecho sus habitantes y sus visitantes más asiduos.

### *El camino costero*

El camino más importante del Soconusco ha existido desde mucho antes de la llegada de los españoles. En Mazatán, una de las localidades de esta región, fueron encontrados los restos más antiguos de la cultura campesina de Chiapas, los mokayas, que datan de unos 1,800 años antes de Cristo, es decir, con una antigüedad de alrededor de 3,000 años (Viqueira, 2002: 111). Otros vestigios aún más antiguos habían sido hallados cerca del actual municipio de Acapetahua (De Vos, 2001: 59-67). Siglos más tarde, el camino del Soconusco ya era una de las rutas más utilizadas para conectar el centro de México con las culturas

centroamericanas. Los chiapanecas, que se habían desplazado desde el altiplano mexicano, llegaron hasta la actual Nicaragua, pasando por el Soconusco, y habían regresado a lo que hoy le corresponde a Chiapas entre los años 500 y 600 después de Cristo. Le siguieron los pipiles que, partiendo del mismo sitio y atravesando Chiapas por la misma ruta, hacia el año 700 después de Cristo, llegaron a las costas de Guatemala y El Salvador para quedarse en este último país. Durante la época prehispánica, pues, el camino costero era una de las principales vías de comunicación mientras tuvieron vigencia las antiguas provincias de Chiapa y Soconusco (De Vos, 2010a: 27)

Hacia 1480, los aztecas habían hecho del Soconusco –antiguamente conocida como Xoconochco– su principal tributario de cacao. Luego de la conquista de la región en 1522, a manos de Pedro de Alvarado –el mismo conquistador que sojuzgó Guatemala e intentó hacerlo en el actual territorio de El Salvador, saliendo flechado por los indios de la comarca–, muchos de los pueblos vieron diezmada su población, pero subsistieron algunos que, durante la administración colonial, pasaron a ser cabeceras administrativas: Tuzantán, Tuxtla Chico y Escuintla entre los siglos XVII y XVIII. Tapachula ha sido la cabecera regional desde 1794 (Alcalá, 1999: 116). Es significativo que el principal camino del Soconusco atravesara o conectara los poblados más importantes de la región, como lo hace en la actualidad, tras la construcción de una carretera –la Panamericana– y la vía férrea, que desde el siglo XX son las principales vías de comunicación, que conectan o pasan cerca de localidades tan importantes como Tapachula, Huehuetán, Huixtla, Villa Comaltitlán, Escuintla y Mapastepec.

La carretera federal 200, nomenclatura oficial de la carretera costera, tiene una extensión de unos 295 kilómetros desde la frontera con Guatemala –partiendo de Talismán, en Tuxtla Chico– hasta los límites de Chiapas con Oaxaca, al inicio del Istmo de Tehuantepec. Al Soconusco, que conforma un rectángulo de no más de 150 kilómetros en su base por 50 en su altura, le corresponde más o menos la mitad de la longitud de esta carretera, en el tramo que atraviesa el estado de Chiapas. La carretera no partió del antiguo Ayutla –hoy, Tecún Umán, en el departamento de San Marcos, Guatemala– para coincidir plenamente con el antiguo camino costero, sino que se desplazó un tanto al norte, desde Tuxtla Chico –a cuya jurisdicción

pertenece la garita migratoria más importante del sureste mexicano en la actualidad, el Puerto Fronterizo Talismán.

Si en el siglo VIII después de Cristo fueron los pipiles los que atravesaron el camino costero para llegar a Centroamérica y cambiar la composición étnica de países como El Salvador, siglos después, en las postrimerías del siglo XX, los desplazamientos humanos masivos iban en dirección contraria, tras las crisis económicas y políticas que asolaron Centroamérica desde finales de los años setenta. Una década antes, en los años sesenta del siglo pasado, Tapachula y Puerto Madero, la principal localidad tapachulteca después de la cabecera municipal, eran capaces de absorber la mano de obra centroamericana –sobre todo guatemalteca y salvadoreña– que llegaba a las plantaciones de café, plátano y algodón, a la incipiente agroindustria que despuntaba para procesar aquellos cultivos y al comercio y construcción, en una época de expansión urbana que conformaría, con los años, un modelo regional centrado en la ciudad de Tapachula (Alcalá, 1999: 118). El flujo migratorio era relativamente estable e ingresaba por la puerta del camino costero para quedarse a trabajar en él.

Sin embargo, en la década del ochenta comienza el éxodo de guatemaltecos y salvadoreños que salían de sus países y llegaban al Soconusco no sólo para trabajar por temporadas la tierra chiapaneca y participar del pujante comercio y la construcción, sino porque, o bien peligraban sus vidas debido a persecuciones de orden político-militar, o bien porque la crisis económica que coincidió con conflictos armados en sus países hacían la vida insostenible en Centroamérica. Después les siguieron los hondureños, que desde finales de los años noventa han llegado en cantidades que aún desconocemos debido su inusitada magnitud. Paralelamente, llegaron los nicaragüenses, quienes habrían copado los espacios laborales en el destino tradicional, Costa Rica. Desde esa época, pues, los centroamericanos han tomado el camino costero no sólo para llegar a trabajar por temporadas en los poblados colindantes –cosa que siguen haciendo–, sino que, en mayor medida, para recorrerlo de palmo a palmo, bajo el inclemente sol si es necesario, persiguiendo su sueño en otras tierras situadas muy al norte de esta región. Muchos de ellos se han quedado en este camino no siguiendo una

planificación exhaustiva, sino en respuesta a los muchos estreñimientos que intervienen en sus procesos migratorios.

El paisaje del camino costero no quedaría completo sin considerar el tramo ferroviario que fue planificado desde finales del siglo XIX, bajo auspicios del político Matías Romero, quien ya visualizaba al Soconusco como una región estratégica para comunicar a México con el sur. Durante años, la construcción y las operaciones del ferrocarril contribuyeron no sólo a dinamizar la actividad económica de la región, sino a movilizar flujos de inmigrantes extranjeros, primero chinos y japoneses, luego centroamericanos, que recorrieron estos caminos o se quedaron en ellos. Hasta el año 2005, cuando la tormenta *Stan* cambiara, de súbito, esta realidad, al impactar la red ferroviaria de todo el Soconusco, las vías del tren jugaban un rol muy importante en las rutas utilizadas por los migrantes en tránsito. Muchos aún se guían por la delgada mancha de metal derruido que atraviesa rancherías y uno que otro pueblo entre Ciudad Hidalgo y Arriaga, en el otro extremo de Chiapas. Es probable que los planes de rehabilitar este tramo ferroviario traigan consigo una nueva redefinición de las rutas migratorias en Chiapas y reafirmen la importancia del camino costero.

### *El camino de la Sierra*

La mayor parte del Soconusco está formado por tierras bajas que no sobrepasan los 200 metros sobre el nivel del mar. Las ciudades más importantes y, por ende, la mayor parte de la población, se concentra en la delgada franja formada por la llanura costera. Veamos, de nuevo, las dos ciudades más importantes: Tapachula está situada a 160 msnm y Huixtla alcanza los 50 msnm. De esta última localidad, precisamente, parte el segundo camino, el de la sierra, que se interna por esta formación geológica que sirve como frontera natural del Soconusco en el norte. El camino de la sierra también ya existía en tiempos prehispánicos y comunicaba la costa chiapaneca con los valles interiores y la zona norte del estado. En la actualidad, una carretera de dos carriles es la principal vía de comunicación entre el Soconusco y la localidad serrana más importante, Motozintla que, a su vez, conduce a otras localidades como Comitán y San Cristóbal de Las Casas.

Debido a que se trata de una carretera con escasa vigilancia de agentes migratorios, la misma es utilizada por traficantes de personas que transportan a migrantes al interior de camiones y tráileres. Los migrantes viajan hacinados y se exponen a morir asfixiados en esas condiciones. La carretera es importante también porque, en muchos tramos, bordea la línea fronteriza que divide a Chiapas con Guatemala, siendo atravesada por decenas de jornaleros agrícolas que se internan a las fincas de café en las temporadas de corta del grano y que no pasan por las casetas de revisión formales, sino que simplemente ingresan a territorio mexicano cruzando la montaña por veredas y caminos rurales.

### *El camino del Puerto*

El camino pavimentado que conduce de Tapachula a Puerto Madero, de 29.5 kilómetros de longitud, fue inaugurado el 23 de noviembre de 1952, siendo Miguel Alemán presidente de México y Francisco Grajales gobernador del estado de Chiapas. Su importancia residía, desde su primer trazo, en que conectaba la que emergería como capital regional con su puerto natural, el antiguo poblado de San Benito –en la actualidad, el barrio más antiguo de la localidad portuaria—. Si bien ya existían planes de desarrollo para la localidad desde finales del siglo XIX, cuando por el puerto se sacaba la producción de café, no fue sino hacia la segunda mitad del siglo XX cuando se construyó la primera carretera moderna. Si en algo se han caracterizado aquellos planes ha sido su fugacidad y discontinuidad. Hacia 1973, cuando se iniciaron las obras de construcción de las instalaciones portuarias en lo que hoy se conoce como Puerto Chiapas, había habido unos cinco o seis intentos de convertir a Puerto Madero en un puerto de altura. Las obras fueron abandonadas por enésima vez. El proyecto no fue concluido sino hasta el año 2006 cuando, bajo la administración presidencial de Vicente Fox y la gubernatura de Pablo Salazar –quien dejó el poder con graves cuestionamientos hacia su ejercicio–, se inaugurara la nueva terminal de cruceros de Puerto Chiapas. Habían pasado 34 años desde el último intento.

Por el camino del Puerto ha pasado buena parte de la producción del café chiapaneco, ese rubro que enorgullece al estado. Por este camino, también, los tapachultecos buscaron durante décadas un espacio de esparcimiento. Puerto

Madero fue, durante años, el sitio preferido para vacacionar, hasta que la construcción de Las Escolleras, durante la década de los setenta, desvió las corrientes marinas que terminaron tragándose toda la franja de restaurantes y hoteles que cubría la playa. Hoy, esta franja está ocupada por enormes rocas extraídas del lecho marino; cerca de estas, algunas familias de bajos recursos han levantado sus hogares sobre las ruinas de lo que fuera un paraíso para quienes ya sólo cuentan historias. El camino del Puerto, hoy, está rodeado de plantaciones de mango y otros cultivos, donde se emplea una buena parte de la gente. A mitad de camino, entre Tapachula y Puerto Madero, está el aeropuerto local, que comunica por vía aérea a la región con el resto del país.

Como sitio de tránsito que es, Puerto Madero también ha recibido a miles de centroamericanos que llegan allí a descansar o a esperar envíos de dinero mientras reemprenden su viaje hacia Estados Unidos. Otros se han quedado a vivir allí haciéndolo su hogar. El camino del Puerto, pues, sigue siendo uno de los más importantes de la región, debido a los puntos estratégicos que conecta: la capital regional, el aeropuerto más importante de la región, el hospital de especialidades de mayor nivel en todo el estado de Chiapas y el puerto marítimo más importante de la entidad. A pesar de ello, la gente de Puerto Madero resiente el aislamiento de la que es objeto por parte de autoridades de los tres niveles de gobierno (municipal, estatal y federal).

### *El camino del Río*

Caminando desde el lado guatemalteco, tras cruzar el río Suchiate que, junto con el volcán Tacaná, constituyen los límites naturales por antonomasia en esta región, aparece como horizonte un territorio por atravesar y sale al encuentro una población, entre la cual hay que convivir y rehacer la vida. Es México, el tránsito o el destino. Situados en las riberas del Suchiate, es posible divisar hacia el norte el Tacaná y el Tajumulco, los dos macizos que dominan el paisaje natural y que han sido testigos mudos de un intercambio milenario entre las gentes provenientes de ambos lados de la ribera. El Suchiate, como el Usumacinta, unos kilómetros hacia el norte, han fungido como bordes naturales y, en torno a ellos, se ha gestado una vida particular entre todas las posibles: la “vida en frontera”.

A las espaldas, pisando suelo guatemalteco, la gente se confunde entre el tráfico de los triciclos, teniendo como fondo acústico los gritos de los cambistas, comerciantes y camareros que se arremolinan buscando clientela o llevando sus productos acá y allá. Unos, empero, tienen dificultades para confundirse, para pasar desapercibidos: son los migrantes que vienen de Centroamérica e intentan internarse a territorio mexicano sin documentos para llegar a Estados Unidos. A ellos, cuando vencen temporalmente el miedo y se atreven a preguntar sobre algún punto de cruce o sobre alguna localidad, los delata un acento y unos modos distintos.

Atrás ha quedado Tecún Umán, la última ciudad centroamericana antes de dar el salto. “Tecún” –como le llama la gente comúnmente– es una de esas ciudades fronterizas donde los migrantes encuentran de todo: desde una relativamente amplia oferta para hospedarse, comunicarse y recibir un envío de remesas, hasta los servicios de un traficante de personas. Y no es para menos. La localidad forma parte de una de las rutas migratorias más utilizadas para ingresar a México de manera legal o ilegal. Tecún, entonces, es parte importante en el espacio vivido por los centroamericanos que se internan a territorio mexicano. Está enclavado en el antiguo pueblo de Ayutla, que antes de la llegada de los españoles ya formaba una unidad político-administrativa con los poblados del otro lado del río, para cuyos habitantes el Suchiate no figuraba precisamente como frontera artificial.

El Suchiate, pues, es cosa aparte y merece sus propias líneas. El cauce no alcanzará una longitud de 200 metros en temporada lluviosa, cuando el caudal incrementa y los “camareros”<sup>92</sup> deban echar mano de sus fuerzas y astucia para transportar gente y mercancía en ambos sentidos. Para ingresar a México por este punto hay al menos dos opciones: el puente internacional o las cámaras. El puente soporta los cruces legales. A ambos lados está montada la infraestructura institucional que persigue ordenar y controlar los flujos de personas y mercancías. Policías, agentes migratorios, inspectores de aduanas, militares... todo un ejército de funcionarios gestiona los cruces legales, que son cuantificables. La

---

<sup>92</sup> Camareros son los operarios de las “cámaras” o balsas, sobre las que se transportan las personas y mercancías para cruzar el Río Suchiate.



infraestructura e instalaciones son contrastantes a ambos lados de la frontera. México ha invertido cuantiosas sumas para estos fines, mientras Guatemala hace lo que puede. A pocos metros hacia el norte, río arriba, se da el cruce ilegal, que es más factible y resulta más natural. Acá los cruces, en cambio, son incontables; rehúyen los controles oficiales. Basta con negociar el precio del traslado con el camarero para estar en el lado mexicano en unos pocos minutos, dependiendo de la fuerza con la que el agua escurra hacia el Pacífico. No resulta descabellado sostener que el cruce es más intenso acá que en el puente.

Del otro lado, el paisaje no es muy diferente. La hermana de Tecún es Ciudad Hidalgo, cabecera del municipio de Suchiate, en Chiapas. La gente que se baja de las cámaras escucha y observa lo mismo: gritos proferidos con un acento que resulta difícil de diferenciar; más camareros, cambistas, tricicleros y comerciantes. La misma dinámica, pero en distinto país. Estamos ya en el Soconusco, que se extiende, de sur a norte, entre la costa del Océano Pacífico y la Sierra Madre de Chiapas, formando una estrecha llanura costera rica en biodiversidad. Su posición geográfica facilita que la región sea un corredor natural aprovechado por las poblaciones en movimiento a lo largo de la historia. El Tacaná y el Suchiate sólo son el umbral, la puerta para entrar a este corredor.

La cabecera del municipio de Suchiate lleva el nombre de uno de los personajes que expresan la mexicanidad de este país: Miguel Hidalgo y Costilla, uno de los independentistas más venerados en la imaginación nacionalista mexicana. No es casual que la primera localidad cruzando el Suchiate, hasta donde llegan los límites de la nacionalidad, calce este nombre. Hidalgo, al igual que su hermana guatemalteca, Tecún, también ofrece una estructura montada sobre la migración. Allí se encuentra lo más necesario para continuar con el viaje: el transporte y, si los fondos lo permiten, un coyote o traficante de personas. Desde Ciudad Hidalgo parten microbuses –llamados localmente “combis”– y taxis que tienen como destino final la ciudad de Tapachula, la más importante de la región en términos políticos, económicos y sociales.

Hemos recorrido, pues, los caminos del Soconusco siguiendo los pasos de los centroamericanos, que llegan para atravesarlo o para quedarse a vivir en él. En este recorrido se ha descrito buena parte del paisaje de esta región, privilegiando la

mirada de aquéllos. Como espacio vivido, el Soconusco tiene muchos significados para los centroamericanos. Sus límites están marcados por formaciones naturales sobre las que se construyeron fronteras artificiales. Dentro de estos límites se describe una intensa vida en frontera, que en localidades como Puerto Madero encuentra su más lograda expresión. Ahora bien, ¿cuál es el soporte material de la vida cotidiana en Puerto Madero? ¿Cómo podemos describir a esta localidad fronteriza? Ensayemos una aproximación.

### **De San Benito a Puerto Chiapas, pasando por Puerto Madero**

Puerto Madero, conocido antiguamente como San Benito, es una localidad semiurbana situada en el extremo sureste de la costa del estado de Chiapas, a unos 40 kilómetros del límite internacional entre México y Guatemala. Se pobló a fines del siglo XIX y principios del XX con gente proveniente de municipios vecinos, de otros estados de la República –sobre todo de Oaxaca, Guerrero y Veracruz–, y una mínima parte de Guatemala y El Salvador (Alcalá, 1999: 220). Su nacimiento y un pequeño auge económico inicial estuvieron ligados a la producción del café, que despuntaba en Chiapas desde finales del siglo XIX, tras al desplazamiento de cafecultores alemanes provenientes de Guatemala. Hacia 1881 ya sobresalían las fincas Helvecia, Germani, Nueva Alemania, Hamburgo, Bremen, Lubeca, Hanover, Badenia y Eileben, todas de alemanes (Tovar, 2008: 116). Ante la ausencia de un ferrocarril y de caminos de importancia para trasladar la producción del aromático y exportarlo, lo más viable fue entonces buscar su salida por la vía marítima. Así fue como un pudiente productor español propietario de terrenos en la zona de San Benito cedió parte de su propiedad para construir, alrededor de 1905, un rudimentario embarcadero desde donde partían las lanchas cargadas de café, al encuentro de los barcos que esperaban alejados de la costa (Ortiz, 1993: 10; Ponce, 1985: 51).

Así fue creciendo el pueblo y, a lo largo de las décadas, diversificando sus actividades económicas. Durante años, la pesca se practicó únicamente para fines de subsistencia, debido a que su comercialización era aún incipiente, dada la ausencia de compradores e intermediarios. Lo que dio vida al pueblo durante sus primeros años, entonces, fueron las actividades relacionadas al transporte del café.

Desconocemos el volumen que pasó por San Benito durante sus primeros años de vida. La localidad no conoció otra época de esplendor económico sino hasta inicios de la década del setenta, cuando se “descubrió” la pesca del tiburón, que sigue siendo una de las principales actividades en la actualidad, pero que ha decaído desde los últimos quince años, dando lugar a otras actividades económicas alternativas. Aún así, buena parte de la dinámica laboral y el mantenimiento de un frágil tejido social pende actualmente de la pesca del escualo y de otras especies marinas.

A juicio de Viliulfo Pérez, uno de los pioneros porteños en la pesca del tiburón, la primera lancha artesanal que salió a capturar este producto en Puerto Madero fue la “Alondra I”, de don Enrique García, quien era veracruzano. La lancha tenía un pequeño motor fuera de borda. A penas a 18 kilómetros de la costa se hallaba el tiburón. En los inicios, los pescadores regresaban hasta con una tonelada de producto por jornada de pesca. Se pagaba a 60 centavos el kilo. Estamos hablando más o menos de 1975. En los siguientes tres años salieron unas tres o cuatro lanchas nuevas, propiedad de Donato Rivera y Paco Lagunes, entre otros, quienes también se cuentan entre los iniciadores de esta actividad (Ortiz, 1993).

Hacia entonces llegaban varios compradores desde Tapachula, Veracruz y la Ciudad de México. Así fue como llegó a Puerto Madero el oaxaqueño Manuel Valle, actual líder indiscutible en el ramo de la pesca. Valle era chofer de un camión propiedad de Chus Araujo, uno de los compradores más asiduos. Para esas fechas se tiraba la aleta del tiburón, pues los porteños desconocían su valor en el mercado. Valle se había dado cuenta que la aleta tenía un gran valor y comenzó a recoger la que tiraba toda la gente. Así, vendiendo aleta, fue como comenzó a crecer. Pronto ya no llegó como chofer, sino que llegó en su propio camión. El oaxaqueño comenzó a tener un ascenso en el mapa de poder de la localidad.

Viliulfo Pérez fue, de hecho, el presidente del primer grupo de pescadores de Puerto Madero. El grupo se llamó “Vasco de Gama” y lo formaron, además de su presidente, Javier Piñón, como vicepresidente; Otilio Cea, como secretario; y Roberto Cea, como tesorero. Fueron los primeros en introducir motores más potentes, comprados en la Ciudad de México. Un banco de la época les dio el

crédito con el que pudieron comprarse todo el equipo para pescar e incluso una camioneta. En ese entonces, asegura Viliulfo, el banco no ponía demasiadas trabas para conceder el crédito. El grupo sólo duró tres años, pues uno de los miembros comenzó a distanciarse y luego todos tomaron rumbos diferentes. Según Vilo, pues, la pesca del tiburón se comenzó a realizar como una actividad productiva desde mediados de los años setenta, llegando a convertirse en la más importante en la localidad, hasta principios de los años 2000. La Marina de México, asegura Vilo, no permitía salir a las mujeres a pescar, convirtiéndolo en una actividad eminentemente masculina. Sólo hubo una mujer, Teresa, la única en ocuparse como pescadora en toda la historia de Puerto Madero.

La localidad cuenta con 8,283 habitantes, la mayoría de los cuales reside en el casco urbano, según el II Censo de Población y Vivienda del año 2005. Cinco años después, el Censo de Población y Vivienda de 2010 reporta un total de 9,557 habitantes. La localidad describe una actividad económica muy intensa, que gira en torno a la pesca de diversas especies, entre las que destaca, como hemos dicho, la captura del tiburón, además de actividades comerciales, de turismo –sobre todo en periodos vacacionales–, de transporte y, en menor medida, de agricultura, sobre todo en el cultivo del mango y el plátano.

En cuanto a su posición geográfica, Puerto Madero se ha extendido a lo largo de unos 3 kilómetros, de forma paralela al Océano Pacífico, que es su límite sur; al norte, está limitado por un canal inter-costero, que tiene orígenes naturales, aunque ha sido modificado para facilitar la navegación por el mismo; al este, colinda con las instalaciones de Puerto Chiapas, el único recinto portuario de altura en el estado de Chiapas, mismo que cuenta con una terminal de cruceros, una terminal de carga y dos grandes procesadoras industriales de atún; finalmente, al oeste limita con variados cuerpos de aguas interiores y terrenos baldíos que, durante los años ochenta, estuvieron dedicados al cultivo del algodón y que son subutilizados en la actualidad. La localidad se encuentra a 1 metro sobre el nivel del mar, como promedio, y a una distancia no mayor a 700 metros de la costa, por lo que mantiene una temperatura cálida durante prácticamente todo el año. Las temperaturas bajan durante la madrugada. La temporada de lluvias se extiende

entre mayo y noviembre, registrándose las temperaturas más altas entre febrero y junio.

La situación ambiental de Puerto Madero no es nada halagadora. El acceso a la localidad, desplazándose desde Tapachula, ofrece un anticipo de que la disposición de los desechos sólidos es un problema que acarrea graves consecuencias para la salud de sus habitantes. Si nos situamos en el *Camino del Puerto*, justo antes de ingresar a la localidad por el puente San Benito, se ha formado al costado de la calzada un promontorio de basura, la mayor parte de desechos domésticos, aunque también se observan restos de electrodomésticos, de equipo de pesca y hasta cuerpos de animales en descomposición. La entrada anuncia ya al visitante que Puerto Madero no destaca por ser un lugar limpio. La aglomeración de basura también afecta la pampa de la Laguna de Cabildos, situada al noroeste de la localidad, un sitio en donde los pobladores cultivan el camarón y otras especies menores.<sup>93</sup>

Si se continúa desplazando, el observador notará, parado sobre el puente, cómo las aguas del canal inter-costero tampoco parecen muy limpias, un anuncio visible de que las aguas superficiales y subterráneas presentan altos niveles de contaminación. En seguida abundaremos al respecto. Pero antes digamos que hay un inadecuado tratamiento de los desechos sólidos domésticos e industriales, en la sección contigua al pueblo, que es Puerto Chiapas. Una de las prácticas que contribuyen a que disminuya la calidad de aire que respiran los porteños –otro de los problemas ambientales– es la quema de la basura. El visitante advertirá al caminar por las tardes en las calles de la localidad que estas lucen ahumadas, debido a que muchas familias queman simultáneamente sus desechos. La gente quema junto con las hojas secas de los árboles, las botellas de plástico de los refrescos o gaseosas (un producto muy consumido debido a las altas temperaturas) y desechos sólidos varios. Esta práctica, realizada unas tres veces por semana en cada hogar, obedece a que el servicio municipal del camión de la basura es sumamente deficiente. En noviembre y diciembre de 2009, por ejemplo, el camión llegaba desde Tapachula una vez por semana. A inicios de febrero de 2010, el

---

<sup>93</sup> Ver, “Mareños contaminan Laguna de Cabildos”, *Diario del Sur*, 18 de junio de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1676801.htm>

camión no había llegado una sola vez en lo que iba del año y, durante el resto, las llegadas fueron esporádicas. La gente asegura que no le queda de otra, ante la ausencia de medidas alternativas. Esto explicaría la aglomeración de basura a la entrada de la localidad y la práctica de la quema de la misma.

Las aguas superficiales y subterráneas tendrían altos niveles de contaminación, se ha dicho ya. Los cuerpos de agua se habrían comenzado a contaminar dada la recurrente exposición de los suelos a pesticidas lanzados cuando tuvo vigencia el cultivo del algodón, un problema que afecta a prácticamente todos los habitantes de la franja costera desde Nicaragua hasta Chiapas, pasando por El Salvador y Guatemala. Más recientemente, la zona industrial de Puerto Chiapas ha sido señalada como un agente contaminador de la bahía que sirve como límite entre el recinto portuario y Puerto Madero.<sup>94</sup> Tampoco el tratamiento de los desechos que genera la pesca artesanal se libraría de señalamientos, dadas las condiciones de insalubridad que prevalecen en los alrededores de las palapas tiburoneras y los embarcaderos de las lanchas, donde son lanzadas indiscriminadamente las vísceras del producto y otros desechos contaminantes. En suma, pues, la polución que padece Puerto Madero se torna evidente al observador tras echar una mirada a los promontorios de basura y a las aguas interiores y del mar. Demos un paso más en la descripción de la localidad.

Los principales sitios de referencia en Puerto Madero son (1) el parque, ubicado al centro, muy cerca de la playa; (2) Las Escolleras, al este; (3) el panteón y (4) la Playa San Benito, en el suroeste; (5) la Laguna de Cabildos, al noroeste; y (6) el canal inter-costero y (7) la salida a Tapachula, hacia el norte. Predomina en la localidad el área residencial, distribuida en nueve colonias: “Centro”, en el corazón de la localidad; “San Benito”, “Cabildos” y “Villa del Sol”, hacia el noroeste; “2 de Julio”, “Emiliano Zapata”, “Brisas del Mar”, “Islas Perdidas 2” y “Las Escolleras”, hacia el este, que ocupan alrededor 50 de las 70 manzanas del área urbanizada. El

---

<sup>94</sup> Ver, “Herdez, nueve años de contaminar Puerto Chiapas”, *Diario del Sur*, 30 de enero de 2007: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n153052.htm>; “Crece contaminación en Puerto Chiapas”, *Diario del Sur*, 3 de noviembre de 2009: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1388354.htm>

casco urbano antiguo está formado prácticamente sólo por las colonias San Benito y Centro.

La zona turística, formada por pequeños restaurantes y palapas, algunas de ellas con alberca, se extiende paralela a la línea costera sobre todo frente a la Playa San Benito, en el suroeste, y en la zona de Las Escolleras al sureste, donde se concentra la mayoría de los negocios. De este modo, la zona turística se sitúa hacia los dos extremos de la localidad. Los negocios que se hallaban al centro de la misma fueron alcanzados y destruidos por las corrientes marinas, que sufrieron modificaciones importantes desde que en los años setenta se comenzó a construir la zona portuaria y Las Escolleras, quedando unos pocos aún en funcionamiento.

La mayor parte de la actividad comercial se registra en el centro, en las cuadras cercanas a la avenida central, que es la principal vía de comunicación hacia Tapachula: allí está el mercado, los negocios de comidas, las tiendas más grandes, los sitios de donde salen los diferentes medios de transporte y algunos hoteles pequeños, entre otros. Finalmente, una zona sumamente importante es la de las palapas tiburonerías, que se encuentra al noreste, entre el canal inter-costero y el canal de navegación, que con sus 250 metros aproximados de longitud en su parte ancha constituye la frontera marítima entre Puerto Madero, el pueblo, y Puerto Chiapas, el recinto portuario gubernamental.

Merecen atención aparte los negocios conocidos localmente como “centros botaneros” o cantinas, extendidos por casi toda la localidad (8 en el casco urbano, alrededor de 10 en la orilla de la playa), en donde, en ausencia de una zona de tolerancia, se ofrecen algunas modalidades de comercio sexual y de distribución de drogas, imprimiéndole a Puerto Madero la negativa imagen que se tiene en toda la región, como lugar de proliferación de burdeles, bebidas alcohólicas, drogas y VIH/SIDA. Sólo en un área de unas cuatro cuadras a la redonda, en los alrededores de la torre de Telégrafos de México, se ubican seis cantinas dentro de las que las mujeres se ocupan al menos como meseras o ficheras: hay tres hacia el oeste, viniendo de la calle que conduce a Tapachula (“Los faroles”, “El chiapaneco” y “Angelita”); una hacia el norte, rumbo al canal (“Los cocos”); y otras dos hacia el sur, rumbo a la playa, una de las cuales se llama “Waldos”. En “El chiapaneco” las autoridades habían realizado un operativo a finales de 2010, logrando la acusación

contra dos personas por del delito de trata de personas.<sup>95</sup> La proliferación de cantinas en el centro de la localidad ha suscitado un debate en el que algunas voces reclaman que las autoridades municipales reabran el famoso “Pijuyal”, para concentrar de nuevo todos los negocios.<sup>96</sup>

Puerto Madero, se ha dicho arriba, es una de las principales localidades de Tapachula, después de la cabecera municipal. Como tal, depende administrativamente de la municipalidad tapachulteca, siendo la oficina de la delegación municipal el principal enlace entre la localidad y el gobierno del municipio. El titular es el delegado municipal. Allí se extienden, por ejemplo, las constancias de vecindad, se arreglan asuntos de propiedad y se resuelven cuestiones administrativas menores. En caso de conflicto entre vecinos, existe la figura del agente municipal, también dependiente de la sede municipal de Tapachula. La sede de la delegación y la agencia municipal –compartida por ambas dependencias– se encuentra frente al parque, en la zona más céntrica y que concentra la actividad pública más intensa en la localidad, en cuanto es sede de eventos sociales, políticos, religiosos, deportivos, culturales y de recreación. Las instalaciones son resguardadas durante el día por agentes de la policía municipal. Este es el principal despacho de gobierno en el pueblo. Contiguo a este se halla situada una pequeña oficina de correo.

En cuanto a funcionarios del gobierno del estado, únicamente se hallan presentes los de salud y educación. Puerto Madero cuenta sólo con una clínica pública de salud, recientemente inaugurada y que vino a sustituir una clínica que se encontraba en condiciones deplorables. La misma depende de la secretaría de salud del estado de Chiapas y cuenta, según información proporcionada por su director, con servicio de consulta médica y pequeñas emergencias, además de una planilla base de dos médicos e igual número de enfermeras y otros cinco médicos, cuatro enfermeras, una nutrióloga, un psicólogo, un odontólogo y tres técnicos laboratoristas con modalidad de contrato, es decir, que no tienen una permanencia

---

<sup>95</sup> Ver, “En Chiapas el combate frontal a la trata de personas es un hecho”, *El Heraldo de Chiapas*, 20 de septiembre de 2010: <http://www.oem.com.mx/elheraldodechiapas/notas/n1788056.htm>.

<sup>96</sup> Ver, “Piden sea reabierto ‘El Pijuyal’”, *Diario del Sur*, 20 de febrero de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1526718.htm>



constante en la misma. Los pacientes graves son remitidos al hospital regional de Tapachula, dependiente de la misma instancia gubernamental.

La oferta de salud local es completada con dos clínicas privadas: el consultorio de un médico pediatra particular –cuyos servicios difícilmente pueden ser costeados por la mayoría de la gente– y una clínica adscrita a la *Farmacia Similares*, que es muy frecuentada, por el bajo costo de la atención médica y los medicamentos. Este último establecimiento se encuentra cerca del centro. Según los registros, la mayor parte de padecimientos de la gente están relacionados con complicaciones respiratorias y gastrointestinales. Sin embargo, destacan algunos padecimientos especiales, como la alta incidencia de casos de rotavirus en la temporada de lluvias; algunos casos de desnutrición, de leve a moderada, entre niños menores de cinco años; y algunos casos reportados de obesidad e hipertensión, en gente adulta mayor de 25 años. Esos son los padecimientos que más se atiende en el consultorio privado, coincidiendo con los registros de la clínica de salud del gobierno del Estado.

La oferta educativa de Puerto Madero es la siguiente: en el nivel superior destaca una pequeña sede de la Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH), que ofrece la carrera de ingeniería en sistemas costeros, también dependiendo del gobierno del estado; en el nivel medio, aparecen el Colegio de Bachilleres de Chiapas, COBACH –una preparatoria recientemente abierta– y el Centro de Estudios Tecnológicos del Mar, CETMAR; en el nivel secundaria se cuenta con una escuela secundaria técnica, “la 72”; además de cuatro primarias y tres escuelas del nivel preescolar. Otras autoridades presentes son las federales Secretaría de Marina (que atiende la oficina de Capitanía de Puerto) y Secretaría de la Defensa Nacional, con sus respectivas instalaciones. Esto es lo relativo a la presencia de agentes estatales.

Con todo y lo anterior, la gente de Puerto Madero se siente abandonada por las autoridades municipales, estatales y federales. En el primer ámbito, por ejemplo, la localidad resiente la ausencia de algunos servicios municipales vitales como el de recolección de basura, que ya se ha mencionado, y la del control sanitario en los centros botaneros y cantinas; en cuanto a las autoridades estatales y federales, se resiente que las mismas hagan fuertes inversiones en las

instalaciones de Puerto Chiapas, pero estas no benefician ni directa ni indirectamente a Puerto Madero; por el contrario, algunas medidas decretadas por el gobierno estatal, como la puesta en vigor de sucesivas vedas precautorias ante el supuesto fenómeno de la marea roja son tomadas por los grupos de pescadores y extractores de ostión, langosta y otras especies marinas como un atentado a sus intereses económicos, en cuanto su sustento depende de la extracción de esas especies.<sup>97</sup> En suma, hay un descontento generalizado hacia las autoridades de los tres niveles de gobierno.

En lo que a comunicación y transporte se refiere, la localidad se conecta a la ciudad de Tapachula por una carretera de cuatro carriles, en muy buen estado. Se trata de la que en el apartado anterior llamamos *Camino del Puerto*, que tiene una longitud de 29.5 kilómetros. Sin embargo, las calles interiores, a excepción de la calle a Las Escolleras, que corre paralela a la costa, y unas pocas del casco urbano, no son pavimentadas, por lo cual presentan unas condiciones más bien precarias. Esta situación se agrava en temporada de lluvias, pues la mayoría se vuelve intransitable debido a que los suelos no alcanzan a filtrar el agua. Existe servicio público de pasajeros tanto al interior de la localidad como hacia el exterior.

En el interior, está disponible el servicio de taxis, conocidos localmente como “piratas” –dado que no tienen ningún permiso oficial para operar en el servicio de pasaje–, que hacen su recorrido entre la zona turística de Las Escolleras, el centro y el desvío a Playa Linda, a cinco kilómetros del casco urbano, siguiendo la carretera a Tapachula. Hay alrededor de 10 unidades disponibles, cobrando 10 pesos por corrida. Por otro lado, se encuentran los llamados “peseros”, camionetas tipo “pick up”, que circulan entre el centro y la zona turística de Las Escolleras, cobrando 5 pesos por el servicio; son utilizados sobre todo por personas que transportan producto pesquero que será comercializado en Tapachula u otra localidad, así como por las llamadas “fayuqueras”, que son vendedoras ambulantes.

Finalmente, la gente se transporta internamente en los “triciclos”, vehículos ecológicos pedaleados por una persona, aunque desde finales de 2010 ingresaron triciclos motorizados, a cuya operación se han opuesto los convencionales e incluso

---

<sup>97</sup> Ver, “Se estaciona marea roja frente a Puerto Madero”, *Diario del Sur*, 31 de mayo de 2009: <http://www.oem.com.mx/esto/notas/n1184408.htm>

otros transportistas, debido a la competencia desleal y las pérdidas que aquéllos les generan, originando un conflicto que ya había cumplido dos años en el 2012.<sup>98</sup> El triciclo es el principal medio de transporte interno, por su bajo costo (desde 5 pesos, dependiendo la distancia) y la facilidad de tener acceso a prácticamente toda la localidad, en temporada seca y lluviosa.

De acuerdo a entrevistas con tricicleros, se calcula que hay unos 800 vehículos ecológicos disponibles en toda la localidad. Ni los triciclos, ni los peseros o piratas contaban con permisos para circular con pasaje en el año 2010, por lo que su ordenamiento era una tarea pendiente. El primer triciclo que llegó a Puerto Madero se habría visto por 1990. Lo utilizaba un solo habitante de la localidad, quien lo destinó para transportar carga (sobre todo, leña) y a su familia. La gente de la localidad vio la utilidad del medio de transporte y así comenzaron a llegar más triciclos. Antes de la introducción de los triciclos, la gente usaba carretas de madera para llevar la leña y el pescado. Ya no se ven de estas en Puerto Madero.

El manejo del triciclo puede ser relevado o intercalado por otras ocupaciones, dependiendo de los ciclos agrícolas, la temporada de pesca o la oferta laboral disponible. Por ejemplo, en uno de los casos documentados en esta investigación, “Ezequiel”, un triciclero salvadoreño, trabajaba por las noches en una reparadora de llantas, negocios conocidos localmente como “talacheras”; además, los días domingos se ocupaba como mesero en una palapa restaurantera de la Playa San Benito, donde también laboraba su mujer. Ezequiel, pues, había diversificado sus ocupaciones. El caso del triciclero salvadoreño muestra también el peso de las jornadas laborales: el hombre, quien había estado a punto de desmayarse mientras tricicleaba en más de alguna ocasión, había abandonado su trabajo en la “talachera” debido a las extenuantes jornadas nocturnas y diurnas.<sup>99</sup>

El caso de Ezequiel no es el único en Puerto Madero y en otras localidades del Soconusco, donde el triciclo es el medio de transporte más popular, no tanto por los costos, sino por su versatilidad: el triciclero puede ingresar a casi cualquier

---

<sup>98</sup> Ver, “Transportistas bloquean la carretera a Las Escolleras”, en *Diario del Sur*, 26 de abril de 2012: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n2519792.htm>

<sup>99</sup> Ver, “Tricicleros se desmayan por altas temperaturas”, *Diario del Sur*, 9 de abril de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1589212.htm>

lugar, a diferencia de taxis, combis o peseros. Muchos tricicleros realizan jornadas diarias sumamente agotadoras, trabajo que se torna más difícil en las horas en que hace más calor. Lo complicado para ellos es que esos momentos coinciden con la salida de muchos estudiantes, potenciales clientes, por lo que se ven obligados a exponerse a las altas temperaturas para poder incrementar sus ingresos.

La diversificación laboral,<sup>100</sup> como lo ilustra el caso de Ezequiel, es muy común entre los tricicleros, pues para depender exclusivamente de esta ocupación se necesita tener buenas condiciones físicas, ser propietario del vehículo –o en su defecto, tener un acuerdo favorable con el propietario al que se le renta por día– y tener un poco de suerte. La suerte es un elemento muy mencionado: a veces se gana y, a menudo, no se obtienen los resultados esperados. Los mejores días para triciclear son los fines de semana (viernes, sábado y, a veces, domingo), cuando se incrementa relativamente la actividad turística. Durante los días entre semana, se aprovechan las horas de entrada y salida de los estudiantes.

Hacia afuera, Puerto Madero cuenta con el servicio de taxis, distribuidos en tres “sitios” (“San Benito”, “21 de Marzo” y “Tiburones”), cubriendo la ruta hacia Tapachula con un precio fijo de 15 pesos por persona en el año 2011. Cada taxi viaja con un máximo de cuatro pasajeros, aunque en muchos casos –sobre todo por las noches– rebasan su capacidad. Sólo el sitio “San Benito”, el más antiguo, cuenta con 24 unidades disponibles; se calcula que en total operan 80 taxis con permiso de las autoridades, más unas 20 unidades que circulan sin autorización. Por otro lado, hay unas 25 unidades de “combis” o microbuses, distribuidos en dos grupos, que realizan el mismo recorrido, pero con permisos para turismo y no para servicio de pasaje. El costo del servicio es de 13 pesos. Por último, existe un solo autobús que moviliza sobre todo a trabajadores que laboran en las instalaciones de Puerto Chiapas, llegando a este lugar, a Puerto Madero y a Tapachula. Es de hacer notar que son pocos los habitantes de la localidad que utilizan este servicio.

En cuanto a infraestructura de vivienda, existe una clara diferenciación entre el casco urbano antiguo (Colonia San Benito y Centro) y las colonias que han surgido durante las últimas dos décadas en el extremo sureste de la localidad. La

---

<sup>100</sup> Ver, “Pescadores ahora se meten de tricicleros”, *Diario del Sur*, 5 de diciembre de 2008: <http://www.oem.com.mx/laprensa/notas/n958601.htm>

mayor parte de las viviendas situadas en el casco urbano antiguo (conformado por unas 20 manzanas) están construidas con sistema mixto, es decir, con ladrillos o bloques de cemento; además, cuentan con piso firme de cemento o cerámica y techo de lámina de aluminio u otro material resistente. En el otro extremo, el tipo de vivienda predominante en la zona conocida localmente como “La Colonia” (Islas Perdidas 2, Brisas del Mar, 2 de Julio, Emiliano Zapata y Las Escolleras) es el de piso de tierra, paredes de bejucos y techo de palma, conocidas como palapas, aunque, como hemos dicho antes, estas se diferencian de las palapas destinadas a uso turístico (los restaurantes), pesquero (las tiburonerías) y las que resguardan algunos nichos del panteón. Se observan en toda la localidad muchas viviendas y negocios abandonados o a medio construir, lo cual es un indicador entre la gente de que Puerto Madero se encuentra en el abandono y que sus mismos habitantes emigran hacia otros lugares con mayor prosperidad, dejando sus propiedades.

La Colonia habría comenzado a poblarse masivamente hacia mediados de los ochenta, luego de quedar la tierra ociosa al mermar la producción de yuca y, luego, de algodón. La gente que vivía en el casco urbano de Puerto Madero, en general, tenía buenas relaciones con los que iban llegando, pues era gente trabajadora, la mayoría proveniente de Guatemala, por lo que el lugar fue conocido inicialmente como “Champeriquito”, en alusión a la localidad porteña guatemalteca de Champerico, en el departamento de San Marcos, vecino a Chiapas. En esa tanda llegó don Javier, el guatemalteco que aún prepara aceite de tiburón y tiene su tienda justo al lado de la palapa de Manuel Valle. Algunos salvadoreños también comenzaron a llegar para esas fechas y terminaron quedándose, al abandonar las plantaciones. Paralelamente, comenzó a crecer el número de cantinas y burdeles. Los dueños de estas iban a reclutar a sus trabajadoras hasta Guatemala o El Salvador. De hecho, muchas de las pobladoras de la naciente colonia fueron las trabajadoras de las cantinas.

Ubicada a 29 kilómetros de la cabecera municipal, Tapachula, y a sólo unos 40 kilómetros de la frontera entre México y Guatemala, Puerto Madero ha figurado como un lugar estratégico para algunos flujos migratorios centroamericanos que hallaron en el sitio una pequeña infraestructura de servicios y medios necesarios que soportan los procesos migratorios particulares. Así, por ejemplo, los lugareños

narran cómo la llegada de las primeras mujeres salvadoreñas y hondureñas estuvo ligada al esplendor que tuviera durante décadas el más famoso centro de tolerancia de toda la región, “El Pijuyal” y que contribuyó a forjar la imagen de Puerto Madero como el gran burdel del Soconusco. En esta zona de tolerancia predominaban las mujeres provenientes de El Salvador y Honduras, debido a que los clientes las preferían de esos países, por sobre las mexicanas y las guatemaltecas.

Hoy, “El Pijuyal” no es más que un montón de paredes carcomidas por la sal marina, formando una especie de barrio fantasma en el extremo oeste de Puerto Madero. Pero en sus mejores épocas, el sitio fue el principal lugar de diversión de muchos jóvenes y adultos porteños, tapachultecos, de otros municipios del Soconusco e incluso de otras regiones de Chiapas. No faltan los relatos de hombres, hoy adultos, que narran sus rituales de iniciación sexual con una bailarina salvadoreña u hondureña. La actividad de la zona de tolerancia estaba estrechamente ligada al ciclo de la pesca del tiburón, dado que muchos de los clientes asiduos eran pescadores. Así, entre septiembre y marzo, los bares trabajaban a toda su capacidad, mientras disminuían su actividad en los siguientes meses, coincidiendo con la veda al tiburón, permitiendo que muchas mujeres incluso regresaran a pasar temporadas a sus países. Muchas de las mujeres que se quedaron, ya entradas en años, lograron casarse con mexicanos, han tenido hijos y obtuvieron papeles mexicanos, apócrifos la mayoría. Este es un fenómeno que localmente se conoce entre los hombres como “sacar a la mujer de la cantina o del bar”, para casarse con ella y formar una familia. El mismo va asociado a la imagen que se tiene de la “mujer de bar”, que es aquella que se iría a vivir con el primero que le hiciera una oferta tentadora, una imagen a todas luces cargada con los estereotipos que se tiene de la mujer centroamericana en esta región.

Puerto Madero sigue siendo el destino temporal o definitivo de centroamericanas que se emplean como trabajadoras del comercio sexual, mismo que desempeñan en las cantinas o bares que se han mencionado arriba. Pero es probable que este flujo haya disminuido desde que “El Pijuyal” entrara en decadencia y fuera abandonado desde hace una década por sus dueños. Es interesante que pese a que allí ya no se registra actividad y, por el contrario, se haya experimentado la proliferación de burdeles por todo Puerto Madero, el Reglamento

Municipal de Sanidad de Tapachula, correspondiente a la administración 2005-2007, todavía considere en su Capítulo Noveno a “El Pijuyal” como la zona de tolerancia de la localidad. Es probable también que parte de los flujos de mujeres empleadas en esos negocios se haya desplazado hacia otras localidades de la región, como Ciudad Hidalgo, Tapachula y Huixtla, que ahora figuran como conocidos centros en donde se ejerce el comercio sexual con mucha intensidad.

Muchas centroamericanas también se ocupan en los restaurantes o palapas, como meseras o cocineras, aunque, para la gente local, se ubican siempre en la categoría de “mujer de bar”. No obstante, ellas mismas establecen los límites entre ser una trabajadora sexual, ser bailarina o fichera (cuya frontera con la prostitución no siempre está bien dibujada) o ser mesera o cocinera. Es de hacer notar que estos son los empleos más inmediatos para las recién llegadas, en tanto los empleadores no requieren mayores requisitos ni mano de obra calificada para la contratación, dando paso a situaciones laborales sumamente precarias. Muchos de los dueños de palapas y restaurantes que ofrecen sus servicios en Puerto Madero se alimentan de esta mano de obra barata y poco calificada.

Otras opciones para las mujeres locales y extranjeras son el trabajo en algún otro local comercial (tortillerías, tiendas, ventas informales, etc.), el trabajo en las plantaciones de mango o en las procesadoras de atún situadas en Puerto Chiapas. El salario promedio en todos estos espacios es de unos 500 pesos (45 dólares) semanales. Por otro lado, hay espacios laborales exclusivos de los hombres, como la pesca y el transporte de pasajeros, entre el que destaca el triciclo, por ser un espacio de fácil acceso. Veámoslos en orden.

La pesca del tiburón, hemos dicho, es la actividad que más ha caracterizado a Puerto Madero desde finales de los años sesenta. La misma ha experimentado una evolución en cuanto a las artes y utensilios de pesca, su colocación en el mercado local y nacional y su importancia dentro de la vida cotidiana de la localidad. En cuanto a las artes y utensilios se pasó de una fase sumamente rudimentaria, en el momento de su “descubrimiento”, a etapas más avanzadas en la actualidad. Aún así, la pesca del tiburón sigue siendo artesanal, es decir, es realizada por pescadores que utilizan pequeñas lanchas de fibra de vidrio con motores fuera de borda, distintos tipos de redes que son lanzadas al mar

manualmente y a una distancia no mayor a los 250 kilómetros de la costa. No se trata, pues, de una pesca de altura, realizada desde grandes barcos y en cantidades industriales, sino más bien con medios bastante limitados. La pesca del tiburón involucra a al menos dos pescadores por lancha (un capitán y un ayudante), una cantidad variable de trabajadores en tierra (desvisceradores, pordilleros o limpiadores, cargadores, administrativos, etc.) y los permisionarios, que son los dueños de los medios de producción (lanchas, palapas, camiones, equipo, etc.) y del conocimiento sobre los mercados.

Unos pocos pescadores son independientes, es decir, son propietarios de una o dos lanchas y escogen a sus ayudantes bajo criterios de confianza, parentesco o amistad. Los extranjeros recién llegados no entran fácilmente a este círculo de los tiburoneros, debido a los filtros sociales y culturales por los que deben pasar para ser aceptados, además de que se requiere cierta experiencia en la pesca para poder ingresar a una de las palapas tiburoneras. Aún así, es probable que un extranjero recién llegado comience a trabajar en las labores de tierra dentro de la palapa o que aprenda el oficio de pescador como ayudante de un capitán con quien esté unido por algún lazo relativamente cercano.

El escualo no es la única especie capturada en Puerto Madero. Esta es la más difícil, costosa y mejor remunerada, pero también se capturan otras especies menores a una distancia considerablemente menor (a 25 kilómetros de la costa, por ejemplo). Esta actividad se conoce localmente como “ir al pescadito”, es decir, una pesca que involucra especies de menor tamaño. Dependiendo de las habilidades del pescador, la capacidad de la lancha y de lo que entre ellos se maneja como “suerte”, la extracción del pescadito en un día puede dejar una venta de hasta 8 mil pesos, de lo cual el pescador tiene que destinar los gastos de gasolina, mantenimiento y de alguna inversión o crédito. La ganancia puede ser de hasta la mitad (4 mil pesos, es decir, unos 350 dólares americanos) en un día. No obstante, no siempre se consigue esto, debido a que la navegación es restringida en ciertas épocas del año (por las condiciones climáticas), no siempre se encuentra el producto deseado o no siempre se cuenta con los medios para salir a pescar. Con los 4 mil pesos de ganancia, el capitán lo reparte entre él y su ayudante (quien tiene una mínima



parte, naturalmente) y su grupo familiar, dejando siempre una parte para gastarlo en diversiones o apuestas.

Otros pobladores dependen de la extracción de especies como el ostión, los caracoles y la langosta, de amplio consumo en los restaurantes de Tapachula, que son los principales compradores. Sin embargo, debido a la recurrencia de las vedas sanitarias decretadas por las autoridades de salud, este sector (y los que dependen de él, como los restaurantes y palapas) se encuentra constantemente en crisis. Además, la extracción de estas especies describe un alto riesgo, dado que las actividades de buceo en el canal de navegación, por ejemplo, (sitio donde se extrae la mejor langosta) han causado lesiones a muchos buzos, tales como la pérdida de un oído (por la inmersión a las profundidades y descompresiones), heridas en distintas partes del cuerpo u otro tipo de lesiones, debido al contacto con hierros derruidos en el fondo del canal.

En buena medida, pues la actividad económica, como el sustento y cierta cohesión social en Puerto Madero sigue dependiendo de la pesca de diversas especies. El hecho, por ejemplo, que el pescador entregue al final de una jornada parte de la ganancia a su mujer y que esto satisfaga las necesidades más elementales permite la estabilidad en el hogar, aunque el mismo pescador se vaya a la cantina posteriormente a emborracharse o a hacer uso de servicios sexuales. La inestabilidad en el hogar, como en todo el Puerto, surge cuando los pescadores tienen sucesivas jornadas en las que no han podido salir al mar, lo cual es muy recurrente.

Por otro lado, en cuanto al servicio de transporte de pasajeros, otro de los espacios laborales reservados a los hombres, hay una especie de segmentación en cuanto a nacionalidad: es difícil que los extranjeros entren a él. Esto no ocurre en el caso de los tricicleros, debido a que se trata de un trabajo que supone mucho desgaste físico y no requiere más calificación que saber manejar el medio de transporte. Ocuparse como triciclero es la opción laboral más inmediata que encuentra un extranjero recién llegado. En una buena jornada diaria, un triciclero puede juntar hasta 200 ó 250 pesos, de lo cual debe descontar los 30 pesos que el dueño del vehículo le cobra en concepto de renta del mismo o “tarifa”. Si el vehículo sufre daños menores, el triciclero asume los costos de reparación, pero el desgaste

natural del mismo (en llantas, sobre todo) y algún daño grave es asumido por el propietario del vehículo. En Puerto Madero hay personas que son propietarias de flotillas de triciclos, dándola en modalidad de tarifa a sus operarios, que sólo son dueños de su fuerza de trabajo. Hacerse de un triciclo nuevo implica una inversión de unos 3 mil pesos, misma que no es accesible para muchos de los recién llegados. No obstante, muchos extranjeros, sobre todo los que tienen residencias prolongadas en Puerto Madero, son dueños de su propio triciclo, que han adquirido trabajosamente en las tiendas mediante crédito o lo han comprado usado a algún porteño.

Así las cosas, hay ciertos espacios laborales que, por sus mismas características, son de fácil acceso a los extranjeros que apenas se van abriendo paso en Puerto Madero. Para las mujeres, se apuntó arriba, ocuparse como mesera, cocinera, fichera o trabajadora sexual es lo más viable, si no se tienen redes sociales suficientemente sólidas. Para los hombres, el manejo del triciclo o el servicio en bares como meseros o “bar tender” son los más accesibles. Para ambos, hombres y mujeres, estos espacios están caracterizados por nulas prestaciones laborales, bajos salarios (a menudo, menores a 500 pesos semanales) y, en general, condiciones de vida precarias. Aún así, muchos de ellos destinan una parte significativa de sus magros salarios para el envío de una remesa quincenal o mensual a parientes (sobre todo hijos, en el caso de las mujeres) que dejaron en Centroamérica bajo el cuidado de abuelas, otros parientes o amistades.

La inserción en espacios laborales más calificados es paulatina y más mediata, dependiendo del grado de especialización de los trabajadores y de sus redes y relaciones en la localidad. Finalmente, debe señalarse que estos espacios no son cerrados, es decir, la gente no sólo se ocupa única y exclusivamente en uno de ellos, sino que se observa una estrategia de movilidad entre los mismos, dependiendo de las temporadas favorables y el grado de capacitación lograda. Así, es muy común identificar a pescadores que se ocupan en el triciclo en momentos en que hay veda o algún problema que haya causado el cierre de operaciones de la flota de lanchas; o a mujeres que se emplean como meseras cuando ha acabado la temporada del mango (que se extiende entre abril y agosto). Una constante escuchada en los relatos de los extranjeros en Puerto Madero es la disponibilidad

de fuentes de trabajo, con todo y que encontrarse uno medianamente bien remunerado sea limitada.

## **Conclusiones**

En el capítulo que ahora concluimos se ha hecho tanto una descripción del paisaje del Soconusco desde sus principales caminos, así como un esbozo descriptivo de las principales actividades realizadas en Puerto Madero y el sustento material que posibilita que sea una especie de imán para los extranjeros que llegan a esta localidad fronteriza. Con ello se ha pretendido ilustrar lo que podemos llamar “vida en frontera”, un tipo de convivencia muy particular de entre todas las posibles, acaso con la intención de contextualizar la problemática central de la presente investigación: las razones que explican que los centroamericanos se queden a residir en esta región.

En cuanto a los caminos más importantes del Soconusco hemos prestado particular atención al *Camino del Puerto*, siendo que conecta a las dos localidades en donde hemos centrado etnográficamente la presente investigación: Tapachula y Puerto Madero. Es precisamente desde la etnografía que hemos podido hacer una caracterización y descripción de paisajes, lugares, espacios y situaciones sociales, como antesala de un análisis más detenido sobre los modos en que las personas migrantes se enfrentan a estos contextos, los hacen suyos en ese enfrentamiento y se encuentran en la disyuntiva de continuar su viaje o quedarse en un espacio que ya comienzan a domeñar. El *Camino del Puerto* es sólo uno de esos senderos recorridos por los migrantes: muchos se han quedado a vivir tanto en sus extremos, como en numerosas localidades rurales adyacentes al mismo: allí encuentran un empleo, la ansiada seguridad, un pedazo de tierra o el sustento diario, lo suficiente como para repensar y ajustar los planes migratorios. Lo mismo puede decirse del *Camino costero*, donde las localidades que conecta se han convertido, durante los últimos años, en el sitio de destino una cantidad de migrantes aún desconocida: desde Ciudad Hidalgo o Frontera Talismán, hasta Pijijiapan o Tonalá, todas estas localidades fungen como lugares en que los centroamericanos comienzan a reconstruir sus maltratadas vidas.

Puerto Madero es una de esas localidades. Su poblamiento desde finales del siglo XIX fue posible gracias a la inmigración, incluso desde Centroamérica. En el transcurso de la siguiente centuria la inmigración centroamericana se fue consolidando, hasta llegar a ser inocultable en el presente. Puerto Madero, pese a situarse en las orillas de México, ofrece lo que aquellos buscan, inclusive para los que persiguen un sitio de refugio, donde pasar desapercibidos. Puerto Madero, el pueblo, se levanta sobre las márgenes del Estado mexicano, donde este no es capaz de llegar con fuerza, lo cual, paradójicamente, es un aliciente entre quienes se cobijan del anonimato. Pero ya es momento de que miremos a las vidas de estas personas migrantes. Demos, pues, un paso más.

# CAPÍTULO V

## HACIENDO DESTINO AL ANDAR:

### CONTINGENCIAS E INCERTIDUMBRE EN EL CAMINO

“Los entes liminales no están ni en un sitio ni en otro; no se les puede situar en las posiciones asignadas y dispuestas por la ley, la costumbre, las convenciones y el ceremonial (...) pueden ir disfrazados de seres monstruosos, llevar un simple taparrabos encima o incluso ir desnudos, con el fin de demostrar que, en cuanto seres liminales que son, no tienen *status*, propiedades, distintivos, vestimenta secular que indique el rango o rol, ni posición alguna dentro de un sistema de parentesco (...) Su conducta suele ser pasiva y sumisa; deben obedecer implícitamente a sus instructores y aceptar cualquier castigo que pueda infligírseles, por arbitrio que sea, sin la menor queja”.

VÍCTOR TURNER, *El proceso ritual*.

¿Qué otra cosa pudiera esperarse de las profundas fracturas sociales, políticas, económicas, culturales y ambientales prevalecientes en los países de origen de los migrantes si no es la campante irrupción de lo contingente en los procesos migratorios de la gente que vive y emigra en las márgenes sociales, una sensación casi perenne de inseguridad e incertidumbre? ¿Acaso las propias trayectorias migratorias no describen un plan establecido, una hoja de ruta, una mínima planificación? Pues bien, cuando las fracturas limitan las opciones de raíz no queda otra que emigrar por los márgenes, a través de la penumbra social, el dominio de la opacidad donde incluso lo más elemental, como lo son las identidades, se ponen a prueba. Allí, en las márgenes, empujados a los resquicios sociales, los migrantes también despliegan toda una suerte de estrategias, buscando, persiguiendo, negociando, tanteando. Todos son verbos que muestran la acción de la gente, como los subtítulos del capítulo que sigue: historias de migrantes que ejercen sus capacidades de movilizar los limitados recursos que les

dejan las variadas rupturas, que actúan como pesados lastres en los procesos migratorios. Son espacios de acción muy limitados, pero existentes; son la condición de posibilidad para que los migrantes de carne y huesos introduzcan mejoras en sus vidas. Son, en definitiva, trayectorias fragmentadas, truncadas, suspendidas en el tiempo y el espacio, pero vitales en su sentido más cabal: trayectorias de vida.

En el siguiente capítulo se describe y explica la precariedad que definen las trayectorias migratorias de la gente que emigra desde las márgenes de la fragmentada sociedad centroamericana. En estas la norma parece ser un viaje no planificado, motivado por situaciones insostenibles en el lugar de origen, lo que abre a una mayor participación del elemento contingencial en el viaje. La llegada a los sitios de destino –hecho que pudo no ser planificado– es hasta cierto punto circunstancial desde el punto de vista de las motivaciones; no obstante, el hecho cobra significado al analizar el contexto del origen y el del tránsito/destino. De ahí la lógica procesual que ordena los capítulos de esta tesis: el final del capítulo II ha incluido una ilustración de aquellas fragmentaciones en el origen, que marcan las trayectorias; mientras que los capítulos III y IV han mostrado el panorama regional del Soconusco y las especificidades de Puerto Madero y Tapachula, contextos fronterizos de tránsito y destino para los migrantes centroamericanos. Llega el momento de entrar de lleno a los modos en que la fragmentación se incrusta en los procesos migratorios particulares de la gente, mirando desde la ventana de sus trayectorias, es decir, desde que es tomada la decisión de emigrar hasta que se pone en marcha el viaje (Capítulo V) y las personas se encuentran conviviendo en un espacio social en el que quizás sólo habían pensado transitar (Capítulo VI).

Las ideas expuestas en seguida tienen como base las historias de centroamericanos, todos salvadoreños, que residen en Puerto Madero y Tapachula, y que por diversas circunstancias decidieron quedarse a residir en estas localidades fronterizas. Una constante en las trayectorias migratorias de estos centroamericanos es que este sitio no figuró como un lugar de destino premeditado. Salvo algunas contadas excepciones, la llegada a estos espacios fue circunstancial, lo que muestra que no siempre los procesos migratorios responden

a planes elaborados mediante cálculos racionales, como lo postularía, por ejemplo, el modelo de Harris-Todaro: el migrante es

“un agente económico racional que maximiza su utilidad en un horizonte temporal determinado. El migrante potencial toma su decisión, una vez que utiliza adecuadamente la información disponible: el diferencial de ingresos esperados –ponderando la probabilidad de encontrar un empleo en el lugar de destino– y los costes de llevar a cabo esta determinación” (Plaza, 1996: 328).

Por el contrario, hay que sostener que en dichos procesos –marcados por muchas carencias y limitaciones que trascienden lo meramente económico– interviene con mucha fuerza el elemento de la contingencia. Tapachula y Puerto Madero aparecen entonces como destinos incluso no deseados, pero preferible a situaciones insostenibles –violencia conyugal, violencia social, crisis económica, etc.– en las sociedades centroamericanas de origen, marcadas por aquellas fracturas. Como se ha establecido en el apartado teórico, no siempre la decisión de emigrar supone una planificación exhaustiva del viaje ni un análisis detenido de los costos y beneficios que supone la emigración, por lo que caen al traste, para este proceso migratorio particular, las visiones economicistas de la migración. Los inmigrantes no pueden ser concebidos únicamente como agentes económicos que calculan fríamente los costes y beneficios netos del proceso migratorio. Un cálculo racional de este tipo supone la valoración, en el tiempo y el espacio, de una serie de elementos objetivos y subjetivos que repercutirían en el éxito o el fracaso. Sin embargo, cuando se emigra desde las márgenes sociales y económicas, cuando hay una notoria ausencia de aquellos elementos objetivos, entran en juego una serie de elementos contingenciales que, desde el momento de la toma de la decisión de emigrar, inciden en los procesos migratorios particulares de la gente.

A veces, como lo muestran los casos de “Blanca” y “Pedro”, dos salvadoreños inmigrantes en Puerto Madero, ciertas situaciones insostenibles acaban empujando a la gente a emigrar sin un rumbo y sitios de destino fijos. Es probable que nos encontremos en la órbita de los estudios sobre la migración

forzada, donde, no obstante, han primado los análisis de corte macro-social, que privilegian razones estructurales como las guerras o los conflictos de orden político, étnico o religioso. No se trata acá de repetir el estribillo estructural, que endosa las causas de los procesos migratorios a los grandes entramados, como las crisis económicas o la globalización neoliberal. Por el contrario, lo que muestran los casos presentados enseguida son tomas de decisiones, acomodos constantes y negociaciones que ponen de relieve las capacidades de la gente para enfrentarse a aquellos procesos macro sociales.

El caso de Blanca, por ejemplo, pone a trasluz una gama de razones hasta cierto punto generalizables en la literatura sobre migración y violencia, sobre todo un tipo de violencia doméstica o violencia de género, pero pretende mostrar, más allá de esto, que cuando se dispone de recursos limitados durante el viaje –una consecuencia ineludible, quizás, de aquellas rupturas que hemos descrito antes–, los elementos contingenciales y emergentes acaban incidiendo con mayor fuerza en las trayectorias migratorias. Lo que se subraya en el caso de Pedro, un rudo pescador salvadoreño habitante de Puerto Madero, como en la historia de “Rafael” y “Marta”, es una búsqueda constante de nuevos horizontes. Moisés, por otro lado, nos permite visualizar cómo durante el tránsito y la residencia se llega a negociar hasta lo más elemental para salir airoso de las situaciones adversas que presenta la vida. Como complemento, la historia de Ana nos introduce a la suerte de negociaciones y tanteos, allí en el mundo de los bares tapachultecos, adonde los mismos tapachultecos no quieren mirar. Allí, las mujeres centroamericanas encuentran ampliadas o cerradas sus opciones. Veamos, pues, las historias y confrontémoslas con los supuestos teóricos de esta tesis.

### **Blanca: persiguiendo un norte difuso**

Blanca es una salvadoreña emprendedora que vive en Puerto Madero, desde el año 2000. Ese mismo año emigró de la ciudad de Cojutepeque, en la región paracentral de El Salvador, “como sin rumbo” –según sus propias palabras–, debido a la situación de violencia conyugal a la que se hallaba sometida: las infidelidades de su entonces pareja y padre de sus cinco hijos –uno de ellos falleció a los 18 meses de nacido– le habían provocado una situación anímica que se tornó



insostenible. El único objetivo de Blanca al tomar la decisión de emigrar era marcharse hacia el norte y alejarse lo más posible de aquella situación. Llegar a Estados Unidos era la mejor opción, aunque, a la larga, se conformaría con cruzar el río Suchiate y encontrarse en territorio mexicano para garantizar una relativa seguridad. El padre de sus hijos, con quien seguía casada legalmente en El Salvador hasta el año 2010, sostenía una relación con otra mujer y había abandonado finalmente a Blanca.

Tomada la decisión de emigrar había que introducir un mínimo de planificación, con todo y que el objetivo, aquél norte imaginario, se tornaba difuso. ¿Realmente la mujer estaba segura de que llegaría hasta Estados Unidos? Blanca sostiene que nunca lo estuvo. Con el dolor de dejar a sus hijos atrás, la mujer puso en marcha una estrategia no exenta de tensiones, sobre todo de tipo moral. La salvadoreña llegó a acompañarse de otro hombre sólo para que éste le ayudara a salir del país, una estrategia utilizada por muchas mujeres migrantes que transitan sin documentos y que algunos han calificado como “compañerismo” o, si es el caso, “sexo transaccional”, o “sexo de supervivencia”, a cambio de una relativa seguridad en el viaje, sobre todo cuando se viaja por primera vez y no se conocen las rutas ni detalles imprescindibles para garantizar un mínimo de éxito migratorio. Como apuntan algunos autores que han abordado el fenómeno, “el compañerismo entre el guía y la migrante tal vez representa una especie de coincidencia de intereses entre los dos, en la cual el sexo constituye [o puede constituir] el recurso que facilita a la mujer alcanzar su misión de migrar” (Bronfman, *et al*, 2004: 22 y 25).

Así, en esta estrategia habría que considerar al sexo, o a la posibilidad del mismo permitiendo enamoramientos sin que llegue a consumarse un contacto sexual, como un recurso del que pueden echar mano las mujeres para intercambiarlo por otros bienes o recursos de mayor valía en situaciones de carencias de información y experiencia migratoria, en definitiva, de una marcada vulnerabilidad.<sup>101</sup> La seguridad en el viaje y una mayor probabilidad de conseguir

---

<sup>101</sup> En algunas notas de prensa, informes de organismos civiles y, más recientemente, en una creciente producción audiovisual, se ha resaltado el alto costo que deben asumir las mujeres migrantes que transitan sin documentos por México en cuanto a agresiones de tipo sexual. Según estimaciones de la mayoría de esas fuentes, entre seis y ocho de cada diez mujeres centroamericanas que se internan a territorio mexicano con la intención de arribar a Estados Unidos son víctimas de

arribar a un destino, aunque sea esto de manera escalonada, son bienes que, sin lugar a dudas, tienen un enorme peso, si no se pierde de vista la situación de vulnerabilidad que caracteriza a la mayoría de las mujeres que transitan sin documentos o que residen temporal o definitivamente sin ellos y si no se pierde de vista la fuerte motivación para emigrar.

Otro elemento a considerar en el marco de esta estrategia es el axiológico, en tanto generalmente supone para las mujeres una puesta entre paréntesis de ciertos valores tradicionales asociados a la sexualidad, como el pudor y la vergüenza; es decir, la situación no está exenta de tensiones valorativas sobre lo que es bien visto o no por la gente –o por las mujeres mismas, según una escala valorativa propia–, con tal de alcanzar ciertos fines. Así, por ejemplo, las mujeres centroamericanas que llegan a residir a diversas localidades chiapanecas “han de enfrentar valores, ideas y prejuicios basados en lógicas xenofóbicas o racismos elaborados previamente a su llegada” (Cruz, 2011: 135).

Por tanto, se trata de una confrontación que deben resolver las mujeres frente a los valores, ideas y prejuicios propios y los de una sociedad que se caracteriza por ser xenófoba frente a ellas (Rivas, 2011: 28). Esta tensión es finalmente, y no pocas veces, resuelta sopesando los beneficios esperados. En fin justifica los medios. Por parte de Blanca no hubo, en efecto, ningún vínculo afectivo con su compañero de viaje –de quien ni siquiera menciona su nombre en el relato–, sino un mero acercamiento coyuntural y puramente instrumental, encaminado a alcanzar aquellos bienes más preciados: seguridad y un relativo éxito migratorio.

Este acercamiento –que, ya hemos dicho, no involucra generalmente un lazo sentimental fuerte– se extiende mientras se logran los objetivos migratorios y, una

---

algún tipo de agresión sexual, por lo que el compañerismo no es una opción descabellada. En algunas de esas fuentes se destaca una estrategia aún más extrema: dado el inminente riesgo de sufrir algún tipo de agresión sexual en el camino –sobre todo, la violación– muchas mujeres se preparan al iniciar su viaje injiriendo algún tipo de anticonceptivo, con lo cual se librarían de quedar embarazadas, pero no estarían protegidas frente al contagio de alguna infección de transmisión sexual. Una de las notas más recientes, titulada “Las hispanas pagan con sexo su boleto de entrada a E.E.U.U”, (*El País*, 20 de noviembre de 2011), destaca no sólo las agresiones que sufren aquellas mujeres, sino las estrategias que estas utilizan para sortear los riesgos: Ver, <http://www.elpais.com.uy/111120/pinter-607510/internacional/las-hispanas-pagan-con-sexo-su-boleto-de-entrada-para-eeuu/>. Ver, también, nota 83.

vez alcanzados, lo más probable es que el vínculo se dé por concluido. En estas situaciones se dan vínculos efímeros y débiles sostenidos solamente mientras se consiguen ciertas metas coyunturales, una idea explorada en el marco de la búsqueda de empleos, donde la colocación en un trabajo es el fin último (Granovetter, 2000: 42) y que, para estos fines, tendrían mayor eficacia que un tipo de vínculo más sólido. Con sobrada razón, Long argumenta también, describiendo la carrera económica de Eustaquio, un empresario peruano, que “otras relaciones, más instrumentales o transitorias... cesarán una vez que las circunstancias cambien y terminen los intercambios específicos” (2007: 284). De un modo similar fue el desenlace para Blanca, quien arribó hasta Tapachula acompañada de aquel otro hombre, del que se apartó tres meses después, al haber abandonado territorio centroamericano, al otro lado del río Suchiate, lo que para la salvadoreña fue suficiente para alcanzar aquél norte difuso y la seguridad buscados. Blanca había encontrado su norte.

Ciertamente, tampoco los recursos de los que la mujer disponía, al tomar la decisión de emigrar (dinero, amistades, contactos, redes, información, conocimiento y experiencia migratoria), garantizaban mayores empresas. La salvadoreña solamente se hacía acompañar –aparte de su determinación en escapar de la situación insostenible que la mantenía subyugada– de un poco de dinero y la férrea disposición de trabajar inmediatamente tras la primera oportunidad que encontrara en el camino. Ansiosa de procurarse la suficiente información sobre la oferta laboral disponible en su sitio de llegada provisional –transitoria hasta ese momento– se enteró que en Puerto Madero, a 29 kilómetros de Tapachula, había disponibilidad de trabajo.

Su llegada a la localidad en la que ahora vive, entonces, ocurrió sin ningún plan de por medio más que el de huir de la situación a la que la había sometido su marido en El Salvador y el de buscar un empleo que le permitiera subsistir en el sitio que, a la larga, se convertiría en el lugar de destino. Es decir, jamás Puerto Madero figuró en plan alguno como el sitio donde Blanca llegaría a ver una opción nada despreciable para quedarse. Nuevamente, pues, las contingencias en el camino, como las desventajas iniciales, acabaron definiendo la gama de opciones,

es decir, los reducidos márgenes que permiten tomar las decisiones y, hacer ajustes; en definitiva, terminaron afectaron la trayectoria migratoria de Blanca.

En una situación similar en cuanto a la modificación de la trayectoria migratoria, “Rosa”, también salvadoreña, llegó a Puerto Madero en el año 2005 con la intención de hacer una pequeña escala durante su viaje a Estados Unidos. Rosa, originaria del departamento de Usulután, en el oriente de El Salvador, sí tenía previsto llegar a la localidad portuaria, dado que la tía de una amiga suya, quien también la acompañaba en el viaje, residía en Puerto Madero y la apoyaría mientras trabajaba por una temporada y hacía ahorro, con la intención de cruzar la frontera norte de México. La salvadoreña tenía como objetivo reunirse con su hermano en Estados Unidos – el único pariente cercano que le quedaba, dado que sus padres habían fallecido mientras era niña—, quien había viajado un año antes, en el 2004.

Durante su viaje, Rosa no tuvo mayores contratiempos para llegar hasta Puerto Madero, su primera parada en el viaje hacia el encuentro con su hermano. Había llegado hasta Tecún Umán, al lado guatemalteco de la frontera, e incluso cruzó el río Suchiate por el paso formal, acompañada de otras tres salvadoreñas. Pasando el puente internacional fue abordada junto con una de sus amigas por un grupo de militares; las otras dos habían logrado cruzar e internarse a Ciudad Hidalgo sin problemas. Ella y su amiga fueron retenidas por los uniformados durante tres horas, desde las 3 de la tarde. Rosa presume que aquellos esperaban que oscureciera para luego, en la oscuridad, exigirles dinero a cambio de dejarlas seguir. Ella llevaba 50 dólares y le dio 20 a un militar. Su amiga cargaba 40 dólares y dejó otros 20. Los militares entonces las dejaron pasar y luego se reencontraron las cuatro en Ciudad Hidalgo, donde la tía de su amiga las esperaba en un taxi para llevarlas hasta Puerto Madero, donde descansarían.

Llegada a la localidad, Rosa buscó trabajo en las palapas, para juntar un poco más de dinero y proseguir su viaje. Así fue como se terminó quedando, sin advertirlo. A los dos años de estancia en Puerto Madero, su amiga se marchó a Oaxaca y la tía de esta también se fue de la localidad, por lo que ya no estaban sus primeros contactos. La salvadoreña ha sufrido maltratos en las cinco palapas en las que se ha empleado como mesera durante sus cinco años de estancia. Rosa, quien

actualmente es madre soltera y trabaja como mesera en una palapa cercana de la playa San Benito, no parece querer retomar su plan inicial y se ha terminado acomodando en Puerto Madero. El padre de su hija es mexicano, un militar de la Armada. Este aporta 700 pesos a la quincena, aunque no vive con ella. No ha tenido ningún otro tipo de apoyo, aunque afortunadamente no ha tenido necesidad de prestar dinero. Le basta con el dinero que recibe por parte del padre de su hija y con el salario que devenga en la palapa.

En su actual empleo entra a las 11 de la mañana y sale a las 7 u 8 de la noche. Trabaja los siete días de la semana. Debe hacer la limpieza, lavar el baño, lavar los trastes, acomodar las mesas y regar el patio. Se encuentra tramitando su documento migratorio para vivir legalmente en Chiapas. Cuando lo obtenga planea irse de la palapa y le gustaría trabajar en Tapachula, en algo mejor. También posee un acta de nacimiento salvadoreña original, que tramitó en el consulado de su país para poder regularizarse. Sólo tiene copia de su DUI, pues perdió el original; no tiene pasaporte salvadoreño, pero deberá tramitarlo para prorrogar su documento migratorio. Nunca consiguió documentación mexicana apócrifa, pues prefiere hacer las cosas bien. No ha vuelto a viajar a El Salvador desde que emigró en el 2005 y no planea volver a su país, al menos en el corto plazo. Su documento migratorio lo tramitaba para poder conseguir un mejor empleo y no para poder viajar a su país, dado que, siendo su hermano el único pariente cercano, no tiene otro pariente que visitar en El Salvador.

### **Pedro: buscando otros mares**

Pedro es un pescador salvadoreño de 57 años que reside en Puerto Madero junto con su mujer, “Magdalena”, y los cuatro hijos que han procreado, dos mujeres y dos varones. Su hijo mayor, “Andrés” también pescador, ha hecho su propio hogar y vive a unas cuadras de la casa de sus padres. Este fue el primero en emigrar de su país y, tras seis intentos infructuosos de llegar a Estados Unidos, decidió trabajar por un tiempo en una bananera del municipio de Mazatán, vecino de Tapachula, y establecerse en la región del Soconusco. El grupo familiar es originario del municipio porteño de Acajutla, en el occidental departamento de Sonsonate, cerca de la frontera entre El Salvador y Guatemala.

La trayectoria de Pedro y su grupo familiar pone en evidencia varios puntos que vale la pena destacar. En primer lugar, muestra, a partir de la experiencia de una familia migrante, la actual crisis que atraviesa el sector pesquero en Centroamérica y el sur de México, dada la disminución de las especies de captura, por un lado, y los escasos o nulos programas gubernamentales de asistencia al sector, por otro. Tanto en Acajutla como en Puerto Madero –dos localidades portuarias separadas por unos 400 kilómetros siguiendo la franja costera del Pacífico, de este a oeste y dos líneas fronterizas internacionales–, la principal especie capturada, el tiburón, se ha alejado de las playas hasta distancias poco accesibles para los pescadores artesanales, que salen en sus lanchas arriesgando sus vidas en busca del producto, que a su vez no es bien pagado por los empresarios o permisionarios que les emplean. A ello se suman los altos costos de operación – que no pueden cubrir los pescadores independientes– y los inexistentes planes de desarrollo orientados a este sector. No es casual que una de las estrategias usadas ante tal panorama sea la migración.

En segundo lugar, como consecuencia de lo anterior, el caso de Pedro ilustra las trayectorias migratorias de centroamericanos que buscan nuevos horizontes ante la depredación de los recursos naturales en sus países, una realidad que se agudiza en Centroamérica. La búsqueda de un lugar donde haya “buena pesca” estuvo aparejada, para el caso en cuestión, de otras motivaciones, como la aparición de un episodio desafortunado para el grupo familiar. Pese a que en Puerto Madero han pasado los años de bonanza que permitieron a muchos pescadores y permisionarios amasar pequeñas fortunas, la pesca del tiburón y otras especies sigue reportando alguna utilidad, lo que ha atraído a no pocos migrantes centroamericanos que conviven con sus pares mexicanos, compitiendo por el acceso al recurso pesquero.

### *De la bonanza a la crisis*

El pescador salvadoreño emigró, según sus propias palabras, “como sin rumbo”, el 10 de marzo del 2001, cuando se había quedado sin dinero por el desgaste económico y emocional que vino después del largo y costoso proceso judicial en contra de unos médicos que habrían realizado una mala praxis con su

hijo menor en un hospital privado de San Salvador, la capital del país. Una sobredosis de anestesia habría provocado daños cerebrales irreversibles en su vástago, de modo que el muchacho había quedado en estado vegetal. Dado que los médicos no se responsabilizaron de los daños, Pedro comenzó el proceso en contra de los galenos, además de dar inicio a tratamientos médicos también costosos que, a fin de cuentas, le recuperarían notablemente. Pronto dejó de trabajar para enfocarse en su principal objetivo, que era el de devolverle la salud a su hijo y garantizar que los médicos respondieran por los daños que le habrían causado.

Los ahorros comenzaron a mermar considerablemente, pero no sus ánimos de llegar hasta las últimas consecuencias. No obstante, cuando se encontró sin dinero y con los ánimos venidos a menos, para Pedro se tornó imperativo emigrar. La desgracia le golpeó tanto que cayó en una depresión profunda que le llevó a pasar borracho por días, hasta que, en 1999, su patrimonio descendió a uno 1,000 colones,<sup>102</sup> o sea, un poco más de 100 dólares americanos, según el tipo de cambio de aquel año. Todo esto, asegura el pescador, le provocó un trauma, que aún le afecta de vez en cuando. Sin embargo, siempre ha salido adelante, porque le “ha gustado ser un hombre de retos”. Fue él quien tomó la iniciativa de emigrar y después, cuando arribó a Puerto Madero, buscando un sitio donde hubiera una relativa bonanza en la pesca y donde nadie lo conociera, lo siguieron los miembros de su familia que aún quedaban en El Salvador. Su hijo mayor, se ha dicho arriba, se le había anticipado y ya conocía algunas opciones para quedarse a vivir en el Soconusco. Todos residen ahora en La Colonia, cerca de Las Escolleras.

La desgracia familiar por lo que le ocurrió a su hijo no habría sido el único motivo para emigrar, aunque habría tenido algún grado de incidencia. Pedro se confiesa un hombre viajero, aventurero podríamos decir, muy desapegado de los afectos familiares y más bien independiente, insípido cuando habla de su mujer y sus hijos, por lo que a ratos cuesta sostenerse el argumento de la tragedia de su hijo como única motivación para emigrar. Lo que sí habrá hecho este episodio fue, acaso, añadir un elemento más a la constante desazón que parece definir la

---

<sup>102</sup> En 1999, la moneda de curso legal en El Salvador era todavía el “colón”. A partir de 2001, tras la entrada en vigor de la Ley de Integración Monetaria presentada por el entonces presidente Francisco Flores, el dólar americano se convirtió en la moneda de circulación legal en el país.

trayectoria de vida de Pedro. No conforme con la estabilidad económica lograda durante la época de bonanza que tuvo en su país, al pescador ya se le dificultaba permanecer en un solo sitio; le costaba sentar cabeza. Salir de su país, de hecho, no era algo nuevo. Antes había trabajado en distintos sitios de Centro y Sudamérica, empleado como mecánico en *Play Land Park*, una empresa internacional de juegos mecánicos que ha recorrido ferias de muchos países de América. Aunque Pedro nunca había estado más allá de Guatemala, hacia el norte.

El hombre se había hecho pescador y comerciante en Acajutla. No le iba tan mal. A inicios de la década del noventa se volvió propietario de una casa y dos vehículos, además de tres lanchas y su respectivo equipo de pesca. La familia tenía un excedente para vivir cómodamente y para viajar mucho por su país en calidad de turistas. Curiosamente, esta etapa en la vida de Pedro y su familia coincide con un breve período de bonanza registrada en El Salvador, inmediatamente después de la firma de los Acuerdos de Paz de 1992, etapa que únicamente se extendería durante la primera mitad de la década, luego de la cual comenzó una fase de crisis económica y social que llega hasta nuestro días. Acajutla misma es una de las localidades del occidente del país golpeada por la crisis social, registrando actualmente una presencia significativa de pandillas violentas y altos índices de delitos como homicidios y extorsiones, la mayoría ligados a la acción de aquéllas.

### *Tras la buena pesca*

El salvadoreño se hizo pescador “por necesidad”. Se dedica a la pesca desde los 25 años de edad, cuando dejó de trabajar en aquella compañía internacional con la cual pudo viajar por muchos países, pero cuya patronal le hizo una mala jugada al despedirlo sin indemnización alguna y en circunstancias extrañas en las que medió incluso un antiguo cuerpo de seguridad de su país en plena guerra civil (1980-1992). Su retorno a Acajutla y el aprendizaje de lo requerido para la pesca, pues, habrían sido, hasta cierto punto, circunstanciales. Según Pedro, en sus inicios como pescador, existía una cooperativa que monopolizaba la pesca en Acajutla y ésta cobraba 1.25 colones a cada pescador para que pudiera internarse al mar. A veces, dice, a penas sacaba 1.50 ó 2 colones, por lo que la ganancia era mínima.



Pedro distingue entre un buen y un mal trabajador. Un mal trabajador es a quien “no le funciona, no pesca nada pues”. Él se dio cuenta que era de los buenos, pues siempre regresaba con un buen peso, conforme fue ganando experiencia. El problema era que el producto no era bien pagado. Al año de comenzar a pescar se hizo capitán de una lancha. Luego hizo un préstamo de 15 mil colones y con eso se compró una buena lancha con sus respectivos motores. Llegó a ser propietario de tres lanchas; pero luego, en 1996, le sobrevino la desgracia de su hijo.

Desde El Salvador, Pedro había identificado Puerto Ocós, una localidad guatemalteca cercana a la frontera con México. Así, los relatos de su hijo aventurero durante su frustrado viaje a Estados Unidos y una referencia en el mapa de un puerto guatemalteco próximo a la frontera con México eran los últimos elementos a considerar en su nueva aventura. Pedro decidió, de nueva cuenta, escapar de la desazón en El Salvador y buscar otro puerto: un lugar desde donde zarpar con su lancha en la búsqueda de buena pesca y, de paso, pasar desapercibido a los ojos de una sociedad –la de Acajutla y, por extensión, la salvadoreña—. Cualquier puerto que reuniera estas características sería suficiente.

Durante su tránsito arribó finalmente a Ocós, pero, “eso no era puerto, ni muelle había”. El único negocio rentable que él pudo ver fue el del tráfico de personas, dado que, según su relato, muchos pescadores de allí formaban parte de una red que transportaba por mar a extranjeros indocumentados desde Ocós hasta Salina Cruz, en Oaxaca, o cualquier otra localidad costera chiapaneca, oaxaqueña e incluso guerrerense, con destino final a Estados Unidos. “En cada lancha metían hasta 20 personas”, detalla Pedro. Es de dominio público que Ocós es el punto desde donde parten las lanchas que transportan a migrantes sin documentos en una de las rutas marítimas más riesgosas de la costa pacífica mexicana. En ellas, los usuarios más asiduos son centroamericanos y sudamericanos que viajan de manera irregular.<sup>103</sup>

---

<sup>103</sup> En el último naufragio masivo de migrantes documentado por la prensa, ocurrido el 19 de octubre de 2007 frente a las costas de Oaxaca, perecieron 22 personas, la mayoría de origen salvadoreño. Ver, “Suman tres sobrevivientes del naufragio en Oaxaca”, *La Jornada*, 22 de octubre de 2007: <http://www.jornada.unam.mx/2007/10/22/index.php?section=estados&article=037n2est>; y el desgarrador relato, “El puerto de la muerte”, *El Faro.net*, 5 de noviembre de 2007: [http://archivo.elfaro.net/secciones/Noticias/20071105/noticias10\\_20071105.asp](http://archivo.elfaro.net/secciones/Noticias/20071105/noticias10_20071105.asp). Ver, nota 82.

Las expectativas de Pedro, pues, iban más allá de ir sin rumbo a un lugar en donde nadie le conociera. Buscaba también un puerto, en donde pudiera seguir viviendo de la pesca, el oficio que le había dado de qué comer en su tierra. Dado que Ocosingo no reunió las condiciones que él buscaba, llegó hasta la frontera del lado guatemalteco, en la localidad de Tecún Umán, donde preguntó por el puerto más cercano del lado mexicano. Su carta náutica, que al desenrollarla muestra que el papel poco resiste a la salinidad del mar, enmarcaba con coordenadas el litoral pacífico y las aguas interiores que van, de sur a norte, desde la península de Nicoya, en Costa Rica, hasta las proximidades de Ocosingo, en la zona sur occidental de Guatemala. Se trataba de los dominios marítimos de Pedro hasta antes de emprender su última aventura migratoria. Más al norte eran mares desconocidos para él, pero también un desafío al que no se podía resistir.<sup>104</sup>

Allí, en Tecún Umán, le hablaron de Puerto Madero y no dudó en partir y cruzar la frontera. Llegar a este lugar no sería algo muy arriesgado. Escuchó hablar de Las Escolleras –o espigones, como le llaman en Acajutla—. Cuando llegó a su destino, “uno pregunta pues, para ver cómo sobrevivir”. Durmió su primera noche en una caja que sirve para guardar herramientas que se utilizan en la pesca. Al día siguiente se acercó a una palapa tiburonera donde ayudó a “desmaniar” (destrabar) para liberar el producto de los anzuelos. Al segundo día de su estancia ya había salido a pescar en una lancha, como ayudante, cosa que se le facilitó dada su experiencia como pescador en El Salvador.

### **Moisés: Negociando identidades**

La emigración en situaciones de carencias, precariedad e incertidumbre repercute incluso en lo más elemental de las personas migrantes: su identidad. Esta pudiera ser negociada, intercambiada e inclusive negada, en aras de garantizar la supervivencia, sobre todo en situaciones extremas. La identidad y el nombre, registrados en los dispositivos civiles como cédulas, credenciales, partidas de nacimiento y pasaportes, son modificados por los migrantes conforme a las

---

<sup>104</sup> A principios de 2012, Pedro había ampliado sus horizontes al trasladarse a los mares de Sonora, en el norte de México, probando suerte una vez más y ampliando sus miras. Para entonces, se había separado definitivamente de su mujer, quien se había quedado a vivir en Puerto Madero.

circunstancias, al mismo tiempo que son sometidos a las percepciones y representaciones que de los migrantes tienen las sociedades de tránsito y destino. De ahí que la identidad no sea modificada o negociada por puro capricho de la gente; se modifica o se niega, se afirma o reafirma en respuesta a aquella confrontación, como consecuencia de la exposición a situaciones desventajosas.

Los migrantes pudieran cambiar, por ejemplo, sus formas de vestir o el acento; pudieran suprimir o introducir ciertas palabras o expresiones a su repertorio lingüístico. Lo que según los tapachultecos distinguiría a los centroamericanos que han cruzado la frontera es, precisamente, su forma de hablar y de vestir, sus expresiones y hasta su forma de caminar (Insyde, 2008). No sin razón se sostiene que “el ‘cantadito’ al hablar, el ‘meneadito’ del caminar, la apariencia, los rostros, los modos de vestir y [hasta] la historia de sus países conforman la base de esos prejuicios, elementos que, en conjunto, las hacen parecer ante la población mexicana [a las migrantes centroamericanas] como mujeres ‘fáciles’, ‘pobrecitas’ o ‘menos valiosas’” (Cruz, 2011: 135). Algún funcionario migratorio mexicano se atrevería a sostener que ciertos rasgos físicos (la forma del cráneo y de la cara, por ejemplo) y hasta el olor identificarían a un centroamericano cuando un agente federal de migración se sube a los autobuses para hacer una verificar.<sup>105</sup>

No obstante estos marcadores pudieran modificarse durante el tránsito o la estadía. Hay identidades que implican cambios más radicales, como la identidad sexual o, cobrando especial relevancia en una región fronteriza, la identidad nacional. Esta última no se basa únicamente en un documento expedido por alguna autoridad estatal, sino también, por lo menos, en los usos públicos y privados que su portador haga del mismo y por los cambios valorativos asociados. Negar una nacionalidad en una situación riesgosa, como pudiera pensarse apresuradamente, no necesariamente implica una negación de ciertos valores asociados a aquella.

Quizás pudiéramos preguntarnos por las razones por las cuales, por ejemplo, los inmigrantes salvadoreños en Chiapas acaban renunciando a los marcadores que los identifican como tales e intentan mimetizarse en una sociedad hostil hacia los

---

<sup>105</sup> Plática informal sostenida con un funcionario migratorio de alto nivel en la ciudad de Tapachula.

migrantes. Bien pudiera ser, desde una perspectiva pragmática, que la adopción de unos marcadores y ciertos valores asociados a lo mexicano se hace para fines de subsistencia a la hora de, por ejemplo, hacerse de un empleo sin ser discriminado o maltratado al haberse presentando como extranjero de origen centroamericano. No obstante, advierten algunos autores más allá de una apreciación puramente pragmática, no habría que perder de vista elementos simbólicos que intervienen en tales acciones, como el hecho de “la satisfacción cultural de pertenecer a los grupos dominantes aunque sea de manera simbólica” (De Burgos, 2010, 19).

Ser y sentirse como mexicano, vestirse y hablar como tal, ciertamente, pudieran ser fines de una manipulación consciente de identidades. Los jóvenes y los niños de origen centroamericano, que se encuentran más vulnerables a la discriminación en las escuelas cuando sus marcadores aún tienen el peso del lugar de origen, tienden a jugar el juego de las identidades intercambiables. “Josué”, nacido en Nicaragua, ha logrado ser reconocido por su padre adoptivo mexicano y ser inscrito en el registro civil de Tapachula como mexicano de origen. Su acento, su repertorio lingüístico y su forma de vestir –aquello que, según los tapachultecos diferencian a los centroamericanos– son reconocidos como “mexicanos” por la gente de Puerto Madero, la localidad en la que vive desde hace casi 10 años. En cambio, Dina, de la misma edad que Josué, también nicaragüense y recién llegada a la localidad, ha tenido que enfrentar situaciones incómodas entre sus compañeros de escuela al parecer “muy nicaragüense” aún. La adolescente incluso ha sido excluida de beneficios, como la posibilidad de becas, que las autoridades escolares otorgan a los mexicanos, lo mismo que le ha ocurrido a una joven salvadoreña que reside legalmente en Puerto Madero y que utiliza documentos salvadoreños. Dina ha debido aprender, con el paso del tiempo, a parecer mexicana, aunque en el ámbito doméstico intercambia su identidad y resurge lo nicaragüense.

Intercambiar una identidad nacional por otra no simplemente resultaría un acto realizado para obtener un beneficio inmediato esperado, aunque esto pudiera ocurrir cotidianamente en un espacio social transfronterizo. Negar una identidad nacional y cambiarse de nombre, como lo ilustra la historia de “Dolores”, implica un intento por borrar aquellos episodios dolorosos que, a la larga, desencadenaron un proceso migratorio. Intercambiar una nacionalidad por otra significa, para

Moisés y su familia, la garantía de preservar la vida en caso de persecución política en un contexto de guerra y una respuesta ante un hostil ambiente de discriminación hacia la otredad extranjera. Veamos uno y otro caso.

### *De tres nombres, uno*

Dolores es una mujer que pasa de los 50 años, nacida en El Salvador, donde fue registrada como “Damaris”, pero llamada actualmente por el primer nombre, con el cual la asentaron sus padres adoptivos en Guatemala.<sup>106</sup> Llegada a México, hace 30 años, adoptó su tercer nombre: “Kendra”, pseudónimo que la identificaba como bailarina y trabajadora sexual en el famoso “Pijuyal”, la zona de tolerancia de Puerto Madero –ahora clausurada–, tan famosa, durante mucho tiempo, en la región del Soconusco y en el estado de Chiapas como “Las Huacas”, de Tapachula, o la “Zona galáctica”, de Tuxtla Gutiérrez. Su historia, adelantada en pequeños capítulos contados a cuentagotas y con mucha desconfianza por su protagonista, merece un párrafo aparte.

La mujer nació en El Salvador, donde fue registrada de niña, pero abandonada por su madre; vivió en Guatemala, donde fue asentada en el registro civil de este país por sus padres adoptivos; pero vivió sus últimos 30 años en Puerto Madero, donde ha sido trabajadora sexual y, ahora, retirada de aquel oficio, se dedica al cuidado y educación de sus hijas. El cambio de nombres, identidades, nacionalidades y de los documentos que dan fe de esos cambios (credenciales, actas de nacimiento, pasaportes) parece ser una constante en la trayectoria de Dolores, dependiendo de las circunstancias, necesidades y contextos. La desconfianza de Dolores hacia el investigador que interroga tiene muchas justificaciones, dependiendo del ángulo desde donde se quiera mirar. Pero quizás lo más determinante es que aquel, siendo hombre, se presente, para colmo de males, como salvadoreño. Dolores, simplemente, odia todo lo que suene a El Salvador.

En cierta ocasión, siendo niña, fue violada por siete hombres en su lugar de origen. Su propia madre, quien habría tolerado la agresión, era prostituta, pero

---

<sup>106</sup> Aunque ya se ha hecho referencia a la utilización de pseudónimos para proteger la identidad de los protagonistas de estas historias, es pertinente destacar en la trayectoria de “Dolores” que el intercambio y uso voluntario de nombres está asociado a distintos roles e identidades.

“asolapada”, según la acusación de Dolores. Los recuerdos hacia ella son sumamente negativos: su madre no sólo la abandonó, sino que la habría empujado al oficio en el que se ocuparía durante toda su juventud. Su padre, al parecer el único salvadoreño del que guarda un grato recuerdo, había sido asesinado; la figura paterna se pierde en el torbellino de la memoria. La niñez de Dolores, pues, fue tormentosa, a juzgar por las pocas palabras que le permiten su limitada y medida confianza.

En ausencia de su padre, el único ser amado, dice no haber encontrado otra opción en El Salvador y emigró, aún muy joven, hacia Guatemala, donde una familia la adoptó. Dolores no abunda sobre la familia adoptiva, pero el tránsito hacia su posterior ocupación resultaría muy natural, al menos en el relato. Allí, en Guatemala, habría comenzado a prostituirse, y allí comenzó a utilizar su tercer nombre. Nuevamente un gran salto en el tiempo: Puerto Madero aparece en el horizonte, para ser más específicos, “El Pijuyal”. Allí Dolores, consagrada entonces como Kendra, trabajaría como una “puta declarada” y no asolapada como su madre, según sus propias palabras. La mujer parece no avergonzarse de ello, pues lo cuenta con sobrada naturalidad.

Falta un último salto en el tiempo, sin referencia de fechas ni detalles. Mientras laboraba en “El Pijuyal”, Dolores conoció al padre de sus dos hijas –una de 21 y otra de 18–, quien, después de un tiempo, la abandonó por otra mujer. Además de procrear a sus dos hijas, los dos grandes motivos que ahora Dolores tiene para salir adelante, pudo alejarse temporalmente de su trabajo, aunque tuvo que regresar a él dadas las circunstancias adversas. En el 2010 ya no trabajaba en aquel lugar, pues encontró una nueva pareja, que conoce de su pasado y así la acepta. Ha formalizado un nuevo hogar. Es propietaria de un patio donde construyó una pequeña palapa y vive con una de sus hijas. La hija mayor se ha acompañado con un lugareño y reside en otra vivienda de la localidad.

Dolores, quien es beneficiaria del programa *Oportunidades*, participa de las actividades (charlas, reuniones) que supone el acceso a dicho programa. Se ha integrado a la sociedad porteña y, a los ojos de la gente, vive una vida normal, apartada de cualquier tipo de conflictos. De hecho, es de las mujeres más activas. La mujer se salió de El Pijuyal –o fue “sacada”, según el decir de mucha gente en

Puerto Madero—, formalizó un nuevo hogar y se ha apartado de su antigua vida. Dicho de otro modo, con todo y que las difíciles circunstancias la empujaron a negar ciertos referentes identitarios y roles desempeñados durante años, se ha forjado una nueva reputación y se ha quedado con una identidad nacional —la mexicana— y con un nombre con los que se siente a gusto.

La negociación de algunos referentes identitarios también se da en el caso de la familia de Moisés, todos originarios del departamento de Ahuachapán, en el occidente de El Salvador, a pocos kilómetros de la frontera con Guatemala. El grupo está compuesto por Moisés y “Sara”, padres de cinco mujeres y dos varones, los dos más jóvenes nacidos en territorio mexicano. Todos los miembros de la familia viven en “La Colonia”, desde 1983. El mayor de los varones vive con su madre, Sara. El resto de los hermanos vive con sus respectivas parejas, entre mexicanos y guatemaltecos, a no más de 100 metros de distancia de la casa materna.

Moisés, sin embargo, se ha separado de la madre de sus hijos, Sara, y vive desde hace unos años en una vivienda construida entre la playa y la carretera que bordea la costa, cerca del parque y la delegación municipal. Vive con “Amalia”, de origen guatemalteco, con quien no ha procreado hijos. Pese a lo anterior, los lazos paternos de Moisés siguen siendo muy fuertes y hay cordialidad entre Amalia y los hijos de aquél. El grupo familiar está constituido, pues, por siete grupos domésticos distintos que viven en torno a la casa de Sara, madre, abuela y bisabuela. No obstante, los protagonistas de esta historia son Sara, Moisés e Isabel, una de las hijas mayores, quienes a su vez narran desde su particular punto de vista las circunstancias de su huida de El Salvador en 1980, su tránsito prolongado por Guatemala y su llegada, también hasta cierto punto circunstancial, a Puerto Madero.

### *30 años en la clandestinidad*

Moisés se cambió en Guatemala los dos apellidos que adquirió al nacer. En este país se exilió por unos años. Ninguno de los dos apellidos con los que estaría registrado legalmente en El Salvador son comunes en México, por lo que, razonó, no había que levantar sospechas al haber huido de la represión militar en el país de

origen y vivir en el país de acogida sin documentación alguna. Moisés no tiene acta de nacimiento mexicana ni salvadoreña. Con la intervención de la oficina del Consulado de El Salvador, se buscó en el 2010 alguna prueba de su existencia jurídica en su municipio natal y, al parecer, no se halló alguna evidencia de que sea salvadoreño.<sup>107</sup> Moisés no existe legalmente ni en El Salvador ni en México, aunque en este país ha logrado probar su nacionalidad adoptiva sin que tenga ni acta de nacimiento ni credencial de elector. Ha bastado su palabra, que le vale después de casi 30 años viviendo en territorio mexicano.

Moisés está enfermo. En el año 2009 se había sometido a una cirugía por un cáncer de garganta que le habían detectado los médicos. Como consecuencia de este le habían extraído la tiroides y estaba siendo sometido a un riguroso tratamiento. Moisés es un hombre muy educado. En contraste con la madre de sus hijos, tiene un hablar pausado, que se torna entrecortado, por la reciente cirugía; pero habla muy claramente. Se le entiende todo. Parece que piensa bien lo que va a decir. El salvadoreño centra su primer relato en su trabajo como catequista en su lugar de origen.

El hombre se había vinculado a una facción progresista de la iglesia católica salvadoreña, muy activa durante el periodo en que se conformaron los movimientos revolucionarios y los grupos guerrilleros. No pocos catequistas, sacerdotes y religiosas tomaron las armas y se fueron a la montaña, por lo que el trabajo de Moisés era, digamos, peligroso. Este formó parte de una escuela de formación integral en Santa Ana, principal ciudad del occidente del país. Allí no sólo aprendió la doctrina social de la iglesia y algunos principios de teología, sino muchos conocimientos prácticos orientados a ser un “agente de cambio”, uno de los principales objetivos de la formación por aquellos años. En ningún momento de su relato Moisés habló de política o de persecuciones, como si el fantasma que persigue a la madre de sus hijos no le visita en casa. El hombre sólo relata experiencias de su trabajo, su vinculación con un sacerdote europeo –Enrique Gloden, quien todavía vive y está al frente de una casa de retiros en el occidental departamento salvadoreño de Sonsonate— y su posterior exilio a Guatemala. Ni

---

<sup>107</sup> Comunicación personal con el vicecónsul de El Salvador en Tapachula, Luis Perdomo Vidal.



siquiera menciona los motivos que los empujaron para salir del país. Habla de su experiencia con orgullo.

Moisés conduce su relato a Guatemala, donde la familia vivió unos meses. Pero abunda más en el periodo posterior a su llegada a Chiapas. Coincidiendo con el relato de su hija y de Sara, menciona que llegaron a un ejido cercano a la ciudad de Tapachula, a trabajar en el cultivo de algodón, que para los años ochenta fue uno de los más pujantes en la comarca, como también lo fue en amplias zonas del litoral guatemalteco y salvadoreño. Trabajaron en las plantaciones con todo y sus hijos, durmiendo en galeras y bodegas. A diferencia de muchos campesinos y ciudadanos salvadoreños exiliados desde esa época, la familia de Moisés no contó con el apoyo de ninguna institución o entidad nacional o internacional que mediara en su exilio. Huyeron solos y por sus propios medios y recursos, que eran muy escasos. Llegaron al Soconusco sin ninguna red de apoyo y tampoco encontraron alguna que los recibiera.

La única mencionada por Isabel y por su padre fue la comunidad católica local, que les ayudó para irse instalando paulatinamente. En ese entonces –inicios de los años ochenta—, sostiene Moisés, no era muy recomendable mencionar el país de origen, pues los agentes migratorios, que para esas fechas exhibían armas de fuego, frecuentaban las plantaciones, realizando operativos para detener a los que no tenían documentos. “Allí lo llegaban a sacar a uno, no es como ahora”, dice. Este no es el único relato en el que se menciona episodios en los que los agentes de migración llegaban, armados, a detener a los extranjeros indocumentados y los subían a autobuses que salían repletos hacia la frontera con Guatemala.

El hombre se define a sí mismo como agricultor, como campesino. Es un poco lento en la lectura y la escritura, pero lo sabe hacer. Mucho de lo que sabe más allá de la agricultura lo aprendió en sus años como catequista. A medida que Moisés toma confianza, revela más detalles de su vida. Ahora, en confianza, las motivaciones para huir ocupan una parte importante en su relato. Moisés sólo había atisbado algunos detalles de su pasado en la “organización”. A finales de los años setenta y durante toda la década del 80, todo lo que sonara a “organización” u “organizarse” era sinónimo de ser guerrillero en El Salvador. La gente organizada era precisamente la que estaba a un peldaño debajo de la incorporación a los

frentes militares. Tomar las armas era casi siempre el siguiente paso. Moisés estaba a punto de clandestinizarse. Había tomado conciencia de la situación del país en los cursos sobre doctrina social de la iglesia, que se impartía en la parroquia a la que asistía. Pero no le dio tiempo de dar el siguiente paso. Moisés fue delatado por los famosos “orejas”, miembros de un grupo paramilitar de exterminio llamado ORDEN, al servicio de las otrora fuerzas de seguridad salvadoreñas.

Tuvo que esconderse. El hombre anduvo en el monte como un mes y medio, comiendo lo que podía. Anduvo solo. Los primeros pasos que había dado en la organización no le habían llevado a conectarse con gente que le ayudaría en caso de tener que huir. No estaba suficientemente incorporado, pues. Tampoco tenía dinero para escapar lejos. Lo buscaban en su país e incluso en Guatemala. Su familia estaba escondida en casa de unos amigos, del lado salvadoreño. Moisés iba de un lado a otro, comiendo frutas y cualquier cosa que encontrara. “Cuando comía una tortilla al día me iba bien”, recuerda. Esta desconexión territorial y organizacional –esta fractura, digámoslo para seguir nuestro argumento– pesó tanto en su trayectoria de vida y ha definido mucho de lo que vendría después: su precario exilio en Guatemala y, posteriormente, en México.

En los confines de un país en guerra, justo en los límites occidentales, Moisés no encontró los apoyos suficientes para asegurarse una salida más segura y en condiciones más favorables. Es paradójico que un país tan pequeño, con 20,000 kilómetros cuadrados –un tercio de la extensión territorial del estado de Chiapas–, que en su parte más larga a penas ocupe 300 kilómetros lineales, exhiba estos aislamientos, pero así ha sido la realidad. Las fracturas territoriales de las que hemos hablado arriba tuvieron un tremendo peso en la trayectoria de Moisés. El viejo, entonces un hombre lozano, era un campesino pobre, concientizado en los cursos subversivos de una facción eclesial comprometida con la causa revolucionaria. Si Moisés hubiera sido un obrero o un sindicalista de las zonas urbanas quizás hubiera tomado otros derroteros. No tuvo mayores opciones.

Ya habían matado a dos compañeros de la lista en que se encontraba Moisés y le llegaba su turno. El 18 de marzo de 1980, el hombre estaba huyendo hacia el otro lado del río Paz, que divide a El Salvador con Guatemala. Su casa estaba a escasos dos kilómetros de la frontera. Pero por cuestiones que él deja al dominio de

lo sobrenatural no pudo llegar a su destino, al otro lado de la frontera. Caminó desde las siete de la noche por pastizales y pantanos, buscando cruzar el río. Era un camino que él conocía de memoria, pero que nunca encontró. Caminó hasta la 1 de la mañana y sentía que llegaba a dar al mismo punto. Estaba perdido. No pudo encontrar el sendero que había hecho tantas veces, yendo hacia un lugar en Guatemala donde realizaba reuniones clandestinas con otra gente organizada.

Una hermana suya que vivía en este último país fue por él, hasta los montes en los que se escondía. De hecho, era común para la época que los hombres perseguidos se iban a los montes, mientras que las mujeres y los niños se quedaban en las casas, si aún se podía garantizar su seguridad. Cuando no existía esta garantía, toda la prole huía a los montes en las famosas “guindas”.<sup>108</sup> La autoridad los buscaba por todos lados. Finalmente, pues, logró burlar los controles militares fronterizos. Su familia iba tras de él, en un autobús, el mismo día que Moisés huyó definitivamente y para jamás volver. ¿Nunca digas jamás? Para Moisés no aplica esta máxima. Jamás ha regresado a su país. El destino provisional sería la ciudad guatemalteca de Escuintla, a unos 120 kilómetros de la frontera con El Salvador. Allí se reunió la familia, después de meses de separación. En la huida iban seis miembros: el padre, Moisés; la madre, Sara; y los cinco hijos nacidos en El Salvador. El menor de ellos iba en brazos. Los hijos más jóvenes, se ha dicho, nacieron en México. Luego del reencuentro en Escuintla, transbordarían un nuevo autobús hacia Mazatenango, internándose más a Guatemala y alejándose de la frontera con su país. Estaban más cerca de México, que se convertiría en su destino final no planificado.

Los recursos les alcanzaron para llegar hasta un lugar conocido como La Máquina, en el departamento de Retalhuleu, más cercano aún a la frontera con México. En este último lugar, la familia estuvo como tres años. Moisés se ocupó como jornalero. Luego emigraron de nuevo a una localidad costera de ese departamento; allí sólo demoraron una semana, pues Moisés contrajo una bacteria que le provocó una severa infección en una muela. Nos situamos en mayo de 1983. Estando allí, la familia llegó a endeudarse en una tienda, cuya propietaria le daba

---

<sup>108</sup> Ver, nota 1.

fiado. Debían 11 quetzales con 25 centavos, según el detallado recuerdo de Moisés, a casi 30 años de aquel suceso.

Llegaron los días en los que no tenían absolutamente nada qué comer. Moisés sólo miró a sus hijos. Se encomendó a Dios. El hombre tiene mucha fe, también se ha dicho. En cada uno de sus relatos aparecen referencias divinas. “Ya verá hombre, Dios no nos va a abandonar”, le dijo a un compadre suyo. Ese día, como medida extrema, Moisés salió con su compadre a buscar a la playa algo con qué alimentar a su familia. “Yo pensé en una parlama”, me dice. Así les llaman en la costa chiapaneca y guatemalteca a las tortugas que llegan a la playa a desovar. Y eso fue lo que halló. En la arena, cuenta, logró ver cómo una tortuga había dejado suficiente evidencia que indicaba que había desovado cerca.

Su compadre, un experimentado “parlamero” identificó el lugar: los hombres estaban extrayendo nueve docenas de huevos. La docena se pagaba, en ese entonces, a 2 quetzales, la moneda guatemalteca. Estamos hablando, pues, de 18 quetzales. Moisés narra cómo algo le decía que él haría un hallazgo más. Caminó de nuevo a la playa, cerca de un pequeño acantilado y encontró el sitio donde otra tortuga había dejado sus huevos: “Yo sabía que a mí me tocaba mi parlama”, rememora. Once docenas habían allí, es decir, 22 quetzales adicionales. Moisés mandó a comprar maíz, frijol, arroz y aceite; le dio de comer a su familia y se alegró; pagó su deuda de 11 quetzales con 25 centavos y robusteció su fe.

El exilio no acabaría allí. El marido de Isabel, de las hijas mayores de Moisés, había viajado a Ciudad Hidalgo y a Puerto Madero, para ir a conocer la situación de ese lado de la frontera y a buscar alguna opción de trabajo. Le terminó gustando. El hombre, que es guatemalteco, se sabía mover con mayor propiedad por la zona fronteriza del Soconusco, en Chiapas, como muchos de sus paisanos. Convenció a la familia de su mujer que del otro lado del Suchiate las cosas pintarían mejor. Así fue como la familia entera llegó hasta una zona rural, en las afueras de la ciudad de Tapachula, precisamente sobre la carretera a Puerto Madero. Pronto se arrepintieron. Se remarca la misma situación que narra Pedro, el pescador: la gente es muy diferente; nadie presta ayuda; por el contrario, todos se querían aprovechar, mientras los agentes de migración andaban detrás de los extranjeros, para detenerlos y expulsarlos al otro lado de la frontera.

La gente no saca papeles falsos por puro capricho. Moisés los sacó en Guatemala por seguridad. Allí se cambió los apellidos. Quería probar a las autoridades del país al que había huido que era un guatemalteco más, que nada tenía que ver con los que andaban haciendo bulla del lado salvadoreño. Los papeles de su país originario quedaron atrás, en su humilde choza, olvidados en su huida. Actualmente no tiene ningún documento salvadoreño que le acredite la nacionalidad con la que nació. Cree no existir legalmente en El Salvador, pues no ha ido para allá desde que emigró en 1980 y, como se ha dicho arriba, así parece ser, según las pesquisas del consulado de su país. Moisés no tendría entidad jurídica alguna en su tierra natal. Como muchas alcaldías del interior del país fueron incendiadas durante la guerra, no sería del todo ocioso pensar que todo vestigio de su registro se haya perdido.

En Guatemala adoptó otro nombre y otra nacionalidad, sólo para sobrevivir. Moisés optó por salvar a su familia. Tuvo la opción de tomar las armas, clandestinizarse y quedarse en su país, pero perdió contacto con la gente que lo estaba organizando. Cosas del destino: desde Guatemala escuchaba la “Radio Venceremos”, que era la voz oficial de la guerrilla salvadoreña en plena guerra civil. Nunca el ejército salvadoreño pudo encontrarla, pues transmitía desde las montañas del oriental departamento de Morazán. La radio siempre estaba a un paso del ejército gubernamental. A Moisés le llegaban las ondas a kilómetros de distancia. Fue lo último que supo de su país. Ahora vive en Puerto Madero, a unos 350 kilómetros de su lugar de origen. Pero la distancia, en el tiempo y el espacio, parece ser mayor.

Un día de enero de 1992 escuchó a través de una radio guatemalteca –cuyas ondas no respetan la frontera y se esparcen por territorio chiapaneco– que la guerra había acabado en su país. Hasta entonces dejó de sentirse perseguido. En efecto, el 16 de enero de aquel año, la comandancia de la guerrilla del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y los representantes del gobierno del entonces presidente Alfredo Cristiani, se habían sentado en una fina mesa del Castillo de Chapultepec, en la capital mexicana, para firmar los Acuerdos de Paz que pondrían fin al conflicto armado en El Salvador.

Corría el año 2008 cuando Moisés se ilusionó con regresar al lugar desde donde se exilió, pero la enfermedad que atacó a dos de sus hijos terminó con los ahorros que había hecho para aquellos fines. Ahora que está enfermo tiene otros asuntos de qué ocuparse. Está en tratamiento en el hospital más equipado de toda la región del Soconusco y la Costa de Chiapas, “Ciudad Salud”, un centro del sistema nacional de hospitales de alta especialidad, financiado por el gobierno federal. Pocos tienen acceso a este centro de salud. Moisés lo consiguió por la gestión de un yerno suyo. Nadie allí sabe que no es mexicano o fingen no saberlo. Tampoco tiene acta de nacimiento ni credencial para votar, pero ha logrado probar su nacionalidad mexicana por otros medios: su forma de hablar, sus costumbres y su conocimiento del medio en que hoy vive. Su palabra, como hemos dicho, ha sido suficiente.

En suma, Moisés quizás no exista ya en los registros oficiales ni de El Salvador –de donde tuvo que huir negando su nombre–, ni en Guatemala –donde fue preciso retocar sus apellidos– ni en México –donde no se encuentra un expediente suyo más que en el hospital donde se recupera de su padecimiento. No obstante, Moisés es reconocido en Puerto Madero como un hombre de bien, preocupado por su familia y sus vecinos. Eso ha sido suficiente para él y para quienes le rodean.

El salvadoreño sale a vender un poco de pescado, para llevar el sustento a su hogar. Ya no quiere ir al terreno del marido de Isabel, donde cultivaba hortalizas y frutas. Ya no quiere trabajar más duro ni asolearse. Está cansado. No abandona la idea de ir de nuevo a su tierra, al lugar donde nació. A veces también trabaja como triciclero, en el triciclo que es de su propiedad. No está afiliado a ninguna asociación de ellos. Más bien trabaja libremente, como muchos en Puerto Madero, cuyo único requisito es ser el propietario de un vehículo o rentarlo. Su actual mujer, Amalia, se levanta temprano todos los días y, cuando la marea ha bajado, desciende a dónde las olas rompen sobre las piedras para buscar caracoles y otros moluscos que vende en la localidad. En un buen día, la mujer puede quedarse con una ganancia de hasta 300 pesos. Pero no siempre se corre con buena suerte.

Muchas mujeres en Puerto Madero se dedican a estas labores, pero es un trabajo que tiene sus costos en términos de desgaste físico. Amalia, curiosamente,

también se exilió en México. Llegó a Puerto Madero huyendo del conflicto armado en su país. La mujer menciona las masacres cometidas contra la población civil por parte de los cuerpos de seguridad guatemaltecos. Ahora tiene papeles mexicanos y habla como porteña; públicamente no se presenta como extranjera, aunque en el espacio privado habla como guatemalteca.

*“Pinches guanacos, pinches cachucos”<sup>109</sup>*

Sara, la madre, abuela y bisabuela, es quien ejerce la autoridad moral sobre toda la familia, desde que el padre, Moisés, viera mermada la propia frente a los suyos, al separarse de su mujer y acompañarse de Amalia. Como creyente católico que es, Moisés siente que vive en pecado y, aunque conserva su fe, ha visto disminuida su participación en dos de las instituciones más importantes en su vida: la familia y la iglesia. En la relativa ausencia del padre –sólo relativa, pues éste siempre está al tanto de las necesidades de toda la familia–, Sara emerge como el referente moral del extenso grupo familiar. La mujer destaca por el don del habla. Es bastante conocida en la localidad debido a su ocupación como rezadora. Sara es sumamente inquieta y levanta la voz al hablar. Es de carácter fuerte. Conversa con mucha confianza y propiedad y deja escuchar un tímido acento salvadoreño que nunca perdió, a pesar de que predomina el acento mexicano. Ella añade otros detalles de la huida de la familia desde El Salvador.

Todo habría comenzado por el compromiso que tenía Moisés como catequista, de aquellos cercanos a la corriente de la teología de la liberación, en una época –finales de los años setenta y principio de los ochenta– y en un país donde los cuerpos de seguridad gubernamentales y los grupos paramilitares perseguían todo lo que sonara a comunismo. El salvadoreño ya figuraba en una lista compuesta por cinco personas del cantón en donde residía, en el municipio de San Francisco Menéndez, en manos de los llamados escuadrones de la muerte, un grupo de paramilitares encargados de eliminar no sólo a guerrilleros, sindicalistas y catequistas confesos, sino también a cualquiera que fuera señalado como

---

<sup>109</sup> “Cachuco” es una de las expresiones despectivas más comunes en el Soconusco, para referirse a los guatemaltecos.

simpatizante o militante de los movimientos revolucionarios y las fuerzas insurgentes.

Moisés era el tercero de la lista de personas a eliminar y un amigo suyo le advirtió de que huyera o iba a ser alcanzado por los paramilitares. Así fue como huyeron todos de su natal Ahuachapán. Otros de los que aparecían en la lista huyeron para el Petén, en Guatemala. Sara incluso recuerda el nombre de los otros perseguidos, todos catequistas católicos, afines a la corriente progresista de la iglesia. La mujer asegura que Moisés ha quedado traumatado por la guerra, pues siempre anda con la sensación de que es perseguido y que lo van a matar, aunque hayan pasado más de 30 años desde aquellos sucesos.

Pero los fantasmas de la guerra no sólo parecen perseguir a Moisés, sino al parecer a toda la familia; todos parecen haber quedado anclados en el tiempo, en lo que se refiere a su relación con el país que los vio nacer. Su experiencia significativa más cercana en el tiempo es el momento en que tuvieron que salir corriendo para no ser eliminados por un enemigo a quien no le temblaba la mano para torturar desalmadamente, asestar el primer tiro y luego rematar. Ni siquiera la violencia social ni las pandillas, uno de los embates más dolorosos para los salvadoreños en los últimos años, han calado en el imaginario familiar.

Sara, su marido y sus hijos huyeron de su natal Ahuachapán en 1980 y desde entonces saben poca cosa de su país, como para no evocar malos recuerdos, como para no invocar el fantasma que les persigue. Su lugar de origen los separa únicamente unos 350 kilómetros y unas ocho horas de viaje con el lugar donde viven hoy, a tres décadas después de su exilio obligado; pero su experiencia vital abre una brecha infranqueable con su patria y con su historia, una fractura. Con todo, Sara también sueña con ir a El Salvador, pues no va desde que partieron, pero no sabe cómo, dado que sólo tiene acta de nacimiento mexicana y nada más.

Coincidiendo con el relato de su hija Isabel, Sara sostiene que los lugareños los trataron mal al saber que eran extranjeros: “Pinches guanacos, pinches cachucos”, les decía la gente de las primeras dos localidades rurales tapachultecas donde vivieron. “Guanacos” les llaman a los salvadoreños en Centroamérica y “cachucos” a los guatemaltecos en algunas regiones de Chiapas, pero despectivamente. Negarse como tales resultaría, pues, de lo más natural, cuando se



trata de salvaguardar una integridad que ha sido pisoteada recurrentemente. Negar, al menos en el ámbito público, una identidad nacional y adoptar otra, mediante la exhibición de un acta de nacimiento, es un acto, a todas luces, entendible, orientado a resarcir aquella integridad; es, a fin de cuentas, un paso dado con dirección hacia el reconocimiento de una dignidad negada, un intento por integrarse, como único medio accesible, a una sociedad injusta con la otredad extranjera.

### **Ana: Tanteando la vida**

Ana, también salvadoreña, es originaria de una de las localidades del departamento de La Libertad, que destaca a nivel nacional por sus índices de violencia en este país centroamericano. Ana está casada legalmente en su país, pero no vive con su marido desde que se separó de este. Es madre soltera, según se define a sí misma. Tiene 3 hijos, dos mujeres y un hombre, todos viviendo con sus respectivas parejas en El Salvador. Reside en Tapachula desde inicios de 2008, cuando llegó a esta ciudad con la intención de encontrar a su tío, a quien le pediría ayuda para buscar un traficante de personas que la conduciría hasta Estados Unidos, el destino imaginado. Por las diversas contingencias en el viaje, terminó quedándose en Tapachula.

El caso nos muestra un proceso migratorio fragmentado, inacabado, atrapado por las contingencias del viaje. Dicha fragmentación se explicaría, en buena medida, en el origen, en las experiencias previas que marcan y estrechan/amplían la gama de opciones. Evidencia un tránsito inconcluso, congelado en el tiempo y en el espacio, un tránsito que ubica a sus protagonistas en un estado liminal permanente, en tanto no se está en el lugar imaginado (el norte), pero tampoco se renuncia a llegar alguna vez a éste. El periodo liminal se define, para Víctor Turner, como lo intermedio, donde “las características del sujeto ritual (el ‘pasajero’) son ambiguas, ya que atraviesa un entorno cultural que tiene pocos, o ninguno, de los atributos del estado pasado o venidero” (Turner, 1988: 101). Mientras tanto, las circunstancias –la mayoría de las veces hostiles en este espacio fronterizo– fuerzan los arreglos pertinentes para enfrentar aquellas circunstancias. Varados en el tiempo y el espacio, los migrantes que viajan en y desde las márgenes

tienen que echar mano de sus limitados recursos para enfrentar aquellas circunstancias. Deben habilitar los espacios de acción necesarios para garantizar la subsistencia y, de paso, reajustar los planes migratorios. Si terminan quedándose, el objetivo suele ser una integración silenciosa. Esta última puede postergarse o tornarse difícil si nunca se abandona la idea de seguir hacia el norte. El caso, entonces, pone a trasluz los acomodos y reacomodos, los cálculos que hacen los migrantes durante sus trayectorias y cómo los sitios de destino definitivo no fueron previamente planificados. Muestra, en definitiva, historias de tanteos.

### *Vidas atribuladas*

Ana fue abandonada por su madre cuando cumplió un año de edad. Su padre se hizo cargo de ella. Se crió en una hacienda de la localidad de donde es originaria. Su padre era empleado de aquella y cambiaba de mujer a cada rato. Una de estas mujeres es la madre de “Cecilia”, hermana de Ana por la línea paterna. Su padre murió cuando ella había cumplido siete años. A esa edad, pues, quedó huérfana. Su progenitor yace en el cementerio de un municipio vecino. Ella quiso irse a vivir con una tía, tras la muerte de su padre, pero otros adultos de la familia decidieron que se fuera con otros parientes, a otro municipio de la misma zona. Esta decisión, ajena a la voluntad de Ana, la marcaría de por vida.

Tenía 11 años cuando fue violada sexualmente por un tío en su nuevo hogar. Vivía en un cantón donde todo era tabú, así que no podía hablar nada de ello. No podía hablar nada de nada, pues era una niña. Después de la violación se dio cuenta de que le iba creciendo el estómago. No sabía qué era eso de un embarazo. Toda la semana –una semana santa, azares del destino– pasó con dolores de parto, pero no paría. El bebé nació hasta el sábado de gloria, sin ayuda alguna de enfermera o partera. A los 12 años se convirtió en madre. Su primera reacción, naturalmente, fue rechazar a su bebé. Se fue para Santa Tecla, la cabecera departamental de La Libertad, que forma parte del Área Metropolitana de San Salvador. Dejó a su bebé con la familia del tío que la violó. Su hijo llevaría por nombre “Alberto”.

Llegando a su destino anduvo por las calles, buscando comida entre la basura. Una mujer que la encontró allí, en las calles de una de las ciudades más

importantes de su país, la llevó a una colonia de San Salvador, donde la empleó como trabajadora doméstica, pagándole 20 colones al mes. Ella tenía 13 años. Allí, a la colonia, llegaba el futuro padre de sus dos hijas. El hombre vivía en otro municipio del departamento de La Libertad. La conquistó a sus 13 años y se la llevó para su casa. Volvía a la región de donde es originaria. Al poco tiempo, teniendo 15 años, quedó embarazada por segunda vez y daría a luz a una niña, a quien pondría por nombre “María”. El hombre, que comenzó a beber y a salir con otras mujeres, la maltrataba, le pegaba. Aún así, la había hecho madre una vez más. El padre de la niña se perdía hasta una semana entera, pues la engañaba con otra mujer. Ana llegó un día a la casa por su ropa y allí encontró al padre de sus hijas con la otra mujer. Aquella tomó fuerzas para enfrentarlos a los dos. No se quedó callada y se fue para jamás volver a esta casa. Partió con sus dos hijas; la menor, “Jasmine”, recién nacida.

Luego emigró de nuevo, esta vez al municipio de Soyapango, en San Salvador. Allí trabajó una vez más como empleada doméstica. Estando allí, en la casa donde se empleaba, gritaba por las noches, ahogando su grito en una almohada, por todas las situaciones que había pasado. Luego comenzó a trabajar en un restaurante de comida china, en la colonia Escalón, una zona exclusiva de San Salvador. Ana siempre iba por su hija menor a la escuela. Vivía con ella. Era la mayor la que estaba en disputa con el padre y a veces iba con este, pero al cumplir los 15 años decidió irse definitivamente con su madre. Por el contrario, cuando Alberto, su primer hijo, cumplió los 13 años, se fue de la casa. Éste trabajó como cobrador en un bus urbano. Un día le fueron a avisar a Ana que Alberto estaba preso en el más popular reclusorio del país, el Penal “La Esperanza”, conocido popularmente como “Mariona”. La policía le había encontrado marihuana entre sus pertenencias. Ana lo visitaba, pero un día decidió no ir a verlo más, por las peleas constantes que tenía con él. Alberto le recriminaba a su madre porque lo había abandonado al nacer, mas no sabía las razones.

La madre se desgarraba por los problemas con su hijo, quien se sentía poco amado, pues se había criado con otros parientes mientras Ana trabajaba lejos. Finalmente, Alberto salió libre y decidió irse a vivir con su madre. Un nuevo reencuentro. Vivían juntos en una colonia del municipio de Soyapango. Allí vivían

los cuatro: Ana, sus dos hijas y Alberto. Este había conocido a otro hombre y comenzó a traficar con drogas de nuevo. Movía alijos completos, grandes cantidades. Un día de 1999, cuando Ana veía la televisión, su hijo estaba en las noticias. Había caído preso de nuevo, tras un tiroteo con la policía. Otro golpe. Pero esta vez estuvo preso sólo 3 meses, debido a que los policías y jueces involucrados se habrían dejado sobornar. Ana nunca le había contado la historia a su hijo de cómo fue que vino al mundo. Pero finalmente le confesó todo. Le dijo que su tío la había violado y que la criatura que nació de esa violación era el mismo Alberto. Le contó, además, todo lo que tuvo que sufrir al convertirse en madre a los 12 años y de cómo optó por dejar la casa y “abandonar” a su hijo cuando este era recién nacido. Después de esa plática, Alberto comenzó a cambiar.

Cuando tenía 3 años de estar junto con su última pareja, Ana se casó por lo civil. El trabajo siempre ha sido parte importante de su vida. Eso le da autonomía. Cuando había una oportunidad laboral la aprovechaba; no se quedaba tranquila hasta que lo conseguía. Trabajó en El Salvador en los siguientes empleos: fue empleada doméstica desde que se fue de la casa, a los 13, pasando por diversas casas en los municipios de Soyapango, Mejicanos y San Salvador; luego, cumplidos los 21 años, trabajó en el restaurante chino en la capital, durante dos años; de 23 años entró a trabajar como ordenanza al Ministerio de Obras Públicas, donde permaneció por diez años, en los cuales continuó estudiando y se graduó de bachiller. Estando en esta oficina de gobierno se acogió a un decreto de retiro, en 1995, y se quedó entonces temporalmente sin trabajo. Su yerno le consiguió trabajo en un laboratorio farmacéutico, donde laboró por dos años, pasando por todos los departamentos de la empresa; después se ocupó como recamarera en un hotel capitalino, finalmente, como interina en un reconocido laboratorio, durante dos meses, hasta enero del 2008, cuando ya preparaba su viaje hacia Estados Unidos.

### *El miedo como motor*

Ana emigró de El Salvador el 1 de febrero del año 2008. Partió a las 5 de la mañana desde la terminal de Occidente, en San Salvador, con destino a Sonsonate, acompañada de su yerno, esposo de María, su hija mayor. Tomó un autobús en este lugar, para dirigirse a la frontera con Guatemala, por el paso de La Hachadura. La

terminal de Occidente es el sitio desde donde parten los autobuses que conducen a la ciudad fronteriza guatemalteca de Tecún Umán, justo al lado del río Suchiate, que divide a Guatemala con México. También desde allí sale un autobús que se dirige a Flores, en el Petén guatemalteco, un sitio clave de la ruta que utilizan los migrantes que se internan a territorio mexicano por el estado de Tabasco, que, con la ruta costera del Pacífico, son las dos grandes rutas más utilizadas por los migrantes indocumentados que persiguen arribar a Estados Unidos.

Al pasar el puente internacional sobre el río Paz, que separa a El Salvador con Guatemala, Ana mostró su DUI (Documento Único de Identidad) a los agentes salvadoreños de migración que custodian la estructura. En virtud del acuerdo migratorio centroamericano CA-4, cualquier ciudadano de estos países puede atravesar las fronteras sin necesidad de un pasaporte. Luego, tomó otro bus, desde Ciudad Pedro de Alvarado, ya en territorio guatemalteco, hasta La Garita y desde allí hasta Tecún Umán, la ciudad fronteriza más meridional que Guatemala tiene con México. Para llegar de frontera a frontera por esta ruta debe seguirse la llamada Carretera del Litoral o CA-2, que tiene una longitud de unos 300 kilómetros en su parte guatemalteca y conecta las ciudades de Escuintla, Retalhuleu, Mazatenango y Tecún Umán, de oriente a occidente. Esta es la ruta más utilizada por los salvadoreños, hondureños y nicaragüenses que residen en Tapachula y sus alrededores para viajar a sus países de origen y viceversa.

Ambos, suegra y yerno, viajaban con sólo una mudada de ropa, además de la que vestían. Los 400 dólares que llevaba Ana y los 300 de su yerno los escondían dentro de la camisa, en una costura falsa y en el cinturón, que los salvadoreños llaman “cincho”. Llegaron a Tecún Umán a las 7 de la noche. Allí cambiaron 100 dólares por pesos mexicanos. Fueron víctimas de una primera estafa, a manos de una mujer que les dijo que los llevaría hasta Palenque, en el estado de Chiapas, y sólo los dejó al otro lado del Suchiate. Aquella localidad chiapaneca ni siquiera está en la ruta, pero dado el desconocimiento de ambos sobre la geografía mexicana, fueron presa fácil de la estafa.

Una vez en suelo mexicano, un triciclero de Ciudad Hidalgo les cobró 50 pesos a cada uno por llevarlos desde los márgenes del río hasta el sitio de los microbuses que parten hacia Tapachula. La distancia es, a penas, de unos cuantos

metros, pero nuevamente sacaron provecho de la inexperta pareja. Llegaron a esta última ciudad pasadas las 8 de la noche, sin haber comido durante todo el día. Recuérdesse que habían partido de San Salvador a las 5 de la mañana. Martha llevaba la dirección de un tío suyo que vivía en Tapachula desde hace varios años, que ella vio por última vez cuando era niña; sin embargo, no encontró el papel en el que había apuntado la dirección.

Una mujer que encontraron en el sitio de los microbuses en Tapachula les recomendó hospedarse en un hotel específico, para que pasaran la noche. La habitación por la que pagaron 50 pesos estaba sucia y muy deteriorada. Ana no pudo dormir durante toda la noche, esperando a que amaneciera para buscar a su tío. Pasada la noche, entre sobresaltos por el temor que le generaba el lugar desconocido y las condiciones deplorables del mismo, Ana y su yerno buscaron, muy temprano, a la mañana siguiente, la central de autobuses conocida localmente como “La Colón”, dispuestos a continuar solos su viaje, dado que habían perdido la esperanza de contactar al tío.

Afuera de la terminal, donde siempre hay taxistas esperando a potenciales clientes, fueron abordados por uno de ellos, quien comenzó a hablarles como cristiano: “Nos echó de ver la cara de aflicción que teníamos”, comenta Ana. El taxista, quien seguramente habría visto ya cientos de caras de migrantes afligidos, los convenció de llevarlos hasta la ciudad de Arriaga, ubicada a 270 kilómetros de Tapachula, en el otro extremo de Chiapas. Los dos aceptaron la oferta y emprendieron el viaje. Al llegar a la primera caseta migratoria, ubicada a la entrada del municipio de Huehuetán –a unos 15 kilómetros de Tapachula–, el taxista les indicó que se bajaran de la unidad, para poder evadir a las autoridades migratorias, y que lo esperaran delante de la caseta; antes de bajarse debieron adelantarle una cantidad de dinero para “echarle gasolina” al taxi. La pareja nuevamente accedió. Ambos rodearon la caseta, siguiendo unas veredas entre sembradíos y salieron de nuevo a la carretera, más delante de la caseta migratoria. Estando en el sitio que les indicó el taxista y habiendo pasado ya el tiempo acordado de espera, cayeron en la cuenta de que habían sido estafados de nuevo. Ana sintió una mezcla de rabia, frustración y miedo. Este último la movió a regresar de nuevo a Tapachula: “En El Salvador le meten miedo a la gente, que no lleven nada, ni dinero ni teléfonos”,

pero es el miedo originario, el del lugar de origen, el que también impulsa, y más fuerte, a la gente a emigrar y arriesgarse en el camino.

### *Al destino no se llega de la noche a la mañana*

El papel donde había apuntado la dirección del tío residente en Tapachula se había quedado pegado en algún lugar, que no fue encontrado en su momento, debido a la premura y el nerviosismo que provoca el primer viaje como indocumentado por México. Regresando a Tapachula, con un poco más de calma, Ana encontró el referido papel con la dirección. Allí mismo estaba el respectivo número de teléfono. En Tapachula abordaron a otra mujer, quien resultó ser una Testigo de Jehová. Esta los llevó a una caseta telefónica, de las muchas que se encuentran en las cuadras adyacentes al centro de la ciudad, sitio desde donde los migrantes hacen sus llamadas para avisar a sus parientes que aún están vivos y que siguen su camino o para decirles que se quedarán temporalmente en esta ciudad. Ana logró comunicarse. Luego, la misma mujer los llevó hasta el microbús que los conduciría a la colonia donde vivía su tío.

Llegando a la colonia y al andador correctos preguntó por el pariente buscado. A un día de la llegada de Ana y su yerno a Tapachula, el 2 de febrero, tío y sobrina se reencontraron, aunque el vínculo ya era muy débil tras el paso de los años. El pariente les dio alojamiento temporal. Él mismo acompañó a Ana hasta el Ministerio Público para denunciar la estafa de la que ambos habían sido víctimas con el taxista. Ella había anotado las placas del vehículo y quería denunciar. Pero en aquella institución no mostraron mayor voluntad para recibir su denuncia y le recomendaron que mejor desistiera de la misma. Ana fue muchas veces para proseguir con su denuncia pero, al cabo de las reiteradas negativas, terminó desistiendo.

La sobrina planteó a su pariente encontrado las intenciones de irse para Estados Unidos. Este escuchó su plan y asintió. Le aseguró que la contactaría con un coyote de confianza que le cobraría 1,300 dólares americanos por llevarla hasta su destino. El tío la llevó hasta el coyote, quien vivía en un ejido que se encuentra sobre la carretera a Puerto Madero. Allí, Ana padecería una de las situaciones más difíciles de su estancia en Tapachula, al verse forzada y hostigada sexualmente por

el coyote de supuesta confianza: “Nunca me hubiera llevado allí, tío”. El coyote es guatemalteco. Fue la primera persona que Ana conoció, a los 8 días de haber llegado a Tapachula. El traficante ha sido trailero y, eventualmente, la hacía de coyote. Los trailereros conocen bien las rutas y ciertos detalles imprescindibles para negociar con autoridades y otros actores.

A un mes de que Ana quedó con el coyote, esperando a que la llevara hasta el Distrito Federal, ya había depositado 1,200 dólares por un servicio que éste nunca cumplió. Ana quería regresar a su país, pero, al cabo del tiempo, comenzó a acostumbrarse a la situación de sometimiento. Vivían ya como pareja. Terminó quedándose con aquel hombre porque se dijo a sí misma que prefería esto a volver a El Salvador, con los problemas que allá tenía. El hombre, no obstante, siempre la trató bien, según Ana. Los dos se acostumbraron el uno al otro. La salvadoreña llegó a administrarle los negocios y lo acompañaba en sus viajes a distintos lugares de México. Ella viajaba sin documentos, pero nunca fue revisada por algún agente migratorio. Uno de los negocios era la venta ilegal de diesel, el cual contrabandeaba desde Chiapas. La salvadoreña resume así la demora en sus planes: “Si quieres llegar al otro lado, no va a ser de la noche a la mañana”. Probablemente esta haya sido la situación más difícil que haya tenido que enfrentar desde que cruzó la frontera.

Ana quiso emigrar desde que se separó del padre de sus hijas. Se detuvo porque estas aún eran pequeñas. No las quería dejar. Pero se le juntaron todos los problemas y ya no aguantó más. Tenía dos casas en El Salvador. Vivía bien. Su marido la complacía en todo. Realmente la trataba bien, aunque le era infiel. Ella era una madre sobreprotectora. Encontró un muchacho en su colonia que le ofreció guiarla y atravesar todo México por únicamente 200 dólares, pero no se fue con él. Desconfió. Estaba desesperada por los problemas. Tenía 19 años cuando se separó del padre de sus hijas. Desde entonces se fue tejiendo con más fuerza el sueño de emigrar: “toda mi vida ese ha sido mi sueño”. 25 años después del rompimiento, cuando sus hijas ya habían crecido, se decidió de una vez por todas y juró no regresar. Llegó a Tapachula, hemos dicho, a principios de febrero de 2008, acompañada de su yerno. Este último no aguantó ni una semana y se regresó. Ella



volvería temporalmente a su país hasta los seis meses de permanencia en Tapachula.

En definitiva, Ana se terminó quedando en Tapachula, abandonando inmediatamente su plan original de llegar a Estados Unidos, aunque ha podido desplazarse hacia otros sitios de la República mexicana donde pensaría en emigrar en caso de que vea cerrados los espacios laborales en Tapachula. Ana sigue viviendo allí y va de bar en bar buscando la mejor opción laboral. Pese a que ha tenido ofertas de pretendientes para acompañarlos a vivir en otros sitios, Ana se siente relativamente cerca de El Salvador, a donde suele viajar con cierta frecuencia para ver a sus hijos. Tapachula está lo suficientemente lejos de sus malos recuerdos salvadoreños, pero lo necesariamente cerca para mantener los fuertes vínculos que aún la acercan a su pasado.

## **Conclusión**

Hemos querido presentar las historias de salvadoreños con el afán de argumentar, en primer lugar, cómo algunas fracturas de las que hemos hablado arriba van marcando la pauta en los procesos migratorios de la gente. Esas rupturas, que comienzan a constreñir los espacios de acción en los países de origen de los migrantes, les acompañan como pesados lastres durante sus trayectorias migratorias. Aún así, motivan la acción de emigrar. De este modo, la situación de violencia conyugal fue suficiente motivo para que Blanca tomara la decisión de emigrar, aunque la carencia de recursos y de información sobre el viaje, entre otros elementos, pesaron a la hora de modificar la trayectoria migratoria y la salvadoreña terminara abandonando su objetivo migratorio, llegar a Estados Unidos, el cual ni siquiera estaba segura que alcanzaría. Blanca emigró “como sin rumbo”, buscando un norte imaginario que se tornaba difuso, pero que se fue aclarando al encontrarse en la otra ribera del Suchiate.

Durante ese trance debió echar mano de una estrategia, el acompañamiento temporal con una pareja, acción que cuestionó sus valores más íntimos, mismos que fueron relativizados frente al objetivo mayor, que era escapar de una situación anímica insostenible en el país de origen. Asimismo, Blanca, quien destaca por un fuerte sentido de autonomía y laboriosidad, se agenció una serie de conocimientos

sobre los negocios que le han permitido ahora salir adelante en Puerto Madero, desde donde hace su vida, vive legalmente y viaja a su país sin muchas complicaciones. Apoyada por su actual marido –un porteño de origen–, por sus hijos que viven en Estados Unidos y por sus amistades más cercanas, Blanca siente que ha alcanzado su objetivo primordial: vivir tranquilamente.

Rosa también debió ajustar su plan migratorio al encontrarse en Puerto Madero sin dinero, el principal recurso que necesitaba para continuar su viaje y reunirse con su único pariente cercano, su hermano menor, quien residía sin documentos en Estados Unidos. Rosa se halló atrapada en el afán de ahorrar suficiente dinero, habiendo pasado cinco años durante los que se empleó en igual número de palapas restauranteras, se había embarazado de un marinero mexicano y tenía ahora una hija. Tramitaba su situación jurídica con todas las de la ley, no para viajar a su país, sino para procurarse un mejor empleo. Rosa se había quedado ya en Puerto Madero.

Pedro, el pescador salvadoreño, llegó a la localidad porteña porque buscaba un sitio en donde pudiera ejercer el oficio que había aprendido siendo joven en su natal Acajutla, donde los recursos pesqueros habían escaseado hasta niveles alarmantes. Al pescador lo empujó su espíritu aventurero y su afán de escapar de una situación anímica y familiar difícil. Hizo el intento en una localidad guatemalteca que aparecía en su carta náutica, pero allí no encontró las condiciones que buscaba. Había que probar más al norte, en mares desconocidos para él. Así fue su llegada a Puerto Madero, donde pudo comprar un pequeño lote, construir una vivienda digna y mantenerse a flote como pescador independiente durante unos ocho años, hasta que la crisis de la pesca en la localidad le limitó de nuevo sus opciones. Diez años después de su llegada se había lanzado de nuevo hacia el norte, esta vez hasta las costas de Sonora, en el norte de México.

Moisés, un campesino afín a los movimientos eclesiales de liberación en El Salvador, tuvo que emigrar para salvar su vida y la de los suyos, desde las márgenes de este pequeño país, para recalar, años después, en las márgenes del estado mexicano, allí donde ha tenido que negar su identidad nacional para no ser más discriminado. Las fracturas territoriales y sociales de su país incidieron en que Moisés describiera una trayectoria también fracturada, con mínimos espacios de

acción. Ahora reside en Puerto Madero, donde ha aprendido a vivir como mexicano. No renuncia visitar su país, pero no volvería atrás.

La marcha atrás es simplemente impensable para Dolores, para quien El Salvador se reviste de un halo negativo que pretende negar, como también negó de hecho su nacionalidad y la intercambió por la guatemalteca, primero, y la mexicana, finalmente, coincidiendo plenamente con la trayectoria vital de Moisés, en diferentes circunstancias. Ambos casos evidencian que cuando hay un tremendo peso de las fracturas, los espacios de acción se reducen al mínimo. Finalmente, para Ana, el nuevo contexto le ha posibilitado una gama de opciones, en cuya consideración ha debido confrontar, al igual que Blanca, sus valores más preciados. La trayectoria de Ana, como la de otros salvadoreños, muestra cómo la ubicación de la región del Soconusco en la ruta migratoria hacia el norte, posibilita que muchos migrantes centroamericanos terminen abandonando sus planes originales y encuentren opciones nada despreciables para vivir y trabajar en esta región. La decisión de quedarse es, a su vez, la antesala de la convivencia en un nuevo contexto. Llega el momento de esbozar los principales elementos que definen la convivencia entre salvadoreños, otros centroamericanos y mexicanos en estos espacios fronterizos.

## **CAPÍTULO VI**

### **EL PUERTO COMO ÚLTIMO REFUGIO**

#### **O POR QUÉ NO SE ORGANIZAN LOS CENTROAMERICANOS**

Puerto Madero, démoslo por sentado, se ha convertido no sólo en el destino definitivo de muchos salvadoreños y otros centroamericanos que se han quedado en su camino hacia Estados Unidos o que llegaron aquí porque, trabajosamente, ya habían construido fuertes lazos sociales. Puerto Madero funge también como el último refugio de muchos migrantes que, voluntariamente, persiguen el anonimato. Es un sitio idóneo para fugarse, para esconderse. Erigido en las márgenes de un país mucho más grande, allí entre el mar y los cultivos de mango y plátano, donde el Estado mexicano apenas alcanza a llegar, Puerto Madero recibe a aquellos anónimos que persiguen prolongar su anonimato porque huyen de situaciones insostenibles en sus países de origen. Recalan aquí en sus fragmentadas trayectorias migratorias, siendo que el sitio también se presta para las fragmentaciones.

Muy pocos llegan para hacerse notar, lo que explicaría, parcialmente, que no construyan organizaciones identificadas por un origen nacional común. En otras palabras, conocemos pocos indicios de organizaciones de salvadoreños, de hondureños o, incluso, de guatemaltecos, cuya presencia es de larga data. No se organizan como colectividad extranjera porque, sencillamente, encuentran seguridad al permanecer anónimos y, en términos generales, temen despertar como colectividades centroamericanas. A contracorriente con la intuición de los Comaroff (2006: 124), la identificación nacional no fungiría como un principio de acción social colectiva. En otras palabras, del reconocimiento público como colectividad salvadoreña o centroamericana organizada no se seguiría, en principio, una mejora en las condiciones de vida de esa colectividad. Los migrantes buscan, en su gran mayoría, pasar desapercibidos ante las autoridades del país que los recibe. Acuden a ellas sólo para conseguir ciertos beneficios que les son vedados a los extranjeros, como los programas gubernamentales de alivio a la pobreza, que en

estos lugares pueden ser la diferencia entre la pobreza extrema y una vida más o menos llevadera.

Estos migrantes se enfrentan a un contexto sumamente hostil hacia la otredad extranjera centroamericana, lo que también explicaría los miedos a emerger identificados por su origen nacional. Prefieren mimetizarse en esa sociedad hostil y poco solidaria, abandonando los marcadores que delatan sus resabios centroamericanos. En un estado de cosas así constituido, pocos visos hay de que alcancen a organizarse tomando como eje de acción el origen nacional, lo cual tampoco quiere decir que no se organicen: construyen tejidos comunitarios y organizativos, pero éstos no están cruzados por su origen nacional, sino por la gama de posibilidades que encuentran en los sitios de destino. En otras palabras, mientras un reconocimiento público de su origen nacional les cierre opciones organizativas, sus marcos de calculabilidad, sus márgenes de acción se amplían conforme adoptan las reglas del juego mexicanas.

Por otro lado y para introducir más matices, las identificaciones nacionales pudieran incidir en una mayor integración en el mercado laboral que, como hemos mostrado en apartados anteriores, aparece segmentado en términos nacionales, abriendo posibilidades a las personas migrantes originarias de determinados países. Sin embargo, estos procesos se dan en el dominio de la informalidad, sin que haya alcanzado a construirse una estructura formal –como la organizativa, por ejemplo– que dé soporte a dichos procesos. En otras palabras, para los salvadoreños y salvadoreñas que quieran insertarse en el mercado laboral, que abre ciertas opciones a dicha nacionalidad pero le cierra otras, les resulta mucho más factible guiarse por canales informales.

Las limitadas potencialidades de organización –ya sea por motivos nacionales o de cualquier índole– están condicionadas también por las fracturas que prevalecen en este espacio fronterizo, en la misma línea que hemos argumentado las rupturas centroamericanas al final del capítulo II. La fractura que más resiente la gente de Puerto Madero quizás sea de orden político-administrativo, de la cual se desprenden otras tantas: estar al margen de las decisiones políticas a nivel municipal, estatal y federal acarrea para los porteños una serie de problemas que podríamos resumir en una sola palabra, exclusión. Los porteños –sean estos

mexicanos o centroamericanos— se sienten excluidos, se sienten no tomados en cuenta. En respuesta a ello han tejido una urdimbre social que poco espera de las autoridades gubernamentales, posibilitando la emergencia de los intermediarios, que son los que conectan los mundos de vida de la gente de a pie con aquellas autoridades.

La violencia en diferentes manifestaciones es uno de aquellos problemas. La convivencia entre la gente en Puerto Madero como en otras localidades fronterizas mexicanas en el sureste están mediadas por situaciones violentas, no sólo hacia los extranjeros centroamericanos, sino entre los mismos mexicanos. Violenta es la situación de trata *de facto* que atañe a Blanca como a decenas de mujeres centroamericanas recién llegadas a estas localidades. Se ejerce violencia contra los extranjeros tanto cuando se les excluye de los programas de alivio a la pobreza, porque de ello pudiera depender su subsistencia, como cuando se les discrimina y se les limitan opciones para poder introducir mejoras en sus vidas. Esas formas de violencia también explican el hecho de que no alcancen a organizarse o siquiera mostrarse públicamente como colectividad dispuesta a bregar por unos intereses compartidos. Si algo genera el círculo vicioso de la violencia es el aislamiento.

### **Blanca: Trata *de facto***

Retomemos la trayectoria de Blanca, la salvadoreña que, escapando de la situación de violencia conyugal y buscando un norte difuso, encontró al otro lado del Suchiate la seguridad ansiada y terminó dibujando perfectamente los contornos de su norte. Al llegar a Puerto Madero, Blanca se ocupó rápidamente en un restaurante ubicado en la zona del muelle, en las instalaciones industriales de Puerto Chiapas. Trabajó como cocinera y, paulatinamente, fue aprendiendo a preparar las comidas locales, muy diferentes a las que ella cocinaba en su tierra natal. El área de servicio de restaurantes es complementaria a la ubicada en Puerto Madero, al sureste de esta localidad. Muchos extranjeros, sobre todo mujeres, se emplean en estos sitios como cocineras o meseras, tras su llegada a la localidad. Este es considerado por los lugareños un empleo honrado. Sin embargo, en algunas de esas palapas, las menos visibles, las meseras llegarían a prostituirse o a

involucrarse en el consumo o venta de drogas, cambiando la percepción que la gente tiene de esta ocupación.

La norma dicta en muchos de estos negocios que para las recién llegadas no hay un salario estipulado, so pretexto de que aquellas cuentan con alojamiento y alimentación. El salario tiene que ser ganado a fuerza de trabajo duro y prolongado. Tal norma se complementa, a menudo, con la amenaza patronal de que las empleadas serán entregadas a las autoridades migratorias o policiales si se atreven a reclamar algo más que alimentación y alojamiento. Si bien el caso de Blanca no pasaría probablemente los filtros técnicos y jurídicos para estipular el delito de trata de personas para fines de explotación laboral (la mujer, por ejemplo, no fue traída de El Salvador por engaños o en contra de su voluntad), sí lindaría con este, debido a que refleja una forma más tenue de sometimiento y una clara explotación laboral que, como hemos venido diciendo, constituye una norma aceptada en estos espacios fronterizos. Podríamos hablar aquí de una especie de “trata de facto”, en el entendido de que la falta de reconocimiento o apego al ordenamiento jurídico formal no exime que se dé, efectivamente, una situación de sometimiento que menoscabe la integridad moral –y, en no pocas veces, física– de la persona.

La jornada laboral en la cocina era extenuante para Blanca. La propietaria del negocio, una mujer porteña, le ofrecía a la salvadoreña únicamente un espacio dónde dormir durante la noche y dos tiempos de comida. Nunca hubo un salario. Dado que, a su llegada, Blanca no tenía documentos oficiales (ni salvadoreños ni mexicanos) que presentar en el banco, no podía cobrar la remesa que le enviaban sus hijos desde Estados Unidos. Era la patrona quien hacía los respectivos cobros y quien se quedaba con una buena parte de la remesa, alegando que el tipo de cambio era desfavorable o que había recibido una cantidad menor a la que realmente le habían enviado. La salvadoreña estuvo trabajando en esa palapa durante tres temporadas, es decir durante tres años, hasta el año 2003.

Cada temporada, para Blanca, como para muchos trabajadores en Puerto Madero, se extiende entre septiembre y mayo, cuando los pescadores locales y de otros sitios de la República mexicana llegan a pescar y desembarcar el camarón en las instalaciones de Puerto Chiapas. Blanca maneja sus tiempos bajo esa referencia y hace alusión indirecta a una de las principales actividades de la zona: la pesca del

camarón que, junto con la de atún, tiburón y la especie conocida localmente como “dorado”, son las especies marinas de mayor valor comercial en la zona. La temporada de pesca del camarón se extiende, pues, durante ocho meses, entre septiembre y mayo. El resto del año se impone la veda nacional a la pesca del camarón en el mar abierto, para dejar que éste crezca y se reproduzca. Mientras tiene vigencia la veda, los trabajadores del camarón, hombres y mujeres, se ocupan en otras actividades, como la pesca de otras especies marinas, el manejo del triciclo, como auxiliares en tortillerías o comercios diversos y en la cosecha del mango o del plátano. Debe mencionarse que un centenar de personas en Puerto Madero, la mayoría aglutinados en cooperativas, practican el cultivo del camarón en estanques ubicados en aguas ribereñas, como la Laguna de Cabildos, a quienes no les aplica la veda nacional.

En el restaurante, Blanca conoció a Juan, su actual marido, un asiduo cliente del negocio. Éste se fijó en ella y pasó a ser su pretendiente. Blanca se resistió al principio, pues se trataba de un hombre menor. Al mismo tiempo, cansada de una nueva situación de sometimiento –recuérdese que venía huyendo de El Salvador–, la salvadoreña renunció finalmente a su trabajo en la palapa, al convencerse de que su patrona no le pagaría nunca. No se fue con su pretendiente, sino con una amiga, a quien había conocido en la palapa. Blanca comenzaba a estrechar lazos en la localidad, los que, a fin de cuentas, le permitirían salir de aquella situación y emprender su propio negocio. Su amiga era propietaria de una tienda de abarrotes y le ofreció empleo allí. No obstante, se dio una situación similar, pues Blanca no recibía salario alguno; sólo tenía vivienda y alimentación, como en el primer empleo. La diferencia –esencial para Blanca– era que había más libertad para movilizarse en la localidad y comenzar a construir una red de relaciones, donde lo religioso terminaría jugando un papel fundamental. Sólo demoró nueve meses en el negocio de su amiga, una vez que se familiarizó con lo necesario para montar un negocio propio y mantenerlo a flote con el apoyo de Juan, de quien finalmente aceptó la propuesta.

El comercio no es del todo un mal negocio en Puerto Madero. Los porteños se abastecen en los pequeños supermercados –llamados localmente “ahorros”–, así como en pequeñas tiendas de abarrotes, como la que ahora estaba abriendo



Blanca. En el 2010, había unos cinco “ahorros” en todo Puerto Madero. Además, cerca del centro, sobre la calle central, se ubica un pequeño mercado, en el que se vende sobre todo carnes, frutas y verduras. A inmediaciones de este se instala un tianguis cada dos meses, coincidiendo con el pago que reciben los beneficiarios del programa gubernamental *Oportunidades*, sitio en donde queda buena parte del ingreso obtenido momentos antes.

La compra de productos de mayor tamaño –como muebles y electrodomésticos– y el equipamiento para la pesca se hace en Tapachula, hacia donde hay una relativamente amplia oferta de transporte. Dado que Blanca también aceptó finalmente la propuesta de su pretendiente, fue en propiedad de la familia de éste donde levantó su pequeño negocio. La tienda fue instalada en la casa construida especialmente para la pareja, en “La Colonia”, ubicada al sureste de Puerto Madero, la que registra una mayor concentración de extranjeros, como ya hemos insistido. Esta es la zona más recientemente poblada, precisa e inicialmente por guatemaltecos que se fueron afincando allí desde los años ochenta, cuando los terrenos aledaños a la costa eran destinados al cultivo del algodón. A aquéllos les siguieron posteriormente hondureños y salvadoreños. Este sector está fuera de los límites que marcaron el trazo urbano de Puerto Madero al menos hasta los años sesenta del siglo XX.

### *Un éxito labrado con el tiempo*

El éxito de Blanca como mujer emprendedora no ha sido fácil de conseguir y no ha sido bien visto por todos sus vecinos. La salvadoreña ha conservado su tienda desde el año 2007. Durante este tiempo ha progresado lentamente, pues comenzó con poco producto, en un local un tanto precario, que su marido ha ido arreglando paulatinamente. Todas las obras de estructura metálica (balcones, rejas, bardas, puertas) las ha hecho su marido, para asegurar la tienda y para que, a la vez, no se sienta encerrada en la misma. Ella ha perseverado en el negocio, incluso cuando ha estado sola, mientras su marido ha tenido que trabajar durante temporadas fuera de Puerto Madero. Este tipo de relaciones es hasta cierto punto recurrente: las mujeres porteñas se quedan en la localidad, ocupándose en negocios, trabajando como auxiliares o dedicándose a las labores del hogar, mientras sus maridos

permanecen trabajando fuera de Puerto Madero durante largas estancias, ocupándose en las embarcaciones que se dirigen a distintos sitios del litoral mexicano.

La persistencia en la pequeña empresa de Blanca se debe, en parte, a que no le gusta estar desocupada cuando su marido se ha ausentado; por otro lado, y no menos importante, porque le gusta el negocio, ser su propia patrona y no rendirle cuentas a nadie. Sobre el primer motivo, Blanca considera que habría desesperado y se hubiera marchado de Puerto Madero si no se mantuviera ocupada mientras su marido se ausenta por su trabajo hasta por tres meses. Cuando ha sucedido esto, aquél envía una remesa quincenal o mensual para sufragar ciertos gastos. Sobre el segundo motivo, a Blanca le encanta invertir el dinero y ver la ganancia, aunque sea poca, para así comprarse sus cosas y no estar dependiendo de lo que le envía Juan. En otras palabras, la salvadoreña reivindica, para sí, autonomía financiera y un espacio propio para hacer negocio y valerse por sí misma.

El trabajo no ha sido fácil. Entre el año 2004 y el 2007, Blanca estuvo al frente de un pequeño negocio de comidas. Fue su marido quien la puso al tanto de las preferencias culinarias de los porteños, así que resolvió preparar bocadillos como quesadillas y empanadas –que había aprendido a cocinar en su primer trabajo–, acompañados de refrescos (gaseosas). No esperó mucho para instalar una pequeña galera, hacerse de una cocina y abrir su negocio. En ese entonces la clientela era mucha, sobre todo de la escuela secundaria que está próxima a su negocio. Durante los 15 minutos de recreo que tenían los alumnos lograba vender hasta 700 pesos en refrescos y bocadillos, una cantidad que, para el año 2009, era equivalente a unos 60 dólares americanos, una cifra nada despreciable para un pequeño comerciante. El incentivo económico era muy grande, pero el esfuerzo físico también. Blanca se había apoyado incluso en una ayudante, una mujer joven que la asistía en la preparación de los platillos y el servicio en las mesas. Pero el trabajo era demasiado intenso. Desde la compra del material necesario en Tapachula –tarea hecha de madrugada–, hasta la preparación de los alimentos y la venta misma, Blanca no tenía mucho tiempo para descansar. Aún así perseveró. El cansancio no fue el motivo para que cerrara su negocio y cambiara a la venta de abarrotes. Otras fueron las causas.

El éxito no es bien visto por todos, se ha dicho. Las envidias son un mal recurrentemente mencionado en los relatos de la gente de Puerto Madero. De la envidia a la presunta brujería no hay un trecho muy largo. Blanca asegura que está rodeada de gente mala, que vería con mucho disgusto cómo ella, habiendo llegado a vivir allí recientemente y siendo extranjera, ha progresado de ese modo. La salvadoreña se refiere específicamente a dos casas vecinas, una de cuyas habitantes practicaría la brujería:

“Mire, yo no estoy para creer en esas cosas, pero me han dicho que la mujer de allí me ha tirado cosas”.

Según Blanca, el negocio de la comida se le empezó a venir abajo repentinamente, principal razón que la habría movido a cambiarse por la tienda de abarrotes. Le han dicho que tenga cuidado con las monedas con las que le paga la gente, que no mezcle el dinero que viene de quienes presume son sus enemigos, pues allí, en las monedas, va endosado el mal. La misma precaución la menciona Isabel, otra propietaria de tienda (Capítulo V), a quien presuntamente le habrían hecho mal en su negocio de ese modo. Blanca, pues, atribuye los malos tiempos en su negocio a las envidias de la gente y a los presuntos actos de brujería de la que ha sido víctima. Aún así cree que su fe católica es suficiente para repeler cualquier práctica de brujería o hechicería en su contra pues, para ella, Dios es más poderoso y se lo ha hecho saber a quienes le han querido hacer daño, por medio de terceras personas:

“A veces yo me siento desesperada, como que me han hecho algo; me siento como encerrada y me dan ganas de salir corriendo. A veces yo sola me pongo a llorar adentro, pero no quiero demostrarles debilidad a esa gente”.

La ganancia de la tienda no le alcanza para sufragar sus gastos en ausencia de su marido, de modo que éste le debe enviar al mes una cierta cantidad, cuando no ha dejado lo suficiente al momento de su partida. Los envíos los recibe en la

oficina local de Telecomunicaciones de México, (Telecomm), donde un empleado amigo de su marido le recibe su documento FM2 para que pueda retirar su remesa, dado que en los bancos no le reciben su pasaporte salvadoreño: “No me lo reciben porque no tiene firma, no sé leer ni escribir”.

### *Construyendo redes*

Blanca reparte su tiempo entre la atención de su pequeño negocio, el cuidado de su nieta y los compromisos que ha adquirido en la iglesia católica local donde se congrega. Asiste toda vez que le es posible a la “Hora santa”, que celebra el párroco de la localidad, alguien que, al decir de ella y de muchos extranjeros y porteños católicos, ha levantado el espíritu y el ánimo de los fieles. Los evangélicos, por el contrario, opinan que ninguno de los curas que llegan a la localidad son personas honestas, ya que son mujeriegos o borrachos. Con todo, la hora santa es uno de las más importantes y concurridas ceremonias religiosas que se celebran en Puerto Madero y que convoca, cada jueves a partir de las seis de la tarde, a una buena cantidad de personas, llenando el espacio del parque central, que cuenta con unos 500 metros cuadrados. Hay una sola parroquia católica en la localidad, erigida en honor a San Benito, el patrono del Puerto; además, hay otro templo de regular tamaño, el de Esquipulas, a lo que se suman al menos dos ermitas, una instalada en las propiedades de Manuel Valle –dedicada a la Virgen de Guadalupe—y otra en otra propiedad, dedicada a San Judas Tadeo. Manuel Valle, hemos apuntado antes, es el más importante permisionario –empresario de tiburón— de la localidad.

La devoción religiosa de Blanca se aprecia desde que los visitantes se paran frente a su casa: justo a la entrada de la tienda hay un altar de buen tamaño, erigido para venerar a la Virgen de Guadalupe. Su religiosidad mariana la habría alimentado desde Cojutepeque, su lugar de origen, donde se encuentra la gruta de la Virgen de Fátima, en el llamado “Cerro de las Pavas”, uno de los más importantes santuarios marianos en El Salvador. Para efectos prácticos, la adscripción y la participación religiosas de Blanca le han permitido agenciarse amistades que considera valiosas y que le dan apoyo, por lo menos de tipo moral. Adscribirse a este grupo religioso, cuando algunos marcadores identitarios le son cuestionados en el medio –como su condición de mujer y extranjera—, le confiere

no sólo un referente de identidad, la posibilidad de sentirse acuerpada entre los católicos de la localidad, sino que le abre una gama de opciones para potenciales relaciones –de amistad, fundamentalmente– que pudieran resultar imprescindibles en caso de necesidad.

La red familiar de Blanca se extiende desde Cojutepeque hasta Nueva York, pasando, claro está, por Puerto Madero. Tanto sus parientes en El Salvador –sobre todo, sus hermanos– como en Estados Unidos –principalmente, sus hijos– han resultado apoyos clave cuando se ha presentado alguna necesidad. Blanca no ha procreado ningún hijo con Juan, pero, como se ha dicho arriba, es madre de cuatro: dos viven en El Salvador y otros dos emigraron a Nueva York. La salvadoreña considera que no darle hijos a su marido podría ser un motivo de separación en el futuro, siendo esta posibilidad algo que le quita el sueño. Blanca no se queja de su marido, pues además de asistirle desde la distancia enviándole dinero, se cuida de no tener vicios, algo muy valorado por las mujeres de la localidad, donde los pescadores y tricicleros –dos de los empleos más comunes reservados para el sexo masculino– tienen la fama –ganada, por cierto– de pasárselas bebiendo, jugando a la baraja o derrochando su dinero con ficheras o trabajadoras sexuales. De sus hijos en Nueva York recibe alguna ayuda eventualmente, como cuando ha tenido que financiar sus viajes a El Salvador.

La frecuencia de viajes al lugar de origen, por otro lado, puede ser un indicador del vínculo que se tiene con este y con los parientes o amigos que allí residen. Entre noviembre del año 2009 y todo el 2010, por ejemplo, Blanca viajó dos veces a su lugar de origen, a visitar a sus hermanos e hijos. Su madre, quien fungía como la máxima figura de autoridad moral en el grupo familiar, falleció en el 2008. Blanca, como la hermana mayor, ha asumido, desde entonces, el papel de convocadora de toda la parentela.

Uno de sus hijos viviendo en Estados Unidos emigró de El Salvador en el año 2003. Pasó unos meses con su madre en Puerto Madero y allí lo frecuentaba una mujer, hermana de Juan, que terminó embarazándose, pese a que Blanca le advertía que no se acercara a la mujer. El anterior es un dato interesante. Muchos inmigrantes centroamericanos hospedan en Puerto Madero a parientes, amigos o simplemente paisanos suyos, que van hacia los Estados Unidos o de regreso a

Centroamérica. El tiempo de la estancia en Puerto Madero es variable y puede prolongarse definitivamente cuando se toma la decisión de quedarse en la localidad, modificando así el plan original. Puerto Madero sigue siendo, pues, un sitio de paso para muchos migrantes, a la vez que se vuelve sitio de destino temporal o definitivo.

Para movilizarse hacia El Salvador sin ningún problema y vivir en México tranquilamente, Blanca se acogió al Programa de Regularización Migratoria que ejecutó el Instituto Nacional de Migración hasta el primer semestre de 2011. La salvadoreña cuenta actualmente con una forma migratoria FM2 –que, a partir de 2010, pasó a llamarse Forma Migratoria del Inmigrante (FMI)— que las autoridades migratorias otorgan a extranjeros para que residan legalmente en México. Blanca obtuvo el documento a 626 pesos mexicanos, en marzo del año 2009, debido a que se acercó a la oficina del Consulado de El Salvador en Tapachula, para que le extendieran una carta que presentaría ante el INM, a fin de que este le extendiera su documento a una cantidad considerablemente menor a su costo normal, que ascendía a 2,101.52 pesos mexicanos, según la Ley Federal de Derechos vigente hasta el año 2010.

Es decir, con el apoyo del consulado de su país, Blanca obtuvo su documento migratorio a un tercio de su costo normal. De hecho, los costos de este trámite han sido menores al haber mediado la asistencia de alguna organización civil local o del consulado respectivo, mismos que extendían una carta a favor del solicitante, especificando que éste percibe un salario igual o menor que un salario mínimo. Este documento se llamó “carta de no pago” y el costo variaba según el organismo o institución emisor. Por ejemplo, el Centro de Derechos Humanos Fray Matías de Córdova (CDHFMC), de Tapachula, hacía un cobro simbólico y voluntario de 50 pesos (unos 4 dólares americanos) por este servicio. La gente solía hablar de “ir a los derechos humanos” para que aquella organización, que es muy reconocida en Tapachula y algunas localidades vecinas, extendiera este oficio. Lamentablemente esta mediación tuvo fin desde que dejó de tener vigencia aquel programa.

En cierta ocasión, Blanca enfermó gravemente de los riñones en ausencia de su marido. Buscó atención médica particular en Tapachula, dado que no confiaba en la oferta de salud pública de Puerto Madero. Le recetaron medicamentos, pero no

mejoró. Entonces regresó a su localidad y acudió a la opción más socorrida para ella, debido a su bajo costo, la farmacia de medicamentos genéricos *Similares*. Allí le recomendaron hacerse previamente unos análisis clínicos. El resultado fue anemia y los triglicéridos altos, además de un daño renal. La doctora que la atendió le recetó una dieta y tratamiento rigurosos. La farmacia *Similares*, junto con el nuevo centro de salud dependiente del gobierno del estado de Chiapas, son las opciones más accesibles que tienen los porteños para ser atendidos en caso de padecimiento o enfermedad. La primera tiene un horario restringido, es decir, de 6 de la mañana a 9 de la noche, por lo que es una opción fundamentalmente diurna. El centro de salud cuenta en su planilla con un médico de turno durante la noche, pero no se escuchan comentarios positivos sobre el servicio ofrecido en el mismo. Algunos relatos refieren que lo único que se les entrega a los pacientes son medicamentos de rutina, como el *Paracetamol* para el dolor. Las opciones más viables se encuentran en Tapachula, donde la oferta de salud es más amplia y especializada.

Blanca se ha apoyado últimamente en una amiga salvadoreña suya que vive en Tapachula para enfrentar sus múltiples padecimientos. A finales de 2010 estaba sufriendo por problemas respiratorios y fue su amiga y paisana quien le ayudó a trasladarse hasta Tapachula y estuvo al tanto de ella. Dado que una vez más sopesó la calidad de la atención médica, decidió viajar hacia El Salvador para atenderse en el Seguro Social de este país, servicio al que tiene derecho. Blanca viajaba una vez más a su país, esta vez para recibir atención médica especializada.

La trayectoria de Blanca, en definitiva, muestra cómo las mujeres migrantes se enfrentan a situaciones cotidianas causantes de múltiples incertidumbres. Su trayectoria migratoria misma puede ser interpretada como una trayectoria de incertidumbre. Desde la inicial situación de violencia conyugal que la motivó a emigrar, hasta el tránsito desprovisto de ciertos medios y recursos que garantizaran un mínimo éxito migratorio y la posterior llegada a un sitio que paulatinamente fue moldeándose a aquel norte imaginario en el que encontraría una relativa seguridad, la salvadoreña fue aprendiendo a movilizar sus limitados recursos y a habilitarse espacios de acción que se fueron ampliando conforme lograba agenciarse algunos conocimientos locales necesarios –cómo preparar ciertas

comidas, cómo negociar con los clientes y proveedores de su pequeña tienda, cómo aprovechar los apoyos de su consulado— y conforme fue ampliando sus contactos y relaciones en la localidad.

A fin de cuentas, algunos elementos han cobrado nuevos significados y han sido puestos a favor suyo: del padre de sus hijas, quien otrora fuera su victimario, es ahora, diez años después, quien garantiza el acceso a servicios médicos especializados en El Salvador, en un momento de su vida en que la salud flaquea; propietaria de su propio negocio, hoy explota los conocimientos que adquirió en sus primeros empleos en Puerto Madero, con todo y que en los mismos encontró una nueva fuente de incertidumbre al encontrarse sometida a una situación de trata *de facto*. Blanca ha salido airosa de las principales situaciones que le privaban de tranquilidad y una relativa seguridad, algo nada desdeñable, considerando que aquella seguridad fue el objetivo último al tomar la decisión de emigrar. Blanca está aún al frente de su negocio y, con todo y sus achaques de salud y su temor de que algún día termine su relación con Juan, el porteño que ha contribuido a forjarse una nueva vida, confía en mejores tiempos que los que podía esperar en su tierra natal.

### **Pedro: Solidaridades erosionadas**

Al llegar a Puerto Madero, le recomendaron a Pedro que no revelara su nacionalidad, debido a que nadie le querría dar trabajo sabiendo que él era salvadoreño, por la mala imagen que se tiene de los hombres originarios de este país en la localidad y, prácticamente, en muchas localidades mexicanas por donde transitan o residen. Cuando llegó no supo de ningún paisano suyo, ni tampoco se molestó en preguntar para buscar apoyo de sus connacionales. Sabía que su hijo mayor vivía cerca, pero tampoco lo buscó. Pedro habría dado sus pasos iniciales en Puerto Madero prescindiendo de cualquier red —de paisanaje, amistad o de apoyo— y más bien se impulsó desde su experiencia y conocimientos como pescador para irse abriendo paso entre los colegas de su gremio. Debe decirse que el conocimiento sobre los métodos y artes de pesca es algo de lo que se sienten orgullosos los



pescadores y, ciertamente, no se logra en poco tiempo.<sup>110</sup> En ese sentido, Pedro tenía ya una amplia ventaja sobre otros migrantes que han llegado a ocuparse en el sector de la pesca.

No obstante que el salvadoreño no buscó apoyos en alguna red de paisanos o amigos, él sí le ha echado la mano a paisanos suyos, como su vecino de al lado, también originario de Acajutla, que se vino detrás de él hasta Puerto Madero y encontró en Pedro un respaldo para irse instalando en la localidad. De hecho, en el lapso de unos pocos meses del año 2009, había recibido en su casa a dos sobrinos suyos, un varón y una mujer, que huían de las pandillas en Acajutla, debido a que aquellas persiguen a los jóvenes para reclutarlos, para hacer de las señoritas mujeres suyas o para asesinarlos al negarse a ser “brincados”.<sup>111</sup> “Mi lugar está ahogado por las rentas”, dice, aludiendo al fenómeno ya común en El Salvador y otros países de Centroamérica, donde las pandillas exigen un pago mensual, semanal o diario, a cambio de una tensa calma y provisional seguridad.

Según Pedro, los primeros quince días de su estancia en Puerto Madero “fueron espléndidos”. Al capitán de la lancha en la que se embarcó por primera vez le hacía falta un ayudante y fue así como encontró su primer trabajo, a los dos días de llegado. Fueron espléndidos, dice, porque no le preocupaba si iba a comer y se olvidó temporalmente de su familia, la que parece ser para él una especie de carga emocional y económica, justo de lo que quería desentenderse. De hecho, les llamó por teléfono a El Salvador hasta que tenía un mes de haber dejado atrás Acajutla. Entonces les planteó la posibilidad de que todos se fueran a vivir a Puerto Madero. Ellos aceptaron Rentó un lugar para recibirlos, aunque temporalmente, pues a él le desagrada vivir en algo ajeno. El alquiler duró sólo un mes y, en ese lapso, Pedro ya se había hecho dueño del patio (parcela o lote) donde ahora construye su casa. La pequeña parcela, de 10 metros de frente por 20 de fondo, le costó 1,000 pesos

---

<sup>110</sup> Graciela Alcalá, quien ha estudiado varias pesquerías mexicanas, entre ellas la de Puerto Madero, entiende por arte de pesca “un instrumento que permite aprisionar a los animales con el objeto de sacarlos del agua” y, por métodos de pesca, “un modo de pescar” o “el mecanismo (...) y medio de acción del hombre frente a la especie acuática que desea capturar”. (Ver, Alcalá, Graciela, *Con el agua hasta los aparejos. Pescadores y pesquerías en El Soconusco, Chiapas*, CIESAS/CESMECA/CIAD, México, 1999, p. 249).

<sup>111</sup> “Brincar”, en el caló de las pandillas, significa iniciar a un nuevo miembro de la misma, mediante un ritual en el que el candidato a ingreso recibe una paliza por parte de sus compañeros.

mexicanos, debiendo pagarle a un supuesto propietario, quien se había tomado todas esas tierras años antes y ahora las vendía. Un mismo patio era vendido incluso a dos o tres personas, dado que no había ni un contrato de por medio. Si el primer “propietario” no se presentaba en un tiempo determinado a ocupar su patio, este era vendido de nuevo a otra persona que sí la ocuparía, aunque el vendedor recibiera dos o tres pagos por el mismo. Pedro añadió 3 metros al frente de su patio, a un costo de 300 pesos que pagó a su vecino de al lado.<sup>112</sup>

La familia, se ha dicho antes, es propietaria del patio y la vivienda donde residen. Esta última estaba aún en construcción durante el año 2010. Había invertido unos 16 mil pesos (un poco más de mil dólares americanos) en lo que estaba ya erigido ese año: las fundaciones y las paredes. Faltaba el techo, el piso, las puertas, las ventanas y los detalles finales. La pesca le provee la suficiente ganancia como para construir por etapas su casa, con la ayuda de sus dos hijos. “Este me ha ayudado a levantar la casa”, asegura, señalando al muchacho, que aún muestra descoordinación en sus movimientos corporales y dificultad para verbalizar debido a la tragedia médica ocurrida años atrás y a la que ya hemos hecho referencia. Al lado de la construcción nueva yergue la vieja palapa, construida con paredes de bejucos y techo de palma; el piso es de tierra, como de la mayoría de las viviendas pobres de esta parte de la localidad. Una tormenta en el 2009 estuvo a punto de derribar la vieja vivienda, por lo que fue necesario construir la nueva.

Aunque asegura ser propietario del patio donde vive, el pescador no tiene una escritura formal, pues, en el pasado, los terrenos donde se asientan las colonias más nuevas –como la “Emiliano Zapata”– correspondían a tierras ejidales; es más, nadie en la colonia tiene escrituras, pero todos construyen porque nadie los puede desalojar de allí, debido a que una directiva los representa y los protege. Incluso la

---

<sup>112</sup> La tenencia de la tierra suscita conflicto en esta zona de Puerto Madero. A juicio de los habitantes, ellos son propietarios legítimos y tienen derecho a servicios básicos como electricidad y agua, pero no tienen escrituras públicas que faculten la propiedad. No obstante, el programa gubernamental *Piso firme*, de la Secretaría para el Desarrollo Social (SEDESOL) hizo entrega, en septiembre de 2011, de 648 certificados a los habitantes de igual número de viviendas en Puerto Madero, buena parte de ellas en la zona en cuestión. Ver, “Emmanuel Nivón y Sedesol garantizan construcción de ‘Piso firme’ en Álvaro Obregón y Puerto Madero”, *Tribuna Chiapas*, 29 de septiembre de 2011: [http://www.diariolatribunadechiapas.com.mx/index.php?option=com\\_content&task=view&id=4484](http://www.diariolatribunadechiapas.com.mx/index.php?option=com_content&task=view&id=4484) 1.

Comisión Federal de Electricidad –entidad nacional encargada de la distribución del servicio eléctrico– no los reconoce por tratarse de asentamientos irregulares, pero sí a la directiva, mediante la cual han conseguido la instalación de este servicio. A la directiva llega, cada dos meses, el recibo comunitario por el servicio y la cuenta se reparte en cada una de las casas beneficiarias. El cobro, de hecho, es motivo de conflicto en la localidad.

El salvadoreño también habla de la convivencia en Puerto Madero, donde la solidaridad se habría erosionado. “Acá todo el mundo trata de aprovecharse de uno”, asegura. La relación entre los pescadores sería de envidias y de una competencia desleal, en la que todos quieren aprovecharse de los demás. Por ejemplo, el pescador, que sólo es empleado del propietario de las lanchas (el propietario es el concesionario o permisionario) y es dueño únicamente de su fuerza de trabajo, no reporta a su patrón todo el producto que pesca, quedándose con una parte que, por mínima que sea, logra vender en la misma localidad o se lo queda para consumo propio; por el otro lado, el empleador, que conoce los movimientos del mercado de la pesca en la Ciudad de México o los sitios donde se compra el producto, busca cómo favorecerse de ese conocimiento –que, en teoría, no posee el pescador– para pagarle lo menos posible a su empleado, obteniendo así más ganancia por cada kilo de producto pesado.

El permisionario hace todo lo posible a su alcance por guardarse este conocimiento sobre el funcionamiento del mercado, lo que le da una ventaja adicional a la que le da el hecho de ser el propietario de los medios de producción. No obstante, sería equivocado generalizar este tipo de relaciones entre empleador y trabajadores, dado que también se dan relaciones de amistad e incluso de compadrazgo o de un aprovechamiento mutuo e implícitamente consentido aunque medie este tipo de lazos. No hay noticia en Puerto Madero de algún permisionario de origen extranjero, aunque ello no obsta para que lo hubiere. Por el contrario, algunos pescadores, es decir, los empleados, sí son extranjeros, la mayoría de origen centroamericano.

En su país, asegura el pescador salvadoreño, la cultura es diferente, porque allá hasta el comerciante puede dar dinero prestado para que la gente trabaje. En contraste, insiste Pedro, todos se quieren aprovechar de todos en Puerto Madero.

Aún así, considera que es un lugar bonito para pescar; prueba de ello es que llegan pescadores de playas chiapanecas vecinas como Boca del Cielo, Las Palmas y Paredón –todas del municipio costero de Tonalá– y hasta de otros estados, no así en estos lugares, donde en principio no es bien visto que llegue gente de Puerto Madero. Para Pedro en el lugar donde hoy reside, a diferencia de Puerto de Acajutla, hay “seguridad de trabajo”, es decir, se puede ir a pescar y se tiene la seguridad de que se regresará con algo de producto. En su lugar de origen, asegura, salían a veces las únicas 30 lanchas que había hasta 1999 y regresaban sin producto; en cambio, en Puerto Madero pueden salir todas las lanchas y regresan siempre con algo. En El Salvador los grandes barcos pesqueros habrían perjudicado a los pescadores artesanales porque desvisceran en el mar, contaminando las aguas y alejando las especies hacia aguas más distantes, inaccesibles para los pescadores artesanales.

Comparativamente hablando, la pesca probablemente sea más redituable hoy en Puerto Madero que en cualquier puerto de El Salvador, pero no lo sería tanto como hace unas dos décadas, cuando el tiburón no se encontraba tan distante de la costa y su abundancia propició buenos tiempos para los pescadores en Puerto Madero. La pesca, hay que decirlo, no es tan rentable en la actualidad, dado que la especie se ha alejado demasiado de las costas y el sector se encuentra en crisis debido a los altos costos de operación, entre otras razones.<sup>113</sup>

Con todo, Pedro ha visto buenas jornadas desde que llegó a Puerto Madero. En un buen día de noviembre de 2009, por ejemplo, él y su hijo capturaron 250 kilos de dorado a unos 80 kilómetros de la costa. Por cada kilo recibió 16 pesos de parte del propietario de un restaurante de Tapachula, cuando este puede multiplicar la ganancia por cada kilo. Su mujer le asistía en la balanza para verificar los pesos y, con la calculadora en la mano, para cerciorarse que la paga fuera exacta. Ese día, pues, Pedro recibió 4,000 pesos, de lo cual debe sacar al menos la inversión de seis bidones de gasolina, cada uno de los cuales le cuesta 525 pesos, que dan una suma de 3,150 pesos. Como no se gastó todo el combustible le quedó

---

<sup>113</sup> Ver, “De mal en peor la pesca en Chiapas”, *Diario del Sur*, 29 de noviembre de 2009: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1421869.htm>

un buen margen de ganancia en un solo día. Pedro salió a pescar dorado (que era su objetivo) y otras especies incidentales. De hecho, devolvió al mar una gran cantidad de peses capturados, cuyo valor comercial es mínimo. Según este pescador, muchos lo hacen, pues les sale más caro transportar producto que no será bien pagado por los intermediarios. Hasta el 2010 era propietario de la lancha en la que sale al mar, por lo que es uno de los pocos pescadores independientes de la localidad. De acuerdo a Viliulfo Pérez, uno de los pescadores más experimentados y respetados en Puerto Madero, habría en ese año unas 400 lanchas tiburonerías disponibles, aunque no todas están en operaciones. La inmensa mayoría de los pescadores, pues, no son propietarios, es decir, son empleados de los permisionarios.

El hijo mayor de Pedro es su compañero habitual de pesca –su “chalán” o ayudante–, pero las relaciones entre ambos se restringen casi exclusivamente a lo laboral, pese a lo cual se mantiene un vínculo de confianza como compañeros de pesca, que es imprescindible para las labores. Este último punto es importante para los pescadores: la relación de confianza establecida entre el capitán de la lancha y el ayudante. En el caso de Pedro, como capitán, se ha auxiliado siempre de alguno de sus dos hijos, desde que tuvo un par de experiencias negativas con personas a quienes apenas conocía.

La pesca fuera mejor para Pedro, pero le falta un mejor equipo, pues los motores que posee actualmente no tienen mucha potencia y gastan demasiada gasolina. Cierta vez nuestro pescador demoró tanto en remolcar todo el tiburón que había pescado a 230 kilómetros de la costa que, llegando cerca de la medianoche, se le echó a perder todo el producto. El comprador le dio menos de la mitad del dinero que le pagaría si el producto hubiera estado en óptimas condiciones. Según Pedro, la mayoría de los pescadores independientes sólo duran unos pocos meses en esta condición y deben vender sus lanchas y emplearse de nuevo con los permisionarios porque no logran siquiera cubrir los costos de la gasolina y del mantenimiento de las lanchas y del equipo de pesca. Dados los escasos apoyos gubernamentales para el sector, cada quien acaba arreglándose como puede. Ni siquiera las agrupaciones colectivas –las cooperativas camarónicas y de ostioneros

son un ejemplo— logran garantizar estos apoyos, por lo que, a fin de cuentas, cada miembro debe asegurarse por su lado la subsistencia.

### *Violencia doméstica*

Magdalena, la mujer de Alfredo, no participa en las conversaciones y en la narración de la historia, espacio que parece ser patrimonio de los hombres, reflejando así los roles de género en el hogar. De hecho, Magdalena, quien no interviene más que para llenarle el vaso de cerveza y servirle la comida a su marido mientras conversa, es otra en ausencia de aquél. Cuando Pedro se ha ido a pescar, Magdalena ha logrado mostrar con su relato otra faceta de su hogar. La salvadoreña deja entrever el conflicto marital que ha venido arrastrando durante años con Pedro —desde antes que tomaran la decisión de emigrar—, ahora por los desacuerdos a la hora de decidir su papel como mujer en la casa. En el caso de los pescadores independientes como Pedro, la expectativa social es que las mujeres de la casa ayuden en los preparativos para salir al mar, a recibir y a dar de comer al hombre tras su llegada, a desviscerar el producto, si es necesario, y a apoyar en la venta del mismo.

Sus hijos también parecen cobrar vida en ausencia del padre. Su hija mayor es una joven vivaracha, muy aguda en algunos comentarios sobre su padre mientras éste no se halla presente. En opinión de Magdalena, su marido la tiene prácticamente confinada a las tareas de la pesca en tierra, cuando la verdad es que ella quisiera dedicarse a otras cosas. Según la orden de Pedro, a su mujer le toca ayudar a preparar la salida de este y su hijo mayor al mar y asistirlos oportunamente a su regreso, que no siempre se sabe a qué hora será, por los imprevistos que depara la pesca. Aquel no le deja que se ocupe en otra cosa. En el caso del grupo familiar, pues, la pesca no es una actividad que los involucre de manera consensuada. La participación de Magdalena, como la de su hija menor, se garantiza por mecanismos de dominación. La hija mayor ha decidido desobedecer las órdenes de su padre, con lo que se ganó que este la quiera echar de la casa.

En el hogar se practica algún tipo de violencia física. Magdalena es, a menudo, la víctima, aunque no siempre de deja pegar. La mujer no sólo ha sido obligada a trabajar de la pesca en contra de su voluntad —una situación que refleja

no sólo los roles de género, sino que estos no son asignados de manera consensuada—, sino que es continuamente maltratada verbal y físicamente. Sus dos hijos varones —uno, el menor, viviendo en casa, y el otro, el mayor, en su propio hogar— no se meten en los pleitos, pues le temen a su padre. Magdalena piensa que su marido ha sobrepasado los límites. La situación ha llegado al extremo de que, en poco más de un año, la mujer y sus dos hijas han dejado a Pedro en dos ocasiones. Durante la primera vez, lo dejaron solo en Puerto Madero y se fueron un tiempo a Tapachula como empleadas en una tortillería. Finalmente regresaron. Antes de la segunda separación seguían negociando o discutiendo sobre las reglas de convivencia en el hogar, sobre todo en lo concerniente a la ocupación de la madre, hasta que de nuevo fue imposible convivir, tras negociaciones infructuosas. A inicios del año 2011, el grupo familiar se había desintegrado, de nueva cuenta. Pedro vivía solo en la casa que estaba aún en construcción. Una de sus hijas le hacía compañía habitualmente. Seguía saliendo a pescar con su hijo mayor, Andrés. Magdalena y sus hijas residían en otra vivienda de Puerto Madero.

### *Por ser extranjeros*

Pese a que todos los miembros de la familia procuran mantener una situación legal regular en El Salvador y en México, su condición de extranjeros les ha limitado el acceso a ciertos beneficios que los mexicanos gozan en su país.<sup>114</sup> La hija mayor, por ejemplo, pese a obtener calificaciones sobresalientes en la escuela a la que asiste, no ha sido tomada en cuenta a la hora de asignar becas para los alumnos con buen desempeño. Magdalena se queja de que el hecho de ser extranjera limite las opciones educativas de su hija y haga incurrir en más gastos al grupo familiar. De hecho, mantener en regla los documentos implica un esfuerzo económico considerable, cuando el número de trámites por familia se multiplica, como en el caso en cuestión.

Todos tienen documentos vigentes: Forma Migratoria FM2 y pasaporte salvadoreño para poder viajar. Inicialmente todos acudían a las reuniones de la

---

<sup>114</sup> Pareciera un dato inexacto, pero muchos salvadoreños residentes en diversas localidades de Chiapas viven al margen de las leyes migratorias mexicanas, pero tampoco tienen existencia jurídica en su país de origen, por lo cual viven en la irregularidad por doble partida.

asociación local “Mujeres en Acción en Contra de la Marginación”, cuya regente es la señora Trinidad Castillo, quien sería originaria de Veracruz. Esta organización ha mediado, desde el año 2007, en los trámites que los extranjeros de Puerto Madero y otras localidades vecinas hacen ante el Instituto Nacional de Migración y ante la oficina del Registro Civil, ambas en Tapachula, para la regularización migratoria y refrendas, y para el registro de los hijos nacidos en México, respectivamente. La organización ha mediado cobrando por el servicio. Por los cobros realizados y por un deterioro en las relaciones con la señora Castillo, la familia de Pedro decidió en el 2010 no hacer sus trámites de refrendo de su FM2 bajo la mediación de la asociación civil, sino con apoyo directo del consulado salvadoreño. Muchos extranjeros han decidido seguir este camino, debido a los problemas surgidos con la directora de la misma asociación.

### **Isabel: Sin papeles mexicanos no hay *Oportunidades***

Isabel, hija de Moisés, tiene 40 años y nació en El Salvador, aunque vive fuera de su país desde 1980. Está casada con un guatemalteco originario de Mazatenango, sitio en donde pasó parte de su exilio junto con sus padres y hermanos. Tiene dos hijos varones y una mujer. Los tres hijos ya la hicieron abuela. En su hogar, ubicado a unos 200 metros de la casa de su madre, viven ocho personas: su marido, quien, como hemos dicho, es originario de Guatemala; su hija menor, junto con el esposo de esta –un mexicano– y su hijo recién nacido; su hijo mayor, junto con la esposa de este –también mexicana– y el hijo de ambos.

El tercer hijo de Isabel vive en Los Ángeles, desde el año 2005, y sostiene con este una comunicación telefónica fluida. Cuando ha necesitado alguna ayuda, aquél le ha apoyado económicamente desde que emigró a Estados Unidos. Isabel, sin embargo, no se comunica con nadie en El Salvador, aunque pudo viajar a su país en el año 2001, la única vez desde que emigró en 1980. Su red familiar, pues, se torna densa en Puerto Madero, se extiende hasta Los Ángeles por su hijo, pero se rompe hacia su lugar de origen, hacia donde la comunicación es nula.

Isabel abandonó subrepticamente su lugar de origen cuando contaba con nueve años. Sólo recuerda que tuvieron que huir por la guerra y que una persona les ayudó a cruzar el río Paz, que está entre El Salvador y Guatemala, justo por el



fronterizo departamento de Ahuachapán, del que es originaria. En este último país vivió junto con su familia durante un tiempo, hasta que las circunstancias los obligaron a seguir avanzando, internarse a territorio mexicano y llegar hasta Puerto Madero, donde decidieron quedarse a vivir. Antes de llegar a este último lugar habían vivido cerca de Tapachula, donde todo el grupo familiar trabajaba para una mujer propietaria de un comedor. Esta no les pagaba un salario, argumentando que tenían con ella un lugar dónde vivir y con qué comer. Abandonaron este sitio y llegaron a otra localidad rural tapachulteca, donde otra lugareña les permitió dormir en una galera, acomodando sacos de azúcar como colchones. Allí comenzó el apoyo para la familia, dado que se unieron a la comunidad católica local, que salió en defensa de ellos. Según Isabel, su padre, Moisés, había sido predicador católico en Ahuachapán, por lo que no fue muy difícil hallarse en la comunidad católica receptora. Algunas personas les ayudaban con víveres, comenta; por el contrario, asegura, los cristianos evangélicos o protestantes no querían ni saber de los extranjeros. Allí, en esta localidad rural tapachulteca, recibió el sacramento de la primera comunión y tuvo, luego, una modesta celebración de 15 años.

Isabel, quien no se reconoce públicamente como salvadoreña, tiene acta de nacimiento y credencial mexicanas, aunque no abandona la idea de sacar sus papeles salvadoreños, para ir otra vez a su país de origen con todas las de la ley. Esta opción, no obstante, implicaría algún conflicto con la ley, debido a que muchos extranjeros que poseen documentación mexicana –sea esta apócrifa u original– intentan, a la vez, obtener su respectiva documentación del país de origen, como pasaporte, e incluso tramitar en México alguna forma migratoria para extranjeros. Se sabe en Puerto Madero de más de algún caso de extranjeros que, por ignorancia, han pretendido presentar documentación mexicana para tramitar una forma migratoria; documentos expedidos, claro está, sólo a extranjeros que residen temporal o definitivamente en México. En todo caso, para Isabel, como para muchos otros centroamericanos que residen desde hace años en esta región sin poder viajar a su país de origen, volver a este, luego de muchos años de ausencia, pudiera ser un anhelo muy fuerte.

También sus otros hermanos salvadoreños de nacimiento, además de su madre, Sara, tienen actas mexicanas, pese a haber nacido en El Salvador. Sus

hermanos menores, sí nacieron en México y fueron asentados, como la ley manda, en el registro civil de Tapachula. Todas sus hermanas tienen maridos mexicanos. Tener su acta y credencial de elector mexicanas le permitió a Isabel ser beneficiaria del programa *Oportunidades*, por el que recibe 750 pesos cada dos meses. El único problema, asegura, es que la obliguen a estudiar, algo que no le gusta. Escribe una letra muy presentable, aunque no le gusta escribir. Con su asistencia a la escuela como resultado de ser beneficiaria de *Oportunidades*, le reconocerán la secundaria, ya que en El Salvador, dada su corta edad a la hora de partir, había podido estudiar únicamente hasta tercer grado de primaria.

Isabel no es la única “extranjera” que goza de los beneficios del programa. Ya que los extranjeros están en desventaja frente a los mexicanos para acceder a los programas gubernamentales –no por disposición legal, sino por norma consuetudinaria–, hay un fuerte incentivo entre extranjeros para conseguir por cualquier medio –la mayoría de ellos, ilegales– documentación mexicana. En un contexto de precariedad como Puerto Madero, el acceso a un programa gubernamental como el citado pudiera marcar la diferencia entre un nivel de vida más o menos precario.

Isabel, a 30 años de haber corrido por su vida desde su país, reside en Puerto Madero, donde ha hecho ya una vida. Ha instalado un pequeño negocio contiguo a la casa de su madre, Sara. Vende abarrotes y comida. Todos los días sale a las 2 de la mañana a comprar la mercadería fresca en el mercado San Juan, de Tapachula. Compra pollos, carne, huevos, frutas y lo necesario para tener surtido su negocio, que está ubicado frente a una de las calles principales de la colonia. La mujer regresa a las 7 de la mañana todos los días y, desde esa hora, atiende su pequeño negocio. Se ha hecho mexicana no sólo para tener acceso a un programa gubernamental que excluye injustamente y sin argumento jurídico a los cientos de extranjeros pobres que residen en esta región y contribuyen al sostenimiento económico y social de la misma, sino también porque desde niña fue el blanco de discriminación y malos tratos por el hecho de ser extranjera. Se ha hecho mexicana, en definitiva, como una estrategia de sobrevivencia.

En un caso muy similar en cuanto a las estrategias implementadas, Silvia, salvadoreña de 60 años, es propietaria de una tienda de abarrotes ubicada en el

otro extremo de la localidad, sobre la Calle Cabildo. Llegó a Puerto Madero en 1980. Está casada con un mexicano y ha procreado dos hijos, quienes ya nacieron en México. La mujer es originaria de uno de los barrios más antiguos de San Salvador, la capital del país. La situación sociopolítica era muy delicada durante esos años, así que Silvia decidió emigrar. Desde muy joven se dedicó a los negocios. Mientras vivía en El Salvador tuvo un puesto en el mercado central de la capital, el más grande del país.

Su primer destino fue Tapachula, donde trabajó como empleada doméstica. Según Silvia, sus patronos fueron buenas personas y no la trataron mal. Allí estuvo quizás menos de un año; luego llegó a Puerto Madero, cuando había mucha producción de algodón y ajonjolí. Durante los años ochenta, se ha dicho ya, Puerto Madero atrajo mano de obra centroamericana, debido a la producción del algodón. De hecho, el poblamiento de la zona sureste de la localidad estaría relacionado directamente con aquel cultivo, en tanto que muchos de los trabajadores, la mayoría guatemaltecos, fueron estableciéndose allí paulatinamente. La salvadoreña llegó a trabajar a las plantaciones que se encontraban justo por el rumbo donde está su vivienda, al noroeste.

Conoció a su marido, pescador y originario de Puerto Madero, casi inmediatamente después de su llegada. Cuando formalizaron su relación se fueron a vivir a la casa de la madre de su marido. Este último se dedicaba a la pesca del tiburón, en temporada de captura; pero, cuando esta terminaba, había instalado una ladrillera. De hecho, una de las ventajas de muchos pescadores visionarios es que pudieron diversificar sus actividades laborales, lo cual les ha dado cierta estabilidad económica, cuando la pesca se ha hallado en crisis. Silvia fileteaba el tiburón, cuando su marido regresaba del mar, una actividad a la que no estaba acostumbrada, pero que no le causó mayores conflictos, en contraste con el caso de Magdalena, la mujer de Pedro.

Su marido llegó a ser propietario de tres lanchas, pero dejó de pescar desde hace como 20 años, dedicándose únicamente a la ladrillera. Así fue como pudieron sacar adelante a sus dos hijos mexicanos, un varón de 23 años y una joven de 27, que ya es licenciada en administración de empresas y trabaja en Tapachula. Silvia tiene también un hijo mayor viviendo en El Salvador, que tiene otro padre. La

ladrillera también fue cerrada hace algunos años, así que las ocupaciones ahora son otras: Silvia se dedica a atender su pequeña tienda de abarrotes, a la que hay que dedicarle muchas energías y recursos, dice, porque la competencia es bastante fuerte. Además, tiene algunos animales domésticos en crianza. Sus dos hijos le ayudan en su tiempo libre a atender a los clientes. Su marido, por otro lado, se dedica a sembrar hortalizas en un patio que poseen cerca de la vivienda, una actividad orientada para fines de consumo interno.

Silvia tiene papeles mexicanos desde hace diez años: acta de nacimiento y credencial de elector. La principal motivación para obtenerlos fue poder tener acceso al programa gubernamental *Oportunidades*. No tiene pasaporte mexicano, porque para viajar desde Puerto Madero hacia El Salvador prácticamente no lo necesita. Legalmente sí le es imprescindible, pero en la práctica, Silvia, como muchos otros “extranjeros”, han desarrollado una serie de estrategias para sortear los requisitos legales. La mujer, posee también DUI (Documento Único de Identidad) y pasaporte salvadoreño, ambos vigentes, con los que viaja hacia su país para visitar a su hijo. Lo ha visitado una vez en el año 2009 y otra en el 2010.

Silvia utiliza la misma estrategia que muchos centroamericanos que se encuentran en la misma situación legal: saliendo de Puerto Madero, viaja con sus documentos mexicanos hasta la frontera con Guatemala, dirigiéndose luego a Tecún Umán, la localidad guatemalteca más cercana a Puerto Madero. Esta es una de las estrategias más al uso. Silvia presenta la variante en que los salvadoreños tienen documentos de ambos países, que intercalan según lo requiere la situación. En esta situación no es necesario pasar por las cámaras en el Río Suchiate, esquivando los controles oficiales, sino que atraviesa por los causes legales el puente internacional.

Desde Tecún Umán aborda un autobús de segunda categoría que la llevará por alrededor de 20 dólares hasta San Salvador. Una vez que se encuentra en territorio guatemalteco utiliza sus documentos salvadoreños, ya que, en virtud del acuerdo CA-4, cualquier ciudadano de Guatemala, Honduras, El Salvador o Nicaragua puede transitar libremente por estos países, sin más que su documento personal de identidad. La salvadoreña menciona las líneas “Cóndor” y “Fuentes del

Norte”, que son de las más famosas entre los migrantes salvadoreños y nicaragüenses que parten hacia los Estados Unidos por esta parte de la frontera.

En definitiva, las trayectorias de Silvia, como la de Isabel, muestran los acomodos que hacen las mujeres migrantes a su llegada y durante su estancia en estas localidades fronterizas. Ilustran también una gama de estrategias implementadas para acceder a beneficios que les son vedados a los extranjeros, para transportarse hasta los países de origen o para sacar adelante y sostener las pequeñas empresas que ahora administran.

### **Soledad: cuando el sustento se ve amenazado**

La vida de los pescadores y sus familias no es fácil, como la de otras personas en Puerto Madero cuya subsistencia depende de la extracción de especies marinas. Tal es el caso de “Soledad”, una salvadoreña originaria de Texistepeque, en el departamento de Santa Ana, quien ahora reside cerca de la playa en Puerto Madero. Su marido es ostionero y juntos han levantado un negocio en el que se vende ostiones, almejas y langostas, productos que tienen mucha demanda local. Soledad se sienta todas las mañanas en una típica silla blanca con leyendas alusivas a una de las marcas de cerveza de mayor consumo. Todo el mundo tiene de esas en Puerto Madero. Soledad es originaria del departamento de Santa Ana, aunque vivió últimamente en la localidad de Lourdes, en el central departamento de La Libertad. Pese a su nombre de extracción religiosa, como ya hemos dicho, esta es una de las localidades con mayores índices de violencia del país, debido a la presencia significativa de pandilleros y delincuentes. Aún así, la situación de violencia social no parece haber tenido que ver con la decisión de emigrar de la salvadoreña. La violencia por la que huyó es de otro signo.

Hace 14 años, la mujer llegó a una situación insostenible con su ex marido, el padre de sus dos hijos varones. Decidió dejar su tierra. Puerto Madero sí figuró en su itinerario. Un conocido suyo que tomó el papel de coyote le habló de este lugar. Soledad no sabía de este sitio más de lo que su conocido le había dicho. Pero eso fue suficiente. Vive en Puerto Madero desde 1996. Eso no quiere decir que no haya barajado otras posibilidades migratorias. Cuando aún tenía pocos días de haber llegado, con todo y la protección y apoyo de su conocido, decidió probar suerte más

adelante y emprender un viaje hacia los Estados Unidos, pero tuvo suficiente con un solo intento para abandonar la idea. Llegó hasta algún lugar de Tabasco, donde la asaltaron y le quitaron su dinero y sus papeles, así que desistió inmediatamente. Regresó a Puerto Madero.

Soledad emigró de El Salvador “por no estar peleada con el hombre”. Sus hijos, uno de 26 años y el otro de 23, se quedaron temporalmente con el padre. Ellos nacieron en Lourdes. Su ex marido se terminó juntando con una sobrina de Soledad, que había sido criada por ambos. La mujer no sostuvo comunicación durante tres años. Ni una carta. Ni una llamada. Soledad no tiene explicación para este silencio. Decidió por fin mandarles una carta a sus hijos, pasados esos tres años de silencio. Ellos le respondieron de inmediato y le dijeron que la buscarían. A los pocos días ya la habían ido a encontrar a Puerto Madero. Habían viajado juntos y se reencontrarían con su madre. La familia del actual marido de Soledad –todos originarios del estado de Guerrero– los recibió con los brazos abiertos. Al cabo de algún tiempo, su hijo mayor, que trabajaba como mesero en un restaurante, se juntó con una hondureña, bailarina exótica. Éste le ha dado cuatro nietos. Ambos, mesero y bailarina, trabajaban juntos en los bares de Puerto Madero y otras localidades chiapanecas, aunque residían ilegalmente en el país. Habrían llegado hasta Tuxtla Gutiérrez trabajando juntos, pero como no tenían documentos que ampararan su estancia legal en México fueron deportados varias veces, hasta que, durante la última ocasión, decidieron quedarse un tiempo en El Salvador, donde viven desde hace algunos meses. El hijo menor de Soledad también regresó a territorio salvadoreño y ya es padre de un niño de dos años. Nunca volvieron con su padre y viven a parte con sus respectivas parejas.

Los dos problemas que tiene Soledad son de tipo económico, el primero, y de carácter legal, el segundo: el registro fallido de uno de sus nietos nacido en territorio mexicano. Comencemos por este último. El último de sus nietos nació en Puerto Madero. Otros dos también nacieron acá y sólo el primero habrá dejado su ombligo en El Salvador. Soledad habría podido registrar con su marido en Tapachula al primero de los nietos, dándole así la nacionalidad mexicana. La pareja de abuelos registró al niño como hijo suyo, con el pleno convencimiento de sus padres biológicos. Pero el último de los niños no pudo ver consumado su registro,

debido a que, como se ha dicho arriba, sus padres fueron deportados. Soledad sólo le pudo tramitar la constancia de vecindad en la delegación municipal, un documento por el que se cobra un poco más de cien pesos y requisito indispensable a presentar en la oficina del Registro Civil de Tapachula.

El niño nació efectivamente en Puerto Madero y aunque no hubiera nacido en territorio mexicano, asegura Soledad, de igual modo conseguiría constancia de una partera y una constancia de origen en la delegación municipal para darle la nacionalidad mexicana. Eso no es problema, como también lo hemos mostrado en uno de los relatos del capítulo I (Cómo conseguir acta mexicana en un solo día). El problema es que el niño ahora está en El Salvador, donde no tiene registro; es decir, el pequeño no existe legalmente ni aquí ni allá, pese a que le corresponde la nacionalidad mexicana. El embrollo no acaba allí. Sus padres no lo pueden sacar de El Salvador debido a que su madre, hondureña, tampoco tiene ningún documento que ampare su nacionalidad. Vive en El Salvador ilegalmente, digamos. Como primer paso, la madre tendría que ir a Honduras, tramitar su acta de nacimiento (que en Centroamérica se llama “partida de nacimiento”) y sacar por lo menos su credencial hondureña. El pasaporte no es del todo necesario, pues los ciudadanos de Honduras, Guatemala, El Salvador y Nicaragua no necesitan pasaporte para transitar por estos países, con fines turísticos o de comercio, en virtud del acuerdo CA-4. Sí requieren una visa para trabajar o estudiar, misma que se imprime en el respectivo pasaporte. El siguiente paso sería registrar al niño como salvadoreño y tramitarle su pasaporte, documento sin el cual los menores de edad no pueden traspasar las fronteras en Centroamérica. Luego, con todo y que el niño tenga sus documentos salvadoreños (acta de nacimiento y pasaporte), puede internarse irregularmente a México por el Río Suchiate, algo que no es nada difícil; transportarse de Ciudad Hidalgo a Tapachula y de ésta a Puerto Madero, trayecto por el que no hay un solo control migratorio oficial. Llegando a Puerto Madero se puede retomar el trámite de registro del niño, como hace mucha gente en la localidad. Todo esto en el entendido de que se proceda por los cauces legales en al menos la mitad del proceso: la salida de El Salvador y el tránsito por Guatemala. Sin embargo, una segunda opción no pasa por estos cauces legales, aunque la familia se pone en un riesgo hasta cierto punto innecesario en su propia tierra. En

resumidas cuentas, es más fácil ingresar irregularmente a un menor de edad a Tapachula o Puerto Madero que salir de El Salvador. Ahora la bola está echada del otro lado: como la familia parece que seguirá la primera opción, es decir, la medianamente legal, la madre del niño iría a Honduras a tramitar sus documentos, para poder sacarlo legalmente de El Salvador. Mientras pasa todo esto, Soledad esperará con su marido la llegada de noticias.

Por otro lado, el primer problema, el económico, está a flor de piel. Semanas atrás, en febrero de 2010, un enviado de la Secretaría de Salud del gobierno del estado llegó a la vivienda-local de Soledad y su marido a dejarles un oficio, mediante el cual esa dependencia les advertía que debían abstenerse de consumir y comercializar los moluscos bivalvos, entre los que se cuentan el ostión y la almeja, los principales productos con los que la familia se sostiene económicamente. Días antes de la llegada del emisario, una mujer y su hija habían fallecido en Puerto Madero, luego de que consumieran ostiones supuestamente contaminados.<sup>115</sup> A juicio de Soledad, su marido y el hermano de este –también ostionero–, la Secretaría de Salud habría tomado como pretexto la muerte de las dos personas para decretar la veda al consumo de los moluscos, inventando la presencia de la llamada marea roja, acarreándole a la familia, como a otras más en la localidad, una significativa merma en sus ingresos, ya que son comerciantes que dependen exclusivamente de la venta de aquellos productos. El grupo familiar se queja de que el enviado llegó con el papel, pero no llevaba ninguna medida alternativa para los ostioneros y almejeros.

La intoxicación de la familia permite evidenciar la precariedad en la que viven muchas familias en Puerto Madero y fue un acontecimiento que suscitó varias versiones entre la gente. Un primer relato detalla que la madre envió a la playa a su hija menor a traer ostiones, pero estos ya estaban echados a perder. La familia consumió el alimento ya contaminado, causando la muerte de la niña casi inmediatamente y la de su madre al día siguiente. Un segundo relato dice que la familia, compuesta por el padre, la madre y cinco hijos, habrían consumido un caldo de almejas frescas el primer día. Comieron todos. Como no tienen

---

<sup>115</sup> Ver, “Fallece niña por comer almejas”, *Diario del Sur*, 4 de febrero de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1505270.htm>



refrigeradora, dejaron las sobras en la olla para el día siguiente. El padre, que es pescador, se habría internado al mar temprano, a la mañana siguiente, sin probar de nuevo de la olla; pero tanto la madre como los cinco hijos habrían consumido de nuevo. El caldo ya se había echado a perder, por la falta de refrigeración y porque no lo habrían hervido. La niña murió casi de inmediato, en el centro de salud de Puerto Madero, donde llegó agonizando. La madre fue llevada de emergencia al hospital regional de Tapachula, donde falleció al día siguiente y los otros hijos estaban también en este último centro de salud, pero en condición estable. El padre no se había percatado de nada, hasta que llegó del mar. En otra versión más elaborada se añade que la familia es de origen guatemalteco y que vivía en unas condiciones sumamente precarias. El punto es que dos miembros de la misma fallecieron. La tragedia conmocionó a la opinión pública de Puerto Madero y de Tapachula.

Según Soledad, pues, este fue el principal detonante para que las autoridades de Salud Pública emitieran la veda precautoria.<sup>116</sup> Además, las autoridades habrían inventado la presencia de una supuesta marea roja sin ninguna prueba científica que la respaldara. Continuando con la versión de la salvadoreña, como la del gremio de ostioneros de la localidad, la veda sería una medida impulsada por intereses políticos, para aparecer ante la opinión pública como una dependencia gubernamental preocupada por la salud de la población; además, la medida tendría intereses comerciales, ya que desfavorece a las familias que dependen de la comercialización de los moluscos y favorece a otros sectores económicos, máxime en el momento en que se acercan las festividades de Semana Santa, cuando la actividad turística y comercial crece en Puerto Madero. Prueba de ello, aseguran los afectados, es que el mismo emisario de la secretaría les dijo que podían comer o vender los moluscos que aún tenían. “Si de verdad estuvieran contaminados –opina Soledad–, ¿va a creer que el hombre me hubiera dicho eso?”.

En el oficio que les entregaron las autoridades se lee así: “Con base a los resultados emitidos por el Laboratorio Estatal de Salud Pública donde se confirma la presencia del fenómeno conocido como marea roja, el Comité de Prevención y

---

<sup>116</sup> “Decretan marea roja tras muerte de niña”, *Diario del Sur*, 6 de febrero de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1508145.htm>

Contingencias de Aguas Marinas del Estado de Chiapas, establece por tiempo indefinido, la veda sanitaria precautoria ante el consumo de moluscos bivalvos”. Y prosigue el boletín sin fecha, pero situado desde la ciudad de Tuxtla Gutiérrez: “Esta veda contempla evitar intoxicaciones ante el consumo de moluscos, que por su naturaleza estén formadas de doble concha, tales como: ostiones, almejas, mejillones, casco de mula, caracol de mar y almejita azul, cuya peligrosidad no disminuye al cocinarse”. Soledad vuelve a insistir en que nadie les ha planteado una medida alternativa para su subsistencia. Además, hizo alusión a la veda de seis meses que les impusieron el año pasado, misma que fue levantada hasta agosto. Con estas medidas, habrían podido comercializar moluscos sin restricciones entre agosto de 2009 y parte de enero de 2010. A la familia le parece sospechoso que justo cuando la Semana Santa se avecina les impongan la nueva restricción.

Ante la falta de alternativas por parte de las autoridades, la comercialización clandestina es una de las medidas al uso, ya que pese a que la veda causa un impacto psicológico en los grandes contingentes de consumidores --gente de Tapachula, por ejemplo, que se abstiene de comprar por temor--, mucha gente de la localidad piensa que esas medidas sólo son inventos de las autoridades y sostienen que el deceso de la mujer y su hija se debió más a la falta de condiciones de higiene y a la precariedad en la que vivían.

El sustento se ve amenazado constantemente para Soledad y su grupo familiar, como para mucha gente que depende de la extracción de especies marinas que las autoridades regulan mediante vedas, sean estas por los motivos que sean. Algunos logran transitar de un sector laboral a otro, para amortiguar el impacto en sus finanzas, pero otros no tienen el suficiente capital para adaptarse a las circunstancias. Subsisten evadiendo las disposiciones oficiales porque también la demanda de los productos que comercializan es alta. Entran en el dominio de la informalidad y lindan en la ilegalidad porque tampoco las autoridades les ofrecen alternativas viables. Para terminar, retomemos en seguida la trayectoria de Ana, otra salvadoreña que se ha enfrentado al contexto soconusquense de otros modos y por otros rumbos: desde el mundo de los bares y cantinas tapachultecas.

### **Ana: Confrontando los valores más íntimos**

La primera vez que Ana retornó a su país estuvo sólo 15 días. Al cabo de esas dos semanas volvió a Tapachula. Durante su segundo retorno a El Salvador se trajo a su hermana consigo, quien a los tres días consiguió trabajo como mesera en una cantina. En el mundo de los bares, al que introduce la historia de Ana, hay una diferencia, a veces muy sutil, entre mesera, fichera,<sup>117</sup> bailarina y trabajadora sexual. Es la protagonista quien establece esos límites. Para los hombres, no obstante, hay pocos matices: son mujeres de bar, son putas. Ana vivía entonces en una localidad rural, sometida por el hombre que le había jurado la llevaría a Estados Unidos. Cecilia, su hermana, comenzó a trabajar en el bar “El Palomar”, situado al sur de la ciudad. El salario diario era de 80 pesos, además de las fichas que lograra acumular y la propina, más dos tiempos de comida. El primer día de trabajo, su hermana regresó con 300 pesos al cuarto que rentaban y se había tomado sólo 3 cervezas.

Ana, por su parte, encontró trabajo en una lavandería que recién abría. Estuvo empleada allí por cuatro meses. Téngase en cuenta la vasta experiencia laboral de Ana mientras vivió y trabajó en El Salvador. Prácticamente fue ella quien armó el negocio. Pero lo dejó a finales de enero de 2009, luego de tener diferencias con el propietario. Se quedó sin trabajo y vivía en un cuarto por el que pagaba 1,000 pesos mensuales. Su hermana la invitó a trabajar en el bar: “hay mujeres más viejas que tú”, le dijo, para que se animara. Ana, finalmente, se animó. Durante su primer día, la mujer sintió como cuando los niños van al kínder por primera vez y no quieren quedarse.

Si la mesera falta un día de trabajo a la semana (de los seis que tiene por obligación), el salario por cada día de esa semana baja de 80 a 50 pesos. Ana no soportaba ni la bulla ni los borrachos, tomándose en cuenta sus migrañas. Así, entre paciencia e insistencias de su hermana, pasó la primera semana. Dentro del bar hay unas mujeres que no son meseras: su trabajo consiste en bailar con los clientes o simplemente bailar solas para animar el ambiente. A la segunda semana

---

<sup>117</sup> En el mundo de los bares tapachultecos —y de otras regiones mexicanas—, “fichera” se les llama a las meseras que hacen compañía a los clientes bebiendo cerveza o cualquier otra bebida embriagante. Las meseras reciben una ficha del encargado o encargada del bar por cada bebida consumida. Al final de la jornada, al haber juntado una determinada cantidad de fichas, las meseras perciben un monto de dinero correspondiente a la cantidad de fichas acumulada. Ver, nota 79.

de estar en el antro en cuestión, Ana presenció cómo una de estas bailarinas se subió a una mesa y comenzó a bailar desnuda, porque un cliente le estaba pagando. Cuando vio esto, la salvadoreña se dijo para sus adentros: “¡Sodoma y Gomorra!” Se sentía más que confrontada con sus valores más íntimos. Sin embargo, ese mismo día le fue muy bien; juntó 480 pesos, cantidad que, con suerte, podría juntar en unos 10 días en la lavandería.

Ana permaneció trabajando en el bar por alrededor de un mes, pero se enfermó de las vías urinarias y tuvo que retirarse temporalmente. Estos padecimientos, entre otros, son consecuencia de la exposición excesiva a las bebidas alcohólicas, uno de los riesgos que tienen que enfrentar las meseras. Los clientes no quieren que las mujeres tomen jugo, sino licor igual que ellos. No hay escapatoria, aunque a veces la mesera tiene acuerdo con el encargado del bar, para que mezcle la cerveza o el licor con agua y así disminuir el consumo de este último.

Trabajar en un bar implica muchos riesgos para las mujeres centroamericanas. Uno de ellos es a ser detenidas por las autoridades migratorias, dado que el Instituto Nacional de Migración hace operativos eventualmente en estos centros, deteniendo a las meseras que no logran acreditar su estancia legal en el país; incluso, si les encuentran documentos legítimos, se los rompen enfrente de ellas y, de todos modos, las detienen y las trasladan a la Estación Migratoria Siglo XXI. A los dueños de los bares los multan por cada mujer que ha sido detenida. A los bares irrumpen, además del INM, Sanidad Municipal (que verifica que las empleadas lleven un control profiláctico y tengan al día su respectiva tarjeta sanitaria) y Salubridad (que se encarga de verificar que el establecimiento cumpla con ciertas medidas mínimas de higiene y limpieza).

### *Tres historias, tres proposiciones, tres diálogos*

Ana cuenta, finalmente, una de las facetas más significativas de su actual vida laboral. El lugar de trabajo, el bar, es un sitio de múltiples encuentros, un submundo donde la otredad centroamericana se viste con ropa de mujer y se muestra a la Tapachula masculina, que la mayoría de las veces busca algo más que un trago de licor. Compañía, una plática en la cual vaciarse. Una conversación en la que las palabras desnudan al cliente frente a su interlocutora. La mayoría de los

hombres, asegura Ana, buscan a alguien que les escuche. La salvadoreña es buena en esta labor. Sabe escuchar. No es casual que el bar haya sido el escenario en el que han desfilado frente a ella tantos hombres como ofertas de todo tipo: desde las puramente sexuales hasta las más elaboradas proposiciones matrimoniales. Los valores de la salvadoreña le hacen repeler las primeras, pero se la piensa cuando un hombre formal le ha ofrecido una vida mejor. El bar, para Ana, no son sólo unas paredes en las que chocan las ondas sonoras que lastiman sus oídos. Es un sitio de toma de decisiones, de ofrecimientos, de oportunidades. Es, en definitiva, un sitio de encuentros, de diálogos, la posibilidad real de una vida mejor.

--Te voy a contar la historia de cómo conocí al “ingeniero”.

Fue el 13 de mayo de 2010, en Tapachula, en el centro botanero que está cerca de Pemex, el “Sin nombre” o “La humazón” como le llaman algunos clientes. En efecto, la fachada del establecimiento no tiene ningún nombre, sino más bien la publicidad de una marca de cerveza. Este es uno de los bares donde ha trabajado Ana. El “ingeniero”, el protagonista de esta breve historia le llama “El charco” al bar, aludiendo a la calle que pasa enfrente, llena de baches, que con la lluvia se cubren de agua y lodo, típico paisaje tapachulteco en temporada de lluvias. Ana conoció al ingeniero esa noche. El hombre había salido de trabajar y se dirigió al bar, junto con un compañero de labores. Ambos bebieron profusamente. Ana fue la encargada de esa mesa y los atendió.

--¿De dónde eres?

--De El Salvador.

--¿Quieres tomarte una cerveza con nosotros? Te sientas a la par del otro señor.

Ana nunca niega sus orígenes. Siempre menciona su país, cuando cualquier cliente la interroga. Una pregunta muy común a la que está ya acostumbrada. El ingeniero tiene una carrera universitaria técnica y es originario de Veracruz. Trabaja en las instalaciones de una prestigiosa compañía cercana al bar. El

ingeniero y su compañero querían seguir bebiendo, pero ya era hora de cerrar el negocio.

--Tú eres muy estricta, muy ordenada.

El ingeniero ha estudiado cosas para leer la vida de la gente, con sólo ver la cara, los ojos y las manos.

--Veo lo que tú eres. Eres del signo escorpión.

El ingeniero, un hombre gordito, panzudo –según el relato de Ana–, le tomó la mano a la salvadoreña que tenía enfrente.

--¡Eres muy especial!

El hombre comenzó a abrazarla. Ella se sintió bien cuando él la abrazó, sintió que era todo un caballero.

--Me gustas, ivámonos para mi casa!

--No es cualquiera --dijo Ana para sí misma—. Sólo el que no arriesga, no gana, pensó, recordando las palabras de una amiga suya:

--No sabes si vas a perder o ganar, Anita, no perdemos nada cuando conocemos a un hombre. Porque ya somos mujeres echas y derechas. Quizás sólo la reputación. Las palabras son de su amiga y compañera en el bar, una salvadoreña originaria del departamento de Santa Ana, acompañada con un mexicano, para quien los hombres de este país son “rolleros” (mentirosos), vividores, desobligados, borrachos y haraganes.

Ana prosigue su reflexión. Las mujeres de bar son las que valen, contrario a lo que se tiende a creer. A ellas los hombres las tratan bien, les ofrecen todo. Les gustan las centroamericanas. Llega el momento de preguntas que bajan a las

profundidades del alma, a la toma de decisiones, al repaso de las muchas experiencias negativas que han marcado su vida. Sobre el coyote que la retuvo al llegar a Tapachula:

--A este hombre le di todo, le di todo mi corazón. Me humilló, me pisoteó. Él y sus hijos.

--¡Nunca vayas a trabajar a un bar!

--Nunca me valoró como mujer. Yo le levanté la casa, le administré su dinero, le di todo y no lo supo valorar. Y hoy he conocido a gente aquí que la valora a una.

La pregunta que no podía faltar:

--Yo quisiera saber, ¿por qué valoran mucho a la mujer de bar y no a la que está con un solo hombre?

Al ingeniero tenía un mes de conocerlo y sentía como si tuviera años.

El ingeniero:

--No quiero que te enamores de mí, bebé.

Él tiene su pareja, una mujer de 28 años; ella se queja de que no la complace en cuestiones de sexo. En cambio, Ana se siente toda una mujer, una dama con el ingeniero, quien tiene en Tapachula una casa totalmente amueblada. En estos días, Ana se cambió de cuarto y a los cuatro días de conocer al ingeniero, éste le dijo que le ayudaría con el traslado. Ella no cree ya en los hombres, porque le han dicho cada cosa. Sin embargo, el ingeniero llegó en una camioneta con todo y unos empleados y le hizo el traslado de sus pocas pertenencias. Él le ha contado todo sobre su trabajo; qué hace, cómo lo hace, por qué. El ingeniero:

--Tú sí me sabes escuchar.

Cierto día, el ingeniero la llamó a su celular para decirle que se sentía enfermo y deprimido. Ella fue hasta la casa de él, a hacerle compañía. Iba cuando él la necesitaba. Siempre respondía. Cierta día, el hombre encontró en el bar a Ana atendiendo a otro cliente, al que llamaremos el “maestro”. Para éste último hay otra historia, otros ofrecimientos, otras relaciones. Terminemos con el ingeniero, quien irrumpe en la mesa, exaltado: “¡Mi amor, me robaron el celular!”, un Blackberry de 5 mil pesos. Había sido otra mesera. El maestro se le quedó viendo al ingeniero, quien todavía insistió: “¿A qué hora nos vamos a ir? Ana se sintió incómoda. Tenía una relación con el ingeniero, pero el maestro era un candidato para los mismos fines. No podía despreciar al primero, para quien siempre se guarda elogios:

--Él es un ingeniero, jefe de allí, tiene sus subalternos. Eres un hombre con toda la extensión de la palabra.

El ingeniero no pregunta nada, no averigua nada, no exige nada.

--¿Si yo conozco a un hombre que me ofrezca mejores cosas que tú y que sea soltero?

--Vete con él, yo quiero lo mejor para ti, yo te quiero.

Pasemos, entonces, a la otra historia. El maestro es originario de Oaxaca. Es soltero. Un punto a favor, aunque, en la escala profesional, un ingeniero vale más que un maestro, según la opinión de Ana. Un punto menos. Empatados. Un hombre muy joven, norteco, es otro candidato. El cuadro lo completan otros dos candidatos. El maestro la ha apoyado con dinero, para medicinas; tiene 51 años, cuatro más que ella. A todos los ha conocido en este mundo de las cantinas, bares, centros botaneros o cualquier otro nombre que la imaginación tapachulteca haya inventado. En un año, Ana ha trabajado en al menos cuatro de ellos. Ha escuchado historias en estos consultorios psicológicos para hombres; ha recibido ofertas, de hombres que valoran más a la mujer de bar, que a sus propias mujeres; ha vivido la mitad de todos sus días allí, de 10 de la mañana a 10 de la noche.



En el momento más efusivo de la plática, suena en la rockola Ana Gabriel, su cantante favorita:

*Luna, tú que lo ves, dile, cuánto le amo  
Luna, tú que lo ves, dile, cuánto lo extraño...*

--Yo lo que quiero es un hombre que sea para mí, que me sepa valorar como mujer. Ya estoy vieja, fea, con tres hijos, no soy de acá. Quiero un hombre que esté conmigo siempre. Ahorita estoy entre la espada y la pared, porque quiero al ingeniero.

--¿Cuáles son tus canciones favoritas?

--“Señora de la cuatro décadas”, mi hijo me la dedicó una vez. “Me caíste del cielo”, de Temerarios. “No sé tú”, de Luis Miguel.

*Esta noche sé que él está contemplándote igual que yo  
A través de ti quiero darle un beso  
Tú que sabes de soledad, aconséjale por favor  
De que vuelva convéncelo te ruego...*

Mientras tanto, en el cuaderno de apuntes de Ana revisamos algunas palabras nuevas, de las que ella siempre busca el significado: testosterona, feromonas, serotonina, endorfinas... Nunca se deja de aprender.

*Luna, tú que lo ves, dile cuánto es que sufro  
Luna, y dile que vuelva porque ya es mucho.*

Al norteño lo conoció el 31 de mayo de 2010. Meticulosa, ordenada, apunta las fechas exactas y no las olvida: el día que salió de El Salvador para ni mirar hacia atrás; el día que regresó de vacaciones; el día que conoció al ingeniero; el encuentro con el norteño... para todo lo importante hay un antes y un después, como queriendo reconstruir una vida golpeada por la vida misma. Al norteño lo conoció

en otra cantina, “La cueva del peludo”, el día que ella comenzó a trabajar allí. Acá pagan 100 pesos al día; en el “Sin nombre” 70 y, a veces, cuando no hay clientela, hasta 50 pesos. El norteño no toma. Llegó con unos amigos. Él ha estado del otro lado de la frontera, en Houston, y tiene 20 años, menos de la mitad de inviernos que Ana. Estuvo preso dos años y medio. Sus padres son de Tapachula. Lo deportaron de Estados Unidos, dejando a su mujer y sus hijos allá. Puso un bar y le fue mal. Es devoto de la Santa Muerte. Hasta peregrina a un famoso santuario en Puebla. Al día siguiente de conocerlo, el norteño iba a rendirle culto.

--Me voy, pero te voy a estar hablando.

--No perdemos nada de tener una relación sexual, pero nos pueden matar.

Siempre hay riesgos. El norteño la invitó a irse con ella al día siguiente, hasta Puebla. Ella ya conoce allá, pero no quiso irse. Anduvo con el coyote en sus viajes de trailerero contrabandista. Desde que se conocieron, a los 15 días, sólo se habían visto dos veces, pero se llaman por teléfono todos los días o se mandan mensajes. El norteño es chaparro, moreno. A Ana le gustan los hombres morenos.

--El norteño sólo me ha tocado las manos. ¿Cómo es posible que sienta todo esto? ¿Por qué me trata así? Sólo nos hemos visto dos veces y yo siento que nos conocemos desde hace tiempo.

Volvamos al maestro. Este es su nombre. Así, no más. Ana se quería regresar a El Salvador, porque estaba enferma y se sentía sola, pero el maestro la detuvo, le dijo que la iba a ayudar. Él estaba en Oaxaca, pero se lo dijo por teléfono. Le llamó para decirle que ya iba de regreso a Tapachula, que lo esperara. Llegó a verla al día siguiente y le dio dinero para que pagara la renta del mes. Oaxaca está a unas 10 horas de distancia en autobús. Le hizo la misma pregunta que al ingeniero.

--¿Qué pasaría si yo encontrara a un hombre? ¿Qué haría él?

Ese día le contó lo del norteño y que se hubiera ido a Puebla con él, para probar, y si no le gustaba se regresaba. El maestro le dijo que él mismo la hubiera apoyado con lo del transporte. Incluso, le daría dinero para que se comprara un pequeño terreno, un patiecito, y construyera una casa. Al maestro lo conoció por medio de Cecilia, su hermana. Aún trabajaba en la lavandería. Ahora se está jubilando y ha decidido poner un negocio en donde participaría Ana, si ella estuviera de acuerdo.

El bar ha sido un espacio de encuentro y de oportunidades, quizás no las que una sociedad machista y moralina como la tapachulteca consideraría valiosas. Para Ana han significado pequeños espacios de maniobra trabajosamente habilitados en las grietas que deja aquella sociedad para las mujeres migrantes recién llegadas. Allí, lo que los más juzgarían como una insignificante y malsana transacción comercial o sexual cobra un especial significado para los cientos de salvadoreñas y otras centroamericanas que han sido confinadas a vivir la mitad de sus días atrapadas dentro de las paredes de una cantina.

Como en el caso de Blanca, Ana tampoco pasaría los filtros técnicos y jurídicos para tipificar el delito de trata de personas para fines de explotación laboral o sexual, pero su situación se podría definir como una especie de trata ampliada, si el espíritu de la ley dice que el punto es que la víctima se encuentre privada de los medios y recursos para moverse siguiendo su libre albedrío. Ana, como los cientos de centroamericanas que se ocupan en los bares, cantinas y burdeles de esta región, tienen limitado el acceso a otros espacios laborales. Paradójicamente, como lo muestra la trayectoria de Ana, es al interior de aquellos sitios en donde se abre una gama de opciones para hacerse de una nueva vida. Pero para llegar a ello, las mujeres migrantes deben confrontarse con sus valores más íntimos y tomar caminos insospechados. El costo pudiera ser muy alto, pero las historias de estas mujeres indica que están dispuestas a asumirlo, con tal de no regresar a sus países.

## **Conclusión**

En el capítulo que ahora concluimos hemos abordado, a partir de las historias de vida de inmigrantes salvadoreños, distintas dinámicas que nos ilustran

cómo viven las personas migrantes en este espacio fronterizo de origen, tránsito y destino que es Puerto Madero y Tapachula en la región del Soconusco. Como nuestro principal objetivo ha sido explicar por qué es que estos inmigrantes no llegan a construir y/o sostener esfuerzos asociativos u organizativos, hemos destacado aquellas situaciones sociales que, a nuestro criterio, minan las capacidades de la gente para organizarse. La primera explicación viene dada desde el inicio de esta tesis: las fracturas que definen las trayectorias migratorias desde los países de origen en Centroamérica se trasladan hasta los sitios de tránsito y destino y su rol para por constreñir las acciones encaminadas a organizarse. Digámoslo más claramente a partir de una de aquellas fracturas: la violencia en sus diferentes manifestaciones.

Las trayectorias de muchos de los inmigrantes en Puerto Madero están signadas por situaciones de violencia en sus países de origen y lo que encuentran a su llegada no es otra cosa que distintas formas de violencia. Desde formas tan sutiles como la discriminación por el hecho de ser extranjeros y la desconfianza que la gente les tiene, hasta elaboraciones más explícitas como la violencia doméstica y la trata de personas (aunque sea esta *de facto*), pasando por la exclusión de beneficios sociales que están reservados sólo para los que logran acreditar la nacionalidad mexicana. Todas son distintas formas de violencia ilustradas en este capítulo a partir de las vidas de inmigrantes.

## CONCLUSIONES GENERALES

Los caminos están hechos por la gente que los transita y por los que se quedan en sus orillas. El Soconusco es una región muy particular dentro del concierto chiapaneco que gustosamente se presta a una figura tan sugerente: históricamente ha sido atravesado por distintos flujos migratorios que se desplazan de sur a norte y de norte a sur; históricamente la gente también se ha quedado a vivir aquí, dando vida a localidades hoy tan significativas como Tapachula y Puerto Madero. Esta última nació de la pujanza del café a finales del siglo XIX, cultivo que desde entonces ha caracterizado a la entidad chiapaneca. Y no podía ser de otra manera: Puerto Madero nació por la inmigración de gente originaria de Oaxaca, Veracruz y Guerrero, de otras localidades chiapanecas y por la llegada de algunos centroamericanos. Luego, muy tardíamente, fue la pesca del tiburón y otras especies marinas la actividad que ha dado vitalidad a este lugar, mientras que hoy se debate si realmente Puerto Chiapas, la gran apuesta gubernamental de desarrollo para la zona, compete a los pobladores de Puerto Madero, el otro puerto, que miran con recelo cómo se planifica desde los escritorios y sin tomarles en cuenta. Puerto Madero, pues, nos ha permitido introducirnos, desde sus orígenes, a los ires y venires centroamericanos en esta región chiapaneca.

Puerto Madero emerge, entonces, como una de las localidades en donde se entrecruzan estos flujos. Luego de su poblamiento, durante el transcurso de la siguiente centuria la inmigración centroamericana se fue consolidando, hasta llegar a ser inocultable en el presente. Pese a situarse en las orillas de México o quizás gracias a este mismo hecho, Puerto Madero ofrece lo que los migrantes buscan, inclusive para los que persiguen un sitio de refugio, donde pasar desapercibidos. Puerto Madero, el pueblo, se levanta sobre las márgenes del Estado mexicano, donde este no es capaz de llegar con fuerza, lo cual, paradójicamente, es un aliciente entre quienes se cobijan por el anonimato.

Hemos pretendido escribir en esta tesis sobre dos flujos migratorios: de los salvadoreños y demás centroamericanos que se quedan y de los que siguen de paso. Los dos flujos juntos, pues no siempre es posible hacer estas distinciones nítidas

entre en un migrante en tránsito y un inmigrante. Desde el punto de vista de las personas migrantes, el tránsito puede ser una categoría difícil de discernir, cuando no se dispone de los medios económicos y recursos sociales necesarios para proseguir el viaje, pero no se abandona nunca la idea de continuarlo. Como quiera que esto sea, hemos querido dejar constancia aquí de que los flujos de inmigración y de tránsito encuentran su base en una estructura montada por flujos más antiguos, que fungen como condición de posibilidad y sustento de los actuales. Dicho en otros términos, la inmigración a las localidades del Soconusco se hace posible no sólo por encontrarse esta región junto a Centroamérica –o, según las posturas más osadas, ser parte de ella–, sino que tomando como pretexto este hecho histórico, la región ha sido es escenario de ires y venires centroamericanos, desde antaño.

Quedarse a vivir en Chiapas, y siendo más específicos, en el Soconusco, se da en respuesta no sólo a decisiones individuales o a meros accidentes, sino que responde a la existencia de un entramado social que sustenta la inmigración, pero que también la precipita: los pobladores de estos lugares toleran una relativa permeabilidad de la frontera que facilita la llegada de gente dispuesta a hacer los trabajos más difíciles y en las condiciones más desfavorables, situaciones aceptadas por los extranjeros con tal de no mirar hacia atrás y huir/escondarse de situaciones insostenibles en sus países de origen. Así, dicho en los términos más fríos posibles, todos salen ganando. Expliquémoslo desde el punto de vista de una mujer que sufría violencia en su hogar en Centroamérica: dentro de las paredes de una cantina o frente al abrazante calor de una cocina de restaurante es posible hallar un indicio que apunte a una mejora en las condiciones de vida. Lo que sea, menos volver hacia atrás. Desde luego que mirando las cosas con un enfoque de derechos humanos o de acceso a la ciudadanía, esta situación quizás no refleje logro alguno, pero, desde el ángulo de las personas migrantes, garantizar la subsistencia lejos de los poderosos motivos que le empujaron a emigrar es ya un gran éxito.

Este entramado social se ha construido también porque la migración en esta región fronteriza es parte de la vida cotidiana de la gente. No es casual que los chiapanecos hayan comenzado a desplazarse allende la frontera norte mexicana durante los últimos tres lustros, ante las crisis que también caracterizan a este

estado; tampoco es casual que los centroamericanos llenen espacios laborales dejados por los chiapanecos emigrados. En ese sentido, los ires y venires centroamericanos son reflejo de los inquietos andares chiapanecos. Ambos pueblos también se acercan y se tocan por los procesos migratorios.

También hemos descrito el paisaje del Soconusco recorriendo sus principales caminos, que no solo han facilitado los desplazamientos de la gente en todas las direcciones, sino que han ampliado el horizonte de posibilidades, los márgenes de acción de las personas. Centrarnos en una localidad específica, Puerto Madero, nos ha permitido describir las principales actividades realizadas y tener una idea del sustento material que posibilita que este sitio, como otros en el Soconusco, sea una especie de imán para los extranjeros que llegan a esta parte de la frontera y que vean en ella una opción nada despreciable para quedarse. El norte imaginario, para estas personas migrantes, se ha desplazado más hacia el sur, únicamente pasando el Río Suchiate. El objetivo ha sido ilustrar lo que podemos llamar “vida en frontera”, un tipo de convivencia muy particular de entre todas las posibles, acaso con la intención de contextualizar la problemática central de la presente investigación: explicar las razones por las que la gente originaria de El Salvador y de Centroamérica se quedan a vivir en estas localidades.

Respecto de los caminos del Soconusco más andamos nos enfocamos en el *Camino del Puerto*, ya que conecta a las dos localidades en donde centramos etnográficamente la investigación en la que se basa esta tesis: Tapachula y Puerto Madero. Pues bien, mediante la técnica etnográfica pudimos proponer una caracterización de paisajes, lugares, espacios y situaciones sociales, a fin de explorar los modos en que las personas migrantes se enfrentan a aquellos contextos, se apropian de ellos y se hallan, finalmente, en la difícil encrucijada que tarde o temprano enfrentarían: continuar el viaje o quedarse en un espacio que ya comienzan a domesticar. El *Camino del Puerto*, hemos podido concluir, es apenas uno de esos senderos recorridos por los migrantes:

Los salvadoreños han llegado a quedarse en números aún desconocidos en los dos extremos de este camino, ya sea en Tapachula como en Puerto Madero. También en sus orillas, donde se levantan muchas localidades rurales. Estos salvadoreños, cuyas trayectorias están marcadas por la fragmentación desde sus

orígenes, encuentran empleo, la ansiada seguridad, un pedazo de tierra o el sustento diario, suficientes motivos como para repensar y reajustar sus planes migratorios.

Estas conclusiones generales encuentran un sentido más completo al analizarlas a la luz de las historias de vida presentadas en los capítulos V y VI. Pues bien, como punto de partida podemos señalar que las fragmentaciones de las que hablamos al final del capítulo II terminan incrustándose en las trayectorias migratorias de la gente, de modo que podemos caracterizar dichos itinerarios por la fragmentación misma. En otros términos, y eso hemos querido mostrar en estos últimos dos capítulos, las fracturas comienzan a constreñir los espacios de acción en los países de origen de los migrantes y les acompañan como cargas pesadas durante sus trayectorias migratorias. Pese a ello, podemos concluir, aquellas fracturas motivan e impelen a la acción de emigrar. Y no es otra cosa que acciones, estrategias, ajustes, reacomodos y negociaciones lo que hemos podido visualizar desde aquellas historias.

Pese a que todas las historias presentadas abonan a este argumento, es quizás el caso de Moisés, un campesino salvadoreño simpatizante de los movimientos eclesiales de liberación en su país, el que permite ver con mayor claridad cómo las fracturas, en este caso territoriales, terminaron incidiendo tremendamente en su itinerario. Moisés tuvo que emigrar para salvar su vida y la de los suyos, brincando desde las márgenes de este pequeño país, para recalar, años después, en las márgenes del estado mexicano, allí donde ha tenido que negar su identidad nacional para no ser más discriminado. Las fracturas territoriales y sociales de su país incidieron en que Moisés describiera una trayectoria también fracturada, con mínimos espacios de acción. Ahora el salvadoreño reside en Puerto Madero, donde ha aprendido a vivir como mexicano. Este caso pone en evidencia que cuando hay un tremendo peso de aquellas fracturas, los espacios de acción se reducen al mínimo y es allí desde esos mínimos que los migrantes despliegan sus acciones.

¿Cómo podemos ver que las fracturas se incrustan en los itinerarios de la gente? Pues bien, y esta conclusión es consecuencia de la anterior, de la fragmentación se sigue una sensación de incertidumbre en los procesos migratorios



particulares, expresada en la imposibilidad de asegurar el cumplimiento de unos objetivos, en la imprevisibilidad y la incapacidad de anticipar escenarios reales. Dada la fracturación en las trayectorias mismas es mucho más probable que los elementos contingentes entre en juego en tales trayectorias, llevando a las personas migrantes por caminos insospechados. Como la contingencia la entendemos aquí en su sentido más llano, es decir, como la eventualidad y lo imprevisible, es relativamente sencillo sostener nuestro argumento y, por ende, nuestra conclusión: las rupturas en el tejido interno de los procesos migratorios dejan que se cuelen por los resquicios aquellos elementos que vienen de lo contingente, causando con ello una sensación de incertidumbre entre las personas migrantes. Y es justamente un análisis del tránsito y la estadía temporal/definitiva de estas personas migrantes lo que nos ha permitido llegar a esta conclusión.

Paradójicamente, esas mismas fisuras son las que permiten a los migrantes dar los saltos y escapar de los confinamientos. Es a través de esas grietas por las que se filtran en la desesperada búsqueda del sustento o de la seguridad, dependiente de la causa que motivó la toma de decisión de emigrar. Es decir, las mismas fracturas que rompen la urdimbre social que garantice un proyecto migratorio (llegar sano y salvo a Estados Unidos y encontrar trabajo rápidamente, por ejemplo) son las mismas que posibilitan una mejora en las vidas de estas personas: los que emigran no son los no pobres, sino los que alcanzaron a colarse desesperadamente por los entresijos.

Finalmente, concluimos en esta tesis sobre la convivencia en estos espacios fronterizos y sobre una realidad sumamente llamativa: en la región fronteriza del Soconusco, los inmigrantes salvadoreños y demás centroamericanos no construyen tejidos organizativos que pasen por el reconocimiento público como colectividades nacionales. Nos es difícil soslayar aquí el argumento de la fracturación originaria que se traslada y se reproduce en los sitios de tránsito y destino de estos migrantes. Pero esto no es suficiente. Hemos concluido que los salvadoreños y demás centroamericanos se enfrentan a un contexto sumamente hostil hacia ellos, lo que también explicaría que haya temor a emerger identificados por la bandera que delata el origen nacional de los migrantes. Éstos, por el contrario, prefieren mimetizarse en esa sociedad hostil y poco solidaria, abandonando los marcadores

que delatan sus resabios centroamericanos. No menos importante es la siguiente conclusión: Puerto Madero, como otras localidades fronterizas, funcionan como sitios en donde sus moradores centroamericanos quieren pasar desapercibidos por muy diversos motivos, razón que también opera en contra de cualquier acción que persiga el reconocimiento público como colectividad nacional. En lugar de todo lo anterior, el camino más andado pasa por el pronto abandono de los marcadores que los identifican como salvadoreños y centroamericanos –al menos, en el espacio público—, mientras se adoptan unos marcadores locales y se buscan espacios de acción según las reglas de juego locales. Si de ello depende garantizar una respuesta medianamente certera, un paso adelante frente a la amenazante incertidumbre, entonces mimetizarse resulta de lo más normal del mundo. Ese es el costo de quedarse.

# ANEXOS

## 1. Cuadros

**Cuadro 1**  
**Trabajadores temporales guatemaltecos**  
**documentados con FMVA (1999-2007)**

Año	Cantidad
1999	64,961
2000	69,036
2001	40,640
2002	38,693
2003	45,561
2004	42,895
2005	45,518
2006	40,244
2007	27,840
<b>Total</b>	<b>409,512</b>

Fuente: Elaboración propia con base a estadísticas del Instituto Nacional de Migración (INM).

**Cuadro 2**  
**Expedición de Formas Migratorias de Trabajador Fronterizo (FMTF)**  
**para Guatemala, según sector de actividad y lugares de expedición**  
**seleccionados, 2010**

Punto de expedición y sector de actividad	Agrícola	Otro sector	Total en registros electrónicos
Ciudad Hidalgo	5,330	215	5,545
Talismán	15,154	1,665	16,819
Unión Juárez	30	6	36
<b>Subtotal</b>	<b>20,514</b>	<b>1,886</b>	<b>22,400</b>
Otros	5,340	102	5,478
<b>Total</b>	<b>25,854</b>	<b>1,988</b>	<b>27,842</b>

Fuente: Elaboración propia con base a Centro de Estudios Migratorios del Instituto Nacional de Migración.

**Cuadro 3**  
**Una década de contención de los flujos migratorios**  
**Eventos de aseguramiento de centroamericanos indocumentados en**  
**México, según nacionalidad (1999-2009)**

Año	Guatemala		Honduras		El Salvador		Nicaragua		Países seleccionados		Total países
	Cantidad	%	Cantidad	%	Cantidad	%	Cantidad	%	Cantidad	%	
<b>1999</b>	50,228	40.1	43,805	34.9	26,110	20.8	1,387	1.1	121,530	96.9	<b>125,238</b>
<b>2000</b>	78,819	48.7	45,604	28.2	37,203	23.0	1,938	1.2	161,626	95.7	<b>168,765</b>
<b>2001</b>	67,522	46.8	40,105	27.8	35,007	24.3	1,712	1.2	144,346	95.9	<b>150,530</b>
<b>2002</b>	67,336	51.2	41,801	31.8	20,800	15.8	1,609	1.2	131,546	95.3	<b>138,061</b>
<b>2003</b>	86,023	48.0	61,900	34.5	29,301	16.3	2,150	1.2	179,374	95.6	<b>187,614</b>
<b>2004</b>	94,404	43.8	72,684	33.7	34,572	16.0	2,453	1.1	204,113	94.6	<b>215,695</b>
<b>2005</b>	100,948	42.0	78,326	32.6	42,674	17.8	3,980	1.6	225,928	94.0	<b>240,269</b>
<b>2006</b>	84,523	46.3	58,001	31.7	27,287	14.9	3,590	2.0	173,401	94.9	<b>182,705</b>
<b>2007(a)</b>	68,537	41.5	60,324	36.5	22,141	13.4	3,225	1.9	154,227	93.3	<b>165,134</b>
<b>2008(b)</b>	40,843	45.9	29,654	33.3	13,708	15.4	1,526	1.7	85,731	96.3	<b>88,955(c)</b>
<b>2009(d)</b>	<b>25,059</b>	<b>44.7</b>	<b>20,141</b>	<b>35.9</b>	<b>8,580</b>	<b>15.3</b>	<b>722</b>	<b>1.3</b>	<b>54,502</b>	<b>97.2</b>	<b>56,043</b>

Fuente: Elaboración propia con base a estadísticas del Instituto Nacional de Migración (INM).

**(a)** Para realizar un comparativo con los datos de años anteriores a 2007 se deben sumar en este año las estadísticas de eventos de aseguramiento, con los de repatriaciones voluntarias (sólo de centroamericanos) y expulsiones realizados por la autoridad migratoria.

**(b)** A partir de 2008 la serie estadística únicamente desglosa por nacionalidad los eventos de expulsión del país y repatriación voluntaria de centroamericanos, quedando los eventos de aseguramiento desglosados por sexo, edad y delegación regional.

**(c)** La cifra no incluye el total de eventos de aseguramiento, que ascendió a 39,330 en ese año; es decir, no conocemos las nacionalidades de las personas aseguradas en el 2008. De este modo, los eventos de expulsión, repatriación y aseguramiento arrojan una suma total de 128,285.

**(d)** Se refiere a eventos de expulsión de extranjeros, repatriación de centroamericanos y devolución de menores a sus países de origen. No incluye aseguramientos.

**Cuadro 4**  
**Principales rutas de entrada a México**

<b>Ruta</b>	<b>Cruces</b>	<b>Estados colindantes del lado mexicano</b>	<b>Departamentos colindantes del lado guatemalteco</b>
<b>1-Sur</b>	Ciudad Hidalgo-Tecún Umán Talismán-El Carmen Unión Juárez-Toquián Grande	Chiapas	San Marcos
<b>2-Centro Occidente</b>	Mazapa de Madero Ciudad Cuauhtémoc-La Mesilla Carmen Xhan-Gracias a Dios Nuevo Orizaba-Ingenieros	Chiapas	San Marcos Huehuetenango Quiché
<b>3-Norte</b>	Frontera Corozal-Bethel El Ceibo-El Ceibo La Candelaria Paxbán	Chiapas Tabasco Campeche	Petén
<b>4-Norte (por Belice)</b>	Ciudad Melchor de Mencos (Gua-Bel) Vértice Aguas Turbias o Tres Banderas (Gua-Bel-Mex) Poblados aledaños a la rivera del Río Hondo (Bel-Mex)	Campeche Quintana Roo	Petén  Belice Orange Walk Corozal

Fuente: *Diagnóstico general de los flujos de trabajadores temporales de la frontera sur de México: Resumen de principales hallazgos y tendencias a futuro*. Centro de Estudios Migratorios del Instituto Nacional de Migración.

## 2. Mapas

**Mapa 1**  
**Triángulo Norte de Centroamérica, México**  
**y frontera sur de Estados Unidos.**



Fuente: Google Maps.

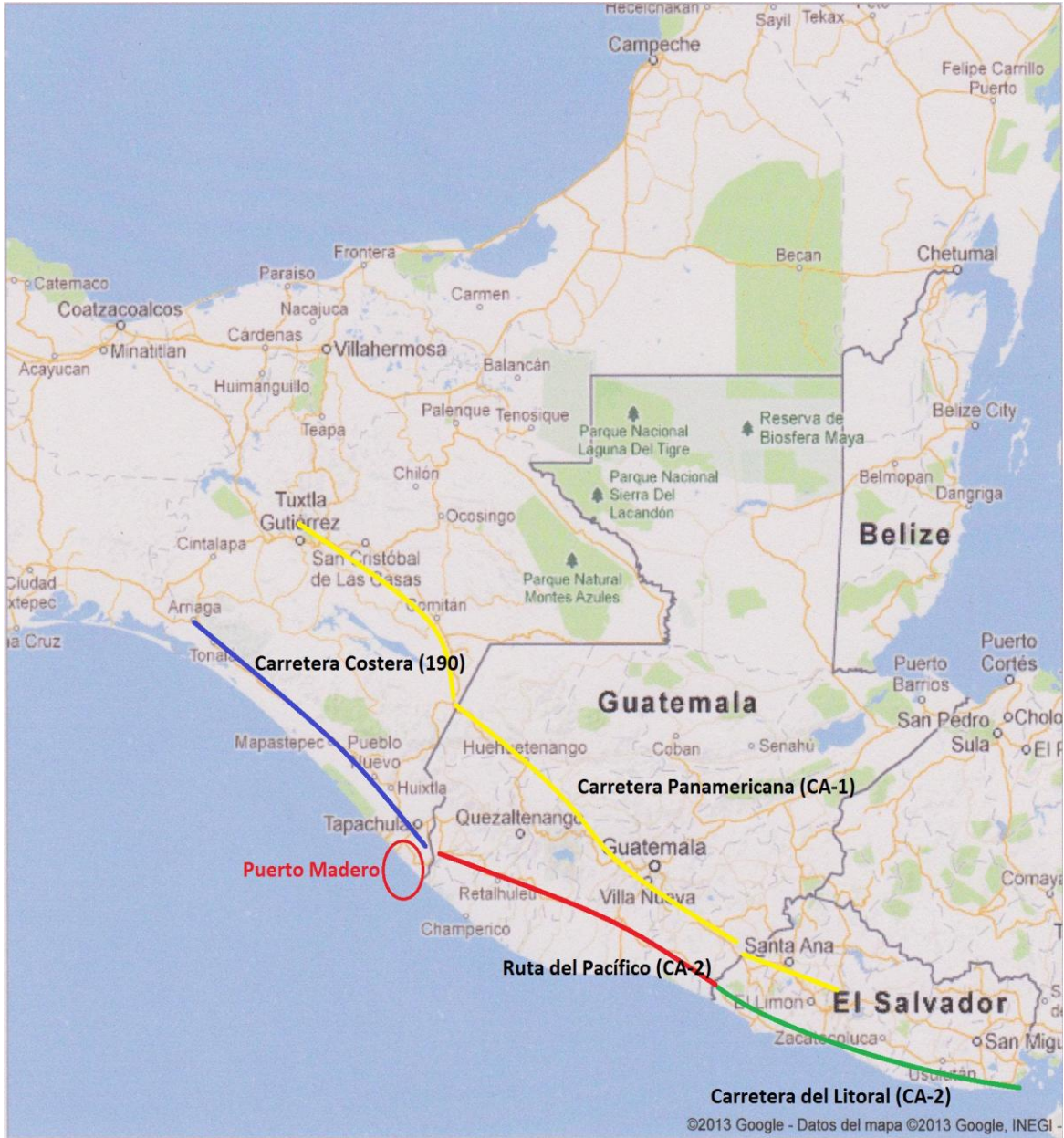


**Mapa 2**  
**Triángulo Norte de Centroamérica**  
**y estados de la frontera sur de México.**



Fuente: Google Maps.

**Mapa 3**  
**Frontera Guatemala-México**  
**Principales vías de comunicación y rutas migratorias**

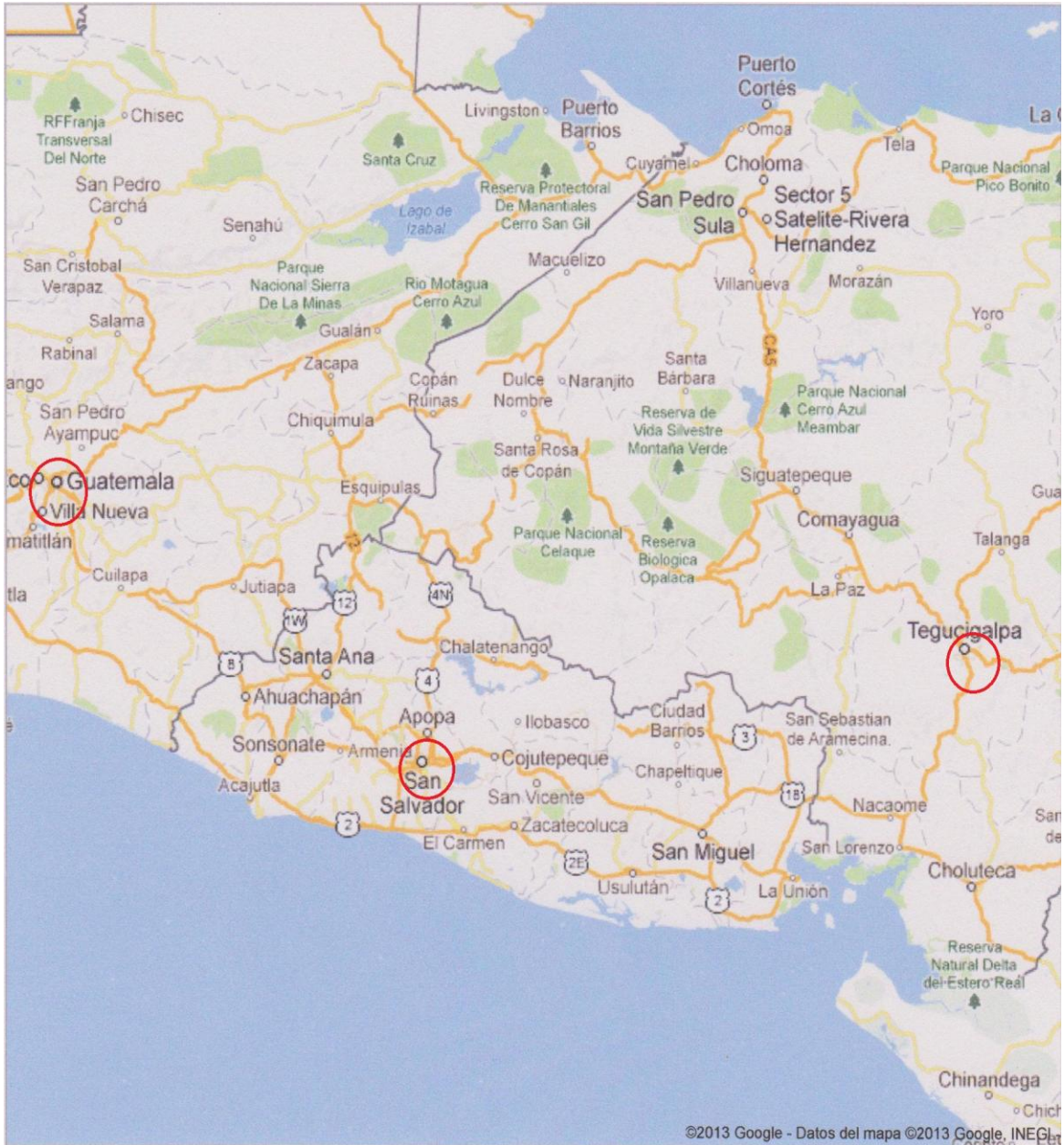


Fuente: Google Maps.



## Mapa 4

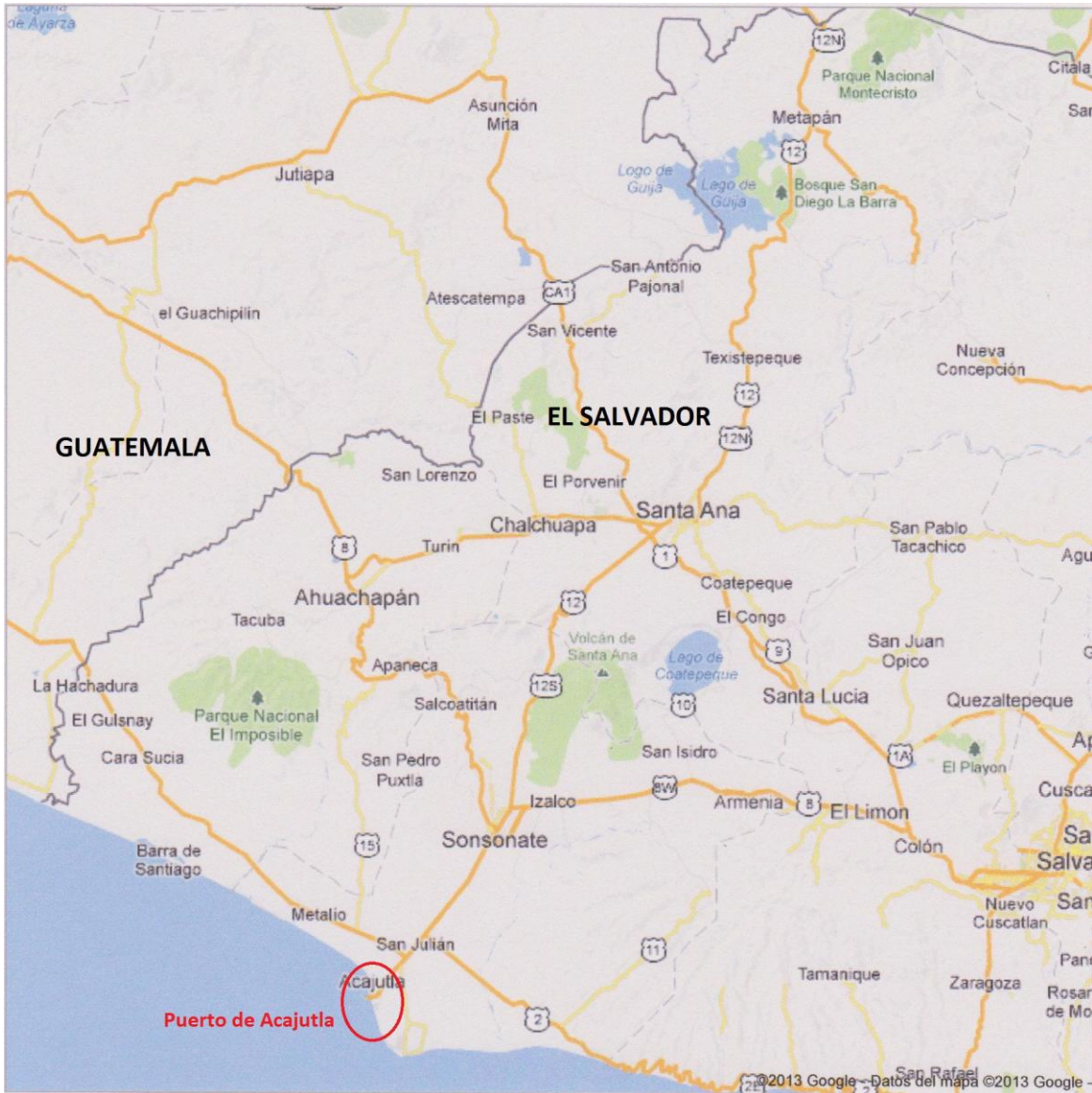
### El Salvador: principales localidades y ciudades capitales próximas



Fuente: Google Maps.

## Mapa 5

### El Salvador: región occidental (Ahuachapán, Santa Ana y Sonsonate)

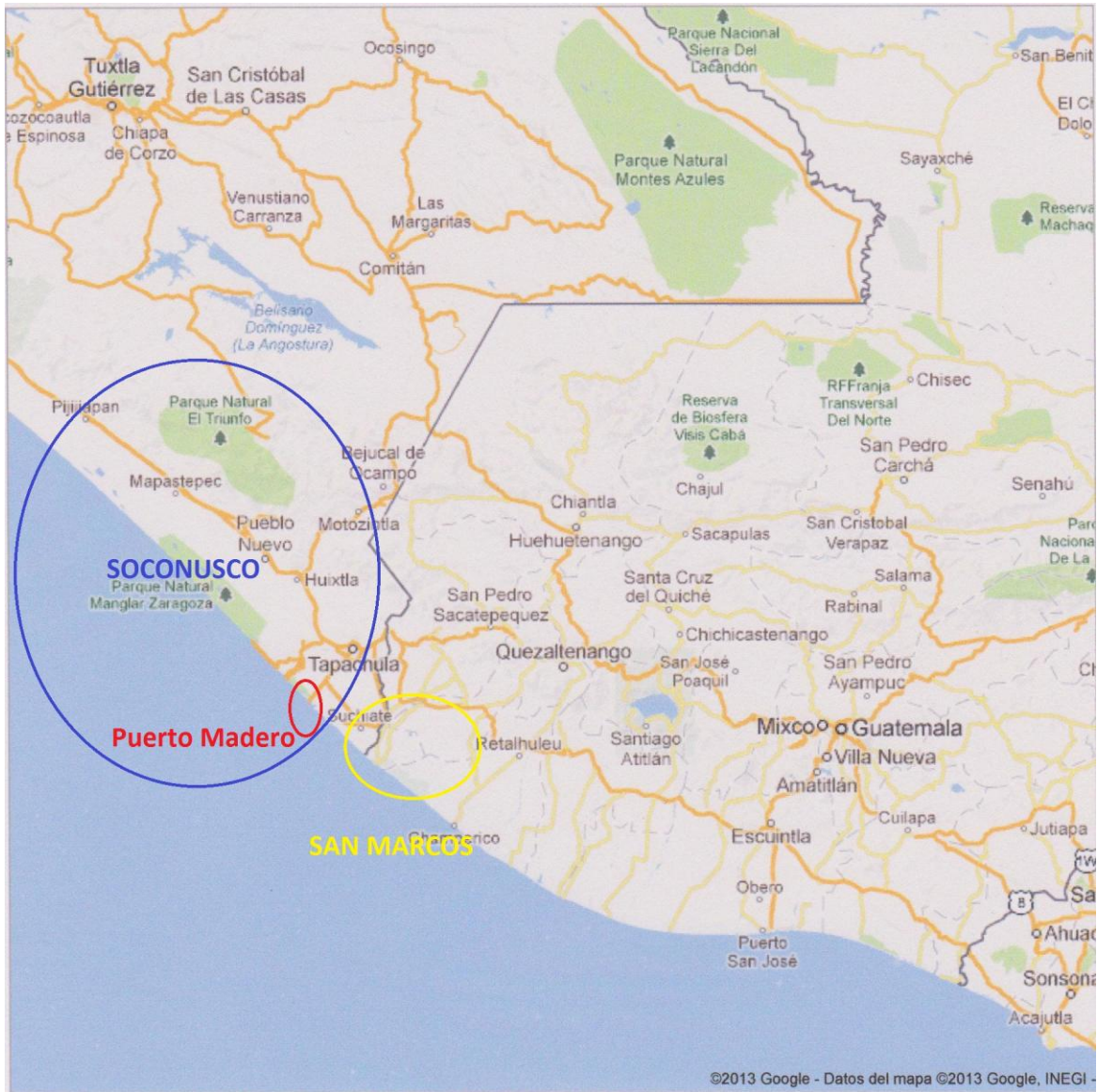


Fuente: Google Maps.



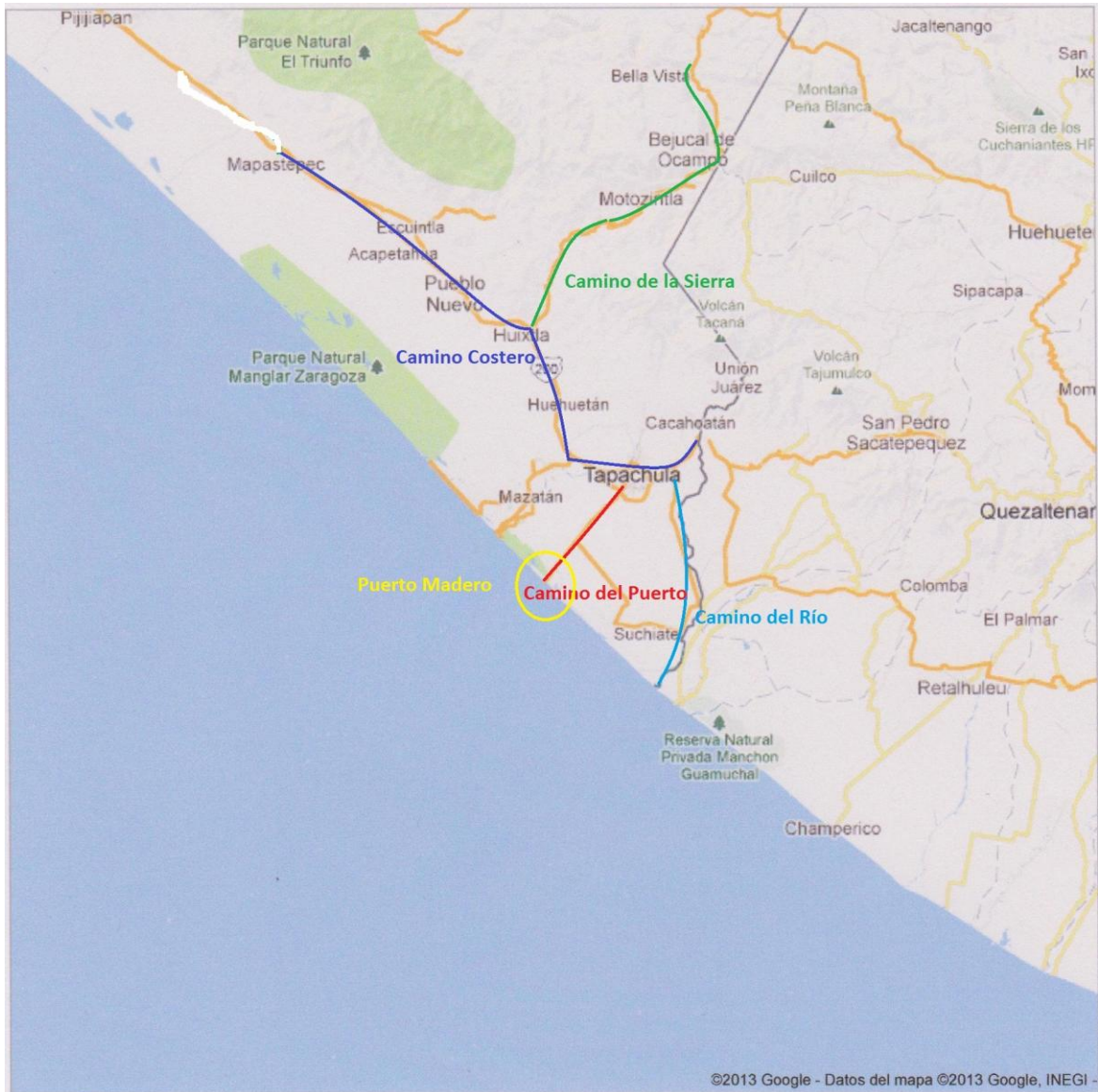
## Mapa 6

### Región fronteriza Soconusco-San Marcos



Fuente: Google Maps.

## Mapa 7 Los Caminos del Soconusco

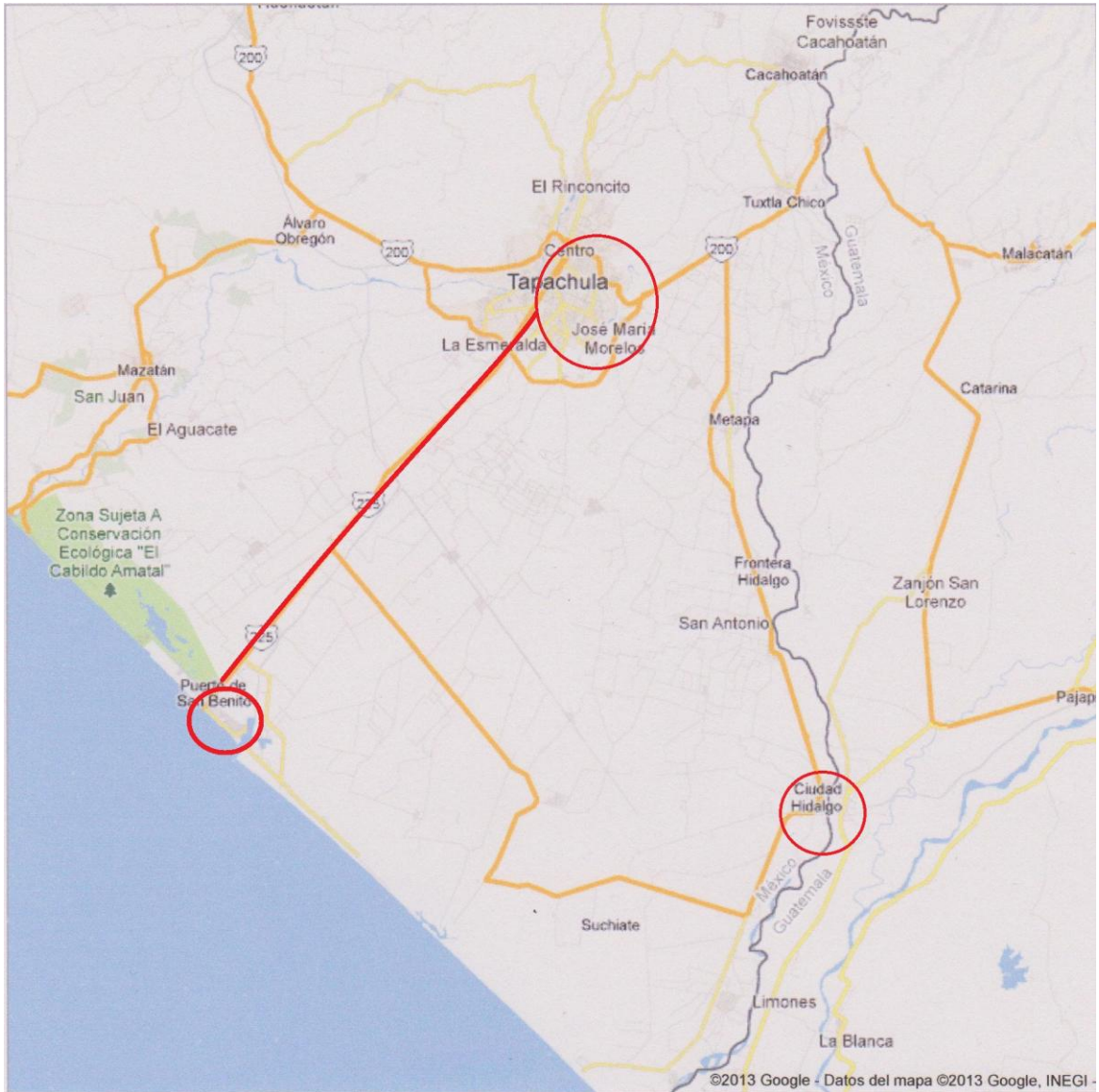


Fuente: Google Maps.



## Mapa 8

### El Camino del Puerto: Tapachula y Puerto Madero



Fuente: Google Maps.

## Mapa 9

### Puerto Madero y Puerto Chiapas



Fuente: Google Maps.

**Mapa 10**  
**Puerto Madero, puntos de referencia**



Fuente: Google Maps.

### **3. Evolución del proceso de investigación**

Es pertinente hacer un ejercicio que muestre cómo el problema de investigación cambió desde la formulación del anteproyecto, durante el transcurso del trabajo de campo y durante la fase analítica posterior. Es menester entonces mostrar los principales momentos de ese proceso; desde la génesis del mismo, cuando las preguntas aparecían formuladas en un estado seminal –como resultaría natural, cuando no se había ido al campo con el lente suficientemente enfocado y confrontado con la realidad—, hasta la fase en que la relativa flexibilidad de los planteamientos iniciales posibilitaron el escenario para contrastar los presupuestos, dando al traste con los mismos y derivando en una problemática que, pese a conservar cierto cariz inicial, nos conduciría por otros derroteros analíticos.

Tal flexibilidad define buena parte de las investigaciones planteadas a partir de metodologías cualitativas, sobre todo cuando la etnografía y la observación participante ocupan un sitio de honor. Con sobrada razón, “la imagen preconcebida que tenemos de la gente que intentamos estudiar puede ser ingenua, engañosa o completamente falsa” (Taylor y Bogdan, 1996: 32). Una postura mucho más radical plantearía que es de lo más natural que la problematización y las hipótesis iniciales “deben quedar relegados a un segundo lugar para dejar que la realidad que investigamos nos hable más por sí misma y no la distorsionemos con nuestras ideas, juicios, hipótesis y teorías previas” (Martínez, 2002: 47). Muestra de ello es que un panorama general del proceso permite visualizar el tránsito de una postura hasta cierto punto rígida, hasta un aparato analítico y metodológico flexible, que se fue ajustando y construyendo, en confrontación con los datos obtenidos paulatinamente en el campo. Veamos ese proceso.

La evolución del proceso muestra un momento inicial, de anteproyecto, en el que se planteaba la cuestión de las redes sociales entre los inmigrantes salvadoreños en el Soconusco como el problema central. La pregunta concernía únicamente a los salvadoreños que emigraron a Chiapas por diversos motivos y que se habían apoyado en redes sociales preexistentes, instituciones y organizaciones civiles. Sugería también que aquellos salvadoreños incrementarían su capacidad de movilizar recursos y de lograr una asimilación exitosa en los sitios donde habían



emigrado. Gravitaban en torno a la pregunta los conceptos de actor social, redes sociales y capital social. ¿Cómo se definían esos conceptos?

Dado que este apartado es más bien de orden metodológico, se procura entonces responder brevemente a las cuestiones teóricas. Aún así, es pertinente regresar a los conceptos, dado que, durante el proceso, o bien han sido mantenidos intactos, han sido reformulados, o han sido ubicados en una posición distinta en la jerarquía analítica. Por *actores sociales* se ha entendido desde entonces, siguiendo a Norman Long, como aquellos individuos inmersos en redes de relaciones sociales e interpersonales, en constante búsqueda de las respuestas más eficaces ante las influencias de las fuerzas externas provenientes de las estructuras. (Long, 2007: 108). La pregunta de investigación en su primera formulación consideraba, obviamente, a los salvadoreños como actores sociales, según la definición propuesta.

En segundo término, se ha sostenido que las *redes sociales* se refieren al entramado de relaciones interpersonales y sociales que resulta de los lazos tendidos entre los actores sociales, un entramado que se sostiene, al menos formalmente, en virtud de un acuerdo tácito o explícito de expectativas recíprocas y conductas prescritas que sugieren cierto equilibrio; aunque, la mayoría de las veces, las relaciones son desiguales y parciales, lo que deriva en jerarquías y diferentes cuotas de poder. (Lomnitz, 1993: 219; Massey, *et al*, 1991: 171; Portes, citado en Zavala, 2008: 226; Casillas, 1997: 218 y 2007: 14; Long, 2007: 119). En este caso, pese a que el concepto de red social fue mantenido como tal en la investigación –y serviría como una herramienta para apuntalar el análisis–dejó de ser el elemento central de la misma. Más adelante se abundará sobre este punto. De este modo, las redes migratorias, por ejemplo, tendrían como objetivos: primero, posibilitar la supervivencia de la gente –sobre todo de los “marginados”– en los lugares de destino de la migración (Lomnitz, 1993: 219), un punto de vital importancia entre los inmigrantes centroamericanos en el Soconusco; segundo, vincular a las comunidades emisoras de migrantes internacionales con puntos específicos en las sociedades receptoras (Massey *et al*, 1991: 171); tercero, favorecer la adquisición de bienes escasos como capital e información (Portes, citado por Zavala, 2008: 226);

cuarto, disminuir el riesgo y los costos de la migración indocumentada (Casillas, 1997: 218).

Por último, el concepto de *capital social* utilizado en la primera formulación de la pregunta –que se revisará abajo– es más próximo a las ideas de James Coleman, quien lo define por su función: el capital social vendría a coincidir con el entramado de relaciones que facilita la realización de ciertas acciones para los actores dentro de las estructuras, pero con ciertos límites a esa acción (Ramírez, 2005: 26). Coleman, de hecho, inserta su análisis en la discusión agencia/estructura, al igual que Long y otros autores revisados en el apartado teórico, en un intento de conciliar, por un lado, la acción de los individuos movida por su propio interés y, por otro, las normas, reglas y obligaciones que gobiernan a las acciones individuales. No obstante, la noción de capital social considerada en este momento seminal del proceso reconocía los aportes fundacionales de Pierre Bourdieu, quien lo define como recursos (2002: 118) y los más recientes de Putnam, que introduce la idea de capital social como comunidad cívica (1994: 167-176; 2000: 22). Esta última noción, fue puesta en discusión al aludir a la pregunta del porqué los salvadoreños y demás centroamericanos no han construido iniciativas comunitarias en los lugares a los que han emigrado en Chiapas.

La pregunta central de la investigación, entonces, estaba formulada así: *¿Por qué los salvadoreños que se adscriben a redes sociales –sean estas familias, de amigos o de paisanos– o se apoyan en instituciones u organizaciones civiles incrementarían su capacidad de movilizar recursos y de lograr una asimilación exitosa en las localidades a las que emigran?* Lo que se perseguía, en definitiva, era indagar las razones que explicaban que de una acción social (adscribirse a, apoyarse en) se seguía un beneficio (incrementar capacidades, lograr el éxito). Así explicada la pregunta, se tenía la hipótesis como sigue: *los salvadoreños que se adscriben a redes sociales y se apoyan en instituciones y organizaciones civiles incrementarían su capacidad de movilizar recursos y lograrían una asimilación exitosa en los sitios de destino porque han logrado establecer unas relaciones sociales muy fuertes y duraderas; es decir, un capital social muy sólido.*

En cuanto al carácter específico de la investigación se planteó asimismo que esta tomaría un camino claro: se haría un trabajo fundamentalmente cualitativo

basado en estudios de caso. Se barajaron algunos casos hipotéticos. En el primer caso se visualizó a una familia de salvadoreños que pudiera haber establecido una compleja red de amistad en su localidad, red que le brindaría los apoyos necesarios para incrementar sus capacidades no sólo de llevar el sustento al hogar, sino de mantener estrechas relaciones con las amistades mediante el intercambio de favores, con lo que se reforzarían los lazos a través de la reciprocidad; esa familia, apoyada además por una organización civil para la adquisición de los documentos migratorios que ampararan su estancia legal en el país y posibilitaran la adquisición de empleos mejor remunerados, seguramente lograría una exitosa asimilación en la sociedad receptora. Nótese que se hablaba en términos de asimilación y no de integración o inserción, que tienen una connotación mucho más flexible.

En segundo término, se consideró que pudiera ocurrir que la membrecía en la red fuera sumamente costosa en términos de inversión de recursos, lo que se traduciría en un escaso margen para que las familias salieran del círculo que se cierra en la mera cobertura de las necesidades básicas, limitando así su movilidad social. Se manejó, finalmente, un caso extremo, también probable, donde la familia podría prescindir de la red social de apoyo al haber ascendido en la escala social, rompiendo los vínculos –al menos horizontales–, que les relacionaban con sus iguales; en este caso podría haberse inaugurado otro tipo de relaciones, en las que la familia, que detente la propiedad de una pequeña empresa, por ejemplo, refuerce una red de compadrazgo.

Ahora bien, ¿cómo se obtendría la evidencia empírica que sustentara o revocara cualquiera de los casos considerados? Dado que el estudio es de corte cualitativo se planeó utilizar algunas técnicas como *la entrevista en profundidad* y la elaboración de *historias de vida*, que permitieran reconstruir las trayectorias migratorias de los salvadoreños. Con ellas se buscaría recabar el material empírico básico, que estuviera a su vez contenido en una *etnografía de la vida cotidiana* de los salvadoreños. A ello iba a contribuir la *observación participante*.

Se planificó, además, una fase paralela en donde se realizarían algunos esfuerzos característicos de una investigación cuantitativa, en la que se recabara información a partir de una pequeña *encuesta*, aplicada a un grupo reducido de

salvadoreños. Este último punto no fue realizado, debido a que se decidió por la profundización del material cualitativo. Todo sería complementado con la necesaria y exhaustiva indagación bibliográfica y de archivo, uno de cuyos objetivos fue obtener los insumos necesarios para la composición de una base de datos (cifras, estadísticas, caracterizaciones) que, sumados a la información cualitativa resultante de la aplicación de las técnicas arriba mencionadas, derivara en la presentación de un informe que, pese a ser exploratorio, recabara información que diera algunas luces sobre la vida cotidiana de los inmigrantes salvadoreños en el Soconusco.

En resumen, en este planteamiento inicial del problema –del que se mantuvieron algunos elementos y se descartaron otros–, se indagaría sobre los modos en que las redes sociales de los inmigrantes salvadoreños en el Soconusco incidirían en la capacidad de estos para movilizar recursos y, mediante un asenso en la escala social, insertarse en las sociedades receptoras. Nótese también que el grupo en estudio son inmigrantes de una nacionalidad específica y en una región específica de Chiapas. Adviértase también que el problema central alude a la inserción de aquellos inmigrantes mediante la movilización de ciertos recursos, proceso que sería documentado etnográficamente.

¿Cuál es el segundo momento importante del proceso de la investigación? Pues bien, en la antesala de la salida al campo se introdujo el elemento del empleo como una herramienta que coadyuva de un modo definitivo a la inserción de aquellos inmigrantes: comenzó entonces a hablarse en términos de inserción laboral y no de asimilación, que era el énfasis anterior. Tras un primer desplazamiento del problema de investigación se comenzó a sostener que tanto para los migrantes que atraviesan el territorio mexicano como para los que se internan a él con la intención de quedarse en alguna localidad, el empleo –sea este formal o informal– es un bien muypreciado que tiene una importancia fundamental y que, probablemente, defina las distintas trayectorias migratorias, sobre todo entre la gente de más escasos recursos económicos y que viaja o emigra sin una red social que le ayude a disminuir los costos y los riesgos que supone la migración irregular o indocumentada. Este punto ha sido crucial, en tanto que la

gran mayoría de los migrantes a los que se pudo tener acceso durante el trabajo de campo se acercaban a este perfil socioeconómico.

Muchos migrantes en tránsito, por ejemplo, pueden emplearse temporalmente mientras reúnen el dinero necesario que les permita transitar de manera escalonada por México; de hecho, la condición de migrante en tránsito o transmigrante no únicamente remite al hecho de que se transite por el territorio mexicano con la intención de llegar a un tercer país –que puede ser Estados Unidos o Canadá–, sino que ese tránsito puede demorar semanas e incluso meses. Se afirmaba entonces que en los procesos migratorios de la gente, el empleo –fundamentalmente informal y al margen de la legislación laboral vigente– juega un rol fundamental, tanto para la subsistencia más elemental como para el mantenimiento del plan original de únicamente transitar por México y no quedarse en este país.

Se visualizaba una segunda posibilidad: que la obtención de un buen empleo o al menos uno mejor al que se tenía en el país de origen, más los factores asociados a ello (estrechamiento de lazos sociales más intensos, inserción laboral, posibilidad de enviar remesas a la comunidad de origen, etcétera), incidirían en el abandono del proyecto inicial de emigrar hacia los Estados Unidos, con lo cual se modificaría la trayectoria migratoria. Todo esto bajo la consideración de que el empleo, en efecto, es un elemento crucial que bien pudiera incidir positivamente en la integración de los inmigrantes en las sociedades de acogida. Conseguir un empleo, de hecho, pudiera ampliar las capacidades de la gente y favorecería la movilidad social. Sin duda –se insistía tras este primer desplazamiento–, la inserción de los inmigrantes en el mercado laboral de las sociedades receptoras constituye un factor clave que introduce un enorme potencial de revertir el círculo de la pobreza y el aislamiento social, que pasan por ser de las causas más recurrentes por las que la gente emigra desde Centroamérica.

Los cambios introducidos al problema derivaron en una reformulación de la pregunta, que vino a quedar así. *¿Cuáles son los escenarios y los procesos sociales en que los inmigrantes salvadoreños en Chiapas incrementan o bien disminuyen sus capacidades de movilizar recursos e integrarse en las sociedades receptoras?* Pero por más que esta última formulación abría el análisis hacia la incorporación

de los diversos escenarios y procesos sociales en los que ocurre la acción de los migrantes insertos en redes de relaciones, la disyuntiva (incrementar o no incrementar, integrarse o no integrarse) había permanecido intacta. Había que dar un paso más: Es cierto, probablemente la gente logre o no incrementar sus capacidades de movilizar recursos o consiga integrarse a la sociedad de acogida a partir de acciones sociales sostenidas (construir redes sociales o adscribirse a las ya existentes); pero parece obvio que la realidad no se reduzca a ello. Se presentó entonces la necesidad de incorporar un elemento que logre, a una, ser específico por un lado y, por otro, explicar satisfactoriamente esa compleja realidad. En este momento, la incorporación del empleo y la inserción laboral aparecieron como una opción nada despreciable para apuntalar aquel desplazamiento.

En consonancia con lo anteriormente expuesto se replanteó la pregunta de investigación: *¿Qué tipo de procesos sociales inciden en la capacidad de los inmigrantes salvadoreños en el Soconusco para acceder al empleo e integrarse en la sociedad receptora?* La pregunta pretendía indagar sobre la naturaleza de esos procesos sociales, caracterizados por una tensión dinámica entre distintas acciones sociales (construcción de vínculos, por ejemplo) y una gama de constreñimientos estructurales (escasez del empleo, situación legal irregular, discriminación, entre otros). En términos etnográficos, la pregunta abría la posibilidad de registrar esos procesos y posteriormente analizarlos a la luz de los conceptos rectores de la investigación. La hipótesis asociada a esta última pregunta se planteó así: *El fenómeno de la inmigración de salvadoreños en el Soconusco tiene un fuerte componente laboral, en tanto que la decisión de quedarse –abandonando un proyecto inicial de emigrar a los Estados Unidos– o llegar hasta allí como plan original, está fuertemente mediada por la inserción en el mercado laboral local, ya sea en el sector formal como en el informal.*

El análisis, finalmente, se complementaría con la caracterización de los múltiples escenarios abiertos en el marco de aquellos procesos sociales, de modo que posibilitaran la construcción analítica de dos productos: en primer lugar, la elaboración de *trayectorias laborales* de algunos inmigrantes para indagar sobre el acceso al empleo, a partir, por ejemplo, de la descomposición en sectores de participación laboral (construcción, agrícola, comercio, entre otros); en segundo

lugar, bajo el supuesto de que la sola inserción laboral no define la integración de los inmigrantes, se perseguía explorar otras esferas de la vida económica, social y cultural de estos últimos, a partir de la construcción de *trayectorias de vida*. Estos fueron los supuestos bajo los cuales se partió al campo.

Durante los primeros días de trabajo de campo se procedió a hacer recorridos en algunas localidades del Soconusco, en búsqueda de aquellas que ofrecieran las condiciones mínimas (sobre todo de acceso a los inmigrantes y, no menos importante, de seguridad para el investigador) para poder llevar a cabo la investigación. El asunto de la seguridad ha sido muy relevante en la región, dadas las condiciones de violencia e inseguridad prevalecientes en cualquier localidad fronteriza, pero particularmente preocupantes durante los últimos años en la frontera de México con Guatemala, por la presencia del crimen organizado y el narcotráfico. El recorrido inicial condujo a cinco municipios del Soconusco: Tapachula, Huixtla, Mazatán, Cacahoatán y Suchiate. En todos ellos residen muchos salvadoreños y centroamericanos, según se escucha de los relatos de la gente local y se observa en registros dispersos del Consulado General de El Salvador en Tapachula y algunas organizaciones civiles locales. No es difícil encontrarlos en esas localidades al ir a su búsqueda.

Dado que no hay registros oficiales que cuantifiquen y ubiquen a la población salvadoreña, una tarea paralela fue seleccionar el sitio en el que se llevaría a cabo el trabajo. Tal búsqueda dio como resultado la selección de Puerto Madero, una localidad portuaria semiurbana de Tapachula, la capital regional. En esa selección se tomaron los siguientes criterios: la presencia significativa de salvadoreños empleados en diversas ocupaciones; las condiciones mínimas de seguridad personal para poder llevar a cabo la investigación; y los apoyos necesarios que permitieran no sólo el acceso a aquellos salvadoreños, sino también las actividades mismas de investigación. Lo que resultó de esa fase exploratoria fue, pues, la identificación del lugar más idóneo en cuanto a condiciones, contactos y viabilidad para tener acceso a los salvadoreños. Puerto Madero reunía esas condiciones: se trata de una localidad relativamente pequeña, con una población manejable de salvadoreños (el consulado logró reunir a unos 60 salvadoreños durante un evento y se puede calcular que allí viven actualmente unos 100 hogares

salvadoreño). De tres localidades soconusquenses en las que se planeaba trabajar, las labores se centraron en una sola, aunque en la fase final del trabajo de campo se hicieron algunas entrevistas en la cabecera municipal y regional: Tapachula.

Tras las primeras visitas al campo se pudo constatar de primera mano que residía un significativo número de salvadoreños en Puerto Madero, la mayoría inmigrantes desde los años ochenta y que llegaron al sitio circunstancialmente (aunque su emigración no fuera circunstancial), decidiendo quedarse allí en algún momento de su viaje. Otro elemento que condujo a la selección y confirmación de Puerto Madero fue la realización de tres trabajos antropológicos e históricos precedentes, casual y afortunadamente mediados por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), al que me hallaba adscrito: el primero, el trabajo pionero de Patricia Ponce Jiménez, *Palabra viva del Soconusco*, uno de cuyos capítulos (“Y también somos mexicanos...”) narra la historia de Puerto Madero desde la versión de uno de sus primeros habitantes, al que la autora llegó mediante métodos biográficos; el segundo, el interesante trabajo de Graciela Alcalá, con pescadores soconusquenses y que fuera publicado en al menos un libro (*Con el agua hasta los aparejos. Pescadores y pesquerías en el Soconusco, Chiapas, México*, de 1999) y algunos artículos (como el aparecido en 1993 en la revista *Mesoamérica* y titulado “Migrantes, pescadores y mujeres en Puerto Madero, Chiapas, México”); el tercero, el trabajo de Carlos Ortiz –asesorado por Alcalá–, *Historia de la pesca de tiburón en Puerto Madero, Chiapas*, también publicado en 1993. Ambos trabajos, los únicos en su género sobre la localidad, comparten algunos argumentos sobre los que merece la pena debatir, como aquel que sostiene que los pescadores centroamericanos se mimetizan en Puerto Madero y son bien aceptados por los lugareños, o aquel otro supuesto general oculto en el libro de Ortiz que apunta a que la pesca es la principal actividad de la localidad. Muchas cosas han cambiado desde finales de los ochenta y principios de los noventa, cuando ambos autores hicieron sus respectivas investigaciones.

Desde que se dio la primera incursión en el campo se mantuvo en constante revisión los supuestos que se manejaron desde la fase previa. Como resultado de las primeras estancias se reafirmó la relevancia del problema de estudio, es decir, la importancia de indagar sobre la inserción de los salvadoreños en el mercado



laboral del Soconusco y, más precisamente, cómo aquella estaría incidiendo en una mejora en sus condiciones de vida. Pero, paralelamente, fue resultando evidente la necesidad de indagar sobre otras facetas sociales que incidirían en que los salvadoreños mejoren –o desmejoren, según sea el caso– sus condiciones de existencia.

Así, los primeros meses del trabajo dieron como resultado general una mayor precisión del enfoque que llevará la investigación en cuanto al problema y los sujetos de estudio. A grandes rasgos, se había planteado a las puertas del trabajo de campo que se indagaría sobre la inserción laboral de los inmigrantes salvadoreños en al menos tres localidades de la región chiapaneca del Soconusco. Tras las primeras visitas a Puerto Madero se logró definir que una buena parte de salvadoreños se ocupaban, por un lado, como pescadores y tricicleros (todos hombres) y, por otro, como meseras, cocineras, auxiliares en negocios y como microempresarias (todas mujeres). Con ello, pues, se logró enfocar la investigación no sólo en el ámbito geográfico –a partir de la selección de una sola localidad–, sino también temático –a partir del enfoque en ocupaciones agrupadas, fundamentalmente, por la condición de género y que algunas parecen ser de las más representativas de la localidad.

No obstante lo anterior, los ajustes continuaron a medida que el trabajo de campo se intensificaba. La paulatina inserción en la localidad, la puesta en marcha de la estrategia metodológica y el enfrentamiento a la realidad cotidiana de aquellos migrantes incidió en que se diera un nuevo reenfoque de la investigación. El empleo, en primer lugar, dejó de ser un elemento central, sin negar su importancia en la definición de una trayectoria migratoria. Dicho en otras palabras, para muchos migrantes: 1) la búsqueda de un empleo o la mejora del que ya se tiene no siempre explicaría la toma de decisión de emigrar, es decir, en no pocas veces, se emigra por razones más poderosas; 2) no siempre conseguir un empleo en la región del Soconusco orillaba a la decisión de quedarse, sino que, en algunos casos, este logro era incluido en la estrategia de ahorrar mientras se reemprendía el viaje hacia el norte. Lo que se comenzó a observar en el campo fue que el empleo es más bien un elemento accesorio en la trayectoria migratoria. De este modo, se

operó paulatinamente un nuevo desplazamiento en el que el empleo como elemento de análisis fue siendo alejado del centro de gravedad de la investigación.

Así, las redes sociales podrían incrementar la capacidad de la gente para movilizar recursos, es cierto; el empleo podría incidir en la modificación de una trayectoria migratoria, también es cierto; pero estos elementos no resultaban suficientes para sostener una discusión que aportara nuevos insumos al debate. ¿Qué elementos ocuparían su lugar entonces? Pues bien, ya lo hemos dicho, pero vale la pena traerlo a mención aquí, es necesario señalar que la precariedad define buena parte de las trayectorias migratorias de la gente que emigra desde las márgenes de la fragmentada sociedad centroamericana y que por diversas circunstancias se queda en Puerto Madero y Tapachula. De acá se desprende el argumento central de la tesis.

En estas trayectorias, lo hemos dicho en el cuerpo de la tesis, la norma parece ser un viaje no planificado, motivado por situaciones insostenibles en el lugar de origen, lo que abre a una mayor participación al elemento contingencial en el viaje. Así pues, el primer elemento que se consideró paulatinamente en el campo y durante la fase analítica posterior a este fue una apreciación más global de los procesos migratorios de la gente que llega a aquellas localidades, caracterización que permitió abundar sobre las razones que explican distintas precariedades y fragmentaciones: gente que emigra desde, en y hacia las márgenes. Vuelve por sus fueros la idea primigenia de “los marginados” (Lomnitz, 1993). Este no es, sin embargo, el único elemento introducido.

En cuanto a los mecanismos de diferenciación social se documentó que, por ejemplo, los componentes de nacionalidad, género, grupo etario, estatus legal, área de proveniencia (urbana o rural), redes y recursos sociales y económicos –es decir, no sólo el empleo– terminan incidiendo en el abandono de un proyecto de llegar a Estados Unidos. Esto tiene que ver, obviamente, con la trayectoria particular de cada migrante, pero también con el encuentro que este tiene con el espacio social (gente, territorio, instituciones, etcétera) por el que transita y/o reside. No es lo mismo ser salvadoreño que guatemalteco en el Soconusco, por ejemplo; no es lo mismo ser hombre que mujer; ser joven que adulto mayor; migrar con documentos que sin ellos; provenir de una zona urbana que de una rural; tener parientes en

Estados Unidos que carecer de ellos o echar mano de amigos que ya residen en estas localidades.

Lo importante acá es relacionar una acción (quedarse, regresarse al país de origen, abandonar la idea inicial, retomar un proyecto abandonado, etcétera) con otra (el etiquetamiento que las poblaciones locales hagan de los migrantes). Los diversos modos en que los mecanismos de diferenciación social, por un lado, y la ausencia del Estado y sus instituciones, por otro, van pautando la convivencia entre la gente en Puerto Madero, permiten mostrar las rupturas del tejido social fronterizo en el sur de México. Este es el segundo elemento que se considera que abona a una discusión más lograda sobre las migraciones en el sur de México y Centroamérica.

Finalmente, un tercer elemento. ¿Por qué a diferencia de otros sitios de destino de migrantes centroamericanos, en el Soconusco no existe una sola iniciativa de organización propia de estos migrantes que se haya siquiera sostenido en el tiempo? En el momento en que se analizaba la información recabada en el campo se sentaron las bases para sostener esta discusión que, hay que reconocerlo, se muestra en un estado aún muy incipiente en esta tesis, pero de la que pueden irse ensayando algunas interpretaciones. Formulemos en otros términos aquella pregunta: ¿Por qué los centroamericanos que viven en Puerto Madero y Tapachula no alcanzan a emprender iniciativas comunitarias ni procesos organizativos que persigan una mejora en sus condiciones de vida ni el acceso a sus derechos elementales, mucho menos iniciativas que procuren el cambio social? Una primera explicación a aquella cuestión ya se ha ensayado arriba, al mencionar las rupturas sociales que definen tanto el sitio de origen como el sitio de destino.

Los tres elementos considerados, de hecho, --precariedad y fragmentación de los procesos migratorios de la gente; convivencia violenta en Puerto Madero y ausencia de un tejido social comunitario entre los inmigrantes— guían el argumento de la tesis. La evolución del proceso de la investigación ha mostrado los cambios y ajustes realizados desde que la misma se planteaba como anteproyecto hasta la versión final de la tesis doctoral. Ha sido ciertamente un largo proceso, no exento de dificultades en el orden de la claridad analítica y en el orden más operativo del trabajo de campo y redacción del producto final, en un ambiente

hasta cierto punto hostil hacia los migrantes, donde buena parte de las relaciones sociales están signadas por prácticas violentas. No obstante la extensión de las líneas referentes a este proceso, ha sido necesario identificar y presentar los momentos más importantes, a fin de situar y fundamentar los puntos centrales de la tesis en un horizonte analítico claro y que constituya un aporte al conocimiento en torno a la problemática de estudio.

# REFERENCIAS

## 1. Bibliografía

ALCALÁ, Graciela

1999 *Con el agua hasta los aparejos. Pescadores y pesquerías en El Soconusco, Chiapas*. CIESAS/CESMECA-UNICACH/CIAD, México.

1993 “Migrantes, pescadores y mujeres en Puerto Madero, Chiapas, México”, *Mesoamérica* No. 25 (Junio), México, pp. 101-114.

ALONSO, Ana M.

2006 [1994] “Políticas de espacio, tiempo y sustancia: formación del estado, nacionalismo y etnicidad”, en Manuela Camus (Comp.), *La ideas detrás de la etnicidad, una selección de textos para el debate*, CIRMA, Guatemala, pp. 159-195.

ALVARENGA, Patricia

2006 *Cultura y ética de la violencia en El Salvador*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, San Salvador.

ÁLVAREZ, Soledad

2010 “A la sombra del Miguel Hidalgo: análisis etnográfico del parque central de Tapachula, *Liminar Estudios Sociales y Humanísticos*, Vol. III, No. 2 (Diciembre), Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, México, pp. 129-152.

AQUINO, Alejandra

2010 “Migrantes chiapanecos en Estados Unidos: Los nuevos nómadas laborales”, *Migraciones internacionales*, No. 21, Vol. 5, (Julio-diciembre), El Colegio de la Frontera Norte, México, pp. 39-68.

ARMIJO, Natalia (Edit.)

2011 *Migración y seguridad: nuevo desafío en México*, CASEDE, México.

AUGÉ, Marc

1993 *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona.

BARTH, Fredrik

2006 [1969] “Introducción” a *Los grupos étnicos y sus fronteras*, en Manuela Camus (Comp.), *La ideas detrás de la etnicidad, una selección de textos para el debate*, CIRMA, Guatemala, pp. 47-79.

BAUMANN, Gerd

2001 *El enigma multicultural. Un replanteamiento de las identidades nacionales, étnicas y religiosas*. Paidós, Barcelona.

BAUMAN, Zygmunt

2008 *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, Tusquets Editores/CONACULTA, México.

BENGOA, Javier

1997 *De Heidegger a Habermas. Hermenéutica y fundamentación última en la filosofía contemporánea*, Herder, Barcelona.

BERGER, Peter y Thomas Luckmann

2003 *La construcción social de la realidad*. Amorrortu editores, Buenos Aires.

BOURDIEU, Pierre

2002 *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, México.

1997 *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona.

1990 *Sociología y Cultura*, Grijalbo/CONACULTA, México.

BOURDIEU, Pierre y Loïc Wacquant

1995 *Respuestas por una sociología reflexiva*, Grijalbo, México.

BUSTAMANTE, Jorge A.

2006 “La migración indocumentada de México a Estados Unidos; la dialéctica de la vulnerabilidad y los derechos humanos”, ponencia presentada en el *Simposio Internacional sobre “La vulnerabilidad de los migrantes internacionales”*, Monterrey, NL, (Disponible en: <http://www.comitenorte.org.mx/simposio/ponencias/jorgeb.pdf> Consulta: 4 de julio de 2008).

2002 *Migración internacional y derechos humanos*, UNAM, México.

2001 “Un marco conceptual de referencia acerca de la vulnerabilidad de los migrantes como sujetos de los derechos humanos”, en Fernández Teresa (Coord.), *Los rostros de la violencia*, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana BC, pp. 19-53.

BRONFMAN, Mario; Leyva, René; Negroni, Mirka (Eds.)

2004 *Movilidad poblacional y VIH/sida: Contextos de vulnerabilidad en México y Centroamérica*, Instituto Nacional de Salud Pública, México.

CARMACK, Robert (Edit.)

1993 *Historia general de Centroamérica. Tomo I. Historia antigua*, Ediciones Siruela/FLACSO/Sociedad Estatal Quinto Centenario, Madrid.

CARRITHERS, Michael

1995 *¿Por qué los humanos tenemos culturas? Una aproximación a la antropología y la diversidad social*, Alianza, Madrid.

CASILLAS, Rodolfo

2009 “La permeabilidad social y los flujos migratorios en la frontera sur de México”, en *La situación demográfica de México 2009*, CONAPO, México, pp. 125-134.

2007 *Una vida discreta, fugaz y anónima. Los centroamericanos transmigrantes en México*, OIM/CNDH, México.

1997 “Redes sociales y migraciones centroamericanas en México”, en Bovin P. (Ed.), *Las fronteras del Istmo: fronteras y sociedades entre el sur de México y América Central*, CEFMCA/CIESAS, México, pp. 213-220.

1996 “Un viaje más allá de la frontera: los migrantes centroamericanos en México”, en *Perfiles Latinoamericanos*, Núm. 8, Año/Vol.5, México: FLACSO, pp. 141-171.

CASTILLO, Manuel A.

2003 “Los desafíos de la emigración centroamericana en el Siglo XXI”, *Amérique Latine Histoire et Mémoire*, Número 7, *Migrations Etats-Unis Mexique terre d'accueil*, (Disponible en: <http://alhim.revues.org/document369.html>. Consulta: 1 de julio de 2011].

2002 “Región y frontera: la frontera sur de México”, en Kauffer, Edith F. (Edit.) *Identidades, migraciones y género en la frontera sur de México*, El Colegio de la Frontera Sur, México, pp. 19-47.

CASTLES, Stephen

2010 “Comprendiendo la migración global: una perspectiva desde la transformación social”, en *Relaciones Internacionales*, No. 14 (Junio), Universidad Autónoma Metropolitana, México, pp. 141-169.

COLLINSON, Sarah

2009 “The Political Economy of Migration Processes: An Agenda for Migration Research and Analysis”, *Working Paper No. 12*, International Migration Institute, University of Oxford, Inglaterra.

COMAROFF, John

2006 [1996] “Etnicidad, nacionalismo y políticas de diferencia en una era de revolución”, en Manuela Camus (Comp.), *La ideas detrás de la etnicidad, una selección de textos para el debate*, CIRMA Guatemala, pp. 201-231.

COMAROFF John y Jean Comaroff

2006 [1992] “Totemismo y etnicidad”, en Manuela Camus (Comp.), *La ideas detrás de la etnicidad, una selección de textos para el debate*, CIRMA, Guatemala, pp. 111-131.

CORTÉS, Fernando, Agustín Escobar y Mercedes González de la Rocha  
2008 *Método científico y política social. A propósito de las evaluaciones cualitativas de programas sociales*, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, México.

CORTEZ, Daniel; Carlos Cáceres y Roselí Venegas  
2005 *Diagnóstico general de los flujos de trabajadores temporales de la frontera sur de México: resumen de principales hallazgos y tendencias a futuro*, Centro de Estudios Migratorios/Instituto Nacional de Migración, México (Disponible en [http://www.inm.gob.mx/static/Centro de Estudios/Avances Investigacion/Trabajadores Temporales.pdf](http://www.inm.gob.mx/static/Centro_de_Estudios/Avances_Investigacion/Trabajadores_Temporales.pdf). Consulta: 04 de julio de 2011).

CREHAN, Kate  
2002 *Gramsci, Culture and Anthropology*, University of California Press, Berkeley.

CRUZ, Tania  
2011 “Racismo cultural y representaciones de inmigrantes centroamericanas en Chiapas”, *Migraciones Internacionales*, Vol. 6, No. 2 (Julio-diciembre), El Colegio de la Frontera Norte, México, pp. 133-157.

DALTON, Roque  
2008 “Poema de amor”, en *Historias prohibidas del Pulgarcito. No pronuncies mi nombre. Poesía completa III*, Dirección de Publicaciones e Impresos, San Salvador.

DE CERTEAU, Michel  
2010 *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana/ITESO, México.

DE BURGOS, Hugo  
2010 “Racismo, símbolos de la belleza, autoestima y salud mental en El Salvador”, *Identidades. Revista de ciencias sociales y humanidades*, No. 1 (Julio-diciembre), Secretaría de Cultura de la Presidencia, San Salvador, pp. 8-30.

DE VOS, Jan  
2010a *Vienen de lejos los torrentes: una historia de Chiapas*, Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, México.

2010b *Camino del Mayab. Cinco incursiones en el pasado de Chiapas*, CIESAS/ Publicaciones de la Casa Chata, México.



- 2005 “La formación de la frontera entre México y Centroamérica”, en Hernández, Salvador (coord.), *Frontera sur de México: cinco formas de interacción entre sociedad y ambiente*, El Colegio de la Frontera Sur, México, pp. 15-20.
- 2002 “La frontera sur y sus fronteras: una visión histórica”, en Kauffer, Edith F. (Edit.) *Identidades, migraciones y género en la frontera sur de México*, El Colegio de la Frontera Sur, San Cristóbal de las Casas, pp. 49-67.
- 2001 *Kibeltik. Nuestra raíz*, CIESAS/Clío, México.
- DEWALT, Katheen y DEWALT, Billie  
 1998 “Participant Observation”, en Russell Bernard (Edit.), *Handbook of Methods in Cultural Anthropology*. Altamira Press, California, pp. 259-299.
- EMIRBAYER, M. & Mische, A.  
 1988 “What is Agency?” *American Journal of Sociology*, vol. 103, no. 4, pp. 962-1023.
- EPSTEIN, A.L.  
 2006 [1978] “Etnicidad e identidad”, en Manuela Camus (Comp.), *La ideas detrás de la etnicidad, una selección de textos para el debate*, CIRMA, Guatemala, pp. 83-106.
- FACIO, Rodrigo  
 1965 *La Federación de Centroamérica. Sus antecedentes, su vida y su disolución*, Escuela Superior de Administración Pública de América Central, San José.
- FERNÁNDEZ, Carmen  
 2012 “Tan lejos y tan cerca: involucramientos transnacionales de inmigrantes hondureños/as en la ciudad fronteriza de Tapachula, Chiapas”, *Migraciones Internacionales*, No. 23, Vol. 6, (Julio-diciembre), El Colegio de la Frontera Norte, México, pp. 139-172.
- 2010 “Una aproximación al papel de las redes sociales en el proceso migratorio de centroamericanos hacia Estados Unidos”, en ÁNGELES, Hugo; Ortiz, Mario; Rojas, Martha; y Ramos, Donato (Coords.), *Migraciones contemporáneas en la región sur-sureste de México*, El Colegio de la Frontera Sur/Universidad Autónoma “Benito Juárez” de Oaxaca, México, pp. 189-215.
- 2006 *Building migratory trajectories: Guatemalans, Salvadorans and Hondurans at The Southern Mexican Border*, Tesis de doctorado en Sociología, University of Essex, Inglaterra.
- GALINDO, Luis  
 1998 “Etnografía. El oficio de la mirada y el sentido”, en Galindo Jesús (Coord.), *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, Pearson Educación, México, pp. 347-383.

- GEERTZ, Clifford  
1989 *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.
- 1994 *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Paidós, Barcelona.
- GIDDENS, Anthony  
1987 *Las nuevas reglas del método sociológico: Crítica positiva de las sociologías comprensivas*, Amorrortu, Buenos Aires.
- GILROY, Paul  
2008 *Después del imperio. Emigración, xenofobia y diversidad cultural*, Tusquets, Barcelona.
- GLEDHILL, John  
1999 “El reto de la globalización: reconstrucción de identidades, formas de vida transnacionales y las ciencias sociales”, en Gail Mummert (Ed.) *Fronteras fragmentadas*, El Colegio de Michoacán, México, pp. 23-54.
- GLUCKMAN, Max  
1958, “Análisis de una situación social en Zululandia moderna”, (Disponible en <http://uam-antropologia.info/web/articulos/gluckman1958.pdf>. Consulta: 20 de mayo de 2011).
- GONZÁLEZ, Antonio  
2010 *Introducción a la práctica de la filosofía*, UCA Editores, San Salvador.
- GRIS, Carlos  
1885 *Sebastián Escobar y el Departamento de Soconusco. Estado de Chiapas. Apuntes para la historia*, Tip “La Luz”, México.
- HALE, Charles  
2009 “Teoría crítica sobre la raza”, Videoconferencia impartida en el CIESAS-Occidente, 21 de mayo, Guadalajara, México.
- HARAWAY, Donna  
1995 *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid.
- HACKING, Ian  
2001 *¿La construcción social de qué?*, Paidós, Barcelona.
- HERNÁNDEZ, Javier  
1996 *Corrientes actuales de filosofía. La Escuela de Francfort. La filosofía hermenéutica*, Tecnos, Madrid.

HUEZO, Miguel

2009 *Un pie aquí y otro allá. Los migrantes y la crisis de la identidad salvadoreña*, Centro Cultural de España en El Salvador, San Salvador.

Instituto Nacional de Migración (INM) *et al.*

2006 *Encuesta sobre Migración en la Frontera Guatemala-México 2004*, México: INM/CONAPO/COLEF/SEGOB/STPS/SRE.

Instituto para la Seguridad y la Democracia (INSYDE)

2008 *Percepciones sobre la migración en la frontera sur. Encuesta en vivienda*. (Disponible en: <http://www.insyde.org.mx/images/reporte%2opercepciones%2osobre%2ola%2omigración%2oen%2ola%2ofrontera%2osur.pdf>). Consulta: 8 de noviembre de 2010).

JACORZYNSKI, Witold

2004 *Entre los sueños de la razón. Filosofía y antropología de las relaciones entre hombre y ambiente*, CIESAS/Miguel Ángel Porrúa, México.

JÁUREGUI, José y María de Jesús Ávila

2007 “Estados Unidos, lugar de destino para los migrantes chiapanecos”, *Migraciones internacionales*, No. 12, Vol. 4 (Enero-junio), El Colegio de la Frontera Norte, México, pp. 5-38.

KAUFFER, Edith F.

2005a “De la frontera política a las fronteras étnicas. Refugiados guatemaltecos en México”, *Frontera Norte*, Vol. 17, No. 34, (Jul.-Dic.), El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, México, pp. 7-36.

2005b “El paradigma de la repatriación a la prueba de los hechos: elementos para entender la nueva migración de los ex refugiados guatemaltecos a México”, en Ángeles, Hugo, *et al* (coords.), *Actores y realidades en la Frontera Sur de México*, México: COESPO-Chiapas/ECOSUR, pp. 191-215.

2002 “Movimientos migratorios forzosos en la frontera sur: una visión comparativa de los refugiados guatemaltecos en el sureste mexicano”, en Kauffer, Edith F. (Edit.) *Identidades, migraciones y género en la frontera sur de México*, El Colegio de la Frontera Sur, San Cristóbal de Las Casas, pp. 215-242.

KAWULICH, Bárbara

2006 “La observación participante como método de recolección de datos”, en *Forum Qualitative Sozialforschung/Forum: Qualitative Social Research*, Volumen 6, No. 2. (Disponible en: <http://www.qualitative-research.net/fqs-texte/2-05/05-2-43-s.htm> Consulta: 15 de mayo de 2011).

LARRAÍNZA, Manuel

(1996) [1843] *Chiapas y Soconusco. La cuestión de límites entre México y Guatemala*, CONECULTA/UNICACH, México.

LOMNITZ, Larissa

1993 *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI, México.

LONG, Norman

2007 *Sociología del desarrollo. Una perspectiva centrada en el actor*. COLSAN/CIESAS, México.

LONG, Andrew

1991 "Goods, Knowledge and Beer", en Norman y Ann Long (Edits.), *Battlefields of Knowledge. The Interlocking of Theory and Practice in Social Research and Development*. Routhledge, Londres, pp. 147-170.

LUNGO, Mario; Nidia Umaña y Alicia Rivera

1996 *Desarraigo y reasentamiento en las zonas ex conflictivas en El Salvador*, Fundasal, San Salvador.

MADUEÑO, Nicanor

2010 "El impacto de la variable de género en la migración Honduras-México: el caso de las hondureñas en Frontera Comalapa", *Liminar Estudios Sociales y Humanísticos*, Vol. III, No. 2 (Diciembre), Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, México, pp. 165-181.

MARTÍNEZ, Miguel

2002 *La investigación cualitativa etnográfica en educación. Manual teórico-práctico*. Editorial Trillas, México.

MARTÍNEZ J., Santiago,

2012 "Las y los centroamericanos y el sueño mexicano (mexican dream): Trabajar y vivir en el Soconusco, Chiapas", Ponencia presentada en el *II Congreso Nacional de Antropología Social y Etnología*, Morelia, Michoacán.

MASSEY, Douglas; ARANGO, Joaquín; GRAEME, Hugo; KOUAOUCI, Ali; PELLEGRINO, Adela; TAYLOR, Edward

2008 "Teorías de migración internacional: una revisión y aproximación", en *Revista de Derecho Constitucional Europeo*, No. 10, (Julio-Diciembre), Instituto Andaluz de Administración Pública, Granada, pp. 435-478.

2002 *Worlds in Motion. Understanding International Migration at the End of the Millennium*. Clarendon Press, Oxford.

MASSEY, Douglas *et al.*

1991 *Los ausentes. El proceso social de la migración internacional en el occidente de México*, Alianza, México.

- MITCHELL, J. Clyde  
 1956 *The Kalela Dance. Aspects of Social Relationship among Urban Africans in Northern Rhodesia*, Manchester University Press, (Disponible en <http://www.era.anthropology.ac.uk/Kalela/>. Consulta: 21 de mayo de 2011).
- MONTES, Segundo y Juan José García  
 1988 *Salvadoran migration to The United States: An Exploratory Study*, Hemispheric Migration Project. Center for Immigration Policy and Refugee Assistance. Georgetown University, Washington.
- MONZÓN, Ana Silvia  
 2006 *Las viajeras invisibles: mujeres migrantes en la región centroamericana y el sur de México*, PCS-CAMEX, Guatemala. (Disponible en <http://www.pcslatin.org/drupal/files/LibroLasviajeres.pdf>. Consulta: 04 de julio de 2011).
- ORTIZ, Carlos  
 1993 *Historia de la pesca de tiburón en Puerto Madero, Chiapas. Evolución de los métodos y artes de pesca*. CIESAS, México.
- ORTNER, Sherry  
 1984 "Theory in Anthropology since the Sixties", *Comparative Studies in Society and History*, No. 26, pp. 126-166.
- PADILLA, Guillermo  
 2010 *Las maras, un desafío teórico y social: comparación entre San Salvador y Tapachula*, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- PINEDA, Emeterio  
 1999 [1845] *Descripción geográfica del departamento de Chiapas y Soconusco*, CONECULTA/FCE, México.
- PINTO, Julio (Edit.)  
 1993 *Historia General de Centroamérica. Tomo II. El régimen colonial*, Ediciones Siruela/FLACSO/Sociedad Estatal Quinto Centenario, Madrid.
- PLAZA, Sergio  
 1996 "Las migraciones económicas en Asia Oriental", *Cuadernos de Estudios Empresariales*, No.6, Servicio de Publicaciones/Universidad Complutense de Madrid, Madrid, pp. 327-345.
- PONCE, Patricia  
 1985 *Palabra viva del Soconusco. Nuestra frontera sur*. CIESAS/SEP, México.
- PORTES, Alejandro

2009 “Migración y cambio social: algunas reflexiones conceptuales”, *RES*, No. 12, pp. 9-37.

POZAS, Ricardo

2010 [1952] *Juan Pérez Jolote. Biografía de un Tzotzil*, FCE, México.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)

2010 *Informe sobre desarrollo humano El Salvador 2010: De la pobreza y el consumismo al bienestar de la gente. Propuestas para un nuevo modelo de desarrollo*, PNUD, San Salvador.

2009 *Informe sobre desarrollo humano para América Central 2009-2010. Abrir espacios a la seguridad ciudadana y el desarrollo humano*, PNUD, San José.

2005 *Informe sobre desarrollo humano El Salvador 2005: Una mirada al nuevo nosotros, el impacto de las migraciones*, PNUD, San Salvador.

PUJADAS, Joan

2000 “El método biográfico y los géneros de la memoria”, *Revista de Antropología Social*, No. 9, Madrid, pp. 127-158. (Disponible en <http://revistas.ucm.es/cps/1131558x/articulos/RASO0000110127A.PDF> Consulta: 20 de mayo de 2011).

1992 *Método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. CIS, Madrid.

PUTNAM, Robert

2000 *Bowling Alone: The collapse and revival of American Community*, A Touchstone Book, New York.

1994 *Making democracy work. Civic traditions in Modern Italy*, Princeton University Press, New Jersey.

QUEZADA, José R.

2012 *La última quinda*, Clásicos Roxsil, San Salvador.

RAMÍREZ, Jorge

2005 “Tres visiones sobre capital social: Bourdieu, Coleman y Putnam”, *Acta Republicana Política y Sociedad*, Año 4, Núm. 4, CUCSH-Universidad de Guadalajara, México, pp. 21-36. (Disponible en <http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/republicana/pdf/ActaRep4/articulos21.pdf> Consulta: 19 de mayo de 2011).

RINCÓN, Valentín

1964 *Chiapas entre Guatemala y México. Injusto motivo de discordia*, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México.

RIVAS, Jaime.

2011a “Racismo, discriminación e identidad: Los límites de la acción social entre inmigrantes salvadoreños en el Soconusco, Chiapas”, *Cultura*, No. 107 (Julio-Diciembre de 2011), Secretaría de Cultura de la Presidencia, San Salvador, pp. 9-31.

2011b “¿Víctimas nada más?: Migrantes centroamericanos en el Soconusco, Chiapas”, *Nueva Antropología*, No. 74 (Enero-Junio de 2011), UAM/INAH/CONACULTA/COLMEX/CONACYT/UNAM, México, pp. 9-38.

2010 “Centroamericanos en el Soconusco: una historia de su presencia a través de sus paradojas”, *Liminar Estudios Sociales y Humanísticos*, Año 8, Vol. VIII, Núm. 2 (Diciembre de 2010), Centro de Estudios Superiores sobre México y Centroamérica/UNICACH, México, pp. 106-128.

2008 *Tejiendo redes frente al riesgo y la vulnerabilidad. Migrantes centroamericanos y organizaciones civiles de apoyo en Tapachula, Chiapas*. Tesis de Maestría en Antropología Social, CIESAS, San Cristóbal de Las Casas.

ROSALDO, Renato

1999 “A Not on Geertz as a Cultural Essayist”, en Ortner, Sherry (Ed.), *The fate of “Culture”. Geertz and Beyond*, University of California Press, Berkeley, pp. 30-34.

ROJAS, Martha y ÁNGELES, Hugo

2003 “La frontera de Chiapas con Guatemala como destino de migrantes internacionales”, *Ecofronteras*, Número 19, (Agosto), El Colegio de la Frontera Sur, México, pp. 15-17.

RUIZ, Olivia

2005 “La inmigración indocumentada como metáfora de riesgo en la globalización”, *Estudios Sociológicos*, Vol. XXIII, No. 68, (mayo-agosto), El Colegio de México, México, pp. 611-636.

2003 “La migración centroamericana en la Frontera Sur: un perfil de riesgo en la migración indocumentada internacional”, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, (Disponible en: <http://repositories.cdlib.org/usmex/ruiz/> Consulta: 27 de junio de 2011).

2001a “Los riesgos de cruzar. La migración centroamericana en la frontera México-Guatemala”, *Frontera Norte*, Vol. 13, No. 25, (enero-junio), El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, México, pp. 7-41.

2001b “Riesgo, migración y espacios fronterizos: una reflexión”, en *Estudios Demográficos y Urbanos* 47 (Vol. 16, No. 2, mayo-agosto), El Colegio de México, México, pp. 257-284.

SALAZAR, Susana

2008 *Redes de los transmigrantes indocumentados salvadoreños en la frontera México-Guatemala*, Tesis de Maestría en Antropología Social, CIESAS, México.

SAHLINS, Marshall

1988 *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Gedisa, Barcelona.

SCOTT, James

2007 *Los dominados y el arte de la resistencia*, Ediciones Era, México.

SCOTT, Joan

2001 “Experiencia”, *La Ventana. Revista de estudios de género*, No. 13, Universidad de Guadalajara, México, pp. 42-73 (Disponible en: <http://148.202.18.157/sitios/publicacionesite/ppperiod/laventan/Ventana13/ventana13-2.pdf> Consulta: 06 de enero de 2013).

SERRANO, Javier

2006 *El sueño mexicano. El retorno imaginado en las migraciones internacionales de Tapalpa y Tlacotalpan*, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, CIESAS, México.

SEWELL, William

1992 “A Theory of Structure: Duality, Agency and Transformation”, *The American Journal of Sociology*, Vol. 98, No. 1 (Julio), pp. 1-29.

SCHUERKENS, Ulrike

2003 “Social Transformations Between Global Forces and Local Life-Worlds: Introduction”, *Current Sociology*, Vol. 51 (Mayo/Julio), pp. 195-208.

SOLALINDE, Alejandro

2012 “Asistencia humanitaria a migrantes en tránsito”, ponencia presentada en la *Séptima Semana del Migrante*, Universidad Tecnológica de El Salvador, 3 de septiembre de 2012, San Salvador.

TAMBIAH, Stanley

1989 “Ethnic Conflict in the World Today”, *American Ethnologist*, Vol 16, No. 2, pp. 335-349.

TAYLOR, S.J y BOGDAN, R

1996 *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Paidós, Barcelona



TOVAR, Ma. Elena

2000 “Extranjeros en el Soconusco”, en *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, No. 8, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, pp. 29-43. (Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/384/38400802.pdf>. Consulta: 1 de julio de 2011).

TURNER, Victor

1988 *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*, Taurus, Madrid.

VAN VELSEN, J.

1978 “The Extended-case Method and Situational Analysis”, en Epstein A. L. (Edit.), *The Craft of Social Anthropology*, Hindustan Publishing Corporation, India, pp. 129-152.

VILLAFUERTE, Daniel

2008 “El Soconusco: la Frontera de la Frontera Sur », en Sánchez, José, Jarquín, Ramón (Coords.) *La frontera sur. Reflexiones sobre el Soconusco, Chiapas y sus problemas ambientales, poblacionales y productivos*, Senado de la República/ECOSUR, México, pp. 157-168.

VILLAFUERTE, Daniel y María del Carmen García

2008 “Algunas causas de la migración internacional en Chiapas”, *Economía y sociedad*, Vol. XIV, No. 21, (Enero-junio), Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México, pp. 41-58.

2006 “Crisis rural y migraciones en Chiapas”, *Migración y desarrollo*, No. 6, (Primer semestre), Red Internacional de Migración y Desarrollo, México, pp. 102-130.

VILLARREAL, Magdalena

2009 *Mujeres, finanzas sociales y violencia económica en zonas marginadas de Guadalajara*, IJM/IMJ/CIESAS, México.

VIQUEIRA, Juan P.

2002 *Encrucijadas chiapanecas: economía, religión e identidades*, El Colegio de México/Tusquets Editores, México.

WEBER, Max

2006 [1922] “Comunidades étnicas”, en Manuela Camus (Comp.), *La ideas detrás de la etnicidad, una selección de textos para el debate*, CIRMA, Guatemala, pp. 27-41.

WIEVIORKA, Michel

1992 *El espacio del racismo*, Paidós, Barcelona.

WINCH, Peter  
1994 *Comprender una sociedad primitiva*, Paidós, Barcelona.

WILLIAMS, Brackette  
2006 [1989] “La competencia por la nación y a través de un terreno de sangre”, en Manuela Camus (Comp.), *La ideas detrás de la etnicidad, una selección de textos para el debate*, CIRMA, Guatemala, pp. 141-156.

ZAVALA, Zaira  
2008 “Mujeres y redes sociales migratorias en comunidades rurales pobres”, en Escobar, Agustín (Coord.), *Pobreza y migración internacional*, CIESAS, México, pp. 223-272.

## **2. Notas de prensa (En orden de aparición)**

“El lugar más pequeño”, *ContrACultura*, 20 de abril de 2011:  
<http://www.contracultura.com.sv/el-lugar-mas-pequeno>

“Ayer atracó el Artemis en Puerto Chiapas”, *Diario del Sur*, 24 de febrero de 2010:  
<http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1531800.htm>

“No hay médicos ni enfermeras ni dinero”, *Diario del Sur*, 27 de abril de 2010:  
<http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1612709.htm>

“Programa de entrega de actas de nacimiento a hijos de extranjeros”, *El Orbe*, 24 de noviembre de 2009: <http://elorbe.com/portada/11/25/programa-de-entrega-de-actas-de-nacimiento-a-hijos-de-extranjeros.html>

“El 35% de niños registrados, son hijos de extranjeros”, *Diario del Sur*, 23 de febrero de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1530433.htm>

“Salvadoreños, cuarto grupo más grande”, *La Opinión*, 20 de junio de 2011:  
<http://www.impre.com/noticias/2011/6/20/salvadorentilde;os--cuarto-gru-260981-1.html#commentsBlock>

“Se eleva el número de hijos de extranjeros en Chiapas; 240 registrados”, *Cuarto Poder*, 23 de junio de 2011:  
[http://www.cuartopoder.mx/%5CPagPrincipal\\_Noticia.aspx?idNoticia=241818&idNoticiaSeccion=4&idNoticiaSubseccion=16](http://www.cuartopoder.mx/%5CPagPrincipal_Noticia.aspx?idNoticia=241818&idNoticiaSeccion=4&idNoticiaSubseccion=16)

“La lluvia en el país más vulnerable del mundo”, *Cultura El Salvador.com. Revista cultural digital de El Salvador*, 24 de octubre de 2011:  
<http://culturaelsalvador.com/la-lluvia-en-el-pais-mas-vulnerable-del-mundo/>

“Recibe Sabines la Orden José Cecilio del Valle en grado de Gran Cruz Placa de Plata”, *El Sol de México*, 22 de agosto de 2008: <http://www.oem.com.mx/esto/notas/n822836.htm>.

“Nombra gobierno de Guatemala a Juan Sabines embajador de la paz”, *Agencia de Servicios Informativos de Chiapas*, 6 de diciembre de 2008: <http://www.asich.com/index.php?itemid=21426>.

“Condecoran a Sabines por trato a migrantes”, *Milenio*, 28 de abril de 2009: <http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/8566753>.

“Más de un centenar de jornaleros vive en situación insalubre”, *Diario del Sur*, 25 de febrero de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1533330.htm>

“Avanza red ferroviaria en la Costa de Chiapas”, *Noticias de Chiapas*, 14 de enero de 2011: <http://www.noticiasdechiapas.com.mx/nota.php?id=12136>.

“El puerto de la muerte”, *El Faro.net*, 5 de noviembre de 2007: [http://archivo.elfaro.net/secciones/Noticias/20071105/noticias10\\_20071105.asp](http://archivo.elfaro.net/secciones/Noticias/20071105/noticias10_20071105.asp)

“La ruta de las que serán violadas”, *El País*, 11 de noviembre de 2011: [http://elpais.com/diario/2011/11/14/sociedad/1321225205\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2011/11/14/sociedad/1321225205_850215.html).

“Mujeres migrantes en tránsito y detenidas en México”, *Migration Information Source*, Octubre de 2007: <http://www.migrationinformation.org/feature/display.cfm?ID=648>

“Mareños contaminan Laguna de Cabildos”, *Diario del Sur*, 18 de junio de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1676801.htm>

“Herdez, nueve años de contaminar Puerto Chiapas”, *Diario del Sur*, 30 de enero de 2007: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n153052.htm>

“Crece contaminación en Puerto Chiapas”, *Diario del Sur*, 3 de noviembre de 2009: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1388354.htm>

“En Chiapas el combate frontal a la trata de personas es un hecho”, *El Herald de Chiapas*, 20 de septiembre de 2010: <http://www.oem.com.mx/elheraldodechiapas/notas/n1788056.htm>

“Piden sea reabierto ‘El Pijuyal’”, *Diario del Sur*, 20 de febrero de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1526718.htm>

“Se estaciona marea roja frente a Puerto Madero”, *Diario del Sur*, 31 de mayo de 2009: <http://www.oem.com.mx/esto/notas/n1184408.htm>

“Transportistas bloquean la carretera a Las Escolleras”, *Diario del Sur*, 26 de abril de 2012: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n2519792.htm>

“Tricicleros se desmayan por altas temperaturas”, *Diario del Sur*, 9 de abril de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1589212.htm>

“Pescadores ahora se meten de tricicleros”, *Diario del Sur*, 5 de diciembre de 2008: <http://www.oem.com.mx/laprensa/notas/n958601.htm>

“Las hispanas pagan con sexo su boleto de entrada a E.E.U.U”, *El País*, 20 de noviembre de 2011: <http://www.elpais.com.uy/111120/pinter-607510/internacional/las-hispanas-pagan-con-sexo-su-boleto-de-entrada-para-eeuu/>

“Suman tres sobrevivientes del naufragio en Oaxaca”, *La Jornada*, 22 de octubre de 2007: <http://www.jornada.unam.mx/2007/10/22/index.php?section=estados&article=037n2est>

“Emmanuel Nivón y Sedesol garantizan construcción de ‘Piso firme’ en Álvaro Obregón y Puerto Madero”, *Tribuna Chiapas*, 29 de septiembre de 2011: [http://www.diariolatribunadechiapas.com.mx/index.php?option=com\\_content&task=view&id=44841](http://www.diariolatribunadechiapas.com.mx/index.php?option=com_content&task=view&id=44841)

“De mal en peor la pesca en Chiapas”, *Diario del Sur*, 29 de noviembre de 2009: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1421869.htm>

“Fallece niña por comer almejas”, *Diario del Sur*, 4 de febrero de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1505270.htm>

“Decretan marea roja tras muerte de niña”, *Diario del Sur*, 6 de febrero de 2010: <http://www.oem.com.mx/diariodelsur/notas/n1508145.htm>

### **3. Documentales**

*Asalto al sueño* (Alemania, México, Guatemala, 2006), Uli Stelzner.

*El lugar más pequeño* (México, El Salvador, 2011), Tatiana Huevo.

*El tren de las moscas* (España, 2010), Nieves Prieto Tassier y Fernando López Castillo.

*María en tierra de nadie* (El Salvador, 2010), Marcela Zamora.

*Los niños y las niñas ante la migración* (El Salvador, 2010), Olga Chacón.